



TESIS DOCTORAL

2015

**La Política Exterior de las Administraciones de George
W. Bush (2001-2008):
Consecuencias para la seguridad internacional**

Ana Belén Perianes Bermúdez

Licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración

**Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-
UNED**

Director: Enrique Vega Fernández

Tutor: Miguel Requena y Díez de Revenga

Autora: Ana Belén Perianes Bermúdez

ÍNDICE

Introducción.....	5-8
Parte I	
Capítulo I: Los fundamentos ideológicos de las Administraciones de George W. Bush (2001-2008)	
1. Los paradigmas filosóficos y de la Teoría de las Relaciones Internacionales inscritos en las dos Administraciones de G.W. Bush	
1.1. Realismo político.....	9-10
1.2. Neorrealismo.....	11-14
2. Fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense.....	18-19
2.1. La visión de la política exterior en función de la teología política. Aspectos esenciales.....	19
2.1.1. La configuración del espacio mundial.....	20-22
2.1.2. Beneficencia, omnisciencia y omnipotencia.....	22-23
2.1.3. El papel especial de Estados Unidos en los conflictos.....	23
2.1.4. La obligación de la lucha hasta el final.....	23-24
2.1.5. La supremacía de Estados Unidos.....	24-25
2.1.6. Estados Unidos como modelo de orden divino.....	25-26
2.1.7. El Destino Manifiesto.....	26-28
2.2. El fundamentalismo estadounidense.....	28
2.2.1. Del fundamentalismo a la Mayoría Moral.....	29-31
2.2.2. La Mayoría Moral.....	31-32
2.3. La influencia de Leo Strauss.....	32-34
2.4. La influencia del reaganismo.....	34-37
2.5. La aportación de Zbigniew Brzezinski.....	37-40

2.6. Los neoconservadores.....	40-42
2.6.1. Centros de estudios, medios de comunicación y trabajo en red.....	42-43
2.6.2. Alianza con el fundamentalismo cristiano.....	43-44
3. Orígenes de la retórica contra el mal	
3.1. “ <i>The Long Telegram</i> ”.....	44-45
3.2. El NSC-68.....	45-47
4. La “ <i>Defense Planning Guidance</i> ”.....	47-48
5. El resurgimiento del Comité de los Peligros Presentes.....	48-50
6. Proyecto para el Nuevo Siglo Americano.....	50-53
7. Los <i>multi-stakeholders</i> de la política exterior estadounidense	53-56
7.1. Los grupos de presión.....	57
7.1.1. Grupos de interés económicos.....	57-58
7.1.2. Grupos de interés étnicos.....	58-59
7.1.3. Grupos de interés extranjeros.....	59
7.1.4. Los centros de análisis o de estudios.....	59-61
7.1.5. Los medios de comunicación de masas.....	61-62
8. Esquema general ideológico de las Administraciones de George W. Bush en materia de política exterior.....	62-64
9. Anexos.....	64-68

Parte II

Capítulo 2: La primera Administración de George W. Bush (enero 2001-diciembre 2004)

1. Inicios de la primera Administración de George W. Bush (enero a septiembre de 2001).....69-73
2. El papel del 11S en la política exterior estadounidense.....73-81
3. La guerra contra Afganistán.....81-85
 - 3.1. El régimen talibán.....85-87
 - 3.2. Afganistán tras la proclamación de la nueva autoridad.....87-89
 - 3.3. Guantánamo.....89-94
4. La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de septiembre de 2002.....95-100
5. La invasión de Irak
 - 5.1. Consideraciones ideológicas sobre la invasión de Irak.....100-107
 - 5.2. La invasión de Irak (octubre 2002-mayo 2003).....107-112
 - 5.3. Evolución del conflicto (mayo 2003-diciembre 2005): la ocupación
.....112-115
 - 5.4. Evolución del conflicto (mayo 2003-diciembre 2005): insurgencia y
contrainsurgencia.....115-117

Capítulo 3: Segundo mandato presidencial de George W. Bush (enero 2005-finales de 2008)

1. La Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense de 2006.....118-121
 - 1.1. Visión global de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense
.....121-122
 - 1.2. Desafíos y oportunidades del nuevo siglo.....122-124
 - 1.3. Prioridades de la Administración de Estados Unidos con sus aliados en el
extranjero.....124-126

1.4. La denominada política de guerra global contra el terrorismo: la batalla contra las ideas, no contra el islam.....	126-127
1.5. La guerra contra las armas de destrucción masiva.....	128-129
2. La Ley de Comisiones Militares.....	129-131
3. Evolución del conflicto en Irak (2005-2008).....	131-138
4. La “iraquización” de Afganistán.....	138-141
Parte III	
Capítulo 4: El impacto real de la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008)	
1. Situación sociopolítica de Irak tras la retirada estadounidense en diciembre de 2011.....	142-155
2. Situación sociopolítica de Afganistán tras la retirada estadounidense en diciembre de 2014.....	155-162
3. Impacto regional del conflicto de Irak.....	162-167
4. Impacto en la seguridad del Mediterráneo y África.....	167-169
5. Al-Qaeda transcurrida una década desde el inicio de la guerra global al terror de George W. Bush.....	170-172
5.1. La estructuración del terrorismo yihadista.....	172-175
5.2. Al-Qaeda tras las revueltas árabes.....	176-181
6. El impacto global del terrorismo durante la última década.....	181-183
Conclusiones.....	184-186
Epílogo.....	187-195
Bibliografía.....	196-213

INTRODUCCIÓN

Objeto de la tesis

Esta tesis estudia la política exterior que implementaron las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008).

Objetivo

La investigación analiza en profundidad las consecuencias que en el ámbito de la seguridad internacional han derivado de la política exterior implementada durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush (2001-2008) y cómo influyeron en los últimos los fundamentos ideológicos neoconservadores de los miembros más cercanos al presidente en sus Administraciones.

Los atentados perpetrados el 11 de septiembre de 2001 por al-Qaeda en territorio estadounidense se significaron como catalizadores de la implantación de las tesis neoconservadoras en la agenda de la Administración del presidente George W. Bush: su denominada política de guerra global contra el terrorismo como instrumento para satisfacer su auténtica agenda, esto es, el establecimiento de un orden internacional favorable a los intereses nacionales de Estados Unidos e impedir el surgimiento de potencias hegemónicas regionales o globales que pudieran rivalizar con dicho orden mundial.

Con el supuesto objetivo de combatir contra la amenaza terrorista, expandir democracias (entiéndase por ello democracias liberales) y salvaguardar los derechos humanos bajo su visión mesiánica y moralista en cuanto al papel que Estados Unidos ha de desempeñar en el mundo, la Administración de George W. Bush adoptó una política exterior unilateralista y una perspectiva instrumental de las organizaciones internacionales a la hora de abordar sus objetivos exteriores.

Sin embargo, con su denominada estrategia de guerra global contra el terrorismo, la Administración de George W. Bush consiguió que, al contrario de lo que supuestamente pretendía, el mundo fuera más inseguro a nivel global, con un muy notable incremento de la inseguridad y la violencia a nivel internacional y de la expansión geográfica del terrorismo yihadista en áreas en las que previamente no existía, creando un nuevo emergente desorden mundial con consecuencias aún por determinar.

Hipótesis

Respecto a la hipótesis que pretendo refutar empíricamente o, si es preciso, rechazar, se refiere a que la política exterior neoconservadora de las dos Administraciones de George W. Bush propició, al contrario de lo que las últimas sostenían pretender alcanzar (extensión de la democracia liberal y de los derechos humanos), una transformación del paisaje geopolítico haciéndolo mucho más inseguro que al inicio del primer mandato presidencial, durante los primeros ocho meses del año 2001.

Metodología, tipo de bibliografía y fuentes utilizadas

La realización de esta tesis se ha llevado a cabo fundamentalmente mediante el análisis de una gran variedad de fuentes académicas y científicas, de documentos, estrategias y discursos, disponibles tanto en fuentes bibliográficas como en recursos en la red.

Los discursos y las fuentes legales analizadas para la realización de esta tesis proceden tanto de recursos *online* de las Administraciones estadounidenses de George W. Bush como de instituciones europeas.

Respecto a la bibliografía utilizada, se ha empleado para el trabajo de análisis académico a una ingente cantidad de obras y artículos científicos disponibles tanto en centros de documentación, en bibliotecas como en los recursos online de centros de análisis, estudios e investigación, principalmente europeos y estadounidenses. Obviamente, se ha recurrido al análisis de muchos más recursos bibliográficos de los que figuran referenciados en esta tesis y que no se han utilizado finalmente, fruto del rigor del análisis científico que requiere la investigación. Sin embargo, todas las fuentes utilizadas han servido a la autora para profundizar conocimientos y despertar futuras curiosidades académicas.

Estructura de la tesis

La tesis se estructura en tres bloques de capítulos con su correspondiente introducción, apartado de conclusiones, epílogo y bibliografía.

La primera parte (capítulo 1) estudia los fundamentos ideológicos de las Administraciones de George W. Bush (2001-2008). Se analizan los aspectos ideológicos fundamentales que inspiraron a los miembros de las Administraciones de George W. Bush que más influyeron en el presidente. En este apartado, se abordan así

los aspectos que inspiran la corriente neoconservadora que marcaron la política exterior estadounidense durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush. En este capítulo, la autora ha pretendido realizar un repaso de las influencias filosóficas e ideológicas que se han considerado como el núcleo de los fundamentos inspiradores, aclaradores y justificadores de la política exterior de las Administraciones de George W. Bush (2001-2008), no así un repaso de todas las posibles influencias filosóficas e ideológicas del poder estadounidense.

La segunda parte de esta tesis (capítulos 2 y 3) analiza los acontecimientos más relevantes que tuvieron lugar durante las dos Administraciones de George W. Bush en materia de política exterior. Se demuestra cómo a partir de los atentados terroristas que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001 en territorio estadounidense los fundamentos ideológicos neoconservadores dirigieron la implementación de la misma con las consecuencias para la seguridad internacional que en el referido bloque de capítulos se analiza.

La tercera parte (capítulo 4) aborda el análisis del impacto real de la implementación de la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush. Se analiza así, entre otros, la situación de Afganistán e Irak tras el fin del segundo mandato presidencial de George W. Bush con las consecuencias que han derivado de sus conflictos para la seguridad internacional y con ello cómo ha evolucionado el salafismo yihadista desde el inicio de la denominada política estadounidense de guerra global contra el terrorismo.

Las conclusiones demostrarán que los atentados de inspiración salafista yihadista perpetrados el 11 de septiembre de 2001 en suelo estadounidense actuaron como catalizadores de la implantación de las tesis neoconservadoras en materia de política exterior de los miembros más influyentes de las Administraciones estadounidenses de George W. Bush. En este sentido, con su argumentada política de guerra global contra el terrorismo, al final del segundo mandato presidencial de George W. Bush en diciembre de 2008 el mundo era notablemente más inseguro, ya que se había incrementado muy notoriamente la inseguridad y violencia global con la expansión geográfica del terrorismo en áreas en las que previamente no existía, dando origen a un nuevo orden geopolítico aún en transición, cuando se escriben estas líneas en abril de 2015.

Finalmente, el epílogo analiza el momento de transición geopolítica en el que se instaló Estados Unidos tras el fin del segundo mandato presidencial de George W. Bush en diciembre de 2008. A este respecto, la obligada moderación presupuestaria y la necesidad de mantener su hegemonía militar con menos recursos llevaron a la primera Administración Obama (2009-2012) a reformular sus directrices estratégicas en materia de política exterior.

Agradecimientos

Quiero agradecer especialmente el apoyo recibido de mi Director de tesis, el coronel Enrique Vega Fernández y su comprensión para con los plazos de tiempo que he necesitado para escribir mi investigación. Esta tesis ha sido escrita mientras la alternaba con el trabajo, en mi tiempo libre, fruto de mi pasión por la política estadounidense. Es realmente un honor tenerle como Director de tesis.

También agradezco desde aquí el sacrificio y esfuerzo de mis padres, Juan Antonio y Carmen, porque yo estudiara. Y a Rober, por estar ahí.

PARTE I

CAPÍTULO 1: LOS FUNDAMENTOS IDEOLÓGICOS DE LAS ADMINISTRACIONES DE GEORGE W. BUSH (2001-2008)

1. Los paradigmas filosóficos y de la Teoría de las Relaciones Internacionales inscritos en las dos Administraciones de G.W. Bush

La evolución de las concepciones científicas de las Relaciones Internacionales y, por consiguiente, del paradigma que las inspira, se establece a partir de la propia transformación y cambio de la realidad internacional objeto de estudio, en la que intervienen cambios sociales, políticos, económicos y científico-técnicos que confluyen con la aparición de nuevos problemas y el deterioro de los ya existentes.

Respecto a la situación de la teoría de las Relaciones Internacionales durante los últimos 300 años, cabría destacar que hasta el pasado más reciente, ha predominado en la disciplina el paradigma tradicional, realista estatocéntrico, que entiende como referentes categóricos para el análisis de las Relaciones Internacionales al Estado y el poder y, que ha marcado las líneas maestras de la investigación y la interpretación de los fenómenos internacionales (Arenal, 2007, 26). Sin embargo, desde finales de los años 60 se han materializado nuevos paradigmas y concepciones del mundo con el objetivo de ajustarse a los cambios acontecidos en la sociedad internacional.

El concepto de paradigma, tal como lo define T.S. Kuhn, consta de una serie de postulados fundamentales sobre el mundo y que determinan la interpretación de los analistas sobre ciertos fenómenos. En este sentido, Celestino del Arenal destaca la existencia de tres paradigmas en las Relaciones Internacionales:

1. El paradigma tradicional, también denominado realista o estatocéntrico, que ha sido el más relevante hasta fechas recientes.
2. El paradigma de la dependencia, neomarxista o estructuralista.
3. El paradigma de la sociedad global, transnacional o de la interdependencia.

Este estudio va a basar sus análisis en los parámetros del paradigma tradicional, por considerarse que es el que mejor se adecúa, teórica y geopolíticamente a la política

exterior llevada a cabo por la Administración de George W. Bush en sus dos mandatos presidenciales (2001-2008).

Desde la perspectiva de dicho paradigma, la característica más notable en el ámbito de las Relaciones Internacionales reside en la legitimidad del recurso a la fuerza armada por parte de los Estados y en la separación de las esferas de la política interna y de la política internacional.

Así, los Estados operan racionalmente en función de su interés nacional y de la relación de fuerzas, por lo que el poder se transforma en el factor clave de las Relaciones Internacionales. En consecuencia, los Estados se guían por la búsqueda de su propia supervivencia, su perpetuación, por la defensa y primacía de sus intereses y estatus alrededor del planeta y por la obtención de los máximos beneficios y desarrollo posible.

La naturaleza humana es interpretada bajo un claro pesimismo antropológico, ya que dicho planteamiento considera que la ambición de poder es inherente a la naturaleza humana.

En este orden de ideas, se constatan tres postulados generales que determinan la interpretación de la sociedad internacional a través del paradigma tradicional:

1. Se destaca una rígida separación entre la política interna y la internacional. Ésta última prima los valores del poder y de la seguridad y, en cambio, desplaza las motivaciones humanas a un plano menos relevante.
2. Los Estados y los estadistas se configuran como los actores esenciales de las Relaciones Internacionales. Los seres humanos sólo son relevantes en su condición de miembros de un Estado.
3. Las Relaciones Internacionales son por naturaleza esencialmente conflictivas y se estructuran como la lucha por el poder y la paz. La máxima prioridad de los Estados se instituye por la seguridad nacional, ya que en este contexto conflictivo en el que no existe un poder superior, los Estados han de garantizarse su propia seguridad.

1.1. Realismo político

El realismo político se inicia en los años 30 como una manifestación teórica concreta que combina factores políticos y económicos, internos e internacionales, culturales y científicos, que revela tanto las insuficiencias del idealismo como la necesidad de analizar la política internacional desde una perspectiva realista, que estudie el mundo tal como es y no como debería ser (Arenal, 2007, 123).

La Segunda Guerra Mundial incrementa la notoriedad de la perspectiva del realismo político, sobre todo en Estados Unidos, país que alcanza una nueva posición internacional tras la misma. Toda una serie de autores encuentran en esta corriente de pensamiento político la base teórica para justificar y explicar la política que Estados Unidos ha implementado con el objetivo de garantizar su hegemonía y “*statu quo*” para garantizar sus intereses nacionales a nivel global. Así, las nociones de poder, interés nacional y equilibrio de poder se constatan como elementos esenciales en la disciplina de la teoría internacional.

Esta tesis entiende por poder la capacidad de los Estados de llevar a cabo sus propios intereses nacionales. En el ámbito internacional, los Estados serán capaces de implementar sus intereses nacionales y superponerlos a los de otros si la suma de sus poderes militares, económicos, políticos y culturales resulta significativamente mayor. La competición en la arena internacional entre los Estados por la consecución de sus propios intereses nacionales llevará a los primeros a desarrollar al máximo posible sus capacidades y poderes de cara a la consecución de sus intereses nacionales. Esto les permitirá elevar su poder a nivel global en detrimento de otros Estados.

Respecto a las características generales que unifican dicha corriente del pensamiento, destaca la consideración de que el conflicto es natural al sistema internacional y que las relaciones internacionales confluyen alrededor de la lucha por el poder. De este modo, niega la existencia de una armonía de intereses entre los Estados. La política internacional se ordena como un perpetuo juego cuyo fin es incrementar al máximo nivel el poder para alcanzar la consecución de los intereses particulares de cada Estado. Por ello, la cooperación es viable pero únicamente cuando es útil para los intereses del Estado (Arenal, 2007, 124).

El poder se conforma como la clave de la teoría realista, que entiende que la tendencia natural del Estado es la búsqueda del mayor poder posible debido a la conflictividad inherente a la arena política internacional. Así, la última se configura como la lucha de los Estados por el poder, en la que independientemente de la ideología de éstos últimos o del sistema político-económico, actúan de forma semejante con el objetivo de incrementarlo. En el ámbito internacional, el único elemento regulador para evitar que los Estados impongan su hegemonía es el del equilibrio de poderes.

Varios autores marcan los inicios del realismo político, en la década de los años 30, con un impacto notable en el desarrollo posterior de la disciplina. En este sentido, Schuman afirma en su obra "*International Politics*", publicada en 1933, que los Estados necesitan buscar en un sistema internacional su seguridad en base a su propio poder y que éstos consideran con alarma el poder de sus vecinos (Arenal, 2007, 26). Carr y Niebuhr se confirman como los autores cuyas aportaciones teóricas adquieren una mayor relevancia en la disciplina durante la década de los años 40 (Arenal, 2007, 125).

La obra "*The Twenty Year's Crisis*", publicada en 1939 por Carr, sienta las bases del realismo político. Según dicho autor, el poder político consta de 3 categorías interdependientes: poder militar, poder económico y poder sobre la opinión. No obstante, estima el militar como el tipo de poder más relevante, ya que tal como afirma Carr en su obra, "la suprema importancia del instrumento militar descansa en el hecho de que la última ratio del poder en las Relaciones Internacionales es la guerra". Así, "la guerra potencial se transforma en el factor dominante de la política internacional y la fuerza militar en el criterio reconocido de los valores políticos" y, concluye sosteniendo que "el poder militar, al ser un elemento esencial en la vida del Estado, se transforma no sólo en un instrumento, sino en un fin en sí mismo...Es quizá por esta razón que el ejercicio del poder siempre parece engendrar el apetito de más poder".

Niebuhr se destaca como el referente por excelencia del realismo político norteamericano por su notoria referencia a la política exterior de Estados Unidos y al papel que desempeña este país en el mundo. La aportación esencial de Niebuhr a la materia es su idea del hombre marcado por el pecado original y por su capacidad de hacer el mal. Así, tal como afirma en "*Christianity and Power Politics*", la vida es "una lucha por el poder" y la guerra y los conflictos internacionales se revelan como una extensión del carácter general de la existencia humana y de la perversidad del hombre.

Niebuhr concluye señalando que el equilibrio de poder es el único elemento que puede proporcionar justicia a nivel internacional.

En esta línea, también cobra relevancia la obra científica de Morgenthau, el gran teórico del realismo político norteamericano y uno de los representantes más notorios de esta corriente durante el período de posguerra. El autor aporta una teoría general de las Relaciones Internacionales desde la perspectiva del realismo político y al servicio que Estados Unidos desempeña en el mundo. Su obra "*Politics Among Nations*" se confirma como el manual de referencia en las universidades norteamericanas y la influencia de sus aportaciones se extiende hasta la actualidad (Arenal, 2007, 136).

El profesor y diplomático Kennan se señala como uno de los teóricos más relevantes del realismo político norteamericano. Respecto a las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética, propugna la necesidad de que el primero retorne a una política de poder dirigida hacia la consecución de sus intereses nacionales. Este autor conexiona con la tradición norteamericana del "destino manifiesto", referida a la designación divina del país en cuanto a la obtención de los objetivos que su supremacía moral le arrogan.

Otro de los autores más actuales que cabría mencionar en este análisis es Kissinger, exsecretario del Departamento de Estado y profesor universitario. Su aportación teórica se fundamenta en la necesidad de la diplomacia para la estabilidad de los sistemas y en la especial responsabilidad de Estados Unidos de asentar un orden internacional equilibrado y duradero, en base al consenso de las principales potencias (Arenal, 2007, 138).

En resumen, se apuntan los elementos que caracterizan las aportaciones de todos los autores realistas (Sodupe, 2003, 80):

1. El Estado se sitúa como el actor central en la arena política internacional, mientras que otros actores como las organizaciones internacionales se enmarcan en una posición subordinada.
2. El acontecer de la vida política internacional es esencialmente conflictivo. Así, los Estados actúan en un medio anárquico sin una autoridad central ante la que responder de sus acciones y bajo la amenaza de la guerra.

3. Los Estados supeditan sus objetivos a la consecución de poder y seguridad, de lo que deriva la autonomía de la política con respecto a lo económico y social.
4. Los Estados se configuran como actores racionales, autónomos y unitarios, con capacidad de perfilar y buscar sus propios intereses.

1.2. Neorrealismo

Desde finales de los años 70, debido a la crisis en que entra la distensión debido al nuevo clima de Guerra Fría que se manifiesta en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, el realismo político retoma el papel protagonista que mantuvo en los años 40 y 50, pero en una nueva versión metodológica bajo la denominación de neorrealismo o realismo estructural (Arenal, 2007, 142), que será la que dote de cuerpo teórico a la implementación de la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008).

Tal como señala el profesor Sodupe (Sodupe, 2003, 79), el neorrealismo se significa como una parte muy sustancial del “*mainstream*” disciplinar y, entre sus obras referentes, destaca sin lugar a dudas “Teoría de la Política Internacional”, de K.N. Waltz, cuya relevancia paradigmática puede ser comparada a la de “*Politics among Nations*” de Morgenthau.

El concepto del neorrealismo sistematiza la significación del realismo tradicional, aportando nuevos elementos originales a las características propias del realismo tradicional.

En este sentido, el neorrealismo difiere esencialmente del realismo tradicional en los siguientes aspectos:

1. Las fuentes en las que basan sus aportaciones teóricas los autores de ambas versiones del realismo presentan diversas diferencias. Así, el realismo tradicional se fundamenta básicamente en la sociología y en la historia, mientras que el neorrealismo acude a la teoría económica.
2. El realismo tradicional señala como objetivo principal de los Estados la búsqueda y la maximización del poder, que se constata como un fin en sí mismo. Sin embargo, el neorrealismo considera el poder como un medio y afirma que el

interés fundamental de los Estados es la consecución de su seguridad, su supervivencia y el desarrollo de su máximo beneficio.

3. El neorrealismo explica los comportamientos internacionales a través del nivel sistémico y de la distribución de capacidades o recursos de poder, mientras que el realismo tradicional lo hace a partir del nivel individual y la naturaleza humana.

En definitiva, el elemento que más diferencia a ambas versiones del realismo es el objetivo del neorrealismo de aportar un mayor carácter científico a los postulados realistas (Sodupe, 2003, 82).

Tal como indica Waltz, la idea de que la política internacional puede ser entendida como un sistema provisto de una estructura precisa se configura como uno de los pilares fundamentales del neorrealismo. En este sentido, sostiene que varios son los principios rectores en una estructura (Sodupe, 2003, 86-89):

1. El sistema internacional se caracteriza por su descentralización y anarquía. Formalmente, todas las unidades del referido sistema son iguales.
2. Los elementos del sistema internacional no se encuentran diferenciados por las funciones que llevan a cabo, sino que es la jerarquía el factor que desencadena las relaciones de supra o subordinación entre las partes.
3. La distribución de capacidades ostenta una relevancia esencial en la definición de la estructura, ya que la mayor o menor capacidad para llevar a cabo tareas similares es la que distingue fundamentalmente a las partes.

Respecto a la premisa neorrealista que asume que la motivación que guía a los Estados es la de buscar su supervivencia, Waltz afirma que en condiciones de anarquía, alcanzar la seguridad depende únicamente de las acciones que los propios Estados estén en condiciones de llevar a cabo en un entorno de alto riesgo. En este sentido, Waltz no alberga confianza en la creación de organizaciones internacionales para paliar situaciones de riesgos y amenazas, pero afirma que es la propia anarquía del sistema internacional la que genera determinados mecanismos de inhibición del uso de la fuerza.

En cuanto a la teoría sistémica de la política internacional, la teoría del equilibrio de poder se configura como un elemento fundamental de la misma. Así, la teoría del equilibrio sostiene que los Estados se conforman a modo de actores unitarios que

buscan como objetivo mínimo su propia preservación y como fin máximo, la dominación mundial. Para alcanzar los referidos objetivos, los Estados emplean medios internos, como la potenciación de sus recursos de poder (entre ellos los militares) y medios externos, como la formación o fortalecimiento de alianzas.

Para Waltz y la teoría neorrealista, los sistemas bipolares han demostrado ser los que mayor estabilidad han propiciado al sistema debido a consideraciones económicas y políticas. En lo que a los fundamentos económicos se refiere, Waltz afirma que la interdependencia económica entre las grandes potencias es más reducida en un sistema bipolar que en otro multipolar. En este sentido, el autor sostiene que la interdependencia no contribuye a la consecución y desarrollo de paz, ya que se han producido guerras civiles y conflictos internacionales entre actores que presentaban una gran interrelación entre ellos.

En un mundo bipolar, la interdependencia es inferior porque los polos del sistema cuentan con una mayor habilidad para alcanzar sus necesidades económicas desde el nivel interno, sin verse en la obligación de recurrir a transacciones con el exterior (Sodupe, 2003, 90-94). Así, apunta que el tamaño de los dos Estados hegemónicos durante la Guerra Fría les permitió mantener un control esencial sobre sus asuntos propios reduciendo de este modo sus vulnerabilidades.

Waltz también mantiene la teoría de que las consideraciones militares se constatan como un elemento de gran estabilidad en un sistema bipolar. De este modo, el autor afirma que un sistema con un número elevado de grandes potencias deriva en una elevada incertidumbre a nivel mundial, ya que la formación y mantenimiento de las alianzas conllevan concesiones que limitan la capacidad de decisión y actuación de los Estados.

Además, ante situaciones de interdependencia entre los miembros de una alianza y de alta competencia entre alianzas, las acciones de determinados Estados pueden llevar al resto a conflictos no originados directamente por ellos. Asimismo, un sistema bipolar incrementa las oportunidades para que dos grandes Estados intenten controlar el sistema, ya sea transformando o manteniéndolo, preservando la paz u ordenando la economía mundial.

Dentro de la teoría neorrealista, los desarrollos relativos a la formación de alianzas ocupan un lugar muy destacado y, en especial, el concepto de equilibrio de poder y

equilibrio de amenazas. A este respecto, S.M. Walt se distingue como el autor más notorio a propósito del concepto del equilibrio de amenazas.

Walt afirma que los Estados forman alianzas con el objetivo principal de paliar todas las manifestaciones significativas de peligro para su independencia. De este modo, el autor atribuye a la relevancia de la distribución internacional el poder como condicionante esencial sobre el comportamiento de los Estados. Así, afirma que cuantos mayores sean los recursos de un Estado, mayor es el poder potencial de amenaza que presenta para los demás.

Sin embargo, Walt sostiene que la distribución de poder no resulta decisiva para explicar las políticas de alianzas que deciden formar los Estados, ya que los recursos de un Estado poderoso se pueden emplear tanto para sancionar a sus enemigos como a recompensar a sus aliados.

La prevalencia de poder permite tanto favorecer tendencias al equilibrio como “*bandwagonings*” (la práctica que consiste en alinearse con el Estado más fuerte). Walt agrega variables a los elementos estructurales de la teoría de Waltz que inciden en las valoraciones de los gobernantes a la hora de tomar decisiones con respecto al momento en que optan por aliarse con uno u otro Estado o coalición.

Walt cita como variables destacables que intervienen en el sistema de equilibrio de amenazas la proximidad geográfica, los recursos ofensivos y las intenciones de los Estados (Sodupe, 2003, 103-106). La variable de la proximidad geográfica influye con respecto a la formación de alianzas en el sentido de que los actores tienden a inclinarse por una coalición como respuesta a amenazas próximas, ya que la capacidad de los Estados para dejar patente de modo efectivo su poder se reduce con la distancia.

Además, los Estados aumentan su nivel de amenaza cuando adquieren recursos militares o políticos específicos que se configuran como un peligro directo para la integridad territorial o para la estabilidad política de otros actores. Por ello, los Estados que poseen recursos importantes y una naturaleza notablemente ofensiva, son susceptibles de fomentar la creación de más alianzas en su contra que los que son militarmente débiles o capaces de garantizar únicamente su defensa.

La variable relativa a las intenciones de los Estados se refiere al hecho de que los Estados que se perciben como actores marcadamente agresivos desencadenan la unión

de otros actores contra ellos. En consecuencia, Walt afirma que las percepciones de los Estados sobre las intenciones de los demás desarrollan un papel fundamental en la formación de las alianzas y, los Estados percibidos como especialmente agresivos, presentan escasas posibilidades de que otros actores elijan aliarse con ellos. En cambio, existen muchas posibilidades de que se conforme una alianza opositora contra ellos mismos.

Respecto a la teoría del equilibrio frente a la amenaza, Walt afirma que los Estados se unirán contra los actores que sean percibidos por los demás como la principal fuente de peligro. Con ello, dicha proposición justifica la razón por la cual un Estado puede aliarse con el poder más fuerte y la tendencia de los actores a dotar de equilibrio al sistema cuando existe un Estado, aunque no sea el que cuente con más recursos, que se perciba como la principal amenaza, ya sea por su proximidad geográfica, por la obtención de medios notablemente más potentes de conquista o expansión o por sus intenciones agresivas hacia terceros.

2. Fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense

Definir el neoconservadurismo estadounidense se configura como una tarea compleja y delicada, puesto que se trata de una variedad muy particular del conservadurismo norteamericano.

En un país en el que no existe la experiencia de antiguo régimen, feudalismo, monarquía ni anticlericalismo, no se puede plantear la restauración como marco de referencia de análisis, por lo que a partir de ahora debemos tener en cuenta que el neoconservadurismo estadounidense se configura como una corriente exclusivamente norteamericana y, para su estudio, debemos aparcar todo eje de análisis europeo.

El conservadurismo norteamericano, en su significación original, es una herencia británica marcada por los discípulos de Edmund Burke, cuyo eje ideológico gira alrededor de pequeñas comunidades libres, familia y valores (Frachon y Vernet, 2004, 70).

El neoconservadurismo se estructura como "neo" en un doble sentido. Así, los protagonistas de su primera generación eran nuevos en el conservadurismo porque venían de la izquierda y, a veces, de la extrema izquierda. Y además, el

neoconservadurismo aportaba una nueva concepción de la política.

Respecto a las ideas clave de los neoconservadores en materia de política interior, cabría señalar brevemente que la reducción de los impuestos para estimular el crecimiento no es una invención de los mismos, que "están más interesados en el crecimiento que en las bajadas de impuestos. Sólo la perspectiva del crecimiento económico, que permite prosperar a todos, aunque no sea de la misma forma y al mismo ritmo, da a las democracias modernas su legitimidad y su perennidad" (Frachon y Vernet, 2004, 70). Asimismo, los neoconservadores no aprecian la concentración de servicios en manos de la Administración, pero no están obsesionados por reducir el Estado.

En cuanto a la política exterior, en sus orígenes no era el ámbito predilecto de los neoconservadores. De hecho, no llegaría a serlo hasta la última década de la Guerra Fría. Según Irving Kristol (Frachon y Vernet, 2004, 71), la actitud neoconservadora estadounidense en esta materia puede resumirse en las siguientes tesis: el patriotismo es un sentimiento natural y sano, un gobierno mundial es una idea espantosa debido a que puede conducir a la tiranía mundial y, las instituciones internacionales que tengan este objetivo último han de ser consideradas con el más profundo recelo.

2.1. La visión de la política exterior en función de la teología política. Aspectos esenciales

Como dedujo Johan Galtung, la teología política resulta fundamental para analizar la política exterior estadounidense, ya que para la mayoría de los norteamericanos, Estados Unidos es simplemente la nación elegida por Dios y su presidente ha de hacer cumplir los designios divinos en la tierra (Galtung, 1999, 31). En consecuencia, la religión interviene en la visión que los estadounidenses se forman del mundo y explica su extendida percepción de pueblo elegido por Dios junto con su misión de propagar sus valores y principios alrededor del mundo (Russell, 2006).

Uno de los puntos más importantes de la teología política del conservadurismo estadounidense para esta investigación gira entorno a la relación establecida entre el comportamiento moral, tal como se define en el contexto religioso y las relaciones exteriores.

2.1.1. La configuración del espacio mundial

Según Galtung, bajo el prisma de la teología política estadounidense, el sistema mundial se encuentra dividido en 4 círculos suspendidos entre el bien y el mal (Galtung, 1999, 33).

En la cúspide se situarían los Estados Unidos, rodeados del centro del mundo, los aliados. Éstos últimos deben cumplir como mínimo dos de los tres requisitos siguientes: una economía de libre mercado (capitalista), fe en el Dios judeo-cristiano y elecciones libres.

El centro podría definirse como el espacio de las democracias industrialmente avanzadas. Para la teología política que se aborda, sería perfecto si un país cumpliera todos los requisitos señalados para entrar a formar parte de los países miembros del centro y, que asimismo, fuese rico, hecho que normalmente suele acompañar a tales condiciones. Los países que Estados Unidos considera parte de esta categoría suelen coincidir con los que participan en las cumbres económicas celebradas cada año.

En el siguiente nivel estaría la periferia, que básicamente agrupa a los países del tercer mundo. Éstos últimos por lo general no son ricos. Respecto a los tres requisitos que Estados Unidos demanda a los países para entrar a formar parte del centro, este grupo de la periferia cumple como mucho dos, aunque generalmente sólo suele ser uno.

Posteriormente, se encuentra el grupo de los países malos, cuyo prototipo no presenta una economía de libre mercado, ni un sistema democrático (según los principios occidentales) ni profesa la fe judeo-cristiana. Incluso se dan casos en que estos países rechazan públicamente estos valores y se posicionan entorno a fórmulas totalmente contrapuestas, como la economía de planes, el ateísmo científico y el liderazgo de un único partido. Así, aunque sea rico, un país socialista no puede traspasar los límites de esta categoría y ascender a la primera y segunda categorías.

La esencia de esta categorización del espacio internacional mundial por parte de Estados Unidos es básicamente teológica, puesto que suspende el mundo entre el cielo y el infierno. Galtung plantea con ello que esta ordenación del mundo es simplemente una nueva dicotomía, una visión dualista del planeta debido a un sistema de correspondencias. Así, los constructores del monoteísmo también pueden edificar el

monosatanismo por analogía.

De este modo, resultaría lógico que Satanás adoptase una única forma dentro del espacio mundial configurado y que seleccionase a un único actor al igual que Dios, que también ha elegido a un único representante suyo en la Tierra, a Estados Unidos. Si Estados Unidos es el país elegido por Dios, ¿por qué no iba a haber un país del diablo?

Aunque generalmente sólo adopta una forma a la vez, con el tiempo Satanás podría cambiar la forma elegida para manifestarse. El diablo podría dejar de representarse en forma de comunismo y adoptar la naturaleza real de terrorismo como instrumento del mal más potente que el primero. Es más, puede darse una fórmula de transición, en la que el comunismo apoya al terrorismo hasta gestarse un nuevo orden del mal.

En la arena mundial, la teología política estadounidense prevé un abanico diverso de opciones. En sus términos teológicos, se hablaría de perdición y de salvación, de la caída y del regreso a la gracia, de pecado y castigo por un lado y de expiación y perdón por el otro. La premisa teológica se refiere a que en este mundo, hay alguien con potestad de conceder y retirar la gracia divina. En términos diplomáticos, se traduce en el reconocimiento y, en clave económica, en el reconocimiento de nación favorecida.

El reconocimiento posee un valor distinto dependiendo de quién provenga. Cuando procede de Washington, es cuando más peso y legitimidad tiene, puesto que es el representante de Dios en la tierra según la metáfora básica.

Como ha analizado Galtung, la mística de los Estados Unidos como país especial se siente en todo el mundo. Como condición fundamental, se le debe aceptar como la máxima autoridad para reconocer o negarse a reconocer a los demás países (Galtung, 1999, 32-40). Por ello, para salvarse dentro de este sistema internacional, una de las vías a seguir por los países es el reconocimiento o la sumisión a la autoridad estadounidense derivada de los designios divinos.

El otro camino ya se señaló previamente: la adopción de las características del centro en general y de los Estados Unidos en particular, sobre todo de los elementos referidos al libre mercado, la religión judeo-cristiana y las elecciones democráticas. El ejercicio de estas instituciones ha de ser un acto de auténtica conversión, que provenga de una convicción interior. Sería como la conversión al cristianismo, no una simple acumulación de méritos.

Si un país no quiere reconocer a Estados Unidos como ente superior y/o se aparta de las características fundamentales señaladas anteriormente, la consecuencia puede ser la caída de la gracia y su toma en consideración como mal exterior.

2.1.2. Beneficencia, omnisciencia y omnipotencia

Tal como explica Galtung (1999), el país más cercano a Dios también es el representante de Dios en la tierra y las 3 características principales que configuran a Dios según la teología política del movimiento conservador estadounidense son la beneficencia, omnisciencia y omnipotencia.

Dudar de las buenas intenciones de Estados Unidos convierte en sospechoso a quien plantea la cuestión, no al país. Únicamente los países que se sitúan en el mal exterior pueden poner en duda a Estados Unidos.

En cuanto a la omnisciencia y la omnipotencia, tienen que salvaguardarse, puesto que no se pueden dar por hechas simplemente. Con la omnipresencia del diablo en el mundo, se precisan acciones arduas y costosas. En la realidad, esto se concreta en la vigilancia electrónica de todo el mundo, de los países que son sospechosos de albergar maldad en su interior. Quien decide qué países han de incluirse en esta última categoría es únicamente Estados Unidos.

Asimismo, la omnisciencia implica que Estados Unidos ha de conocer exclusivamente todo lo que ocurra en el mundo y ostentar de este modo el monopolio del saber. Éste último hecho se reflejaría en la existencia y dinámica de la Agencia de Seguridad Nacional (NSA) (Galtung, 1999, 32-40).

Con la omnipotencia, Galtung señala que Estados Unidos ostenta el poder de ejercer el poder. Para ello, el país elegido por Dios en el mundo necesita disponer de muchos recursos para imponerlo, tanto potenciales como activos. De acuerdo con lo expresado, Estados Unidos precisa un poder cultural, como lo ejerce la Agencia de Información de Estados Unidos (USIA) para propagar normas, valores, ideas (a través de *Voice of America*, *Radio Free Europa*, *Radio Liberty*). Asimismo, necesita un poder económico, ya sea en el sector privado como en el sector público en forma de ayudas (*US Aid*). Y también precisa un poder militar, tanto de modo directo como el que ejerce el Pentágono como al nivel indirecto de la CIA. Finalmente, se prevé la necesidad de poder político para coordinar los otros tres no únicamente en Washington, sino en una

red mundial de aliados fieles.

2.1.3. El papel especial de Estados Unidos en los conflictos

Si un país entra en conflicto con los Estados Unidos se debe a que mantiene una postura equivocada, por lo que es la obligación del último restablecer el orden. Estados Unidos no utiliza el enorme potencial de poder del que dispone como las demás naciones, en conflictos entre ellas, ya que no entra en una guerra como parte implicada. Entra en conflicto como tercera parte y mediador supremo, no como otro país más del orden internacional. Si las dos partes en conflicto se encuentran en un mismo país, Estados Unidos ha de ayudar a las fuerzas del bien a vencer a las del mal (Galtung, 1999, 42-46). En consecuencia, si en dicho país en conflicto no existe ninguna fuerza del bien para apoyar, se demuestra la extrema maldad del país, por lo que el último merece ser bombardeado.

La forma de proceder en este sentido de Estados Unidos no contempla la venganza, puesto que ésta es una característica de los países ordinarios, como en un ajuste de cuentas. Así, la venganza se produce entre iguales y el castigo es algo que se ejerce desde arriba para proteger la seguridad y evitar que el país en cuestión siga cometiendo maldades.

Estados Unidos puede recurrir en último lugar a la eliminación para proteger su seguridad individual, por lo que se justifica que posea armas de exterminio. El mal puede aparecer en cualquier lugar del mundo y en cualquier configuración de poder, por lo que la obligación de las fuerzas del bien es enfrentarse a él en cualquier lugar y de cualquier modo. Para Estados Unidos ningún sacrificio es demasiado grande a la hora de combatir el mal para proteger a las fuerzas del bien.

Asimismo, tal como destaca Galtung, Estados Unidos tiene el deber por el propio bien de los países, de que éstos no caigan en el mal, puesto que además de ser peligrosos para el resto del mundo, también lo son para ellos mismos. Este deber supremo de los Estados Unidos puede ser difícil de asumir para el mismo país, pero siendo el último juez del orden mundial, debe llevar a cabo este sacrificio.

2.1.4. La obligación de la lucha hasta el final

Como analiza Galtung, la metáfora bíblica implica que Estados Unidos debe seguir luchando hasta conseguir la capitulación incondicional del país rebelde y malvado para

no convertirse en un país ordinario. De este modo, Estados Unidos se erige como el vigilante supremo que debe hacer que se cumpla la justicia y la "ley" en el mundo.

Estados Unidos no puede aceptar la igualdad de condiciones con ningún otro país, porque conllevaría la aceptación de la igualdad moral entre el bien y el mal, entre Dios y el diablo. Por ello, este país tiene el deber de poseer un arma final (Galtung, 1999, 47-49) y no debe tolerar la igualdad moral al ser superior y porque debe hacer preponderar el orden divino en el mundo. Quien se posiciona al lado de las fuerzas del mal en su batalla contra el bien, es antiamericano.

No obstante, Estados Unidos es generoso y si un país abandona el mal, es recibido en el centro con las naciones civilizadas. En ese caso, puede negociar un nuevo puesto en el orden mundial. En términos teológicos, por la gracia de los Estados Unidos, éste último puede perdonarle sus pecados

2.1.5. La supremacía de Estados Unidos

Según la teología política del conservadurismo estadounidense, Estados Unidos es la nación más cercana a Dios sobre la tierra, por lo que no hay cabida para ninguna nación u organización supranacional más entre Estados Unidos y Dios. Con ello, la cultura norteamericana, la religión judeo-cristiana, el liberalismo y el conservadurismo en sus manifestaciones capitalistas se configuran como superiores. De este modo, Estados Unidos debe ser la nación económicamente más fuerte, puesto que la situación natural es la superioridad estadounidense en todos los aspectos.

Tal como argumenta Francis Fukuyama (Fukuyama, 1992, 397), las democracias liberales han permitido el derrumbe de las tiranías así como la aparición de nuevos derechos y, con ello, el incremento de las libertades en sus sociedades avanzando en la dignidad de las personas. En este sentido, las democracias capitalistas liberales se constatan como el último estadio del proceso histórico, ya que según el citado autor, proporcionan la libertad e igualdad que necesitan las sociedades para ser estables y satisfacer las necesidades de sus ciudadanos.

El poderío militar de los Estados Unidos debe ser preponderante en el mundo porque éste está obligado a, si se plantea la disyuntiva, castigar y exterminar el mal con el arma final. A ello se debe la Iniciativa Estratégica de Defensa estadounidense, no calificada como ofensiva, para no hacer dudar de la beneficiencia del país.

Estados Unidos también cuenta con la supremacía política mundial, ya que aunque puede tener la condescendencia de consultar a sus aliados, tiene la potestad de tomar las decisiones unilateralmente. No debe existir ningún principio, ley internacional, ni institución supranacional superior a los Estados Unidos, ni siquiera la Organización de Naciones Unidas (ONU), a no ser que estén regidas por Estados Unidos para expandir su influencia benéficamente por todo el planeta. En esta línea, la ONU ha de reconocer la supremacía estadounidense.

Tal como concluye Galtung, se deduce que Estados Unidos puede decidir libremente porque no existe ninguna instancia entre el mismo país y Dios. No tiene la obligación de rendir cuentas al mundo, por lo que su comportamiento puede a veces verse inmerso en contradicciones. No obstante, el resto del mundo, al situarse en una escala de inferioridad con respecto a los estadounidenses, tiene la obligación de rendir cuentas a Estados Unidos, por lo que han de regirse según las reglas del orden mundial (el establecido por los Estados Unidos) (Galtung, 1999, 49-52).

2.1.6. Estados Unidos como modelo de orden divino

Estados Unidos es el país elegido por Dios en la tierra, por lo que es la luz espiritual que guía a las demás naciones. En consecuencia, se prevé que el mundo tiene que americanizarse, es decir, desarrollar instrumentos que conduzcan a que las demás naciones se parezcan a Estados Unidos como modo más apropiado para implantar el orden mundial que ya lidera el país (Galtung, 1999, 54-57).

La americanización supone un sentido que abarca más aspectos que los tres principios ideológicos que ya se destacaron con anterioridad: el mercado en clave capitalista, la fe en el Dios judeo-cristiano y la celebración de elecciones libres. Uno de los elementos básicos de Estados Unidos como utopía es la idea de comenzar de nuevo y convertirse en parte de ella, volver a nacer. Cabría citar en este punto al movimiento de los cristianos "*born again*" o cristianos renacidos, al cual el presidente George W. Bush, cuyas Administraciones se analizan en esta tesis, pertenece.

La americanización supone además de la aceptación de su cultura y de la consiguiente actuación según sus normas, el no rechazo de la misma. Éste último podría indicar una inclinación malvada. Asimismo, su aceptación e interiorización supondría la constatación de indicios de buena voluntad. En este sentido, los países y personas que rechazan los símbolos de la americanización y las políticas de Washington son

clasificados como antiamericanos. Galtung concluye que posicionarse a favor de Estados Unidos y profesar sus valores es simplemente la interpretación correcta de la condición humana en general y no tanto una opción ideológica.

2.1.7. El Destino Manifiesto

A semejanza de la metáfora bíblica, los primeros colonos y los padres fundadores de Estados Unidos se consideraron el pueblo elegido en la Tierra Prometida debido a sus creencias religiosas, derivadas de su condición de disidentes religiosos calvinistas inspirados por esperanzas milenaristas e ideas teocráticas, que veían en sus austeros poblados en tierras vírgenes el inicio de una nueva historia de la humanidad (Pfaff, 2007a, 38). La teoría del Destino Manifiesto de Estados Unidos alimentó la influencia del mito nacional estadounidense como nación elegida por Dios para guiar al resto del planeta (Pfaff, 2007b, 58).

Esta consideración de excepcionalidad establece para Estados Unidos un estatus moral diferenciado y una misión singular que llevar a cabo en la historia de las naciones. Debido a este razonamiento, el Destino Manifiesto de Estados Unidos le aporta esa posición especial con responsabilidades globales y privilegios excepcionales, necesarios para poder desarrollar su misión nacional de extender la visión estadounidense de democracia por el mundo y que justifica las posibles vulneraciones de la legislación internacional que puedan cometer las diversas administraciones norteamericanas en el ejercicio de la implementación de su política exterior.

Los valores e ideas que sustentan el Destino Manifiesto de Estados Unidos se encuentran plenamente arraigadas en todos los sectores de la sociedad, incluyendo a las clases políticas y los centros de toma de decisiones (Pfaff, 2007 a, 40).

La teología política estadounidense considera la creación del Estado de Israel en función de la metáfora bíblica que afirma que los judíos son el pueblo elegido y Judea y Samaria la Tierra Prometida. Desde la fundación de la colonia de Plymouth en 1620, la expresión “La Nueva Israel de Dios” aparece recurrentemente en la historia de Estados Unidos (Galtung, 1999, 22). Se trata de una potente metáfora que refleja la historia de un pueblo en la diáspora y que huye de un poder represivo buscando un nuevo comienzo.

El pequeño pueblo al que se refiere “La Nueva Israel de Dios” tiene un Dios, Jehová, que mantiene una relación especial con su líder, Moisés. Ambos hacen un pacto en el monte Sinaí: Jehová concede un puesto especial a los judíos en la diáspora, el de nación predilecta y con una Tierra de Promisión, Eretz Israel. De este modo, como Pueblo Elegido, desempeña el papel fundamental de guía espiritual de los otros pueblos, a los que se supone inferiores porque no han sido los elegidos por Dios (Galtung, 1999, 23).

Como parte del pacto, la diáspora ha de cumplir en sus oraciones diarias con los Diez Mandamientos, estableciéndose una relación entre el puesto especial que ocupa como pueblo elegido y el cumplimiento de su parte del primero. Por ello, Jehová no estará obligado a ayudar al Pueblo Elegido en su busca de la Tierra de Promisión si éste se aleja de su obligación moral adquirida en el Monte Sinaí. Así pues, se fija una relación entre el comportamiento moral, tal como se precisa en el contexto religioso y las relaciones exteriores, las relaciones con otros pueblos (Galtung, 1999, 24).

Por lo tanto, el cumplimiento de los Diez Mandamientos se convierte en una obligación colectiva que se ha de cumplir para garantizar la supervivencia de la comunidad, con lo que el control religioso interno deviene en una necesidad social.

Los hombres y las mujeres que conformaban la sociedad estadounidense en la época de la fundación eran miembros de comunidades religiosas unidas por un código moral común y la creencia en Dios. Su proyecto comunitario forjó el fundamento esencial de la fortaleza de aquellas comunidades (Fukuyama, 1992, 434).

El único libro que durante siglos leyeron los pioneros americanos fue la Biblia, si bien los dos Testamentos. En consecuencia, éstos se erigieron como la fuente de sus metáforas y orientaciones religiosas y el hecho de residir en asentamientos de tamaño reducido hacía disminuir el abanico de posibilidad de diversificación religiosa (Galtung, 1999, 25). Así es como se entiende que los pioneros americanos asimilaron el parecido que existe entre el modelo bíblico y su realidad objetiva y subjetiva.

Según Galtung, si partimos de la base de que hay un Dios que ayuda a los elegidos o a los justos, significa que Dios ha elegido al pueblo estadounidense y que está entre los justos. En esta línea, cabría mencionar que el fracaso de las naciones no necesariamente implica que los medios sean injustos, sino que puede verse debido a faltas morales, lo que conlleva a la pérdida del apoyo divino. Corrigiendo estas faltas, es decir, volviendo a los valores que propugnan las democracias liberales (Fukuyama, 1992, 22) volverán a

cambiar a bien las relaciones con Dios y, el éxito de dichas naciones estará garantizado.

Asimismo, justifica los medios que han utilizado para conseguirlo y este mecanismo también funciona para las relaciones entre naciones. Si América realmente es la Tierra Prometida, entonces la facilidad con la que los colonos pueden eliminar a los indios es un indicio de que han obrado bien, como individuo y como colectivo.

Los pioneros americanos encontrarían en el Viejo Testamento la metáfora que les sirviese para justificar sus relaciones con los indios. Posteriormente, la dinámica de los pioneros americanos pudo haberles inspirado como ejemplo a los israelíes en su modo de proceder con el pueblo palestino. La metáfora bíblica se configura así como un arquetipo con gran poder de convicción y que sólo pretende legitimar las pautas de comportamiento de los pioneros americanos.

2.2. El fundamentalismo estadounidense

Cuando los norteamericanos oían a Bin Laden, sin duda se alarmaban cuando decía frases como "Seguiremos este camino porque forma parte de nuestra religión y porque Dios, alabado sea, nos ordenó que hiciéramos la *yihad* para que la palabra de Dios se elevara a las alturas".

Las respuestas de Bin Laden venían generalmente precedidas o subrayadas por expresiones al estilo de: "Por la gracia de Dios, alabado sea...". Así, se presentaba como un musulmán devoto ante sus seguidores. Ante sus detractores, se mostraba como un extremista religioso, alguien que justificaba sus actos con la ayuda de una interpretación simplista de las escrituras de su Dios, un hombre que se revestía de una devoción que le exigía matar a otros hombres, mujeres y niños (Scowen, 2003, 181-183).

Según lo anteriormente expresado, cabría preguntarse lo que sentía el resto del mundo cuando el presidente estadounidense Harry Truman daba las gracias a su Dios por haber concedido la bomba atómica a Estados Unidos: "Damos gracias a Dios de que (la bomba) haya ido a parar a nuestras manos y no a las de nuestros enemigos; y le pedimos que Él nos guíe para utilizarla según sus designios y para sus fines".

En las mismas circunstancias, Bin Laden no se habría expresado de un modo distinto. Como tampoco lo haría un terrorista suicida momentos antes de enviarse a sí mismo al paraíso asesinando a varios israelíes.

2.2.1. Del fundamentalismo a la Mayoría Moral

Estados Unidos se manifiesta como una nación predominantemente cristiana (Gallup, 2004). Las estimaciones varían, pero el hecho es que, mientras que la asistencia a la Iglesia ha descendido en casi todos los demás países cristianos durante los últimos 25 años, en Estados Unidos se ha mantenido relativamente estable y fue más alta en 2002 que 10 años antes. Esto no es difícil de entender. En sus primeros tiempos, Estados Unidos fue un refugio para personas cuyas creencias religiosas las condenaban a la cárcel o limitaban sus posibilidades de huir de la pobreza en los países europeos. Por ello, es poco probable que los norteamericanos se opongan a los deseos de un presidente consagrado a derrotar algo o a alguien tan espantoso como el propio demonio.

Las iglesias norteamericanas, entre ellas la protestante y la católica, han adoptado tonos populistas que atraen todo tipo de devoción. Este populismo se remonta al siglo XIX, cuando ciertas ramas de la Iglesia protestante se convirtieron en las religiones principales del país (Scowen, 2003, 185). Las confesiones antiguas fueron eclipsadas por los metodistas y los baptistas, quienes con sus asambleas evangélicas y sus predicadores ambulantes, prometían la vida eterna a los salvados y el infierno a los pecadores.

Los metodistas se destacaron como el grupo principal a mediados del siglo XIX, pero a medida que iban volviéndose más opulentos y sus pastores se formaban en el seminario, su fervor disminuyó y los miembros que anhelaban una fe más evangélica se marcharon con la intención de fundar nuevas iglesias (*Fundamentalist Movement*, ápu Scowen, 2003, 185).

La edición de 1996 de la *Encyclopedia of American Religion* enumeraba más de 2.150 religiones organizadas en Estados Unidos, desde las iglesias tradicionales hasta las versiones de carácter "extravagante", con nombres como *New Enlightened Inspired Living* (Nueva Vida Inspirada en la Ilustración), *Nudist Christian Church of the Blessed Virgin Jesus* (Iglesia Cristiana Nudista del Bendito Jesús Virgen) y *Original Hebrew Israelite Nation* (Primera Nación Israelita Hebrea).

Esta fragmentación religiosa ha constituido durante largo tiempo un asunto

controvertido para los tradicionalistas. Debido a ello, a lo largo de la historia de los Estados Unidos se han producido en ocasiones llamadas a un retorno a los dogmas fundamentales. Uno de los movimientos más relevantes tuvo lugar en el seno de la Iglesia protestante durante la primera parte del siglo XX y fue esto mismo lo que dio origen a la idea del fundamentalismo religioso. Así, se dice que éste término se acuñó en el transcurso de un congreso bíblico en 1910 en *Niagara Falls* como reacción a lo que se entendía como una crisis de la moral y los valores protestantes (Scowen, 2003, 186).

Milton y Lyman Steward publicaron *The Fundamentals* entre los años 1910 y 1920, una diatriba en 12 volúmenes que llamaba a los protestantes a regresar a una interpretación literal de la Biblia, tan estricta que exigía a los adeptos que creyeran que Adán y Eva tuvieron que cercar su casa para protegerse de los dinosaurios. Fueron los fundamentalistas quienes dirigieron la acusación en el juicio de Scopes de 1925, en el que un maestro fue procesado por enseñar la evolución en la escuela después de que el Estado de Tennessee lo hubiese prohibido.

Posteriormente, el movimiento fundamentalista abandonó la corriente principal, pero no desapareció, creando una red en rápida expansión de organizaciones no explícitamente confesionales. Entre las mismas, se encontraban editoriales, misiones y emisoras de radio. En el centro de esta red fundamentalista había aproximadamente setenta asociaciones bíblicas de todo el país, las cuales provocaron un resurgimiento del movimiento fundamentalista después de la Segunda Guerra Mundial, que convirtió en estrellas a predicadores evangélicos como Billy Graham.

La reaparición más espectacular que el movimiento iba a protagonizar tuvo lugar en la década de los 70 coincidiendo con la eclosión del neoliberalismo, cuando la psique estadounidense iba un tanto a la deriva y en busca de una renovación. Entonces, el neoliberalismo surgió como una forma de entender cómo debería ser el mundo y de qué modo deberían regirse las naciones y la sociedad (Vega, 2010, 57). Así pues, el neoliberalismo como ideología tiene como finalidad estructurar el mundo y la sociedad a nivel nacional e internacional, de forma que pueda ser dirigida por una nueva clase de aristocracia financiera, frecuentemente no elegida, invisible y anónima (Vega, 2010, 62).

Mediante el neoliberalismo, se intentaría justificar y racionalizar una determinada estructura de relaciones políticas internacionales dirigida por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, que unirían a su poder institucional su poder político, comercial, financiero, cultural y militar. Ésta estructura de relaciones políticas internacionales permitiría que su máxima instancia decisoria fuera obviada si se considera que la legalidad que la misma representa resulta incompatible con la legitimidad que suponen los intereses y valores de quien tiene suficiente fuerza para hacer caso omiso a sus decisiones (como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y Estados Unidos) (Vega, 2010, 63).

En definitiva, el neoliberalismo como ideología se fija como objetivo el progresivo y paulatino control del resto del mundo, con la ventaja añadida para las potencias que dirigen la estructura de las relaciones políticas internacionales de la inmensa superioridad tecnológica en los campos ideológico, económico y militar que ya presenta con respecto al resto de la comunidad internacional (Vega, 2010, 63).

Por su parte, el fundamentalismo se había asociado siempre al patriotismo, el militarismo y la economía de libre mercado. En los Estados Unidos posterior a Vietnam y el *Watergate*, cuando tales sentimientos volvieron a estar de moda, los fundamentalistas, estimulados políticamente y que habían anhelado durante mucho tiempo volver a fundar una "América cristiana", jugaron un papel importante y manifiesto en el resurgimiento de la derecha (*Fundamentalist Movement*, ápod Scowen, 2003, 187).

En este contexto, Jerry Falwell funda en 1979, justo un año antes de la elección de Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos, la *Moral Majority*, una organización neofundamentalista. Falwell, un veterano evangelista televisivo, explotó el sentimiento fundamentalista latente en los Estados Unidos y la convirtió en un influyente grupo de presión política (Scowen, 2003, 187-188).

2.2.2. La Mayoría Moral

La Mayoría Moral surgió como una organización política "a favor de la vida, la familia, la moral y Estados Unidos", que movilizó a los norteamericanos de las zonas rurales para oponerse a la pornografía, el aborto, el movimiento a favor de los derechos de los gays y lesbianas y el Estado del bienestar; para apoyar un aumento de los gastos en defensa, la pena de muerte y el sistema de libre empresa y, para elegir candidatos que

compartieran esos objetivos" (*Moral Majority*, ápuđ Scowen, 2003, 188). Este grupo alcanzó un papel protagonista en las elecciones de 1980 y fue uno de los partidarios más activos de la candidatura de Reagan (Scowen, 2003, 188).

Tras un período de desorganización interna, la Mayoría Moral fracasó en 1989 y se transformó en la Coalición Cristiana, cuyo fundador fue Pat Robertson. Éste último emprendió numerosas campañas de ámbito local y logró una notable influencia de ámbito nacional contribuyendo al triunfo archiconservador en las elecciones al Senado de Carolina del Norte en 1990. El éxito más visible de la Coalición Cristiana tuvo lugar en 1994, cuando contribuyó en gran medida al rotundo triunfo republicano en las elecciones al Congreso.

Pat Robertson, quien después del 11S convino con Falwell en afirmar que los atentados eran un castigo de Dios contra Estados Unidos "por tolerar a las feministas, los gays y las lesbianas, los libertarios y determinados jueces federales", no actuó nunca con moderación y tolerancia en sus actos y tampoco aplicó el perdón cristiano en su discurso fundamentalista (*The Right Still Has Religion*, ápuđ Scowen, 2003, 189).

Pat Robertson y Jerry Falwell perdieron credibilidad después de atribuir el 11S a homosexuales, ateos, feministas, etc., pero continuaron ocupando un nivel de influencia destacable. Así, *Jerry Falwell Ministries* es una poderosa fuente evangelista, lo mismo que *Christian Broadcasting Network*, de Pat Robertson. Tras la dimisión de Pat Robertson como presidente de la Coalición Cristiana en diciembre de 2001, fue designado para ocupar el mismo cargo John Ashcroft, una figura cercana a George W. Bush con posiciones poco moderadas dentro del conservadurismo.

2.3. La influencia de Leo Strauss

Leo Strauss se ha destacado como un personaje muy controvertido, puesto que unos ven en él al padre espiritual de los neoconservadores y, en cierto modo, al teórico de la renovación del pensamiento conservador en los Estados Unidos. En cambio, otros le consideran como un filósofo de derecha y cuasi fascista (Frachon y Vernet, 2004, 50).

Strauss, que se interesaba episódicamente por la política cotidiana, no se hubiera colocado en la categoría de los neoconservadores. Es más, ni siquiera era "conservador" en el sentido primigenio de la palabra. Para Strauss, el acceso a la verdad no dependía de la herencia ni de la tradición, como para los conservadores tradicionales, sino de la

razón. Strauss criticaba la modernidad en nombre de la razón y la búsqueda constante de la verdad.

Se podría decir que Strauss no era un neoconservador, que todos los neoconservadores no son straussianos y que todos los straussianos no son neoconservadores. Pero que, "pensar en el neoconservadurismo contemporáneo sin Strauss es evidentemente imposible. Sin embargo, sería excesivo decir que el neoconservadurismo es la aplicación de sus teorías" (Raimondo Cudebbu, en *Ma l'exportazione della democrazia non faceva per lui, Reset* nº 81, 2004, ápod Frachon y Vernet, 2004, 53).

La innegable influencia de Leo Strauss en el debate político norteamericano contemporáneo se ha difundido de dos modos complementarios: a través de sus alumnos (algunos incluso se consideran discípulos) y a partir de los principios de su enseñanza en un país sin una gran tradición filosófica y, sobre todo, sin un gran filósofo conservador.

Respecto a los alumnos de Strauss, cabría destacar que el acento puesto en la filosofía clásica y el rechazo del relativismo de la cultura universitaria norteamericana y de su corolario, el multiculturalismo, les hacían atípicos respecto de las corrientes intelectualmente hegemónicas. Ese ostracismo les llevaba a crear redes que les separaban aún más del resto de los universitarios y se convirtieron en los elementos dominantes en ciencias políticas. Evitaron la enseñanza superior y se refugiaron en los centros de estudios o análisis o directamente en la Administración.

El profesor Strauss, nacido en Alemania y de origen judío, se exilió a los Estados Unidos huyendo del nazismo. Fue en la Universidad de Chicago donde desarrolló su actividad académica hasta el final de su carrera y centró su enseñanza en los clásicos como Platón, Tucídides y Aristóteles. Para Strauss, las verdades eternas se explican a partir de los clásicos y sostenía que su actualidad científica no había sido sobrepasada por las ambiciones científicas de los pensadores sociales contemporáneos (Marco, 2007, 175). Debido al radicalismo de su postura, fue considerado como un pensador reaccionario, crítico con los regímenes democráticos y con la modernidad.

Leo Strauss no defendía retroceder en el tiempo para fundamentar un sistema en el que primasen los valores morales absolutos. Más bien, el profesor Strauss se posicionó a favor de la democracia y de la perentoria necesidad de combatir el mal en el mundo moderno. Además, buena parte de su obra razona sobre la identidad norteamericana, fundamentada en valores morales absolutos, las “verdades evidentes en sí mismas” de la Declaración de Independencia y en una fe firme en la aptitud de sus ciudadanos para hacer primar el bien y el progreso (Marco, 2007, 175). Así, este pensador sostiene que Estados Unidos se fundó con el objetivo explícito de combatir las políticas malvadas.

Leo Strauss no escribió nunca sobre política exterior norteamericana, aunque su influencia en el pensamiento de la derecha estadounidense ha sido muy notoria. Definitivamente, Strauss es el nombre fetiche que une a los neoconservadores, un signo de reconocimiento y un código para iniciados (Frachon y Vernet, 2004, 53-55).

En lo que los neoconservadores divergen radicalmente de Strauss sería en el optimismo matizado de mesianismo que buscan desplegar para aportar al mundo la democracia y los derechos humanos. De este modo, Strauss no pensaba en el advenimiento del "Estado-mundo", puesto que entendía que era imposible y no deseable debido a que un gobierno centralizado del mundo entero únicamente podría llevarse a cabo mediante la tiranía o el absolutismo y, más aún, si ese Estado mundial tuviera que ser comunista.

2.4. La influencia del reaganismo

Se considera que Reagan fue quien materializó políticamente la amalgama de todas las corrientes neoconservadoras y, en este sentido, se posiciona como el gran precursor y “padre ideológico” de George W. Bush. Por consiguiente, se confirma como una figura de gran relevancia para el movimiento neoconservador estadounidense debido al peso que el elemento fundamentalista y cristiano tenía en su pensamiento.

El concepto que Reagan tiene de Dios se basa en la trinidad de mercado, Dios y democracia y, además, cree en la magia del mercado en el sentido clásico de la libre expresión de sus fuerzas, significando que los fuertes pueden dominar a los débiles (Galtung, 1999, 67).

Reagan estima que las fuerzas del mercado han de funcionar bilateralmente, desde Estados Unidos (corporaciones) hacia cada país por separado y llevar a un excedente bilateral o al menos no a un déficit comercial. Por su parte, las corporaciones han de ser privadas, no públicas.

Respecto a las creencias religiosas de Reagan, su Dios es muy fundamentalista, no muy distinto al Jehová judío. Así, se trata de un Dios de la venganza y del castigo que se presenta en el escenario mundial utilizando al ejército estadounidense como herramienta. No existe discurso presidencial que omita su nombre en la frase final de "que Dios salve a América".

La fe en las elecciones y ciertos rituales democráticos también son característicos del reaganismo. Por tanto, para el reaganismo celebrar elecciones se ajusta perfectamente a sus directrices, puesto que para esta corriente de pensamiento, si las elecciones realmente son libres, la gente preferirá una sociedad en la cual las fuerzas del mercado son las más importantes de la sociedad. En definitiva, la libertad económica es la libertad básica y, si la ciudadanía no sigue esta preferencia habrá sido politizada por ideólogos y necesitará ayuda para volver al buen camino (Galtung, 1999, 68).

El reaganismo presenta considerables implicaciones a propósito de la concepción del espacio mundial que contemplan los seguidores de esta corriente. Así, cabría destacar que, según la misma, Estados Unidos es el país más próximo a Dios. Debido a ello, tiene el derecho y el deber de desempeñar un papel central, por lo que se configura en el escenario mundial como la Tierra de Dios.

Según esta corriente de pensamiento, tanto Estados Unidos como su presidente ostentan características divinas. Entre las mismas, destaca el deber de ser omnipotente y omnisciente. Para alcanzar la omnipotencia, el país únicamente ha de establecer su superioridad en todos los escenarios de guerra posibles y en todos los sistemas armamentísticos. Y, para ser omnisciente, Estados Unidos simplemente ha de poseer satélites espías en el espacio, además de organizaciones de espionaje en todo el mundo, como la CIA, la NSA y la Oficina de Reconocimiento.

Un concepto monolítico de Dios como el reaganista implica necesariamente un concepto monolítico de Satanás. Así, el diablo es aquel que rechazó los tres elementos de la trinidad reaganista y que se encarnó en la Unión Soviética. Este último era un país

socialista con una economía de planes en lugar de una economía de mercado, el ateísmo era oficial y se constituía como una dictadura sin libertad de decisión al no disponer su ciudadanía de elecciones generales.

De este modo, el mundo contaba con dos países opuestos: por un lado estaba la Unión Soviética, la encarnación del mal y, por el otro Estados Unidos, la encarnación del bien y al que se le ha encomendado por designación divina el papel vital de la guía de la historia del mundo.

Según la concepción reaganista, Dios le ha confiado a Estados Unidos la misión de saberlo todo y de aplicar castigos donde sean justificados para proteger a los ciudadanos de la obra del diablo.

Esta corriente justifica la idea de que no es fácil ser la herramienta de Dios, puesto que se requieren muchos recursos económicos para ello. Se precisa así gastar mucho dinero para combatir al diablo, incluso si después se corre el riesgo de presentar un déficit presupuestario y/o tipos de interés elevados o una crisis económica. Respecto a estos problemas económicos, también se presentan como la obra del diablo, ya que éste último obliga a las fuerzas del bien a hacer un esfuerzo demasiado grande.

En la lucha contra el diablo, la misión del ejército es la primera y la más relevante, ya que tiene que ejercer un poder casi divino que puede incluir hasta la devastación (la desertización en el sentido de la Biblia de Lutero) y el exterminio con armas nucleares si fuera necesario (Galtung, 1999, 73).

En definitiva, los elementos más significativos del reaganismo se manifestaron a través de las pautas que transmitió de cara a la configuración de la actividad económica, social, política y militar, la reorganización del espacio mundial según los criterios del bien y del mal y la idea de que el holocausto puede ser inevitable y no necesariamente el peor de todos los males. Por ello, la magia del mercado, el concepto fundamentalista de Dios y de la democracia se elevaron como sus valores supremos.

En el transcurso de su presidencia, Ronald Reagan dotó a Estados Unidos de una ideología conservadora, fundamentalista y populista y, dentro de su corriente ideológica, se distinguió como un inspirador para el neoconservadurismo que supo usar las metáforas apropiadas para el pueblo norteamericano.

Bajo el signo del reaganismo, se desarrolló una ideología fundamentalista con categorías absolutistas del bien y del mal muy simplista, así como un afán de poder que se guiaba por el principio de la superioridad. Su sustrato ideológico era lo que le permitía presentar al contrario como malvado y a sí mismo superior. Así, a la estructura del capitalismo militarista, corporativo, que busca materias primas (estratégicas), mercados y beneficios, se sumaba un elemento ideológico e incluso teológico con el objeto permanente de luchar contra el mal (Galtung, 1999, 75).

2.5. La aportación de Zbigniew Brzezinski

"El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos", publicada por Zbigniew Brzezinski en 1998, se significa como la obra que cubriría el vacío geoestratégico del pensamiento de los sectores menos moderados del neoconservadurismo (Segura, 2004, 171). En cuanto a los argumentos principales que Brzezinski desarrolla en su obra, cabría destacar los siguientes:

- La constatación de que Estados Unidos se ha convertido en la única superpotencia global. Así, el autor señala que "Los Estados Unidos tienen la supremacía en los cuatro ámbitos decisivos del poder global" y que "La combinación de los cuatro ámbitos es lo que hace de Estados Unidos la única superpotencia global extensa". De acuerdo a lo expresado, afirma que en el terreno militar su alcance global es inigualado; en el económico siguen siendo la principal locomotora del crecimiento global; en el tecnológico mantienen una posición de liderazgo global en los sectores punta de la innovación y, en el cultural, disfrutan de un atractivo que no tiene rival debido a la inmensa capacidad de difusión de las industrias de la cultura norteamericana.
- La recuperación del concepto de "área pivote" euroasiática (Segura, 2004, 172), acuñado a principios del siglo XX por el geógrafo inglés Sir Halford Mackinder. Brzezinski estima que el control del eje euroasiático resulta vital para conservar y ampliar la hegemonía global de Estados Unidos. La relevancia geoestratégica del continente euroasiático deriva del lugar central que ocupa en el mundo y, sobre todo, del potencial económico y demográfico que concentra.

Brzezinski adapta y actualiza al mundo de 1998 la obra intelectual de Mackinder, cuya obra *Geographical pivot of History* (1904) (El eje geográfico de la Historia),

giraba en torno a la importancia geoestratégica que poseía lo que denominó "Isla Mundial" en el dominio de un mundo y, que por vez primera, se había convertido en un "sistema cerrado" (Mackinder, 1904, 437). Su teoría preveía la posibilidad de que un Estado (Rusia) subyugara la tierra al adueñarse del Gran Continente o Isla Mundial (el Continente Euroasiático): aquí, quien rige en él, se adueña del único océano y de sus meras dependencias isleñas: los satélites (América del Norte, América del Sur y Australia). En 1919, Mackinder apuntaba que "Quien domina la Europa oriental, controla el corazón continental; quien controla el corazón continental, controla la Isla Mundial; quien domina la Isla Mundial, controla el mundo" (Mackinder, 1919, *Democratic Ideals & Reality*, ápod Segura, 2004, 172).

En este orden de ideas, Brzezinski afirma que Eurasia es el mayor continente del planeta y su eje geopolítico el más relevante a nivel global, por lo que la potencia que domine Eurasia podrá controlar dos de las tres regiones del mundo más avanzadas y económicamente más productivas (Segura, 2004, 173).

Alrededor del 75% de la población mundial vive en esta región del planeta y, además, la mayor parte de la riqueza material se concentra también en ella, tanto en sus empresas como en el subsuelo. Así, Eurasia alberga alrededor del 60% del Producto Nacional Bruto del mundo y las 3/4 partes de los recursos energéticos conocidos.

Eurasia también es el área en la que se concentran China e India, los dos aspirantes a alcanzar la hegemonía regional más poblados del planeta y con mayor influencia global debido a que se constatan como potencialmente susceptibles de desafiar política y/o económicamente la supremacía estadounidense. De ahí que resulte crucial la manera en que Estados Unidos "gestione" Eurasia.

Esta necesidad geoestratégica estadounidense asociada al mantenimiento de la hegemonía global tiene como añadido importante la posibilidad de asegurarse nuevas reservas de petróleo ante el incremento previsto de consumo que vendría provocado, según Brzezinski, por el desarrollo económico de Asia y, especialmente, del Extremo Oriente. Es decir, fundamentalmente China y, en menor medida, los países del Sudeste Asiático, así como la India. En efecto, las

regiones de Asia Central y de la cuenca del mar Caspio contienen reservas de gas natural y de petróleo que superan ampliamente las de Kuwait, el Golfo de México o el Mar del Norte (Segura, 2004, 173).

En otro sentido, Brzezinski indica que la hegemonía global de Estados Unidos y el control de Asia Central y de Oriente Próximo sólo podrían ser contestados por el islamismo fundamentalista, que podría formar parte de los problemas de esta inestable región. Mediante la explotación de la hostilidad religiosa contra el *American way of life* (estilo de vida americano) y aprovechando el conflicto árabe-israelí, el islamismo fundamentalista podría socavar a varios gobiernos prooccidentales de Oriente Medio y llegar a amenazar los intereses regionales estadounidenses, especialmente en el Golfo Pérsico. Sin embargo, sin una cohesión política y en ausencia de un único Estado islámico verdaderamente poderoso, una amenaza proveniente del islamismo fundamentalista carecería de un núcleo geopolítico y, sería por lo tanto, más susceptible de expresarse a través de una violencia difusa (Segura, 2004, 173-174).

- En lo que se refiere a Europa y las relaciones con Rusia, Brzezinski se aleja notablemente del uso ilimitado de su obra que posteriormente harán los miembros de la corriente más extrema del neoconservadurismo de la Administración de George W. Bush. Brzezinski considera que Washington debe comprometerse a tratar a Europa como un socio a escala global de Estados Unidos. Por lo tanto, según el citado autor, las Administraciones estadounidenses deben aceptar la reestructuración del poder de las instituciones transatlánticas (tal como estima la reivindicación francesa) y favorecer la unidad política europea a partir del eje franco-alemán y de la autonomía militar (Segura, 2004, 174).
- Por último y a modo de conclusión, Brzezinski afirma que Estados Unidos debe formular y ejecutar una geoestrategia integrada, extensa y a largo plazo para toda Eurasia. Esta necesidad se deriva de la interacción de dos realidades fundamentales: Estados Unidos es la única superpotencia mundial y Eurasia es el principal campo de juego del planeta. De ahí que lo que suceda con la distribución del poder en el continente eurasiático tendrá una importancia decisiva para la primacía global y para el legado histórico estadounidense.

La aportación de Brzezinski revolucionó el mundo académico y político de los Estados Unidos. Así, en el trasfondo de su obra late el temor de que después del colapso del comunismo en la URSS y en Europa Oriental, fuera posible que en un futuro, se consolidase en Europa un sistema de paz perpetua compatible con una nueva Rusia.

En un trasfondo más lejano, la obra de Brzezinski alimentaba el temor al despertar económico de China, que podría convertirse en otro serio competidor de Estados Unidos en la pugna por mantener la hegemonía global.

En definitiva, la obra de Zbigniew Brzezinski se destacaría como uno de los máximos exponentes de la reivindicación ideológica del peligro que para el autor suponía la rememoración de las viejas formulaciones de Sir Halford Mackinder. Esto es, un acuerdo entre una Unión Europea ampliada y una Rusia estabilizada por un lado y, China en camino de convertirse en gran potencia por otro, que convirtieran a los Estados Unidos en "meras dependencias isleñas" y en futuro "satélite de los grandes poderes euroasiáticos en formación".

2.6. Los neoconservadores

El grupo de los neoconservadores se reduce aproximadamente a un centenar de personas, muchos de los cuales se aproximaron a movimientos trotskistas en su juventud. Posteriormente, se escoraron desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. En el salto ideológico, conservaron el compromiso con cierta versión de la idea trotskista de la "revolución permanente" bajo el aspecto de guerra permanente (o preventiva)".

El movimiento vivió su etapa de gloria en los años ochenta, durante los dos mandatos presidenciales de Ronald Reagan. Después, conocieron el declive durante los cuatro años del mandato presidencial de George Bush padre, quien adoptó en política exterior el "realismo estricto" y durante los ocho años de la presidencia de Bill Clinton con su "humanismo ingenuo" (Kristol y Kaplan, *La guerra de Irak. En defensa de la democracia y la libertad*, 2004, ápod Frachon y Vernet, 2004, 109). Estos años de silencio fueron aprovechados por los neoconservadores para establecer sus redes, tejer nuevos vínculos, fortificar los antiguos y popularizar su idea de una América fuerte, optimista y segura de sí misma y de sus valores.

De este modo, se unieron tres generaciones que procedían de diferentes espacios: algunos veteranos del *City College* de Nueva York, los protegidos del estratega Albert Wohlstetter que pasaron por la escuela del demócrata anticomunista "Scoop" Jackson y los jóvenes, para quienes el neoconservadurismo es una segunda naturaleza. Todos ellos sienten una gran admiración intelectual por Leo Strauss (Frachon y Vernet, 2004, 110).

Cabría apuntar que, en los años setenta, según el politólogo James Ceaser, los neoconservadores recuperaron la idea de progreso que había caído en manos de la izquierda, que consideraba que Estados Unidos se encontraba en declive y que tras la fracasada acción en Vietnam, no era digna de encarnar los valores universales sobre los que pretendía basarse.

Con la llegada al poder en los años ochenta de Ronald Reagan, "emergió una nueva generación de conservadores que arrinconó la fatalidad de la desgracia e hizo de una confianza inquebrantable el futuro emblema del conservadurismo" (*Weekly Standard*, 10 de marzo de 2003, ápuđ Frachon y Vernet, 2004, 73). Los neoconservadores no pretendieron basarse en el Partido Republicano, sino que intentaron transformarlo influyéndole desde el interior y desde el exterior.

Durante años, muchos neoconservadores se establecieron en el *American Enterprise Institute*, un centro de análisis y estudios que en sus inicios no se estructuró como un bastión neoconservador (fue creado en 1943) y que siempre albergó una variada gama del conservadurismo. Entre las diversas figuras que destacaban en la *American Enterprise Institute*, Dick Cheney, antiguo secretario general de la Casa Blanca y antiguo secretario de Defensa, jugó un papel fundamental en el ascenso al poder de los neoconservadores.

Así, fue Cheney quien a finales de 2000 y principios de 2001 organizó la tarea de destacar a los colaboradores susceptibles de ser llamados por la Casa Blanca, colocándolos sobre todo en el Departamento de Defensa, dirigido por Donald Rumsfeld y, en menor medida, en el Departamento de Estado, adjudicado al "realista" Colin Powell. Así, una veintena de neoconservadores se encontraron en puestos estratégicos desde los que podían influir en la política estadounidense y, sobre todo, en su política exterior.

En esta línea, cabría mencionar también la colocación de Stephen Hadley, antiguo ayudante de Paul Wolfowitz en el equipo de campaña del candidato George W. Bush, como responsable de Oriente Medio en el Consejo Nacional de Seguridad, dirigido éste último por Condoleezza Rice.

No obstante, el verdadero ámbito reservado a los neoconservadores era el Pentágono, en el que Paul Wolfowitz fue nombrado como el número dos por detrás de Donald Rumsfeld. Asimismo, el *Defense Policy Board*, organismo consultivo a disposición del secretario de Defensa, estuvo presidido hasta marzo de 2003 por Richard Perle.

2.6.1. Centros de estudios, medios de comunicación y trabajo en red

Los centros de estudios o institutos de investigación se consideran como el círculo más amplio de influencia neoconservadora, establecidos tanto en Washington como fuera de la capital federal.

Los centros de estudios crearon lo que Steven Clemons, de la fundación *New America*, denominó el *deep lobbying* (Wallace-Wells, *Washington Monthly*, diciembre de 2003, ápod Frachon y Vernet, 2004, 115) o presión o influencia política a gran escala. Respecto a su financiación, cabría señalar que estos institutos reciben recursos económicos muy notables, que ascienden a varias docenas de millones de dólares anuales y que son otorgados por parte de grandes fundaciones privadas, como la *Lynde and Harry Bradley Foundation de Wichita (Kansas)*, que sostiene básicamente al *Cato Institute* (defensor de la economía ultraliberal), la *John Olin Foundation*, *Scaife Family Foundation de Richard Mellon Scaife* (Pittsburgh) o la *Adolf Coors Foundation*, presidida por Joseph Coors y que patrocinaba un instituto llamado *Heritage Foundation*, en el que se preparó a finales de los setenta el ideario programático de Ronald Reagan.

El *American Enterprise Institute* es el principal laboratorio de ideas y referente del neoconservadurismo estadounidense y por este organismo han pasado sus principales figuras, desde Richard Perle hasta Ben Wattenberg, Joshua Muravchik, David Frum, Michael Ledeen, Irving Kristol, Paul Wolfowitz, etc.

Asimismo, cabría mencionar que, como se explicará con más detalle al final del capítulo, los afines al neoconservadurismo también ocupan cargos en revistas,

extendiendo desde dichos medios de comunicación su cota de influencia. La más representativa de esta corriente de pensamiento es *The Weekly Standard*, dirigida por William Kristol y que se encuentra financiada en buena parte por Rupert Murdoch y por las fundaciones *Bradley* y *Smith-Richardson*. En este sentido, Murdoch controla la cadena de televisión *Fox News*, que difunde la versión populista del neoconservadurismo.

Además de publicar artículos, los neoconservadores también frecuentan los pasillos del poder, establecen y fomentan vínculos con los amigos que están en las administraciones o con otros responsables que no comparten espontáneamente sus posiciones. Así pues, los neoconservadores se destacan como expertos en *networking* o creación de redes de contactos. Se apoyan los unos a los otros en la prensa y en las páginas de opinión de los grandes diarios. Además, escriben libros, críticas de libros de sus amigos, intervienen en conferencias y en programas de televisión, organizan comités, comisiones, proyectos, o dirigen cartas abiertas a los miembros del Congreso o al presidente.

Esta proliferación de iniciativas les permite ampliar su influencia o la apariencia de su influencia, así como estar preparados para aprovechar las ocasiones cuando la coyuntura se lo permite.

2.6.2. Alianza con el fundamentalismo cristiano

La alianza que los neoconservadores han establecido con los fundamentalistas cristianos (a quienes a veces se les denomina "teoconservadores") es otro elemento muy relevante de estudio para la investigación, a pesar de no ser los primeros partidarios de la vuelta a los valores tradicionales, a la vez por convicción (los valores de América son "liberales y democráticos") y por realismo (el retorno les parece imposible). Entre los "teoconservadores", resulta clave la figura de John Ashcroft, miembro de la Coalición Cristiana, que reúne a varias Iglesias evangélicas (Frachon y Vernet, 2004, 77).

Según señala el periodista James Ceaser, la alianza con los fundamentalistas cristianos es la más sólida que los neoconservadores han podido formar, puesto que los fundamentalistas representan, según las estimaciones, entre diez y veinte millones de partidarios de los republicanos. Por su parte, la historiadora estadounidense Gertrude Himmelfarb habla de la "otra nación" (por oposición a la América liberal), que va de la

derecha cristiana a individuos sin afiliación religiosa especial, pero con fuertes convicciones morales tradicionales. Así, indica que el 43% de los americanos se consideran *born-again christians* o cristianos renacidos, de los cuales un tercio se identifica con la derecha religiosa y que aunque puedan considerarse como una minoría, son esenciales para garantizar las victorias republicanas (Frachon y Vernet, 2004, 78-79).

Los neo y teoconservadores comparten valores: la familia, la lucha contra la vulgaridad y la pornografía en la cultura, la calidad de la educación, la refutación del relativismo moral y cultural y la importancia de la religión en la sociedad, sea bajo la forma de un compromiso individual o de una adhesión colectiva. Tocqueville, que se confirma como una figura muy valorada entre los neoconservadores, abogaba por la utilidad de la religión para la democracia.

Asimismo, ambas corrientes coinciden, aunque por motivos diversos pero complementarios, en un apoyo casi incondicional a Israel, más allá de la simpatía tradicional experimentada en Estados Unidos por el Estado hebreo. Para unos, Israel es un refugio que sus padres y antepasados no tenían cuando dejaron Europa para ir a América, por lo que es concebido como un país de pioneros, rodeado de enemigos y como la única democracia de Oriente Medio. Para otros, Israel es la Tierra Santa del Mesías, que volverá el día en que los judíos hayan conquistado definitivamente Cisjordania, a la que siguen llamando Judea y Samaria.

Esa alianza sería más bien política y coyuntural que doctrinal y profunda. El apoyo mesiánico de los teoconservadores al pueblo judío es ambiguo e irrita en ocasiones a intelectuales críticos que difícilmente se reconocen en ese fundamentalismo.

3. Orígenes de la retórica contra el mal

3.1. “*The Long Telegram*”

Una de las fuentes más relevantes que los asesores y colaboradores más cercanos de George W. Bush tomaron como referencia para elaborar la retórica contra el mal de su denominada política de guerra global contra el terror fue “*The Long Telegram*”, remitido por George Kennan desde la Unión Soviética en 1946. Kennan argumentaba la superioridad de los valores e ideas estadounidenses, tanto en el ámbito político, económico, social, moral como en el militar y urgió a combatir en una “larga lucha” con

el objetivo de deslegitimar al enemigo soviético, ofrecer una alternativa creíble y demostrar la voluntad norteamericana de ostentar la preminencia tras el conflicto (Kristol y Kagan, 2005, 17-18).

Las ideas fuerza que los ideólogos de las dos Administraciones de George W. Bush tomaron del texto de Kennan se centraron en la deslegitimación ideológica de los adversarios, la búsqueda de un modelo influyente basado en los valores de la libertad y de la dignidad humana y el deseo de prevalecer en el tiempo.

Durante la conmemoración del primer centenario del nacimiento de Kennan en Princeton en 2004, el entonces secretario de Estado de la Administración de George W. Bush, Colin Powell, afirmó que las victorias en los combates se obtienen en el espíritu de los hombres y que una “larga lucha” suele encontrar casi siempre su origen en el mal mismo. Así, proclamó la necesidad de reconocer el poder de las ideas y situarse en la vanguardia en la búsqueda de los ideales democráticos en esos momentos. Según su opinión, la inacción conlleva la expansión del mal.

Como puede apreciarse en el anexo al final del capítulo referido al discurso del 14 de septiembre de 2001 pronunciado por George W. Bush en la *National Cathedral* de Nueva York con motivo del oficio religioso dedicado a las víctimas del ataque contra el *World Trade Center*, el Pentágono y Washington, el entonces presidente de Estados Unidos anunciaba una larga guerra contra el mal e indicaba que “esta es una guerra que no se puede ganar en el campo de batalla. Si se libra, es para prevalecer (Kristol y Kagan, 2005, 20)”.

En esencia, para Kennan existían principios y valores de aplicación universal y, así, el “triunfo de la libertad” debía orientar la “voluntad de poder” en interés de la prevalencia de la grandeza nacional estadounidense.

3.2. El NSC-68

Otra de las fuentes básicas a propósito de la construcción de los argumentos contra el mal de los ideólogos de la política exterior durante los mandatos presidenciales de George W. Bush se encuentra en el documento NSC-68 (*National Security Council*, 1950), con fecha de 1950, que actuó como catalizador de la Doctrina Truman (Kristol y Kagan, 2005, 21).

Las ideas fundamentales de este documento, que fue elaborado por el primer Comité de los Peligros Presentes y firmado por su guía intelectual, Paul Nitze, invocan al preámbulo de la Constitución republicana y a la posterior *Bill of Rights* de 1789: “el objetivo principal de Estados Unidos es asegurar la integridad y la vitalidad de nuestra sociedad libre, que se funda sobre la dignidad y el valor de cada individuo (Kristol y Kagan, 2005, 21)”.

El documento NSC-68 prevé frenar la progresiva amenaza soviética a través de un extenso presupuesto en materia de defensa, movilizándolo a todos los estadounidenses y posibilitando el poder intervenir en cualquier momento. Además, el NSC-68 también aboga por la activación del complejo militar-industrial como dinamizador del crecimiento de la economía estadounidense con el objetivo de superar los niveles de la Unión Soviética para situarse en condiciones de lograr arruinarla a largo plazo.

Tal como señalan William Kristol y Robert Kagan (Kristol y Kagan, 2005, 21), los miembros del III Comité de Peligros Presentes asumieron el paralelismo entre el pasado peligro soviético y la denominada política de guerra global contra el terror implementada durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush. Esta confluencia de ideas se ha reflejado en la “renovada agenda Truman” que han seguido las Administraciones de George W. Bush.

Como puede observarse comparando los anexos al final del capítulo (epígrafe 9), el primero de ellos perteneciente a un fragmento del documento NSC-68 y el segundo al discurso del presidente de Estados Unidos George W. Bush del 29 de enero de 2002 en el Capitolio, reemplazando en muchos fragmentos del NSC-68 la referencia a la extinta URSS por cualquier país incluido en el Eje del Mal, se halla una fuente muy notoria de similitud ideológica e incluso léxica de los colaboradores más estrechos y redactores de los discursos de George W. Bush. Además, sustituyendo las citas al Kremlin por al-Qaeda y las evocaciones al vocablo “rusos” por “terroristas” u “organizaciones terroristas” en diversas partes del fragmento del documento *Present Risks* del NSC-68, se pueden constatar los postulados maximalistas del programa de la denominada política de guerra global contra el terror.

Aspectos tan recurrentes para los asesores y redactores de los discursos del presidente George W. Bush con respecto a la denominada política de guerra global contra el terror como el papel de supremacía moral estadounidense, la relevancia de la economía de

libre mercado, el alto presupuesto que consideran que se ha de destinar a las fuerzas armadas, los regímenes enemigos de Estados Unidos y que encarnan el mal y el peligro de las armas de destrucción masiva en manos de los Estados malvados, entre otros elementos, se repiten constantemente en el documento NSC-68. Por su parte, para el documento firmado por Paul Nitze en 1950, la encarnación del mal se presentaba en forma del comunismo y de los valores que representaba la Unión Soviética.

4. La “*Defense Planning Guidance*”

El diseño de las políticas de defensa de las sucesivas administraciones estadounidenses desde 1992 se ha visto notoriamente influido por la *Defense Planning Guidance*. Ésta, elaborada por Paul Wolfowitz en ese mismo año, propugna preservar la supremacía estadounidense a nivel global y militar e imposibilitar el nacimiento de una superpotencia rival en Europa, Asia o en el antiguo mundo soviético (Kristol y Kagan, 2005, 25), de acuerdo a los principios de la extensión de la democracia, el libre mercado, el respeto de los derechos humanos y a la voluntad de establecer y perpetuar un nuevo orden mundial favorable a los intereses nacionales de Estados Unidos en el mundo (Tyler, 1992).

Wolfowitz manifestó abiertamente que, con la elaboración del citado documento, pretendía preparar el presupuesto militar necesario (con fecha de 1994 a 1999) para alcanzar la hegemonía estadounidense en el nuevo orden global. Sin embargo, con la filtración por parte de un profesor de la Universidad de Yale del informe al periódico *The Washington Post*, su autor se vio obligado a retirarlo.

Tal como señalan William Kristol y Robert Kagan, tras la lectura del siguiente párrafo de la *Defense Planning Guidance* (Kristol y Kagan, 2005, 29): “...Prevenir la emergencia de una superpotencia rival...es la reflexión dominante que subyace en la nueva estrategia de defensa regional y requiere que nos empleemos a fondo para impedir que los recursos en cualquier área del planeta, ya bajo nuestro control, sean utilizados para alimentar el nacimiento de un nuevo poder global. Estas regiones incluyen Europa Occidental...” y “...convencer a los potenciales competidores de que no necesitan aspirar a un papel mayor del que ya se atribuyen o a una empresa más amplia y agresiva para proteger sus legítimos intereses”, se evidencia la visión que caracteriza el pensamiento de Wolfowitz: la búsqueda de un mundo unipolar dirigido hacia la preeminencia y la consecución de los intereses nacionales de Estados Unidos.

La *Defense Planning Guidance* se dirige a apoyar la estrategia nuclear del Pentágono tras la caída del Muro de Berlín y, con ello, la desaparición del mal soviético. Así, el documento busca establecer un nuevo orden mundial que favorezca el liderazgo estadounidense en el mundo a partir del unilateralismo de la política exterior norteamericana que contemple el uso de la fuerza preventiva en caso de que se estimase oportuno.

Además, el documento también define a los aliados y a los amigos del nuevo orden norteamericano. Los aliados de Estados Unidos serán los que cooperen en el cometido de “expandir la forma de gobierno democrático y la economía de libre mercado” y los amigos los que acepten esta tarea o sencillamente no se constituyan como una amenaza para los intereses estadounidenses y los de sus aliados.

Durante los últimos meses de la Administración de Bill Clinton, la coyuntura y la publicación del documento *Rebuilding America's Defenses*, elaborado por miembros notables del *think tank* republicano *Project for the New American Century*, volvieron a favorecer el resurgimiento de las ideas fuerza de la *Defense Planning Guidance*. En ese momento, las tesis de Paul Wolfowitz alcanzaron una gran notoriedad entre una parte relevante del *establishment* y de los intelectuales que avalaron las dos Administraciones de George W. Bush.

5. El resurgimiento del Comité de los Peligros Presentes

La denominada política de guerra global contra el terror implementada por las Administraciones de George W. Bush devolvió por tercera vez en la historia el protagonismo al Comité de los Peligros Presentes, un grupo de presión paraestatal que había ostentado en sus inicios, desde la década de los años 50, el cometido de alertar a Estados Unidos y a los países del bloque occidental sobre la amenaza que encarnaba la Unión Soviética (URSS) (Kristol y Kagan, 2005, 11).

A principios de los años 50, con el objetivo de lograr la supervivencia del pueblo norteamericano frente al enemigo comunista, el Comité de los Peligros Presentes instaba a la Administración estadounidense a elevar los gastos militares para obtener así su hegemonía durante la Guerra Fría, sugiriendo la implementación de la agenda de la “Doctrina Truman”.

Varios años más tarde, a propósito de la postura manifestada por la opinión pública norteamericana en contra de la intervención de su Administración en Vietnam, vuelve a constituirse por segunda vez el Comité de los Peligros Presentes, que en este momento de la historia pasó a denominarse *Team B*. El mismo obtuvo la autorización en 1976 del entonces presidente Gerald Ford y su organización fue delegada al Director de la CIA, en aquel momento George H. W. Bush.

En cuanto a las actividades desarrolladas por el *Team B*, se dirigieron a la evaluación del potencial militar soviético, enlazándolo con la posibilidad del desencadenamiento de actuaciones por parte de la Unión Soviética. Una de las figuras más destacadas dentro de esta organización fue el senador demócrata Henry “Scoop” Jackson, que mantenía la idea de que el comunismo revelaba la presencia del “mal” y que Estados Unidos se hallaba en la obligación moral de luchar contra el mismo hasta el exterminio (Kristol y Kagan, 2005, 13). Además, el senador Jackson afirmaba que el fundamento de la política exterior norteamericana debía basarse en el objetivo principal de extender la democracia.

En su segundo momento histórico, el Comité de Peligros Presentes centró su labor en la eliminación del enemigo soviético y comunista y englobó los ámbitos de la seguridad exterior e interior bajo la catalogación de “política de seguridad nacional”. En esta coyuntura, fueron incorporándose al Comité de Peligros Presentes figuras tan relevantes como Paul Wolfowitz.

Asimismo, se incitó la divulgación del mito de la inferioridad nuclear norteamericana, conformándose el concepto de “ventanas de vulnerabilidad” (*windows of vulnerability*), con el objetivo de instaurar un estado de opinión contrario a los controles y a la no-proliferación de armamento nuclear (Kristol y Kagan, 2005, 14). En este sentido, los miembros del II Comité de Peligros Presentes con cargos en la Administración Reagan, sobre todo Richard Perle, se opusieron rotundamente a la firma del Tratado Salt I, aspecto del que hunde sus raíces la aversión del equipo de George W. Bush al Tratado Balístico Antimisiles.

El II Comité de Peligros Presentes desapareció tras el final de la Guerra Fría, pero los ataques del 11S dotaron de una nueva funcionalidad, permanencia y vigencia al mismo. Así es como volvió a constituirse el III Comité de Peligros Presentes, estimulado sobre todo, por Peter Hannaford, antiguo consejero de Ronald Reagan. El referido grupo de

presión centró sus esfuerzos en la búsqueda del excepcionalismo y del militarismo para la defensa, expansión y promoción de la democracia como la fórmula más apropiada para luchar contra el terrorismo. En definitiva, el III Comité de Peligros Presentes basa su nueva doctrina en el propósito de instaurar un escenario internacional acorde a la *Pax Democrática*.

Durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush, el III Comité de Peligros Presentes ha continuado su labor como una asociación sin ánimo de lucro y compuesta por personajes del ámbito político y académico estadounidense, como el senador demócrata Joseph Lieberman, George P. Shultz o R. James Woolsey y del ámbito internacional, como José María Aznar, expresidente del Gobierno de España (Kristol y Kagan, 2005, 15-16).

6. Proyecto para el Nuevo Siglo Americano

The Project for a New American Century (PNAC) se ha constatado para el estudio de la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush como uno de los principales *think tank* o centros de análisis de estudios respecto al pensamiento neoconservador estadounidense y, además, también es destacable por compartir miembros y planteamientos con otra de las instituciones de referencia para el presente análisis, el *American Enterprise Institute* (AIE). Cabría recordar en este punto que los centros de estudios persiguen básicamente dos objetivos principales: influir en el poder y en la opinión pública.

El PNAC, que expuso su declaración de principios el 3 de junio de 1997 (*The Project for a New American Century*, 1997), se ha configurado como una de las fuentes más relevantes de inspiración en materia de política exterior que ha prevalecido en las Administraciones de George W. Bush.

En el Proyecto para el Nuevo siglo Americano se encuentran algunos de los miembros que más peso han contado en las Administraciones de George W. Bush y de su entorno. Así, destacan personajes como Fukuyama, Dan Quayle, Jeb Bush, Dick Cheney, Rumsfeld, Wolfowitz, Elliot Abrams, I. Lewis Libby, Richard Perle, Jeanne Kirkpatrick, James Woolsey, William Kristol, Robert Kagan, etc.

Respecto a éstos últimos, cabría mencionar por ejemplo que Richard Perle se distingue como uno de los principales ideólogos de la política belicista de George W.

Bush, así como por su aplicación del concepto de guerra preventiva. Por su parte, Robert Kagan se ha manifestado como uno de los pensadores neoconservadores más notorios. En esta línea, Kagan es el autor de la obra Poder y Debilidad (2003), una de las declaraciones pragmáticas neoconservadoras más renombradas (Segura, 2004, 186).

La Declaración de principios del PNAC critica la "incoherencia" de la política exterior y de defensa de la Administración Clinton. Diversos miembros del PNAC dirigieron en 1998 una carta al presidente Clinton en la que sostenían que la desaparición del régimen de Sadam Husein de la región con mayores reservas petrolíferas del planeta debía constituirse como el principal objetivo de la política exterior de Estados Unidos.

En su declaración de principios, el PNAC propone implementar su ideario en materia de política exterior estadounidense a partir de las siguientes ideas fundamentales (Segura, 2004, 186):

- Estados Unidos ganó la Guerra Fría y se convirtió en la única potencia hegemónica a escala mundial. Esto supone una oportunidad única y el reto de intentar mantener esta hegemonía y construir un siglo XXI de acuerdo con la preeminencia de los intereses norteamericanos.
- No se debe desperdiciar esa oportunidad, ni menospreciar el reto a base de mantener unas políticas que reducen la capacidad militar y estratégica. Se confirma la necesidad de arriesgarse para hacer frente a las amenazas presentes y futuras.
- La Administración estadounidense debe continuar desarrollando los elementos esenciales que, a su parecer, lograron el éxito en materia de política exterior de la Administración Reagan. Así, tal como apuntan los autores de la declaración de principios de la PNAC, la Administración Reagan basaba su acciones entorno a la presencia de un ejército fuerte y poderoso capaz de hacer frente a amenazas presentes y futuras; una política exterior determinada a promover eficazmente los principios y los intereses estadounidenses en el extranjero y, una dirección nacional dispuesta a aceptar "las responsabilidades globales de Estados Unidos".
- Estados Unidos tiene la obligación de velar por la paz y la seguridad en Europa, Asia y Oriente Medio y, si elude a la misma, los intereses fundamentales del país

se hallarán en peligro. En este sentido, el siglo XX evidenció la necesidad de combatir las amenazas y las crisis antes de que se transformen en una realidad.

Por consiguiente, la declaración de principios del PNAC propone:

- Incrementar los gastos en defensa, de acuerdo con el proyecto de hegemonía global.
- Asumir las “responsabilidades de Estados Unidos” y modernizar las fuerzas Armadas de cara al futuro.
- Fortalecer las relaciones y los lazos con los países aliados y, por otra parte, desafiar a los regímenes que se muestren hostiles con los intereses y valores norteamericanos.
- Promover la causa de la libertad política y económica en el extranjero.
- Aceptar el deber de configurar un orden internacional que garantice la seguridad, la prosperidad y los principios estadounidenses.

Con objeto de preservar la hegemonía de Estados Unidos, en septiembre del año 2000 la Fundación PNAC difundió el informe “Reconstruyendo las defensas de América. Estrategia, fuerzas y recursos para un nuevo siglo” (*Rebuilding American Defenses, Strategy, Forces and Resources for a New Century*). Este documento ampliaba y actualizaba las consideraciones que ya había realizado Paul Wolfowitz en 1992 con el informe *The Defense Policy Guidance*, estimado por el PNAC como "anteproyecto para garantizar la preeminencia de Estados Unidos, impedir la emergencia de una gran potencia rival y configurar un orden de seguridad internacional de acuerdo con los principios y con los intereses de Estados Unidos".

En dicho informe, el PNAC afirmaba que con anterioridad, el objetivo estratégico de Estados Unidos era la contención de la Unión Soviética (Segura, 2004, 187) pero que, sin embargo, en ese año 2000 el objetivo estadounidense debía ser el de hacer prevalecer una seguridad internacional que persiguiese la hegemonía de los intereses e ideales norteamericanos.

En consecuencia, el PNAC preveía consolidar un nuevo orden internacional propicio a los intereses y valores estadounidenses, capaz de garantizar la paz mundial. Para ello,

el PNAC sostenía que Estados Unidos debía reforzar su capacidad militar y reorientar su estrategia internacional.

El PNAC señalaba también que el proceso que desencadenase la oportunidad de hacer primar los intereses estadounidenses en el mundo sería largo y costoso y, que en el mismo, podría ser previsible un nuevo gran ataque como el de Pearl Harbour (un acto terrorista de graves consecuencias) susceptible de activar los cambios y de convencer a la opinión pública norteamericana de la necesidad de implementar acciones de respuesta.

En definitiva, el informe concluye afirmando que Estados Unidos posee la obligación moral de combatir las amenazas contra el sistema de valores occidentales y contra la paz mundial, actuando si es preciso de modo unilateralista (Segura, 2004, 187).

Como objetivos inmediatos relevantes que argumentan los ideólogos de la política exterior de las Administraciones de George W. Bush, se destaca además a partir del análisis de los propósitos del PNAC la idea de que Estados Unidos debe jugar un papel más importante en la seguridad de la región del Golfo Pérsico, una zona estratégica vital. Y, para lograrlo, consideraban necesaria una presencia aérea permanente en la región y “solucionar definitivamente” la crisis de Irak dando fin al régimen de Sadam.

Asimismo, los miembros del PNAC apuntaban reiteradamente en su informe a los peligros que suponía la amenaza de países como Corea del Norte, que tal como afirmaban, poseían armas nucleares y, el posible advenimiento de China como una gran superpotencia rival. La obsesión por China es una constante desde hace décadas no únicamente entre los neoconservadores, sino de la mayoría de analistas norteamericanos.

7. Los *multi-stakeholders* de la política exterior estadounidense

La política exterior de la Administración Bush ha de ser analizada, además de desde la perspectiva del mismo presidente y sus colaboradores más próximos, teniendo en cuenta el papel que han desempeñado otros actores relevantes como el Congreso, diversos niveles de la Administración, los partidos políticos, los grupos de presión, los centros de análisis y estudios y los medios de comunicación.

Respecto a las reglas del juego del sistema político estadounidense, su texto constitucional establece un complejo proceso de elaboración y ejecución de la política

exterior. Así, su ordenamiento constitucional dispersa la acción exterior de Estados Unidos, ya que divide la formulación de la política exterior en dos actores de acuerdo con el sistema de *checks and balances*: el presidente y el Congreso (Senado y Cámara de Representantes) (Palacio de Oteiza, 2003, 2).

Por ello, se produce una tensión entre los mismos, ya que el presidente ostenta la autoridad de dirigir la guerra y la diplomacia, mientras que el Congreso posee la autoridad de declarar la guerra y aprobar los presupuestos. El presidente es el comandante supremo del Ejército y responsable de la negociación de los tratados, mientras que el Congreso aconseja y ratifica los tratados, regula el comercio exterior, promulga la legislación para el mantenimiento del Ejército y aprueba las partidas presupuestarias destinadas a operaciones militares (Pentágono) y a seguridad (NSA, CIA, etc.).

En esencia, el Congreso actúa como contrapeso del Ejecutivo para procurar la gestión responsable del presidente a propósito del interés nacional estadounidense y, cuando el partido político con mayoría en el Congreso no coincide con el partido del que forma parte el presidente, las rivalidades se acrecientan.

La catarsis que supuso el 11S derivó en una reorientación de la agenda exterior de la Administración de George W. Bush, pasando de unos objetivos en los que primaba la economía a la preeminencia de la seguridad. Asimismo, se pasó del multilateralismo asertivo, en el que predomina la preferencia por la resolución negociada de los conflictos y la cooperación multilateral, al unilateralismo de carácter marcadamente defensivo y cuya máxima expresión fue la denominada política de “guerra global contra el terrorismo”.

La implementación de la nueva agenda de seguridad de la política exterior de la Administración de George W. Bush produjo un “tsunami” en las estructuras departamentales, en las que se manifestaron fuertes rivalidades entre funcionarios de la Administración y entre centros burocráticos por monopolizar las nuevas funciones y presupuestos que se iban asignando. Además, resurgió la tradicional tensión entre el Departamento de Estado y el Pentágono.

Al tiempo, una diversidad de grupos de presión procuraba hacer primar sus opciones en materia de política comercial exterior o en cuanto a regiones o países concretos, los

centros de estudios influían en los debates y los medios de comunicación se esforzaban por atraer a la opinión pública hacia sus líneas editoriales.

Durante sus mandatos, el presidente George W. Bush ejerció más como un ejecutor que como un decisor. Así pues, mantuvo un perfil presidencial consultivo en materia de política exterior, de la que no contaba con conocimientos relevantes y compartió buena parte del peso de sus decisiones con sus colaboradores más próximos, con notoria experiencia en asuntos internacionales adquirida en las Administraciones de Reagan o George Bush padre.

En el entorno más cercano al presidente, coexistían dos grupos de colaboradores que mantenían perspectivas discrepantes respecto al papel que Estados Unidos debía mantener en el mundo para garantizar la seguridad nacional y el modo de dirigir la política exterior.

El sector más moderado (en el que se encuentran los personajes referidos con el calificativo de “palomas”) estaba representado por el secretario de Estado, Colin Powell, que abogaba por apurar la vía diplomática y por los enfoques multilaterales. En el grupo opuesto (el de los conocidos como “halcones”) estaban los partidarios de la “doctrina Bush” o guerra preventiva, que se decantaba por las opciones militares y que rechazaban la cooperación multilateral.

Éstos últimos, los miembros del grupo con posturas menos moderadas, eran los que ejercían una mayor influencia, tanto doctrinal como personal, sobre el presidente George W. Bush. No obstante, dentro de este grupo existían divisiones internas. Los *democratic imperialists* (entre los que se encontraban el sub-secretario de Defensa Paul Wolfowitz o expertos como Robert Kagan y William Kristol) defendían la idea de la imposición de la democracia “a la americana” por todo el mundo. Mientras tanto, los *assertive nationalists* (como el vicepresidente Dick Cheney, Donald Rumsfeld, Richard Perle y John Bolton) eran partidarios de acabar con las amenazas exteriores pero no de llevar a cabo tareas de *nation-building* (Palacio de Oteiza, 2003, 3).

En lo relativo al Congreso, aunque no renunció al control del Ejecutivo de George W. Bush, gran parte de las cuestiones clave de la política exterior fueron consideradas desde un bipartidismo pasivo, ya que únicamente se constituyeron como motivo de enfrentamiento entre demócratas y republicanos diversos elementos de la liberalización comercial.

Además, en cuanto a las cuatro áreas clave en materia de política exterior entre presidente y Congreso (el control del uso de la fuerza, la negociación de tratados internacionales, la política comercial y el control del presupuesto), la Administración de George W. Bush llevó la iniciativa y logró claras victorias. Y, en lo referido al presupuesto federal en política exterior, los demócratas apoyaron el aumento del presupuesto militar.

En este momento, cabría mencionar que durante el primer mandato del presidente George W. Bush (2001-2004), la mayoría parlamentaria era ostentada por los republicanos en la Cámara de Representantes. En cuanto a la mayoría de fuerzas políticas en el Senado durante la citada presidencia, durante la Legislatura 107 (años 2001-2003) se dio un empate entre demócratas y republicanos, mientras que en la Legislatura 108 (2003-2005) la victoria parlamentaria fue para el Partido Republicano. (*History, Art & Archives. United States House of Representatives*)

Respecto a las mayorías parlamentarias que se dieron en la Cámara de Representantes durante el segundo mandato presidencial de George W. Bush (2005-2008), durante el período legislativo 109 (2005-2007), se constituyó una mayoría parlamentaria republicana en la misma. Sin embargo, en la Legislatura 110 (años 2007-2009) fue el Partido Demócrata el que alcanzó la mayoría parlamentaria en la citada cámara. En lo referido al Senado, albergó una mayoría parlamentaria republicana durante la Legislatura 109, mientras que la 110 alojó un empate entre republicanos y demócratas (*History, Art & Archives. United States House of Representatives*).

También cabría apuntar que el Tribunal Supremo de Estados Unidos jugó un papel relevante a propósito de la política exterior de la Administración de George W. Bush, ya que acentuó su querencia de las últimas décadas a no manifestarse sobre asuntos exteriores o, cuando lo hizo, aceptó implícitamente la visión Curtiss-Wright del Ejecutivo (Palacio de Oteiza, 2003, 7). A este respecto, la última se refiere a la potestad jurídica independiente que la Constitución de Estados Unidos ofrece a su presidente para decidir en materia de asuntos exteriores del país, sin tener que depender del Congreso. Además, el nombramiento de John Ashcroft como fiscal del Estado al frente del Departamento de Justicia predispuso una interpretación unilateral de cuestiones delicadas respecto o a asuntos de derecho internacional.

7.1. Los grupos de presión

Los grupos de presión o interés estadounidenses o *single-issue interest groups* (asociaciones privadas, corporaciones y sindicatos), que se entremezclan con el Ejecutivo, el Legislativo y el Poder Judicial, profesan una gran influencia en la toma de decisión de los cargos públicos (Palacio de Oteiza, 2003, 8). Tradicionalmente, los *lobbies* o grupos de presión han mantenido conflictos con el Departamento de Estado, que representa la “unidad de acción en el exterior” y el interés nacional.

Los congresistas son las personalidades más influenciadas por estos grupos, ya que se deben a las encuestas de opinión y a las demandas de los votantes de su distrito o Estado. En Washington, los lobistas contactan directamente con los responsables de los Comités del Congreso y pueden ser invitados a legislar.

En el país existen más de 3.700 grupos de interés registrados y, su poder de movilización se cierne sobre centenares de miles de votantes, sobre todo cuando organizan coaliciones sobre asuntos específicos. Esto conduce a que en diversas ocasiones los representantes del Senado o del Congreso voten en sentido contrario al que dispone el líder de su partido, dividiendo al Congreso y dispersando las políticas (Palacio de Oteiza, 2003, 8).

7.1.1. Grupos de interés económicos

El *lobby* del petróleo se ha confirmado como uno de los que han desempeñado un mayor protagonismo en la misma Casa Blanca durante las dos Administraciones de George W. Bush. Así, cabría apuntar que el mismo presidente George W. Bush posee negocios en el sector energético, Dick Cheney trabajó como directivo en la compañía Halliburton y que Condoleezza Rice estuvo vinculada a Chevron. El *lobby* del petróleo ha sido uno de los mayores contribuyentes para la financiación de las campañas presidenciales de George W. Bush.

El grupo de presión de la industria armamentística cuenta con un gran peso en las decisiones de Washington debido a su conexión con el Departamento de Defensa y el Congreso. Estados Unidos se provee armamentísticamente de forma exclusiva con corporaciones privadas. La expansión de las subcontratas (y por consiguiente del incremento de puestos de trabajo) se extiende por todos los distritos electorales del país y las mismas inciden directamente en el sentido de las votaciones de los congresistas,

que han de elegir entre su supervivencia profesional y la calidad y coherencia de los programas de defensa. Además, las industrias de defensa acogen laboralmente a multitud de antiguos congresistas y exoficiales del Departamento de Defensa, creando notables inercias entre los mismos en el desarrollo de su actividad.

En esta línea, cabría mencionar la decisión de la Administración de George W. Bush de reactivar la economía norteamericana mediante el aumento del gasto de los presupuestos del Departamento de Defensa, que incrementó notablemente la relevancia de las contratas y el poder de varios gigantes industriales tras sus procesos de fusión (como son el caso de General Dynamics Corporation, Boeing, Lockheed Martin o Raytheon).

No obstante, el poder de la industria armamentística relacionada al Pentágono sólo encuentra posibilidades de despegar si cuenta con el apoyo implícito o explícito de los factores internos que deberían actuar como filtro, como el Congreso, grupos de presión, centros de análisis, medios de comunicación, opinión pública, el propio presidente y una coyuntura internacional favorable. En este caso, el contexto para estas industrias era más que favorable.

La actividad de *lobbying* o presión política de los sindicatos de los sectores del acero y agrícola enmarcados dentro de la *American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations* también ha ostentado un papel relevante en las decisiones en materia de política comercial exterior de las Administraciones de George W. Bush (Palacio de Oteiza, 2003, 8).

7.1.2. Grupos de interés étnicos

El grupo de presión o de interés étnico más relevante es el de Israel y en el mismo convergen judíos norteamericanos y protestantes fundamentalistas de derecha no judíos.

El grupo de presión política judío más enérgico es el *American Israel Public Affairs Committee*, AIPAC, que cuenta con más de 55.000 miembros en el país y una extensa red de contactos en Washington, entre los que destacan Paul Wolfowitz o Fred Zeidmann. AIPAC cuenta con un cierto poder de veto en la venta de armas a países musulmanes y los republicanos intentan ganarse su favor en pos de su relevancia electoral. Así, aunque el número de judíos en Estados Unidos es de 6 millones y ésta no supone una cifra muy

notoria, este grupo participa de forma muy notable en los comicios electorales y se concentran en Estados tan relevantes como California o Nueva York.

El apoyo a este *lobby* por parte de la Administración le supone a ésta última serias controversias y dificultades, ya que le conlleva exigencias radicales en el conflicto árabe-israelí. En esta línea, la mayor ayuda militar estadounidense a un país extranjero se dirige precisamente a Israel (Palacio de Oteiza, 2003, 9).

En cuanto al grupo de interés cubano-americano, cabría mencionar que a pesar de que las asociaciones latinas inciden muy levemente en la política exterior de la Administración de George W. Bush, el grupo de interés cubano establecido en Miami, a través de la *Cuban-American National Foundation* continúa perfilando la política norteamericana hacia el país caribeño.

7.1.3. Grupos de interés extranjeros

Otro de los grupos en condiciones de influenciar en la política exterior estadounidense son los gobiernos de otros Estados, a través de los contactos de sus Embajadas y oficinas especiales con miembros del Congreso. Además, también se acostumbra a que exfuncionarios del Ejecutivo y miembros del *establishment* de Washington sean contratados con frecuencia para representar intereses extranjeros, como es el caso de *Kissinger & Associates*, una firma bajo la presidencia del propio Henry Kissinger en la que contratistas del Departamento de Defensa y representantes de compañías norteamericanas desarrollan su labor profesional como consultores para otros Gobiernos y multinacionales extranjeras, además de para las estadounidenses (Palacio de Oteiza, 2003, 9-10).

Sin embargo, los intereses extranjeros sólo han sido tenidos en cuenta por parte de la Administración de George W. Bush si iban en la misma dirección de esta última.

7.1.4. Los centros de análisis o de estudios

Los *think tanks* o centros de análisis o de estudios persiguen básicamente dos objetivos principales a partir de sus acciones de *deep lobbying*: influir en el poder y en la opinión pública.

Las fundaciones conservadoras acostumbran a unir sus recursos para financiar a los mismos receptores a modo de inversión estratégica en ideas. Y además, utilizan estratégicamente sus medios, ya que conceden subvenciones muy sustanciosas con

continuidad en el tiempo para obtener beneficios ideológicos a largo plazo e identifican personas susceptibles de desarrollar trayectorias académicas brillantes e intelectualmente prometedoras. El movimiento neoconservador comprendió pronto la necesidad de crear élites intelectuales e instituciones con capacidad de cambiar el debate político nacional.

Las decisiones en materia de política exterior de George W. Bush se han visto significativamente influenciadas por el poder que han ejercido desde la *revolving door* o puerta giratoria importantes centros de estudios conservadores, que se refiere al poder indirecto y difuso que ejercen indirectamente en la materia debido al trasvase continuo que se produce entre las administraciones norteamericanas y los centros de funcionarios, académicos e intelectuales, periodistas, abogados, personas del mundo de los negocios, etc.

En este ámbito, destacan algunos centros de análisis como *Heritage Foundation*; *American Enterprise Institute*; las “Cuatro Hermanas”: *Bradley*, *Olin*, *Smith-Richardson*, *Charles Koch* y *Scaife-Mellon*; *Project for the New American Century*; *RAND*; *Carnegie Endowment for International Peace*; *Council on Foreign Relations*, *Center for Strategic and International Studies*; *Brookings Institution*; *Center for Contemporary Conflict*; *Leadership Institute*; *Hoover Foundation*; *Foreign Policy in Focus*; *Chicago Council on Foreign Relations*; *American-Israel Public Affairs Committee* y *Washington Institute for Near East Policy*.

Uno de los mayores apoyos a la política exterior de George W. Bush se originó desde el mundo académico con la publicación del manifiesto “La carta de América, razones para un combate” (Palacio de Oteiza, 2003, 18). Ésta última fue firmada tras los atentados en suelo estadounidense producidos el 11S por sesenta de los intelectuales estadounidenses más prestigiosos, que ejercían su contribución a la causa del entonces presidente norteamericano desde los centros de análisis más relevantes a lo largo de todo el país.

La política exterior norteamericana se ha visto significativamente sometida a las consecuencias de la presión ejercida desde los centros de análisis por el fundamentalismo cristiano, movimiento que percibe como una de sus misiones la conquista de Oriente Medio para la cristiandad. Así, según la Teología del Rapto, se contempla el advenimiento de la Segunda Venida de Cristo en Jerusalén y, en este

sentido, el influyente pastor John Hagee afirma que mientras que todas las demás naciones fueron creadas por un acto de los hombres, Israel fue creado por un acto de Dios (George, 2007, 156).

Las creencias religiosas de los fundamentalistas cristianos norteamericanos son esenciales para cualquiera que sea el partido político que esté en el poder, ya que su teología continuará ostentando una notable influencia en la política exterior de Estados Unidos en relación con Israel y Oriente Medio principalmente.

7.1.5. Los medios de comunicación de masas

Desde la Primera Guerra del Golfo, en Estados Unidos los medios de comunicación se homogeneizaron notablemente y las noticias se volvieron más uniformes (Goodman y Goodman, 2004, 180-181). Seis grandes corporaciones controlan los principales medios de comunicación y han cumplido un papel muy destacable de difusión y propaganda de los principales objetivos en materia de política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush:

- *La News Corporation* (*Fox, Harper Colins, New York Post, Direct TV* y treinta y cuatro cadenas de TV).
- *General Electric* (NBC, CNBC, MSNBC, Telemundo, Bravo y trece cadenas de TV)
- *Time Warner* (AOL, CNN, *Warner Bros, Time* y sus ciento treinta revistas).
- *Disney* (ABC, *Disney Channel, ESPN*, diez cadenas de TV y veintinueve de radio e *Hyperion*).
- *Viacom* (CBS, MTV, *Nickelodeon, Paramount Pictures, Simon & Schuster* y ciento ochenta y cinco emisoras de radio) y
- *Bertelsmann* (*Random House* y sus más de cien sellos editoriales y *Gruner & Jahr* y sus ochenta revistas).

Los afines al neoconservadurismo también han expandido su cota de influencia a través de sus cargos en revistas. La publicación más representativa de este movimiento sería *The Weekly Standard*, dirigida por William Kristol, hijo de Irving Kristol y que se ha distinguido como uno de los portavoces más relevantes de esta corriente de pensamiento. *The Weekly Standard* se encuentra financiada en buena parte por Rupert

Murdoch y por las fundaciones *Bradley* y *Smith-Richardson*. Asimismo, destaca la revista *Commentary*, editada por el *American Jewish Committee* y dirigida por Norman Podhoretz, otra de las personalidades del neoconservadurismo, procedente de la izquierda como Irving Kristol.

The Public Interest fue creada en 1965 por dos amigos de la *alcove one* del City College, Daniel Bell e Irving Kristol. La misma se dedica exclusivamente a la política interior, al contrario que *The National Interest*, fundada en 1985 también por el mismo Kristol. La última se centra en la política exterior, aunque la corriente neoconservadora no es la que predomina en la misma.

Son significativas también otras dos revistas que albergan a neoconservadores, *The National Review* y *The New Republic*. La primera de ellas sería más bien tradicionalista y la segunda cuenta con una cierta tendencia izquierdista (Frachon y Vernet, 2004, 116).

Los medios de comunicación se manifiestan como otros de los instrumentos dedicados a ganar la batalla de las ideas y valores neoconservadores. Así, los donantes, a través de las publicaciones y las fundaciones o centros de análisis financian revistas, becas de investigación para los alumnos más brillantes, canales de televisión y la inserción de artículos redactados por intelectuales en medios tan prestigiosos como el *New York Times*, el *Washington Post*, la revista *Time* o *Fox News* (George, 2007, 60).

8. Esquema general ideológico de las Administraciones de George W. Bush en materia de política exterior

El neorrealismo o realismo estructural se configura como el paradigma que dota de cuerpo teórico a la implementación de la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008). Y, más concretamente, es la corriente ideológica del neoconservadurismo estadounidense la que enmarca el esquema general ideológico en el que se apoyó George W. Bush durante sus dos mandatos presidenciales en materia de política exterior.

En función de la visión de la política exterior neoconservadora analizada en el primer capítulo de la tesis y cuyos presupuestos ideológicos giran en buena medida entorno a la teología política, tras los atentados en suelo estadounidense del 11 de septiembre de 2001, la Administración de George W. Bush asumió una posición unilateralista con su denominada política de guerra global contra el terrorismo.

Todo ello, en base a la creencia de que la supuesta superioridad moral estadounidense derivada de su designación divina como tierra elegida para guiar a las demás naciones, le situaban naturalmente en una posición de superioridad mundial y en la obligación de luchar contra las fuerzas que representaban el mal (al-Qaeda y el régimen talibán en este caso), en la línea que conlleva el cumplimiento de sus responsabilidades globales. El evangelismo de la Administración de George W. Bush llevó a la demonización de sus nuevos enemigos tras el 11S (los militantes del yihadismo salafista y los Estados granujas (“el Eje del Mal”, esto es, Irak, Irán y Corea del Norte), caracterizados como la encarnación del “mal” en su lucha contra las fuerzas del “bien” (representadas éstas últimas por Estados Unidos).

Además, el sustrato ideológico que hunde sus raíces en la Teoría del Destino Manifiesto estadounidense, estudiada en el primer capítulo, se configuró como la base del esquema doctrinal que sirvió a la Administración de George W. Bush para formular una política exterior de acuerdo a los valores y fundamentos del movimiento neoconservador norteamericano, que buscaba perpetuar la supremacía global de Estados Unidos, intentar construir un nuevo orden mundial en ese sentido y justificar su argumentada guerra global contra el terror.

En definitiva, la Administración de George W. Bush justificó su actuación hegemónica en base al estado de guerra global contra el terrorismo en que se declaró tras el 11S, proyectado en base a los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense ya analizados, según los términos morales de lucha del bien contra el mal. A partir de los mismos, apoyó su política exterior en la consecución de sus intereses geoestratégicos en Eurasia al margen de la legislación internacional, ya que se arrogaba a sí misma el papel de líder mundial y superioridad global.

Según la visión dualista del mundo que sustentan los fundamentos ideológicos que inspiran la política exterior de George W. Bush, el mal adoptó la forma de terrorismo. En consecuencia, sus Administraciones justificaron sus acciones en materia de política exterior a partir de su argumentada obligación moral de luchar contra los terroristas mediante los medios que se considerasen más apropiados (mediante la creación por ejemplo del centro de detención de Guantánamo y la vulneración de los derechos humanos de las personas tanto allí recluidas como en otras prisiones estadounidenses alrededor del mundo, la obtención de información confidencial de ciudadanos y su vigilancia electrónica masiva a través de medios y acciones susceptibles de infringir

derechos civiles e individuales o, la invasión unilateral a Irak arguyendo que el país contaba con armas de destrucción masiva y contactos con organizaciones terroristas).

9. Anexos

- Discurso del 14 de septiembre de 2001 pronunciado por George W. Bush en la *National Cathedral* de Nueva York con motivo del oficio religioso dedicado a las víctimas del ataque contra el *World Trade Center*, el Pentágono y Washington (U.S. Office of Personnel Management, 2001):

“Just three days removed from these events, Americans do not yet have the distance of history, but our responsibility to history is already clear: to answer these attacks and rid the world of evil. War has been waged against us by stealth and deceit and murder...Our purpose as a nation is firm, yet our wounds as a people are recent and unhealed and lead us to pray. In many of our prayers this week, there's a searching and an honesty. At St. Patrick's Cathedral in New York, on Tuesday, a woman said, "I pray to God to give us a sign that he's still here."...This world He created is of moral design. Grief and tragedy and hatred are only for a time. Goodness, remembrance and love have no end, and the Lord of life holds all who die and all who mourn...This is true of a nation as well. In this trial, we have been reminded and the world has seen that our fellow Americans are generous and kind, resourceful and brave...We see our national character in rescuers working past exhaustion, in long lines of blood donors, in thousands of citizens who have asked to work and serve in any way possible. And we have seen our national character in eloquent acts of sacrifice. ..Today, we feel what Franklin Roosevelt called, "the warm courage of national unity." This is a unity of every faith and every background. This has joined together political parties and both houses of Congress. It is evident in services of prayer and candlelight vigils and American flags, which are displayed in pride and waved in defiance. Our unity is a kinship of grief and a steadfast resolve to prevail against our enemies. And this unity against terror is now extending across the world...America is a nation full of good fortune, with so much to be grateful for, but we are not spared from suffering. In every generation, the world has produced enemies of

human freedom. They have attacked America because we are freedom's home and defender, and the commitment of our fathers is now the calling of our time..."

- *Fragmento del documento NSC-68: VII. Present Risks:*

"It is apparent from the preceding sections that the integrity and vitality of our system is in greater jeopardy than ever before in our history. Even if there were no Soviet Union we would face the great problem of the free society, accentuated many fold in this industrial age, of reconciling order, security, the need for participation, with the requirement of freedom. We would face the fact that in a shrinking world the absence of order among nations is becoming less and less tolerable. The Kremlin design seeks to impose order among nations by means which would destroy our free and democratic system. The Kremlin's possession of atomic weapons puts new power behind its design, and increases the jeopardy to our system. It adds new strains to the uneasy equilibrium-without-order which exists in the world and raises new doubts in men's minds whether the world will long tolerate this tension without moving toward some kind of order, on somebody's terms.

The risks we face are of a new order of magnitude, commensurate with the total struggle in which we are engaged. For a free society there is never total victory, since freedom and democracy are never wholly attained, are always in the process of being attained. But defeat at the hands of the totalitarian is total defeat. These risks crowd in on us, in a shrinking world of polarized power, so as to give us no choice, ultimately, between meeting them effectively or being overcome by them.

It is quite clear from Soviet theory and practice that the Kremlin seeks to bring the free world under its dominion by the methods of the cold war. The preferred technique is to subvert by infiltration and intimidation. Every institution of our society is an instrument which it is sought to stultify and turn against our purposes. Those that touch most closely our material and moral strength are obviously the prime targets, labor unions, civic enterprises, schools, churches, and all media for influencing opinion. The effort is not so much to make them serve obvious Soviet ends as to prevent

them from serving our ends, and thus to make them sources of confusion in our economy, our culture, and our body politic. The doubts and diversities that in terms of our values are part of the merit of a free system, the weaknesses and the problems that are peculiar to it, the rights and privileges that free men enjoy, and the disorganization and destruction left in the wake of the last attack on our freedoms, all are but opportunities for the Kremlin to do its evil work. Every advantage is taken of the fact that our means of prevention and retaliation are limited by those principles and scruples which are precisely the ones that give our freedom and democracy its meaning for us. None of our scruples deter those whose only code is "morality is that which serves the revolution."

...The possession of atomic weapons at each of the opposite poles of power, and the inability (for different reasons) of either side to place any trust in the other, puts a premium on a surprise attack against us. It equally puts a premium on a more violent and ruthless prosecution of its design by cold war, especially if the Kremlin is sufficiently objective to realize the improbability of our prosecuting a preventive war. It also puts a premium on piecemeal aggression against others, counting on our unwillingness to engage in atomic war unless we are directly attacked. We run all these risks and the added risk of being confused and immobilized by our inability to weigh and choose, and pursue a firm course based on a rational assessment of each...

...The risk of having no better choice than to capitulate or precipitate a global war at any of a number of pressure points is bad enough in itself, but it is multiplied by the weakness it imparts to our position in the cold war. Instead of appearing strong and resolute we are continually at the verge of appearing and being alternately irresolute and desperate; yet it is the cold war which we must win, because both the Kremlin design, and our fundamental purpose give it the first priority..."

- Fragmento del discurso del presidente de Estados Unidos George W. Bush el 29 de enero de 2002 (*The White House*, 2002):

“Al reunirnos esta noche, nuestra nación se encuentra en guerra, nuestra economía está en recesión y el mundo civilizado enfrenta peligros sin precedentes. Sin embargo, el estado de la nación nunca ha sido más sólido.

Nos reunimos por última vez en un momento de conmoción y sufrimiento. Durante cuatro cortos meses, nuestra nación ha consolado a las víctimas, comenzado a reconstruir Nueva York y el Pentágono, formado una gran coalición, capturado, arrestado y librado al mundo de miles de terroristas, destruido los campamentos terroristas de Afganistán, salvado a un pueblo de la hambruna y liberado un país de opresión brutal...

...Nuestra causa es justa y continúa. Nuestros descubrimientos en Afganistán confirmaron nuestros peores temores y nos mostraron el verdadero alcance de la tarea que tenemos por delante. Hemos visto la profundidad del odio de nuestros enemigos en videos en los que se ríen sobre la pérdida de vidas inocentes. Y la profundidad del odio es equivalente a la locura de la destrucción que conciben. Hemos encontrado diagramas de plantas estadounidenses de energía nuclear e instalaciones públicas de agua, instrucciones detalladas sobre cómo hacer armas químicas, mapas de reconocimiento de ciudades estadounidenses y descripciones minuciosas de los lugares de importancia en los Estados Unidos y por todo el mundo...

...Nuestra nación continuará firme y paciente y persistente al procurar dos grandes objetivos. Primero, clausuraremos los campamentos terroristas, interrumpiremos los planes de los terroristas y llevaremos a los terroristas ante la justicia. Y segundo, debemos prevenir que los terroristas y los regímenes en busca de armas químicas, biológicas o nucleares amenacen a los Estados Unidos y al mundo...

...Nuestro segundo objetivo es prevenir que los regímenes que respaldan el terror amenacen a los Estados Unidos o a nuestros amigos y aliados con armas de destrucción masiva.

...Estados como éstos y sus aliados terroristas constituyen un eje de maldad que se arma para amenazar la paz del mundo. Al procurar conseguir armas de destrucción masiva, estos regímenes posan un peligro grave y creciente.

Podrían proporcionar estas armas a los terroristas, darles los medios equivalentes a su odio. Podrían atacar a nuestros aliados o tratar de extorsionar a los Estados Unidos. En cualquiera de estos casos, el precio de la indiferencia podría ser catastrófico.

Colaboraremos estrechamente con nuestra coalición para negar a los terroristas y sus estados patrocinadores los materiales, la tecnología y la pericia para fabricar y transportar armas de destrucción masiva. Desarrollaremos y desplegaremos defensas antimisiles efectivas para proteger a Estados Unidos y a nuestros aliados de ataques repentinos. (Aplauso.) Y todos los países deben saberlo: Estados Unidos hará lo que sea necesario para garantizar la seguridad de nuestra nación.

Actuaremos con deliberación, sin embargo el tiempo no está de nuestro lado. No aguardaré los acontecimientos mientras se cierne el peligro. No aguardaré mientras los riesgos se acercan más y más. Estados Unidos de Norteamérica no permitirá que los regímenes más peligrosos del mundo nos amenacen con las armas más destructivas del mundo. (Aplauso.)

Nuestra guerra contra el terror está bastante comenzada, pero recién se inicia. Esta campaña quizá no concluya durante nuestra guardia, sin embargo debe ser y será librada durante nuestra guardia...

..Nuestra primera prioridad siempre debe ser la seguridad de nuestro país y eso se reflejará en el presupuesto que envíe al Congreso. Mi presupuesto apoya tres grandes objetivos para los Estados Unidos: Ganaremos esta guerra, protegeremos nuestro territorio nacional y reactivaremos la economía...

...Esta época de adversidad ofrece un momento único de oportunidad - un momento que debemos aprovechar para cambiar nuestra cultura. A través del impulso en subida de millones de actos de servicio y decencia y bondad, podemos vencer el mal con más bien. Y tenemos una gran oportunidad durante esta época de guerra para guiar al mundo hacia los valores que traerán paz perdurable..."

PARTE II

CAPÍTULO 2: LA PRIMERA ADMINISTRACIÓN DE GEORGE W. BUSH (ENERO 2001-DICIEMBRE 2004)

1. Inicios de la primera Administración de George W. Bush (enero a septiembre de 2001)

George W. Bush, que durante la campaña electoral contra su contrincante demócrata Al Gore había ofrecido una imagen de escasos conocimientos en materia de política internacional (Woodward, 2006, 38), se rodeó en su Administración de políticos veteranos de anteriores administraciones republicanas para contrarrestar su falta de experiencia (Brzezinski, 2007, 182-183). Así, Richard Cheney, secretario de Defensa durante la Administración de Bush padre, accedió a la vicepresidencia, consignándose como el auténtico arquitecto de la política exterior del mandato de George W. Bush; Colin Powell asumió el cargo de secretario de Estado y Donald Rumsfeld el de secretario de Defensa (puesto que había ocupado previamente en la presidencia de Ford). Buena parte de los cargos más relevantes de la Administración de George W. Bush contaban con un marcado perfil neoconservador, tal como se ha analizado en el primer capítulo de esta tesis.

La elección de este equipo con amplia trayectoria gubernamental hacía pensar que George W. Bush continuaría con la tradicional política republicana de mantener la supremacía de Estados Unidos en el mundo, actuando únicamente en aquellas crisis y conflictos que entrañasen verdaderos riesgos para los intereses nacionales norteamericanos (García, 2009, 666-673).

Recién asumida su Administración, George W. Bush comunicó su voluntad de llevar a cabo una revisión de las capacidades estratégicas estadounidenses, con el objetivo fundamental de mejorar las capacidades operativas del ejército (García, 2009, 666-673). Tal como se esperaba tras la designación de su equipo gubernamental, su iniciativa preveía aspectos que inducen a pensar que el presidente George W. Bush albergaba la intención al inicio de su primer mandato de mantener y perpetuar el papel estadounidense de hiperpotencia mundial alejándose de estrategias intervencionistas en

el teatro internacional. El presidente George W. Bush pretendía durante los primeros meses de su primer mandato:

- Reducir unilateralmente el arsenal de armas nucleares de largo alcance (hasta 2.500 ojivas).
- Impulsar la modernización tecnológica del armamento convencional. Destacarían especialmente la relativa a las capacidades que no conllevaran la actuación de soldados (como la guerra electrónica, los aviones no pilotados...) y que supusiesen la minimización de las bajas propias, así como la búsqueda de la precisión letal de las nuevas armas o “revolución de los asuntos militares” (RAM).
- Desarrollar el programa de Defensa Nacional Antimisiles (NMD), sucesor de la “guerra de las galaxias” de la Administración Reagan, que pretendía proteger el territorio nacional estadounidense de todo ataque procurado con misiles de largo alcance.

Cabría apuntar que el programa NMD produjo una gran controversia y recelo a nivel mundial. Europa sostenía que el NMD ponía fin al vínculo de seguridad transatlántica creada tras la Segunda Guerra Mundial. Por su parte, Rusia y China mantenían que el programa significaba la eliminación de la doctrina de disuasión sobre el principio de destrucción mutua asegurada. Y a nivel global, se desconfió del mismo debido a que fomentaba una nueva carrera de armamentos que podría suponer un incremento de la tensión internacional. Se considera así que la Administración de George W. Bush devolvía al epicentro de la agenda internacional las cuestiones de seguridad sin la existencia de una amenaza ideológica de carácter global (Política Exterior-editorial, 2001,5-6).

Durante esta etapa, George W. Bush parecía abocado al realismo en materia de política internacional que caracterizó a la Administración de su padre, comprometido únicamente con los intereses vitales o estratégicos de Estados Unidos en su versión más tradicional.

En sus primeros meses de andadura, la primera Administración de George W. Bush no presentaba una clara dirección en materia de política exterior, aunque sí intervino, tal como señala Rafael García Pérez (García, 2009, 666-673) en varios

incidentes bilaterales, como los referidos al derribo de un avión espía norteamericano por un caza chino y la expulsión de 50 diplomáticos rusos de la Embajada de Washington. La política exterior estadounidense se limitó así durante este período a dar respuesta a las controversias que iban surgiendo en la arena internacional, pero sin unas específicas directrices.

Las principales preocupaciones de la Administración de George W. Bush en este momento se centraban en el objetivo de hacer prevalecer la brecha militar sobre sus posibles contrincantes (Rusia, China y Europa), el desarrollo de una nueva estrategia nuclear mediante el desarrollo de bombas de cuarta generación y la desvinculación de obligaciones multilaterales, todo ello a través de la estrategia de la Revolución de Asuntos Militares (RMA). El objetivo de ésta era garantizar la supremacía estadounidense ante sus rivales convencionales aumentando la eficacia y la eficiencia de todos los cuerpos de las Fuerzas Armadas norteamericanas, que permitiese así la posible reducción del tamaño de éstas (Benito, 2007, 15).

La Administración de George W. Bush cometió un grave fallo en cuanto a la elaboración de sus estimaciones y planes en materia tanto de seguridad nacional como internacional, ya que las más altas autoridades obviaron la amenaza que constituía el salafismo yihadista, a pesar de las notas informativas que había confeccionado la CIA al respecto.

En este sentido, cabría mencionar que el 28 de febrero de 1998 Bin Laden lanzó la *fatwa* “Frente Islámico Internacional contra los Judíos y Cruzados” declarando la guerra a Occidente. La acción produjo en la inteligencia norteamericana la planificación de su captura en su casa de la granja de Tarnak en Afganistán, pero ésta no contó con la aprobación de la Casa Blanca, que se decantó por un ataque con misiles Tomahawk. La inexistencia de inteligencia humana HUMINT sobre el objetivo y una presunta filtración del ISI (servicio de inteligencia pakistaní) hicieron posible que Bin Laden pudiera huir. En aquella coyuntura, la CIA no presentaba las condiciones necesarias para operar en el terreno, por lo que dependía del ISI y sus fuentes humanas (Ferrer, 2012, 43-66).

Asimismo, cabría destacar que los ataques terroristas a las Embajadas de Kenia y Tanzania en 1998 y el atentado contra el USS Cole en 2000 ya habían llevado a Estados

Unidos a declararse en guerra contra Bin Laden y a dirigir recursos contra al-Qaeda en Afganistán.

Por su parte, durante el período de las elecciones presidenciales del año 2000, la CIA presentó al entonces presidente de Estados Unidos, Bill Clinton, varias notas informativas en las que se prevenía de un ataque masivo e inminente de Bin Laden en el país. La mejor alternativa para la CIA en aquel momento en su lucha contra el régimen talibán y al-Qaeda era el apoyo técnico y económico a Massoud, líder de la Alianza del Norte que, sin embargo, tal como se indicará más adelante en este segundo capítulo, fue asesinado el 9 de septiembre de 2001 por dos terroristas.

Bajo estas circunstancias, cuando Estados Unidos se consideraba a sí mismo invulnerable, se produjeron los atentados del 11 de septiembre de 2001 en suelo norteamericano. Los referidos acontecimientos supusieron una transformación de la coyuntura estratégica internacional y un cambio de paradigma a partir de la deriva que los mismos produjeron en la política exterior de la hiperpotencia estadounidense.

Una paradoja ha caracterizado la postura internacional de Estados Unidos tras el 11S y es que nunca ha sido mayor su poder pero, sin embargo, nunca ha gozado de tan escasa credibilidad. Así, debido a la posición unilateralista de la Administración de George W. Bush y que se analizará en mayor profundidad durante los capítulos dos y tres de esta tesis, el poder norteamericano se encuentra en esos momentos en su cénit histórico pero su posición política global, por el contrario, bajo mínimos (Brzezinski, 2004, 58).

A partir de los ataques terroristas del 11S, la Administración de George W. Bush asumió la visión de “quien no está con nosotros, está contra nosotros”, que resumía la determinación del papel de Estados Unidos en el mundo bajo su denominada política de “guerra global contra el terrorismo”. La perspectiva neoconservadora que mantiene la Administración de George W. Bush, que como se vio en la primera parte de esta tesis apela a la supremacía global de Estados Unidos derivada de la creencia de que la supuesta superioridad moral estadounidense en todos los aspectos, sitúa naturalmente al país en una posición de superioridad mundial y en la obligación de luchar contra las fuerzas que representan el mal (en este caso, al-Qaeda y el régimen talibán), en la línea que representa el cumplimiento de sus responsabilidades globales.

En otro orden de ideas, cabría mencionar que tras su elección como presidente de Estados Unidos, George W. Bush aportó un tono evangélico a la Casa Blanca. El mismo se consideraba como un metodista del sur estadounidense y decidió "volver a comprometer" su corazón con Jesucristo en la década de los 80 cuando tuvo problemas de alcoholismo. Durante la campaña electoral, afirmó que Cristo era su principal filósofo político y, tras acceder al poder se refirió constantemente a la importancia de la "fe en Dios" como un don curativo en Estados Unidos, con frecuentes alusiones a "Dios todopoderoso".

El evangelismo de la Administración de George W. Bush dio como resultado su intento de demonizar a sus nuevos enemigos después del 11S (Woodward, 2006, 496). Algunos autores observaron que la continua caracterización por parte de la Casa Blanca de Bin Laden y sus seguidores como gente perversa fue similar a las campañas norteamericanas de deshumanización contra el comunismo de la Guerra Fría y los japoneses de la Segunda Guerra Mundial. De este modo, el descubrimiento por parte de Estados Unidos de un enemigo que no es simplemente un enemigo, sino la encarnación del "mal", tiene unas credenciales históricas, tal como se ha analizado en el epígrafe referido a los orígenes de la retórica contra el mal del primer capítulo.

2. El papel del 11S en la política exterior estadounidense

El 11 de septiembre de 2001 pasó a la historia de Estados Unidos como el día de la infamia. A las 8:48 de la mañana un Boeing 767 de la compañía *American Airlines* se estrellaba contra una de las Torres Gemelas de Nueva York. Dieciocho minutos más tarde, el mundo observó en directo como otro avión de *United Airlines* hacía lo propio contra una segunda torre. A las 9:43 otro avión caía sobre un edificio del mismo Pentágono, en Washington D.C. y, 27 minutos más tarde, otro aparato de *American Airlines* se desplomaría bajo extrañas circunstancias sobre un campo de Pensylvania. Ese día fallecieron en estos sucesos casi 3.000 ciudadanos y ciudadanas en suelo estadounidense.

Tras el fracaso sin precedentes de los servicios de inteligencia norteamericanos, al-Qaeda mostró al mundo con sus ataques yihadistas la vulnerabilidad de la seguridad de Estados Unidos, en un momento en el que la opinión pública tanto nacional como internacional daba por hecho y asumía que la hiperpotencia norteamericana jamás podría ser golpeada y, menos aún en suelo propio. Era impensable que Estados Unidos

podiera ser víctima de un ataque terrorista y, menos de uno del tamaño del sufrido el 11 de septiembre de 2001, debido a la magnitud del poder que ostentaba el país y a su imagen de hiperpotencia global.

De este modo, los 19 militantes yihadistas de al-Qaeda de diversas nacionalidades que organizaron e intervinieron en la ejecución de dichos atentados acabaron con el sentimiento de invulnerabilidad física de los estadounidenses.

Respecto a los motivos que llevaron a al-Qaeda a cometer los atentados del 11S, Osama Bin Laden presentó tres razones (Matthews, 2005, 10):

1. La presencia militar de Estados Unidos en Arabia Saudí, la tierra santa histórica de la Meca.
2. La colaboración de Estados Unidos con los que al-Qaeda estima como regímenes política y religiosamente corruptos y apóstatas de Oriente Medio.
3. La opresión de los palestinos por Israel y el apoyo incondicional de Washington a éste último Estado y a sus políticas.

Los ataques del 11S se significaron como un punto de inflexión en la lucha contra el terrorismo global, tanto por los objetivos elegidos como por el país en el que se llevaron a cabo. Por vez primera, tanto la hiperpotencia mundial como Occidente sentían directamente una amenaza de tal envergadura, sintiéndose vulnerables, viéndose obligados a reconocer sus fallos de seguridad y debiendo reestructurar y rediseñar sus sistemas de vigilancia y protección. Bajo estas circunstancias, las autoridades estadounidenses recibieron la solidaridad y apoyo de casi todos los Estados del planeta, debido a la magnitud y repercusión mundiales que alcanzaron las consecuencias de los referidos atentados.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó el 12 de septiembre de 2001 la Resolución 1368 condenando los ataques terroristas de inspiración salafista yihadista del 11S en suelo estadounidense y reconociéndolos como una amenaza para la paz y la seguridad internacionales. Además, reaccionó instando a todos los Estados a colaborar con urgencia para llevar ante la justicia a los responsables de dichos actos y exhortaba a la comunidad internacional a cooperar más profundamente con el objetivo de prevenir y reprimir los actos de terrorismo. También expresaba su voluntad de llevar a cabo todas las medidas precisas para combatir el terrorismo de acuerdo a la Carta de Naciones

Unidas.

Días más tarde, el 28 de septiembre de 2001 el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la Resolución 1373 y, en virtud del Capítulo VII de la Carta, completó la Resolución 1368 con una serie de medidas encaminadas a la prevención y lucha contra el terrorismo internacional. Entre estas últimas, destacan aspectos como la prevención, la represión, la financiación, el apoyo, la asistencia a las investigaciones, el control y seguridad de fronteras, el establecimiento de la creación del Comité contra el Terrorismo, la cooperación entre Estados, la lucha contra el crimen organizado transnacional y la adhesión a las convenciones y protocolos internacionales dirigidos a combatir el terrorismo.

Tal como señala Richard Falkenrath (Falkenrath, 2004, 41-42), el 11S cambió radicalmente la visión que el mundo tenía del terrorismo y las medidas que estaba dispuesto a adoptar contra el mismo, así como el *modus operandi* de estos últimos. Tras los atentados del 11S, las sociedades avanzadas tomaron conciencia de los riesgos y amenazas a su seguridad y de las cuales no les podían proteger las fronteras (Arteaga, 2011).

Tras el fin de la Guerra Fría, el nuevo sistema internacional que elevó a la categoría de hiperpotencia a Estados Unidos había dado por sentada su superioridad y supremacía en materia de seguridad, así como su capacidad para además de proteger su territorio, hacer lo propio con el de sus aliados. Desde el ataque sufrido por Estados Unidos en Pearl Harbour en el año 1941, el país no había sufrido ningún ataque más dentro de sus propias fronteras, por lo que el sentimiento de inviolabilidad de los estadounidenses en su país estaba más que arraigado.

La Administración de George W. Bush se veía obligada a demostrar que tras aquel manifiesto error de seguridad cometido por sus diversas agencias de inteligencia, Estados Unidos estaba en condiciones de proteger su territorio, a sus ciudadanos y ciudadanas y sus intereses a nivel global, así como a hacer lo propio con sus países amigos.

Por su parte, los gobiernos occidentales tomaron conciencia de la descoordinación e incapacidad de sus modos tradicionales de prevención y respuesta a este tipo de ataques indiscriminados, aprovechadas por actores no estatales con pocos recursos para alterar la vida cotidiana en multitud de aspectos de su ciudadanía. Con ello, salieron a la luz

pública errores manifiestos de seguridad que se habían estado produciendo, como la descoordinación que existía entre las agencias de inteligencia tanto estadounidenses como occidentales.

En definitiva, el 11S transformó la percepción de Estados Unidos sobre los riesgos a los que estaba expuesto y reveló la verdadera amenaza mundial que suponían los actores no estatales y el salafismo yihadista.

La perentoria necesidad de la Administración de George W. Bush de articular una respuesta ante los ataques del 11S y de identificar un enemigo global actuó como catalizador del establecimiento de las ideas del movimiento neoconservador respecto a la política exterior estadounidense. Los neoconservadores elaboraron un mensaje simple e ideológico, tanto político como teórico, que simplificaba y daba respuesta a la excepcional coyuntura tanto norteamericana como internacional. Estados Unidos y el mundo occidental necesitaban una explicación rápida, elaborada y argumentada a estos hechos y, los neoconservadores cercanos al presidente George W. Bush se la ofrecieron.

En consecuencia, desde que tuvieron lugar los atentados de inspiración salafista yihadista del 11S, la política exterior estadounidense ha contado con una impronta fundamentalmente neoconservadora (Martínez, 2011, 61), que dio un giro de 180 grados en la política exterior y de seguridad implementada durante los primeros meses de la Administración de George W. Bush.

El presidente George W. Bush utilizó la retórica inspiradora e idealista de Wilson, cuyas raíces se remontan a la Teoría del Destino Manifiesto ya analizada en el epígrafe relativo a los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense del primer capítulo, para intentar construir un nuevo orden mundial y justificar su argumentada cruzada global al terrorismo, que resultó útil para ganar apoyo popular en la invasión a Irak prometiendo exportar la democracia por la región (Steel, 2004, 96-100). En este sentido, formuló una política exterior que se plasmó con la estrategia y los intereses políticos estadounidenses de acuerdo a los valores y fundamentos del movimiento neoconservador norteamericano que buscaban perpetuar la supremacía global de los Estados Unidos.

Tras los sucesos del 11S, la Administración de George W. Bush pensaba que lograría la consecución de diversos objetivos e intereses geoestratégicos propiciando el fin del régimen talibán en Afganistán (Vega, 2011, 664). Los neoconservadores y figuras con

posturas menos moderadas de la Administración de George W. Bush, cuyos valores e ideas en materia de geopolítica hundían sus raíces en el pensamiento del geógrafo británico Sir Halford Mackinder ya analizado en el epígrafe del primer capítulo que aborda los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense, tenían muy presente que la potencia que lograra el control del Gran Oriente Medio obtendría la supremacía global y una ventaja indiscutible sobre las demás potencias mundiales o sobre los países que aspirasen a alcanzar dicho estatus.

Así, los sectores menos moderados ideológicamente de la Administración de George W. Bush argumentaban que la captura de los líderes de al-Qaeda, responsables de los atentados de inspiración salafista yihadista del 11S y la implantación de un nuevo régimen político afgano, tutelado y democratizado al estilo occidental, propiciarían una ampliación de la tutela estadounidense en la región.

El 11S se configuró, tras el tsunami geopolítico que produjo, como el inicio de la denominada política de guerra global contra el terror implementada por la Administración estadounidense y como la oportunidad para reafirmar el poder norteamericano en el mundo, dando comienzo a un nuevo ciclo hegemónico liderado por el presidente George W. Bush. Con ello, pasa de la estrategia de represalias que habían desarrollado con anterioridad las anteriores administraciones norteamericanas a la estrategia de guerra al terrorismo, de invasión y ocupación de Estados para cambiar y controlar sus regímenes políticos (Vega, 2011, 664).

En contraste con el planteamiento inicial de la primera Administración de George W. Bush, dirigido a una reevaluación de la posición de Estados Unidos como hiperpotencia y una racionalización de su postura global transcurridos diez años del final de la Guerra Fría (García, 2008, 2), los ataques cometidos por al-Qaeda el 11S producen un giro trascendental en la política exterior norteamericana. Así, dichos atentados actúan como catalizador de ajustes y ejecución de unas políticas neoconservadoras, cuya implementación en otras circunstancias, hubiera sido muy complicada.

Tal como señala Miguel M. Benito Lázaro, sólo tras los dramáticos atentados del 11S, en los que perdieron la vida unos 3.000 ciudadanos tanto estadounidenses como de otras nacionalidades, tomaron cabida en la agenda política las tesis neoconservadoras debido a la necesidad que apuraba a la Administración de George W. Bush de articular una respuesta de lo sucedido a Estados Unidos y al mundo (García, 2008, 2).

Los neoconservadores que ocupaban altos cargos en la Administración de George W. Bush (como Paul Wolfowitz, subsecretario de Defensa; Condoleeza Rice, consejera de Seguridad Nacional; I. Lewis Libby, jefe del Gabinete del vicepresidente...), lograron atraer hacia su proyecto al presidente debido a la conmoción en la que quedó sumida la opinión pública estadounidense. De acuerdo a lo anteriormente explicado, los neoconservadores lograron articular su mensaje ideológico, estableciendo inmediatamente las amenazas a las que Estados Unidos y el mundo se enfrentaban.

En síntesis, cabría concluir que la estrategia de su denominada política de guerra global contra el terrorismo se convirtió en el principal objetivo de la política de seguridad nacional de la Administración de George W. Bush. Además, el 11S dio fin al letargo que se había instalado en la política exterior norteamericana durante los primeros nueve meses del mandato presidencial de George W. Bush, quien se vio obligado por las excepcionales circunstancias de los atentados a rediseñar las directrices de la misma.

Tras el 11S, la Administración de George W. Bush se proclamó en estado de “guerra contra el terrorismo”, proyectada en base a los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense ya analizados en el primer capítulo, según los términos morales de lucha del bien contra el mal y que creó entre la población un estado de alerta y miedo continuos a nuevos atentados. La Administración norteamericana identificó al enemigo como a la trinidad conformada por los militantes yihadistas, los villanos y las armas de destrucción masiva. Así pues, centró su misión en combatir al “Eje del Mal” integrado por Irak, Irán y Corea del Norte, acusados de patrocinar el terrorismo y de disponer de armas de destrucción masiva.

En este sentido, justificaba su actuación hegemónica a partir de las siguientes afirmaciones (Batalla, 2004, 91-92):

- Estados Unidos se encuentra en un mundo peligroso.
- Los Estados se configuran como los actores esenciales del teatro internacional, ya que persiguen defender sus intereses.
- El poder, sobre todo el militar, se confirma como el instrumento más relevante del mundo globalizado.
- Las instituciones y los acuerdos internacionales no fomentan los intereses estadounidenses.

- Estados Unidos se define a sí mismo como la única superpotencia.

En este estudio, se comprobará que los ataques de inspiración salafista yihadista del 11S posicionaron a Estados Unidos como el actor global más relevante dentro de la arena política internacional debido a su búsqueda de seguridad absoluta (Palomares, 2006, 37).

A partir del 11S, la política exterior estadounidense sigue unas directrices específicas que producen consecuencias de alcance mundial en el ámbito de la seguridad internacional:

- La Estrategia de Seguridad Nacional promulgada en 2002 por la Administración de George W. Bush anuncia la acción militar preventiva ajena a la legalidad internacional contra los Estados canallas y grupos insurgentes que pretendan desarrollar armas de destrucción masiva.
- La Administración de George W. Bush afirma, a través de su Estrategia de Seguridad Nacional, su hegemonía política, económica y militar y, que no permitirá el ascenso a sus niveles de hiperpotencia de ningún otro Estado.
- Estados Unidos actuará unilateralmente cuando lo estime oportuno para proteger tanto sus intereses como su seguridad nacional e internacional, si es preciso contraviniendo a la comunidad internacional.
- La Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense proclama la universalidad de los valores occidentales. Así, fija la necesidad de extender la democracia y los derechos humanos en todo el mundo y, sobre todo, en los Estados musulmanes. En este sentido, cabría mencionar que la Administración de George W. Bush cometió el error o imprudencia de intentar imponer los valores occidentales por la fuerza en el Próximo y Medio Oriente, obviando la idiosincrasia de estos países. Como resultado, la Administración norteamericana consiguió además de fracasar en su objetivo, un rechazo aún mayor de los países musulmanes hacia la misma hiperpotencia.

Respecto a la estrategia emprendida por la Administración de George W. Bush en su denominada política de guerra global contra el terror, cabría apuntar que constaba de tres partes (Falkenrath, 2004, 43-51):

1. La prevención de nuevos ataques.

La prioridad absoluta de la Administración de George W. Bush durante su denominada política de guerra global contra el terror se centró en la prevención de nuevos posibles atentados yihadistas. A nivel militar, optó por declarar la guerra a Afganistán por “la necesidad de eliminar ese santuario para los insurgentes”. En cuanto al plano diplomático, lanzó diversas campañas específicas en países como Arabia Saudí, Indonesia, Kenia o Pakistán con el objetivo de impedir la organización de redes yihadistas en dichos Estados, que según la Administración de George W. Bush, podrían ser utilizados para atacar posteriormente tanto a aliados como a intereses norteamericanos. Y en lo que respecta a las causas de fondo, la Administración estadounidense se ha referido a la necesidad de democratizar sociedades (según lo que la misma considera como valores occidentales) no democráticas para garantizar las necesidades humanas fundamentales y la libertad de las personas.

2. La protección de la población y los objetivos más vulnerables estadounidenses.

Debido a la inconmensurabilidad de los objetivos a proteger, tanto de población como por ejemplo de infraestructuras, se establecieron prioridades de necesidad de protección entre los mismos, como la de los aviones y los sistemas ferroviarios.

3. La capacidad de respuesta ante supuestos nuevos ataques.

Tal como manifiesta el profesor Falkenrath, Estados Unidos realizó un esfuerzo interno muy notorio para ser capaz de responder ante nuevos ataques tanto convencionales como de nueva generación, como los que respectan al bioterrorismo.

Tal como se apuntó en el primer capítulo de esta tesis, la filosofía política que nutre la política exterior de las Administraciones de George W. Bush deduce que la ley internacional no puede contravenir a los intereses de Estados Unidos, puesto que su moralidad en ningún caso puede ponerse en duda. Así, éste país tiene el derecho de no someterse al juicio de leyes internacionales incompatibles con sus orientaciones y de no legitimar el juicio de cualquier organismo ilegítimo (debido a que no persigue satisfacer los intereses nacionales estadounidenses) que actúa de acuerdo a la ley internacional.

La Administración de George W. Bush define a Estados Unidos en parte en función de sus adversarios. Calificando a sus enemigos de "mal de proporciones bíblicas", apoya su pretensión de justicia bíblica, una postura arbitraria que no resulta aceptable para el resto del mundo y una minoría norteamericana, pero que proporciona a la Administración de George W. Bush más margen para maniobrar entre la mayoría que piensa de un modo similar.

3. La guerra contra Afganistán

El 7 de octubre de 2001, transcurrido menos de un mes desde los atentados del 11S, Estados Unidos invade Afganistán, declarando la guerra a uno de los países más pobres del mundo y alegando a su vez el principio de autodefensa de la Carta de Naciones Unidas. Previamente, las autoridades estadounidenses habían solicitado al gobierno talibán la entrega de Osama Bin Laden, obteniendo una respuesta en sentido negativo. Sin embargo, Afganistán era un Estado soberano desde cuyo territorio se había organizado y dado las órdenes para implementar la ejecución de los atentados, pero sin implicación como tal en los mismos. Los bombardeos estadounidenses a Afganistán ocasionaron miles de víctimas mortales afganas.

La Alianza del Norte, que fue la encargada de llevar a cabo el avance terrestre cuando la resistencia de los talibanes estaba muy deteriorada por los bombardeos, estaba formada por una serie de señores de la guerra contrarios al régimen talibán desde el final de la guerra civil. Su principal dirigente era el tayiko Ahmed Sha Massud, que seguía siendo fiel al derrocado presidente Burhanuddin Rabbani. Tres días antes de los atentados del 11S, Massud fue asesinado en un atentado atribuido a al-Qaeda (Segura, 2004, 137).

La operación militar contra Afganistán ("Libertad Duradera") combinaba los bombardeos masivos con la infiltración de líderes disidentes, que tenían la misión de intentar sublevar a la población pastún, suministrar información a los servicios secretos de inteligencia estadounidenses y dar apoyo al avance de las tropas de la Alianza del Norte. Entre estos líderes disidentes destacaban Abdul Haq, que fue capturado y fusilado por los talibanes el 29 de octubre de 2001 y Hamid Karzai, futuro presidente del gobierno provisional de Afganistán.

A mediados de noviembre de 2001, el régimen talibán únicamente conservaba la

ciudad de Qunduz en el norte, que sería ocupada el 24 de noviembre y Qandahar, que después de días de negociaciones entre el nuevo jefe del gobierno afgano, Hamid Karzai y los jefes tribales pastunes, se entregaría el 7 de diciembre. Seguidamente, Karzai proclamó el fin del régimen talibán.

La invasión estadounidense a Afganistán coincidió con la distribución de cartas infectadas de ántrax en Estados Unidos. A este respecto, la opinión pública norteamericana se centró más en el estado de miedo generalizado que suponía la cuestión del ántrax dentro de la coyuntura de los recientes ataques del 11S que de la situación de destrucción que estaba viviendo Afganistán.

Sin embargo, cuando las investigaciones pertinentes comenzaron a sospechar de la extrema derecha norteamericana (se comprobó que el ántrax procedía de unas cepas creadas por el ejército norteamericano en la década de los sesenta), la cuestión del ántrax desapareció de los primeros titulares de información (Segura, 2004, 225).

Esta tesis deduce que la Administración republicana de George W. Bush resolvió el dilema estratégico que sobrevino a los ataques del 11S a través de la recuperación del imaginario neoconservador que entendía que lo que sucediese con la distribución del poder en Eurasia como principal campo de juego del planeta adquiriría una relevancia fundamental respecto a la primacía global y el legado histórico estadounidense, analizado en el segundo punto del primer capítulo.

Con ello, además de dar respuesta a los atentados, la hiperpotencia estadounidense ejercía una hegemonía y liderazgo mundial indiscutibles tras el vacío de poder que dejó la posguerra fría en un escenario en el que tras la disolución de la Unión Soviética, el concepto del “Imperio del Mal” había perdido su significación, implementando una geoestrategia a largo plazo para toda Eurasia. Tal como se explicó y detalló en la primera parte de esta tesis, cabría recordar que el imaginario del neoconservadurismo estadounidense hunde sus raíces en las tesis del geógrafo británico Sir Halford Mackinder.

Eurasia interesaba especialmente a la Administración de George W. Bush porque es el área en la que se concentran China e India, los dos aspirantes a alcanzar la hegemonía regional más poblados del planeta y con mayor influencia global debido a que se confirman como potencialmente susceptibles de desafiar política y/o económicamente la supremacía estadounidense. Este hecho convierte en crucial la manera en que Estados

Unidos "gestione" Eurasia.

Esta necesidad geoestratégica que pretendía cubrir la Administración norteamericana al declarar la guerra al régimen talibán se asociaba a su voluntad de mantener la hegemonía global y tenía como añadido importante la posibilidad de asegurarse nuevas reservas de petróleo ante el incremento previsto de consumo que vendría provocado, según Zbigniew Brzezinski, por el desarrollo económico de Asia y especialmente, del Extremo Oriente. Es decir, fundamentalmente China y, en menor medida, los países del Sudeste Asiático, así como la India. Las regiones de Asia Central y de la cuenca del mar Caspio contienen reservas de gas natural y de petróleo que superan ampliamente las de Kuwait, el Golfo de México o el Mar del Norte.

Se considera que los fundamentos ideológicos que sustentaron los intelectuales con influencia en los ideólogos de las acciones que implementó la Administración de George W. Bush en materia de política exterior norteamericana tras el 11S también se hallan en la *Defense Planning Guidance* (Masdeu, 2012, 93), analizado en el cuarto epígrafe del primer capítulo de esta tesis. Este documento escrito entre 1990 y 1992 por Paul Wolfowitz, encuadrado dentro del movimiento neoconservador y muy cercano al presidente George W. Bush, buscaba establecer un nuevo orden mundial que favoreciera el liderazgo y unilateralismo estadounidense en el mundo a partir de la caída del muro de Berlín y, con ello, de la desaparición del “mal soviético”.

Las ideas fuerza planteadas por Wolfowitz en el citado documento con el objetivo de consolidar el poder norteamericano en el mundo se proyectan en la estrategia seguida por la Administración estadounidense tras el 11S, ya que ésta última buscaba acceder permanentemente a los recursos del Golfo y actuar en el espacio euroasiático tras el vacío de poder dejado por la ex Unión Soviética a través de la búsqueda de armas de destrucción masiva y la intervención militar.

Tras el 11S, la Administración de George W. Bush categoriza la definición del mal que quedó vacía de contenido tras la caída del muro de Berlín a partir del terrorismo global de al-Qaeda, configurando el espacio mundial entre sus aliados (que representan el bien) y los no aliados, los Estados canallas (que representan el mal). Así, George W. Bush y su equipo reaccionaron a los atentados determinando las nuevas amenazas globales a partir del salafismo yihadista de al-Qaeda y fijando de este modo a la organización terrorista como el enemigo mundial ayudado por regímenes como el

talibán en Afganistán.

De acuerdo a los valores e ideas de excepcionalidad que los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense establecen para Estados Unidos de acuerdo a la misión singular y providencial que entienden que el referido país está llamado a llevar a cabo en el mundo y, que además, vertebran la política exterior de las Administraciones de George W. Bush, éste último inició durante su primer mandato una guerra contra Afganistán para, según argumenta, conseguir la capitulación incondicional del régimen rebelde y malvado que apoyaba a los militantes salafistas yihadistas de al-Qaeda.

Estados Unidos se erigió como la nación elegida por Dios para combatir el mal que encarnaba el régimen talibán por apoyar a los militantes de al-Qaeda en base a su estatus moral diferenciado y a su responsabilidad nacional como nación elegida por mandato divino para extender la visión norteamericana de democracia (entiéndase democracia liberal) por el mundo para consolidar su liderazgo global.

En definitiva, esta investigación estima que Estados Unidos se valió de su invasión a Afganistán, el derrocamiento del régimen talibán y el establecimiento de un gobierno afín a sus intereses para poner un pie en Asia Central y extender así a largo plazo en esta región su área de influencia.

La cesión de bases en Tayikistán y en Uzbekistán, así como la ocupación de Afganistán permitían a Washington comenzar a llenar el vacío de poder dejado en la región tras la desaparición de la URSS, lo cual constituía un objetivo geoestratégico de primer orden. El establecimiento de alianzas con países antes alineados con la URSS permitiría consolidar la presencia norteamericana en el mismo corazón de Asia Central y modificar la relación de fuerzas con China.

Estados Unidos también se abría una vía de acceso a las reservas de hidrocarburos de Asia Central y del Mar Caspio que, aunque representan menos del 1% de las reservas mundiales conocidas de petróleo y alrededor del 5% de las de gas natural, pueden jugar un importante papel en el futuro. Las repúblicas de Asia Central parecían dispuestas a romper con el monopolio de la red de oleoductos rusos, que era cara y poco eficiente y a estudiar una alternativa que, a través de Afganistán o de Azerbaiyán y Georgia, permitiera llevar los hidrocarburos a Pakistán y al Mediterráneo oriental (Segura, 2004, 225).

En septiembre de 2002 se vislumbró otro intento de dar fin al monopolio ruso en las exportaciones de petróleo del Mar Caspio. En este sentido, los presidentes de Azerbaiyán, Georgia y Turquía ponían la primera piedra del oleoducto Bakú-Tbilisi-Ceyhán, que enlazaría la terminal azerbaiyana de Sangachalsk con el puerto turco de Ceyhán, pasando por Georgia. La construcción del oleoducto de 1.760 kilómetros de longitud, con una capacidad para transportar un millón de barriles de crudo diario, costaría 3.084 millones de euros. La obra contaba con la financiación del gobierno de Azerbaiyán y de las empresas petroleras British Petroleum (Reino Unido), Statoil (Noruega), Unocal (Estados Unidos), TPAO (Turquía), Eni (Italia), TotalFinaElf (Francia) y Delta Hess (Arabia Saudí) (Segura, 2004, 226).

3.1. El régimen talibán

La dictadura teocrática de los talibanes se significaba como uno de los regímenes más déspotas del mundo, conculcaba los derechos humanos más fundamentales y llevaba a cabo una profunda y gravísima exclusión de género. Los talibanes eran estudiantes de las escuelas coránicas financiadas por los saudíes y eran pastunes (el grupo étnico mayoritario de Afganistán, que supone el 45% de su población), afganos o paquistaníes, hijos o huérfanos de pastunes muyahidines. Apenas conocían a las mujeres y recibían una rígida educación religiosa muy próxima a la interpretación wahabí del islam. Después de 1992, estos estudiantes formaron el movimiento talibán y participaron en la guerra civil (Segura, 2004, 136).

Con el apoyo de Arabia Saudí y de Pakistán, los talibanes ocuparon Kabul en 1996 y Mazar-i-Sarif en 1998. La Alianza del Norte quedó reducida a una estrecha franja en el norte del país, en las fronteras de Turkmenistán, Uzbekistán y Tayikistán. Esta alianza estaba formada por grupos de muyahidines mayoritariamente no pastunes y liderada por el comandante Massud.

La victoria de los talibanes suponía que, a partir de entonces, gobernaría en Kabul un régimen islámico cercano al wahabismo y, por lo tanto, aliado de Arabia Saudí. Éste país veía satisfecha así su pretensión de participar en los futuros negocios de los hidrocarburos de Asia Central (Segura, 2004, 137).

Respecto a Pakistán, cabría apuntar que gracias a su alianza con los talibanes obtenía la profundidad territorial estratégica necesaria en caso de una nueva guerra contra India por Cachemira. Además, Pakistán también conseguía un futuro socio en el negocio de

los hidrocarburos de Asia Central. Islamabad necesitaba que el crudo y el gas llegasen a Pakistán para convertirse en la puerta del importante mercado energético de la India y de China.

Los talibanes pusieron fin a la guerra con una terrible represión. Impusieron un régimen terrorífico, especialmente para las mujeres. Era tan intransigente como el régimen saudí, pero combinado con la pobreza y la miseria. No respetaban los derechos humanos y la represión combinaba castigos y ejecuciones públicas.

El Afganistán de los talibanes se había convertido en el refugio de Bin Laden y su organización, al-Qaeda, cuando fueron expulsados de Sudán en 1997. Entonces, Bin Laden volvió a la frontera entre Afganistán y Pakistán. Allí, en 1989, él había fundado al-Qaeda con los salafistas de tendencia wahabí que acudieron a luchar financiados por Arabia Saudí contra los soviéticos.

Sobre el origen de los dos últimos (Segura, 2004, 138), cabría señalar brevemente que en la década de los años 80, varios miles de internacionalistas salafistas acudieron a Afganistán o a Pakistán desde Oriente Próximo, el norte de África, Asia Central y Extremo Oriente. De los mismos, una parte lucharon en la guerra de Afganistán, como resultado de una compleja operación organizada por los servicios secretos de inteligencia saudíes y paquistaníes con el apoyo de Estados Unidos. En 1986, Bin Laden construyó el primer campo militar en Khost (Afganistán), "donde los voluntarios se entrenaban con oficiales paquistaníes y norteamericanos. Los norteamericanos aportaban las armas y los saudíes el dinero" (Segura, 2004, 138).

La mayoría de estos militantes volvieron a sus países, donde fundaron grupos radicales islámicos de carácter violento (Argelia) o tomaron parte en otras guerras (Bosnia, Kosovo, Chechenia) en nombre de la *yihad* en su acepción belicosa de guerra santa. Algunos miles de ellos se quedaron con Bin Laden en Afganistán o fueron a los principales países del mundo musulmán, a Europa y a América. También es la *yihad* entendida como guerra santa, pero sin objetivos nacionales. Es así como al-Qaeda se convierte entonces en una organización de alcance mundial y que se enmarca en contra del régimen de los Saud en Arabia Saudí.

Bin Laden y al-Qaeda consideraban que Estados Unidos y sus aliados eran los responsables de la paupérrima situación global en la que estimaban la situación de los musulmanes. Además, estaban especialmente convencidos de que las tropas

estadounidenses tenían que ser expulsadas de la tierra sagrada de Arabia Saudí (Segura, 2004, 138), manifestándose en contra de la presencia de Occidente en el referido territorio.

Por ello, desde comienzos de los años noventa, llevaron a cabo diversos ataques terroristas contra intereses estadounidenses: el *World Trade Center* en 1993, con seis muertos; un campamento militar estadounidense en Arabia Saudí en 1995, con diecinueve muertos; las embajadas estadounidenses de Nairobi (Kenia) y Dar es Salam (Tanzania), con doscientos veinticuatro muertos y el barco militar estadounidense *USS Cole* en Adén (Yemen) en el 2000, con diecisiete muertos. Al-Qaeda ha maximizado el potencial de sus acciones utilizando territorios sin Estado, como Afganistán, Somalia o Yemen y convirtiéndose en una red que puede llevar a cabo acciones terroristas en cualquier lugar del mundo.

El poder de Bin Laden se basaba en buena medida en sus recursos financieros, ya que era miembro de una de las familias más acaudaladas de Arabia Saudí. También se beneficiaba de las donaciones de sus simpatizantes en todo el mundo islámico, de las armas estadounidenses heredadas de la guerra de Afganistán y la utilización de las nuevas tecnologías. La Declaración de Guerra contra los norteamericanos que ocupan la tierra de los Lugares Sagrados (La Meca y Medina) de Bin Laden, el 23 de agosto de 1996 se confirmó como una seria amenaza para Estados Unidos. En este contexto es donde comenzaron a incubarse los atentados del 11S (Segura, 2004, 139).

3.2. Afganistán tras la proclamación de la nueva autoridad

Estados Unidos y la coalición internacional que lideraba dieron por finalizada la guerra a los tres meses aproximadamente desde su inicio, cuando la Alianza del Norte completó la ocupación del bastión talibán de Kandahar. A principios de diciembre de 2001, se proclamó el nuevo gobierno provisional de Afganistán, presidido por Hamid Karzai, un comandante de etnia pastún y próximo al exmonarca Zahir, que había participado en el gobierno de los muyahidines antes de la llegada al poder de los talibanes y que era favorable a la consecución de los intereses de la Administración de George W. Bush en el país. Karzai había trabajado previamente para la empresa petrolera norteamericana *Union Oil Company of California* (Unocal).

Respecto a la situación en la que quedó el país, la instauración de un gobierno provisional no mejoró significativamente la realidad en Afganistán. Las donaciones

internacionales para la reconstrucción únicamente se han hecho efectivas en una parte mínima y el país sigue sumido en la miseria, el desorden y la destrucción heredados tras casi tres décadas de guerra. Además, los señores de la guerra controlaban sus territorios y contestaban la autoridad del presidente Karzai, que básicamente se encontraba confinado en Kabul rodeado de una guardia pretoriana norteamericana.

Con el fin de la guerra, Estados Unidos no consiguió varios de los principales objetivos que le habían llevado a la misma: ni eliminar ni neutralizar a las cúpulas del régimen talibán y de al-Qaeda. En este sentido, éstas últimas habían desaparecido en busca de unas condiciones óptimas de seguridad para organizar y desarrollar las labores de resistencia, dirigiéndose tanto al interior del país como a Pakistán.

En un paso hacia delante de la Administración de George W. Bush, aún casi coincidiendo en el tiempo con los combates en las montañas de Tora Bora, la misma convocó la conferencia internacional que dio paso al Acuerdo sobre las disposiciones provisionales en Afganistán hasta el restablecimiento de instituciones permanentes de gobierno o Acuerdo de Bonn el 5 de diciembre de 2001 (Vega, 2011, 366), que establecía los objetivos estratégico-políticos de la siguiente fase, estipulada como de reconstrucción y estabilización.

El Acuerdo de Bonn, establecido con dirigentes afganos “no del todo representativos” con la excepción, entre otros, de los talibanes, pretendía promover la reconciliación nacional, la paz duradera, la estabilidad y los derechos humanos en Afganistán, de la cual reconocía su independencia, soberanía nacional e integridad territorial. Y, para alcanzar dichos objetivos, solicitaba el apoyo de la comunidad internacional.

El Consejo de Seguridad de Naciones Unidas creó a partir de su Resolución 1386 de 20 de diciembre de 2001 la Fuerza Internacional de Asistencia a la Seguridad, ISAF, con el objetivo de apoyar a la Autoridad Provisional afgana en sus labores de mantenimiento de la seguridad en Kabul y sus alrededores.

Con ello, se buscaba establecer un perímetro de seguridad para que tanto ISAF como la Autoridad Provisional afgana pudiesen desarrollar sus misiones de un modo seguro para poder alcanzar los objetivos estratégico-políticos asumidos en el Acuerdo de Bonn (Vega, 2011, 366). Al tiempo, la Operación Libertad Duradera mantenía sus objetivos de acabar con las cúpulas de al-Qaeda y talibán, erradicar sus capacidades de lucha y acción y procurar el establecimiento de un nuevo régimen moldeable a los intereses

estadounidenses.

Sin embargo, la comunidad internacional no fue sensible a un hecho tan esencial como son las especificidades de la sociedad afgana. Ésta última, que se estructuraba como una población esencialmente rural, aislada y muy conservadora, precisaba de unos ritmos de transformación y adaptación mucho más lentos en el tiempo de los que se le pretendía imponer desde el Acuerdo de Bonn, esto es, la construcción, sobre todo, de un nuevo Estado democrático lo más semejante posible al modelo occidental. Además, Afganistán llevaba soportando 24 años de guerra civil ininterrumpidos y la guerra aún no había finalizado por completo.

A pesar del mantenimiento del presidente Karzai al frente de la autoridad afgana en Kabul con el apoyo implícito de la Administración estadounidense tras las diversas fases formales de construcción del nuevo Estado, el primero no logra la autoridad suficiente dentro del país. Y no podía ser de otra forma, ya que no se contó con la colaboración de los señores territoriales para las labores de pacificación y de restablecimiento de la paz que la comunidad internacional pretendía llevar a cabo y que, sin embargo, resultaban precisas para combatir a las insurgencias, talibanes o miembros de al-Qaeda que pudiesen subsistir en sus territorios. Así pues, Karzai se convertía en un señor territorial más de Afganistán al disponer únicamente de autoridad en Kabul, su área de control.

En definitiva, la Administración de George W. Bush cometió el error estratégico de pretender instaurar un régimen democrático al estilo occidental en un país aferrado a la Edad Media en cuanto a su idiosincrasia social, económica y política. Todo ello con el objetivo de moldear el país de acuerdo a sus valores e intereses en la región y hacer primar así su hegemonía global, de acuerdo a los ideales neoconservadores de expansión de la democracia (al estilo occidental) que han guiado la política exterior estadounidense de George W. Bush y que se han explicado en la primera parte de esta tesis.

3.3. Guantánamo

La bahía de Guantánamo está situada en el sureste de la isla de Cuba y alberga el centro de detención de alta seguridad en el que Estados Unidos concentra desde 2002, en el marco de su argumentada política de guerra global contra el terror, a detenidos

acusados de terrorismo yihadista, en su mayoría capturados durante la invasión a Afganistán.

El 17 de septiembre de 2001 el presidente George W. Bush rubricaba un memorando que facultaba a la CIA a disponer de centros de detención fuera del territorio estadounidense. Dos meses más tarde, el 13 de noviembre, firmaba la orden ejecutiva militar “Detención, tratamiento y enjuiciamiento de determinados extranjeros en la guerra contra el terrorismo”, que permitía al Pentágono custodiar ciudadanos no estadounidenses indefinidamente sin cargos.

La Administración de George W. Bush justificaba la existencia del centro de detención ilegal de Guantánamo a partir de la categorización con base teológica del espacio mundial que realizan los ideólogos neoconservadores que influían en su política exterior. En este sentido, el bien estaba representado por Estados Unidos al constituirse como el país elegido por Dios y el mal por aquellos actores estatales y no estatales contrarios a los intereses nacionales norteamericanos, esto es, los detenidos en el marco de su denominada política de guerra global contra el terror.

Según la visión dualista del mundo que sustentan los fundamentos ideológicos neoconservadores que inspiran la acción exterior de la Administración de George W. Bush, el mal adoptó la forma del terrorismo, por lo que Estados Unidos tenía la obligación moral de luchar contra los yihadistas e insurgentes hasta conseguir su capitulación final mediante los medios que considerase más apropiados.

Para ello, según los principios y valores de la Administración de George W. Bush que se arrogaba a sí misma el papel de líder mundial y superioridad global, la misma asumió de *motu proprio* la potestad de tomar decisiones unilateralmente según sus intereses y valores nacionales. De este modo, la Administración de George W. Bush creó la base ilegal de Guantánamo contraviniendo la legislación internacional, puesto que consideraba que ésta última debía reconocer la supremacía mundial estadounidense para actuar tal como estimase oportuno asumiendo que no podía ponerse en tela de juicio su moralidad.

En lo que concierne a los derechos de las personas bajo custodia de Estados Unidos en Afganistán, Irak o en la bahía de Guantánamo, se han visto íntegramente menoscabados al ser designados como “combatientes ilegales”. Al no reconocer la Administración de George W. Bush su condición de prisioneros de guerra bajo la

justificación del marco de sus acciones de su denominada guerra global contra el terror, a éstos individuos no se les han contemplado los derechos que les garantizaba el Convenio de Ginebra. Cabría matizar en este punto que la definición de “combatientes ilegales” no está considerada por la legislación internacional (Schneider, 2004, 427-433).

En consecuencia, estas detenciones no pueden considerarse ajustadas al derecho internacional, más concretamente al derecho internacional humanitario, aunque resultaran justificables para las Administraciones de George W. Bush en función de los fundamentos ideológicos y valores que inspiran su política exterior, tal como se analizaron en el primer capítulo de esta tesis.

Además, Estados Unidos ha mantenido una actitud incoherente al afirmar por un lado que la bahía de Guantánamo se somete a la jurisdicción norteamericana pero que, por otro, no se somete a la Constitución, por lo que a las personas detenidas no se les aplicaría las mismas normas judiciales que a los ciudadanos estadounidenses.

El hecho de que estas personas no pudieran ser juzgadas por tribunales ordinarios y si por comisiones militares supone una violación para las mismas de su derecho a un juicio justo y el reconocimiento de los derechos que intrínsecamente reconoce a las personas el Convenio Internacional de las Naciones Unidas sobre los Derechos Civiles y Políticos. En este sentido, la Resolución 1340 (2003) adoptada por la Asamblea del Consejo de Europa reconocía su preocupación al respecto.

La única normativa aplicable a las personas detenidas en Guantánamo es el Convenio de Ginebra relativo al trato de los Prisioneros de Guerra, ya que ni Afganistán ni Estados Unidos han ratificado el Primer Protocolo Adicional sobre la Protección de las Víctimas de los Conflictos Internacionales Armados.

El Convenio de Ginebra con fecha de 12 de agosto de 1949 sobre el trato de prisioneros de guerra fue ratificado por Estados Unidos en 1955 y se aplica independientemente de la duración del conflicto, su capacidad letal y el estatus de las fuerzas implicadas. A este respecto, el Convenio de Ginebra es aplicable en todos los casos de declaración de guerra o de cualquier otro conflicto armado que pueda manifestarse entre dos o más partes, aunque cualquiera de ellas no reconozca el estado de guerra.

Sin embargo, George W. Bush declaró el 7 de febrero de 2002 que el Convenio de Ginebra no era aplicable a prisioneros sospechosos de pertenecer a al-Qaeda al constituirse esta organización como un grupo terrorista extranjero, hecho que constituye en sí una flagrante violación del derecho internacional y cuya interpretación lleva al límite la vocación unilateralista de su Administración.

Los Convenios de Ginebra deberían aplicarse a todas las personas detenidas en la bahía de Guantánamo y en el resto de campos de detención que Estados Unidos dispone o ha dispuesto alrededor del planeta. Asimismo, la normativa internacional de los derechos humanos y el derecho a un tribunal imparcial comprenden también el derecho sin excepciones a la presunción de inocencia mientras no se haya sido condenado (Tarragona, 2012, 336-339).

Contradiendo el artículo 14, párrafo 2 del Convenio Internacional de las Naciones Unidas sobre los Derechos Civiles y Políticos, la Administración de George W. Bush dispuso que las personas detenidas en Guantánamo no se beneficiasen de acceso a abogados y, según Amnistía Internacional (Amnistía Internacional, 2002), que las pruebas obtenidas en los interrogatorios (desarrollados bajo tratos vejatorios y torturas) pudiesen ser utilizadas más adelante contra los prisioneros ante las comisiones militares.

Respecto a la legalidad de las detenciones llevadas a cabo por Estados Unidos en la bahía de Guantánamo, el Comité para Asuntos Legales y Derechos Humanos del Consejo de Europa determinó en 2005 a partir de su Resolución 1433 que la legislación internacional en materia de derechos humanos debería haber sido aplicada en todo momento a los presos y que dicho centro de detención no se encontraba bajo un “agujero negro legal”.

El Comité para Asuntos Legales y Derechos Humanos del Consejo de Europa manifestaba la ilegalidad de estas detenciones por causas que implican la tortura, el trato cruel, inhumano y degradante hacia los presos y las violaciones de los derechos vinculados con el estatus de prisionero de guerra, el derecho a la revisión judicial de la legalidad de la detención y el derecho a un juicio justo. Además, también considera que la Administración de George W. Bush practicó la expulsión de los presos a otros países sin supervisión judicial con el propósito de interrogarles o detenerles, hecho que vulnera la prohibición de no devolución.

Amnistía Internacional ha denunciado en multitud de ocasiones el uso de la tortura y la vulneración de los derechos de los detenidos tanto en Guantánamo como en el resto de campos de detención estadounidenses en el exterior. En este sentido, el trato cruel e inhumano e, incluso la tortura, era justificado por la Administración de George W. Bush recurriendo a la doctrina de la “necesidad” o “la legítima defensa”.

Técnicas de interrogatorio que implican para los detenidos posturas en tensión, la privación del sueño, la confinación en una caja de escaso tamaño, simulacros de ahogamiento, encapuchar y desnudar a los mismos, la privación sensorial, el aislamiento, el uso de perros para producir estrés y terror, etc., han sido recurrentes por parte de autoridades estadounidenses. Ya en 2005, tanto Amnistía Internacional como expertos de la ONU, los expresidentes estadounidenses Carter y Clinton, jefes de Estado y organizaciones de derechos humanos exigían el cierre del campo de detención de Guantánamo.

La sistemática vulneración de derechos humanos, civiles y políticos a las personas detenidas tanto en Guantánamo como en otros campos de detención estadounidenses alrededor del mundo atenta contra los valores que precisamente querían atacar los militantes yihadistas, contra el Estado de Derecho y el Imperio de la Ley. Además, esta actitud por parte de la Administración estadounidense se ha constatado como totalmente incoherente respecto a su supuesto objetivo de expandir la democracia y los derechos humanos alrededor del mundo.

Trece años después del inicio de las detenciones ilegales llevadas a cabo por la Administración de George W. Bush, todavía permanecían a principios del año 2015 ciento veintisiete hombres recluidos, de los casi 800 que lo han estado en el centro de Guantánamo (Amnistía Internacional, 2015). A la mayor parte de los mismos no se les había imputado formalmente y seis de ellos debían afrontar posibles penas de muerte en juicios ante comisiones militares.

Asimismo, aún está pendiente la rendición de cuentas por parte de las autoridades estadounidenses por las vulneraciones de derechos humanos constitutivas de crímenes internacionales infligidas a los prisioneros de los centros de detención, tanto en Guantánamo como en el exterior del territorio norteamericano.

La existencia del centro de detención ilegal de Guantánamo contraviniendo la legislación internacional desde su inauguración bajo la total arbitrariedad de la

Administración de George W. Bush con centenares de torturados y encarcelados privados de sus derechos, supone un riesgo tanto para la estabilidad como la seguridad internacional. La existencia de un punto en el que se tortura y detiene personas arbitrariamente por parte de un país puede crear precedentes para otros países con graves consecuencias para la seguridad global, ya que la comunidad internacional es testigo de cómo una superpotencia se permite crear unilateralmente un limbo jurídico para violar derechos fundamentales de personas.

El uso de la violencia y abusos contra ciudadanos musulmanes magnificó el odio de la comunidad musulmana hacia Estados Unidos, así como dio más argumentos a la militancia yihadista y sus simpatizantes para seguir generando más violencia. Y además, la creación del centro ilegal de detención estadounidense en Guantánamo sentaba las bases para que otros países pudiesen justificar políticas similares a las que la Administración estadounidense de George W. Bush implementó en la isla cubana.

Guantánamo y demás centros de detención similares, al generar ira y resentimiento entre las masas musulmanas, contribuyeron a la concienciación antiamericana y, en consecuencia, al reclutamiento de yihadistas. Un aspecto más en el que se evidencia que las actuaciones de las Administraciones de George W. Bush han fomentado más bien inseguridad que seguridad en el escenario mundial.

Esta ostentosa vulneración de los derechos humanos, civiles y políticos, varios de los valores que principalmente el mundo occidental dice preconizar y defender, de los que Estados Unidos pretende y se arroga ser la cabeza directriz, mostraría asimismo el fundamentalismo de inspiración religiosa (la teología política o teoconservadurismo) que subyace a las actuaciones de las Administraciones de George W. Bush. Un fundamentalismo de inspiración religiosa mucho más cercano al irascible y vengativo Jehová bíblico del Antiguo Testamento que al redentor y compasivo del Nuevo, en el que en el fondo, quisieron inspirarse los creadores de los derechos humanos.

Esta tesis deduce que el uso de la detención ilegal, de tortura y otras tácticas de interrogatorio ilegales por parte de la Administración norteamericana proporcionó argumentos a toda la comunidad internacional para deslegitimar la política exterior de George W. Bush y para hundir la imagen y poder blando de Estados Unidos en el mundo.

4. La Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos de septiembre de 2002

Transcurrido un año desde los atentados del 11S en suelo norteamericano y en función de lo acontecido hasta aquel momento, la Administración de George W. Bush plasmaba en el documento “La Estrategia para la Seguridad Nacional de Estados Unidos” la visión estratégica del papel que estimaba que EEUU debía jugar en el mundo. El principal objetivo de su Administración en aquella coyuntura era el de movilizar y organizar al país para proteger el territorio nacional estadounidense de ataques yihadistas, dentro del marco de su argumentada política de guerra global contra el terrorismo que había emprendido.

Los objetivos estratégicos de la Administración estadounidense respecto a la seguridad de su territorio nacional giraban en aquellas circunstancias entorno a:

- La prevención de ataques de inspiración yihadista dentro de Estados Unidos;
- La reducción de la vulnerabilidad de Estados Unidos frente al terrorismo;
- La minimización de los daños y la recuperación de los ataques que pudiesen llegar a ocurrir;
- La defensa contra el bioterrorismo;
- La protección de las fronteras de Estados Unidos;
- El uso de las tecnologías del siglo XXI para proteger el territorio nacional y,
- La lucha contra el trinomio amenazador terrorismo-armas de destrucción masivas y Estados granujas (Coma, 2002).

La Administración de George W. Bush consideraba probada la búsqueda por parte de al-Qaeda de armas de destrucción masiva y la futura aspiración de otras organizaciones yihadistas en la misma línea. Asimismo, entendía que las anteriores sólo podrían conseguir su fin de poseer este tipo de armas a través de los Estados que las obtuvieran y desarrollasen, adquiriéndolas mediante la violación sistemática de las normas internacionales que las prohíben.

En esta línea, la Administración estadounidense argumentaba que existían Estados, los Estados canallas o granujas, que habían engañado a la comunidad internacional en

su objetivo de conseguir y desarrollar armas de destrucción masiva, que habían mostrado una profunda hostilidad contra Estados Unidos y que habían llegado a utilizar armas químicas contra su propia población. Sólo aquellos Estados podrían llegar a pretender atacar objetivos civiles con armas de destrucción masiva, directa o indirectamente con la intermediación de organizaciones yihadistas internacionales (Coma, 2002).

El documento centra además sus líneas de análisis en varias áreas críticas: sistemas de advertencia, seguridad de las fronteras y el transporte, contraterrorismo interno, protección e infraestructura crítica, defensa de ataques catastróficos y preparación y respuesta a los ataques.

La Estrategia estadounidense de Seguridad Nacional de 2002 mantiene un discurso alarmista con una apocalíptica retórica del terror respecto a la situación del país oficializando entre la sociedad norteamericana en general un clima de amenaza y vulnerabilidad al afirmar que es preciso implementar la serie de medidas que promulga la Estrategia para prevenir las consecuencias de una posible nueva ola de terrorismo por parte de las organizaciones que cuentan ya en ese momento con las armas de destrucción masiva más peligrosas del mundo. Con ello, la Administración de George W. Bush buscaba justificar ante la sociedad norteamericana y la comunidad internacional su campaña militar en Afganistán y sentar las bases para sus próximas acciones respecto a su denominada política de guerra global contra el terrorismo.

Son reveladoras las siguientes citas de Condolezza Rice, directora del Consejo Nacional de Seguridad en esos momentos, a propósito del clima en que vivía la sociedad estadounidense:

- *“...el 11 de septiembre cristalizó nuestra vulnerabilidad. Puso de relieve la índole de amenazas que enfrentamos hoy. Las amenazas de hoy provienen menos de grandes ejércitos que de pequeñas y oscuras bandas de terroristas; menos de Estados fuertes que de Estados débiles o fracasados. Y después del 11 de septiembre ya no queda duda de que Estados Unidos se enfrenta hoy a una amenaza existencial a nuestra seguridad, una amenaza tan grande como cualquiera de la que enfrentamos durante la Guerra Civil, la denominada “Guerra Justa” o la Guerra Fría”* (Conferencia Wriston 2002, pronunciada por Condolezza Rice en el *Manhatan Institute* de Nueva York, el 1 de octubre

de 2002. Rec. en la Colección Doc. USINFO, Nov. 2002, n°3. También en Rice, Condolezza: *“Promoting the National Interest”*, *Foreign Affairs*, Vol. 79, n° 1. *Jan-Feb.* 2002. Ápuđ Palomares, 2006, 37).

- *“Desbarataremos las redes del terror, exigiremos responsabilidades a los países que albergan a terroristas y nos enfrentaremos a los tiranos que tienen o tratan de obtener armas nucleares, químicas o biológicas que puedan ser entregadas a sus cómplices terroristas. Estas son distintas facetas de la misma iniquidad. Los terroristas necesitan un lugar para tramar sus golpes, entrenarse y organizarse. Los tiranos aliados con terroristas pueden ampliar considerablemente el alcance de las mortíferas fechorías de éstos. Los terroristas aliados con tiranos pueden adquirir tecnologías que les permitan asesinar en una escala aún más masiva. Cada nueva amenaza supera el peligro de la anterior. El único camino a la seguridad es la lucha eficaz contra terroristas y tiranos”*.

Se estima así que tanto la Estrategia de Seguridad Nacional como las principales autoridades de la Administración de George W. Bush consideraban que las redes yihadistas estaban trabajando para conseguir armas químicas, biológicas, radiológicas y nucleares con el fin de causar daños sin precedentes en Estados Unidos. Todo ello en el marco de la visión apocalíptica de la argumentada política de guerra global al terrorismo de la Administración de George W. Bush, diseñada con el objetivo de justificar ante la opinión pública norteamericana y la comunidad internacional su campaña militar.

Para responder a los desafíos de la seguridad del territorio nacional, la Estrategia para la Seguridad Nacional plantea la necesidad de llevar a cabo una reorganización federal y establecer así un nuevo Departamento de Seguridad del Territorio Nacional para aunar los esfuerzos en materia de seguridad.

El sector privado norteamericano también es considerado como un actor fundamental para la defensa del país, puesto que al erigirse como el principal proveedor de bienes y servicios a nivel federal, posee una información clave potencialmente relevante en materia de seguridad del territorio nacional. Entre otros, se insta al sector privado a desarrollar sistemas de información, vacunas, dispositivos de detección de riesgos y tecnología e innovaciones con el objeto de proteger el territorio nacional estadounidense.

La Estrategia para la Seguridad Nacional de Estados Unidos también prevé la necesidad de contar con una ciudadanía informada y activa como recurso fundamental para un país que considera que ha de reorganizar sus estructuras federales, locales y sociales para hacer frente a la amenaza terrorista. De este modo, la Administración norteamericana buscaba tensionar a todos los estamentos de la sociedad con el objetivo de argumentar y obtener su respaldo en la denominada política de guerra global contra el terror que había emprendido.

En el documento de Estrategia de Seguridad Nacional, la posibilidad de que Estados Unidos sufra otro ataque terrorista de consecuencias fatales se encuentra presente continuamente. Además, la coyuntura en la que se publica el documento, poco después de los ataques del 11S y de los extraños envíos de cartas con esporas de ántrax a estadounidenses, hacía incrementar el grado de intranquilidad e incertidumbre que respiraba la población estadounidense (Orts, 2011, 72). La opinión pública nacional recibía tanto desde las instituciones públicas como de otros entes privados, como los medios de comunicación, una enorme cantidad de noticias y avisos sobre terrorismo, creando un clima de miedo permanente entre la población.

Se estima que la Administración de George W. Bush preveía infundir en la población estadounidense un estado constante de alarma para justificar sus acciones en el marco de su denominada política de guerra global al terrorismo, puesto que alude persistentemente a su misión de prevención de posibles y futuros ataques de inspiración yihadista al territorio nacional estadounidense y a la necesidad de minimizar y recuperarse de los ataques que pudiesen llegar a ejecutarse (Coma, 2002).

La Estrategia argumenta que la Administración estadounidense debía actuar en el ámbito de varias iniciativas para prevenir y responder a los atentados que pudiesen llevarse a cabo contra Estados Unidos.

Entre las mismas, destacan las que se refieren a la mejora de las capacidades analíticas y de coordinación de las agencias de inteligencia; la protección de infraestructuras estadounidenses, sobre todo las críticas; el control de la seguridad de las fronteras y de los sistemas de transporte tanto por vía marítima, tierra o aire; combatir la financiación del terrorismo y el blanqueo de capitales; la lucha contra el ciberterrorismo; la cooperación con la comunidad internacional en materia antiterrorista; prevenir el uso terrorista de armas nucleares y elementos químicos,

biológicos y radiológicos; trabajar en el desarrollo de vacunas y antídotos como respuesta ante posibles ataques yihadistas; fomentar la cooperación de la sociedad civil en materia de prevención y respuesta frente a atentados; introducir mejoras en las capacidades tácticas de que dispone el país en materia de contraterrorismo e integrar el intercambio de información por el gobierno federal, los estatales, los locales, entes privados y ciudadanos (Estrategia de Seguridad Nacional de los Estados Unidos, 2002, 3-5) .

Tal como establece el ideario neoconservador en el que se fundamenta la política exterior de la Administración de George W. Bush, las iniciativas que contempla la Estrategia de Seguridad Nacional buscan combatir el mal que consideran que encarnan los enemigos de Estados Unidos, en este caso el personificado por al-Qaeda, bajo cuya rúbrica se incluye cualquier tipo de organización subversiva que no favorezca los intereses de Estados Unidos, tal como éstos son vistos por su Administración.

La Estrategia de Seguridad Nacional contempla una larga guerra contra el mal mediante el uso de la fuerza y de los medios que se estimasen oportunos para garantizar la seguridad de los ciudadanos e intereses nacionales tanto a nivel nacional como global, independientemente de que dichas acciones pudieran o no vulnerar la legislación internacional. A este respecto, la Estrategia de Seguridad Nacional se justifica en la consideración de que la excepcional misión estadounidense de liderazgo mundial de acuerdo a los valores y principios en que se basaban los fundamentos ideológicos de su política exterior legitimaban a la Administración norteamericana para actuar a través de los medios que considerase más adecuados.

La Administración de George W. Bush fundamentó su denominada política de guerra global contra el terror en un amplio presupuesto de defensa y en la movilización permanente de todos los ciudadanos norteamericanos en materia de prevención y reacción ante posibles atentados de inspiración yihadista (Batalla, 2004, 90-92).

En esta línea, la Administración estadounidense estableció el uso de medios y acciones susceptibles de vulnerar las libertades tanto civiles e individuales (por ejemplo la obtención de información confidencial de ciudadanos y la vigilancia electrónica) como la legislación internacional (como el establecimiento de la prisión de Guantánamo y la invasión unilateral a Irak) apelando a su obligación moral y nacional de defender los principios democráticos que Estados Unidos encarna como nación a nivel global.

Ese es el modo en que la Administración de George W. Bush dirigía la lucha contra el mal que estimaba encarnaban los enemigos de los valores estadounidenses. En consecuencia, Estados Unidos debía contar con extensos recursos para poder ejercer el poder que precisaba para su denominada lucha contra el mal.

5. La invasión de Irak

5.1. Consideraciones ideológicas sobre la invasión de Irak

Irak se ha constatado como uno de los principales focos de interés de la agenda de seguridad internacional desde el año 2003 debido a que la complejidad del desarrollo y alcance del conflicto iraquí inciden notablemente en la seguridad regional y, por ende, en la internacional.

En el conflicto de Irak se encuentran actores esenciales de la arena política internacional, cuyos juegos de intereses se entremezclan y divergen en ocasiones: Estados Unidos, como superpotencia global; la ONU, que busca desempeñar su teórico papel de representante de la comunidad internacional y que las grandes potencias distorsionan en el ejercicio de la búsqueda de sus propios intereses nacionales; Irak, como prototipo de dictadura autoritaria cuyo líder, Sadam Husein, en un tiempo se convirtió en aliado de la hiperpotencia norteamericana en la región; Irán como potencia regional a la que benefició muy notoriamente el derrocamiento del régimen de Sadam; los Estados del Golfo Pérsico que observan como una amenaza la llegada al poder del chiismo iraquí; etc.

Además, lo acontecido en Irak tras la acción militar unilateral emprendida por la Administración de George W. Bush se entendía como un aviso para otros regímenes autoritarios contrarios a los intereses norteamericanos en la región.

La notoria relevancia geoestratégica de Irak a nivel mundial debido a su enorme valor en el plano energético es otro de los elementos fundamentales que se han de destacar en este estudio, ya que posee una de las mayores reservas de gas y petróleo del planeta. Todo ello convierte el conflicto iraquí en un elemento crucial para la configuración del sistema de seguridad internacional tanto a medio como largo plazo (Martín, 2003, 271-279).

En este momento, cabría apuntar brevemente a la que se considera como una de las principales fuentes de inspiración de la política exterior que han implementado las Administraciones de George W. Bush y que se analizó en profundidad en el sexto epígrafe del primer capítulo, que se encuentra en las tesis defendidas por el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, laboratorio de ideas en el que se encuadran algunos de los miembros que más han influido en dichas Administraciones.

Entre los mismos, se encuentran entre otras figuras Richard Perle, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz. Ya en 1998, diversas personalidades pertenecientes al Proyecto para el Nuevo Siglo Americano dirigieron una carta al presidente Bill Clinton en la que preconizaban que la desaparición del régimen de Sadam Husein de la región con mayores reservas petrolíferas del planeta debía establecerse como el principal objetivo de la política exterior norteamericana de acuerdo a la obligación moral de Estados Unidos de combatir las amenazas contra el sistema de valores occidental y la paz mundial.

Estos hechos y datos inducen a pensar que el núcleo de miembros relevantes del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano y, que durante el 11S formaba parte del equipo que más influencia ejercía en el entonces presidente George W. Bush, aprovechó la oportunidad que los atentados ofrecían para actualizar su antiguo proyecto respecto a Irak (Woodward, 2006, 122-129 y 139).

Se considera que los neoconservadores de la Administración de George W. Bush lograron cristalizar su ansiado derrocamiento del régimen iraquí de Sadam Husein para promover los intereses norteamericanos en la región de cara al objetivo último de configurar un orden internacional que garantizase la extensión de los principios de seguridad, prosperidad y valores que debían primar bajo la óptica de la referida Administración, aunque hubiera que hacerlo unilateralmente, posibilidad que ya contemplaban los escritos y propuestas de los ideólogos del Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, ya analizados en la primera parte de esta tesis.

La Administración de George W. Bush fijaba para garantizar su hegemonía global un cambio estratégico hacia posiciones unilateralistas y adoptaba el concepto de “guerra preventiva”, o “doctrina Bush” sobre legítima defensa preventiva, en la que se garantizaba el derecho a utilizar la fuerza frente a amenazas “inminentes” y a lo que consideraba como amenazas “latentes”.

La cuestión iraquí reapareció con fuerza en el discurso del Estado de la Unión del 29 de enero de 2002, cuando el presidente George W. Bush afirmó que Irak, Corea del Norte e Irán constituían un Eje del Mal debido a que poseían armas de destrucción masiva y a que tenían contactos con organizaciones yihadistas, a las que se las podían suministrar para que las últimas estuviesen en condiciones de cometer atentados.

La Casa Blanca incrementó los recursos de la CIA destinados a operaciones de espionaje en Irak y, en abril de 2002, volvió a amenazar a los países que, según su opinión, ofrecieran ayuda al terrorismo internacional, abogando por un cambio de régimen político en Irak.

Irak dispone de las segundas reservas mundiales de petróleo tras Arabia Saudí, por lo que el control del primero se configuraba como un instrumento de gran relevancia para Washington para ocupar un puesto de privilegio en el control del petróleo, estratégico y fundamental para mantener el ritmo de funcionamiento de la economía mundial.

Estados Unidos depende en menor medida de ese petróleo que Japón o la Unión Europea, pero el control de Irak le otorgaba una baza importante para poder desactivar, si fuese necesario, al conjunto de países productores de la zona y para poder establecer condiciones frente al resto de las economías desarrolladas, que dependen en gran medida de los hidrocarburos (Núñez, 2004, 43-44).

Antes de la invasión, Irak mostraba para la Administración de George W. Bush unas posibilidades muy notables respecto a la seguridad energética norteamericana, al disponer el primero de unas ingentes reservas de recursos energéticos y muy poco explotadas. Por ello, un Irak aliado de Estados Unidos podría representar la función reguladora que tradicionalmente ha ejercido Arabia Saudí (Calvo, 2012, 157) y que favorecería a los intereses norteamericanos.

Como se analizó en el epígrafe referido a los fundamentos ideológicos del movimiento neoconservador estadounidense del primer capítulo de esta tesis, los miembros neoconservadores de la Administración de George W. Bush que influyen en la dirección de su política exterior fundamentan las bases argumentales de su visión a partir del neo-mackinderismo, que les lleva a mantener que el continente euroasiático ocupa un lugar central en el mundo debido a su relevancia geoestratégica derivada del potencial económico y geográfico que concentra (Segura, 2004, 172).

Oriente Medio se ha configurado históricamente como una zona objeto de especial interés por parte de las potencias político-militares, ya que cuenta con una gran relevancia geoestratégica al conformarse como nexo de unión entre Europa, Asia y África, entre el mar Mediterráneo y el Océano Índico, al albergar también el denominado “creciente fértil”, que se extiende desde el Nilo hasta el Tigris y finalmente, al poseer las enormes reservas de combustibles fósiles descubiertas en la zona a principios del siglo XX, que se convierten desde entonces en recursos de gran relevancia para los países industrializados (De Ayala, 2008, 143).

Una vez implicado Estados Unidos en Eurasia tras su campaña militar en Afganistán, Irak satisface mucho más las razones para controlar el área. Ello se debe a la situación geopolítica iraquí, a sus recursos energéticos y a su impronta en el mundo árabe y en el área de Oriente Medio (como puente entre Oriente Próximo y Oriente Medio).

Tras la guerra contra Afganistán emprendida por Estados Unidos en 2001 para derrocar al régimen talibán, la Administración de George W. Bush decidió invadir Irak en 2003 sin resolución expresa del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, de acuerdo a su concepción instrumental de las organizaciones internacionales que le llevaba a contemplar las decisiones y resoluciones de las anteriores únicamente cuando fuesen favorables a los intereses estadounidenses.

El recurso unilateral a la fuerza que emprendió la Administración de George W. Bush abrió la caja de Pandora al relativizar de acuerdo a sus intereses nacionales el uso de la fuerza, hecho susceptible de convertirse en un peligroso precedente para la seguridad internacional si es tomado como referencia por otros países en un mundo en el que cada vez más Estados disponen de tecnología nuclear militar y otros tipos de armas de destrucción masiva. Como, en cierta manera, podrían indicar las actuaciones rusas en Osetia del Sur (2008) y Crimea (2014), la del Consejo de Cooperación del Golfo en Bahréin (2011) o los roces chino-japoneses en el área de las islas Senkaku/Diaoyua lo largo de 2013-2014.

Mientras que la guerra de Afganistán había contado con un alto nivel de consenso entre la comunidad internacional, la invasión de Irak produjo una de las fracturas más graves que se han suscitado entre las grandes potencias que forman parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En esta línea, la intervención militar estadounidense en

Irak alteró los equilibrios regionales en el Próximo y Oriente Medio, ya que Irak perdió su relevancia como contrapeso de Irán y éste último incrementó su poder geopolítico.

Por una parte, ni la Administración de George W. Bush ni sus países aliados en la invasión a Irak presentaron pruebas de la relación del régimen de Sadam Husein con al-Qaeda. Es más, el régimen iraquí (secular, socialista y nacionalista) consideraba al salafismo yihadista como un enemigo natural. Los inspectores de Naciones Unidas habían solicitado más tiempo para completar sus investigaciones en los días previos a la invasión de Irak porque no habían encontrado pruebas de la existencia de armas de destrucción masiva. Con posterioridad, finalizaron la búsqueda de las mismas concluyendo oficialmente que el régimen iraquí no escondía el citado armamento y que la invasión se inició bajo falsas evidencias.

Y por otra, respecto a Oriente Medio, el derrocamiento del régimen iraquí por parte de la coalición liderada por Estados Unidos permitió al expansionismo chií desestabilizar la región y a grupos yihadistas introducirse y desarrollar sus actividades en Irak y Afganistán, en los que previamente no operaban. Esto último incide en el incremento de la incertidumbre política e inestabilidad en una región tradicionalmente convulsa.

La posibilidad de sumar Irak como objetivo en la denominada política de guerra global contra el terror contaba con el apoyo de Dick Cheney, Donald Rumsfeld y Paul Wolfowitz y, en menor medida con el de Condoleezza Rice. El realista Colin Powell se oponía directamente a dicha posibilidad, puesto que pensaba que el hecho de invadir Irak obligaría a Estados Unidos a actuar sin el apoyo de Naciones Unidas y de la comunidad internacional.

Además, Colin Powell insistía en que era posible que la invasión originase mayor inestabilidad en la región de Oriente Medio, poniendo en una difícil situación a regímenes aliados como los de Jordania, Arabia Saudí y Egipto. También reiteraba que el Irak de Sadam Husein no era comparable a las circunstancias socio-políticas de los talibanes de Afganistán y que era previsible que el precio del posible conflicto bélico en Irak, junto con los gastos derivados de la guerra de Afganistán, ahogase aún más a la economía estadounidense, tal como finalmente sucedió.

A principios de septiembre del mismo año, la postura de Colin Powell pareció asentarse y se inició una campaña para obtener del Consejo de Seguridad una resolución

que posibilitase atacar el Irak de Sadam Husein. La campaña se basó sobre dos aspectos fundamentales dentro del marco del concepto de la legítima defensa preventiva que caracterizó a la Administración de George W. Bush y que estipulaba que la mera sospecha sin pruebas evidentes era suficiente para iniciar un ataque a un país malvado para salvaguardar la paz mundial y hacer posible la extensión de la democracia bajo los parámetros occidentales de los valores estadounidenses: Sadam Husein constituía una amenaza para la paz mundial porque disponía de armas de destrucción masiva y mantenía contactos con organizaciones del salafismo yihadista.

El 12 de septiembre de 2002, en su discurso en la Asamblea General de Naciones Unidas, George W. Bush exigió a Sadam Husein que destruyera inmediatamente y sin condiciones las armas de destrucción masiva cuya existencia defendía la Administración norteamericana, solicitando a las Naciones Unidas una nueva resolución sobre el desarme de Irak. Cinco días después, Sadam Husein aceptó el retorno de los inspectores de Naciones Unidas (Segura, 2004, 230).

En junio de 2002, el presidente George W. Bush ya había declarado que aprobaría ataques preventivos contra países que supusieran una amenaza grave contra los Estados Unidos, de acuerdo a la determinación unilateralista que caracterizaba su Administración en materia de política exterior.

Unos días más tarde, el 24 de septiembre, Tony Blair presentó en el Parlamento británico el informe titulado *Iraq's Weapons of Mass Destruction. The Assessment of the British Government*, con el que pretendía justificar la invasión a Irak y el derrocamiento de Sadam Husein en base a dos afirmaciones que acabarían suscitando controversias: Irak disponía de armas de destrucción masiva que podía desplegar y tener operativas en 45 minutos (The British Government, 2002, 17) y que había intentado adquirir material radiactivo (uranio en Níger) para reactivar su programa nuclear.

El informe fue criticado por la falta de consistencia de las pruebas que aportaba, tal como señalaba el periodista Robert Fisk porque se basaba en meras suposiciones, como demuestra el hecho de que las afirmaciones de la existencia de armas de destrucción masiva se realizaban en condicional.

Asimismo, a pesar de las suposiciones acerca de la existencia de armas de destrucción masiva que no eran en absoluto concluyentes, se constatan contradicciones de fondo evidentes (Woodward, 2006, 147-150). Si a pesar de las sanciones, Sadam Husein había

podido seguir construyendo armas de destrucción masiva, las sanciones que habían costado la vida a medio millón de niños iraquíes y más adultos, carecían de justificación (Sponeck, 2007, 39-86).

El tiempo ha dado la razón a Fisk y a otros analistas críticos con el informe presentado por Tony Blair al Parlamento británico y, tras la invasión, no se encontraron las armas de destrucción masiva ni las conexiones del régimen de Sadam Husein con el salafismo yihadista.

Por su parte, los inspectores de la Comisión Especial de Naciones Unidas (UNSCOM) y de la Comisión de Observación, Verificación e Inspección de las Naciones Unidas (UNMOVIC) tampoco avalaron las afirmaciones contenidas en el informe británico ni las supuestas pruebas contenidas en el informe presentado por Colin Powell en su comparecencia en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 5 de febrero de 2003.

UNSCOM debía verificar si Irak había destruido todas las armas de destrucción masiva y los misiles de largo alcance (más de 150 kilómetros) y, entre junio de 1991 y diciembre de 1998, sus inspectores acabaron con centenares de toneladas de agentes químicos y biológicos, de tal modo que Scott Ritter, en aquel momento inspector jefe de la organización, afirmó que en esos siete años, se habían destruido entre el 90% y el 95% de la capacidad iraquí para fabricar y almacenar armas de destrucción masiva, así como el 100% de la infraestructura y de las instalaciones precisas para ello (Segura, 2003, 158).

Además, tampoco consideraba factible que Irak hubiese podido reconstruir su capacidad para fabricar armas biológicas o misiles de largo alcance y, en lo referente a las armas nucleares argumentaba Ritter que la UNSCOM había eliminado la capacidad iraquí para diseñar ese tipo de armamento. Los servicios de espionaje habrían detectado claramente la voluntad de las autoridades iraquíes en caso de haber intentado recuperar el programa nuclear.

Un factor muy relevante a tener en cuenta respecto al análisis de esta cuestión sería que la mayoría de estos agentes no pueden almacenarse durante más de tres o cinco años, por lo que aunque Irak hubiese podido ocultar parte de los mismos, cuando se produjo la invasión, habrían resultado inservibles.

Respecto a la Agencia Internacional de Energía Atómica (AIEA), que junto con la UNSCOM era la encargada de velar con sus inspecciones por el correcto cumplimiento de la resolución 687 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, coincidía con los informes elaborados por la Comisión Especial de Naciones Unidas.

La aprobación el 8 de noviembre de 2002 de la Resolución 1441 por parte del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas trajo consigo el establecimiento de un régimen de inspección reforzado de armamento nuclear, que fue encomendado a la UNMOVIC y a la AIEA. Las últimas debían informar al Consejo de Seguridad de sus investigaciones (Hinojosa, 2008, 7).

La Resolución 1441 advertía a Irak que cometía una “violación grave” de sus obligaciones y que se le concedía una última oportunidad para subsanar este hecho, debiendo asumir graves consecuencias en caso de incumplimiento. De este modo, la Administración norteamericana justificó su invasión a Irak bajo el pretexto de que dicho país se había expuesto al uso de la fuerza al desobedecer en sus obligaciones al Consejo de Seguridad.

Según los informes presentados durante el primer trimestre de 2003 al Consejo de Seguridad por parte de Hans Blix y Mohamed El Baradei, máximos representantes de la UNMOVIC y de la AIEA, no se habían encontrado apenas indicios de la existencia de armas de destrucción masiva, aunque no se podía conocer si algunas armas de este tipo que figuraban en los inventarios habían sido destruidas u ocultadas. En resumen, no se encontraron indicios de armas nucleares ni de ningún programa nuclear en marcha (Woodward, 2004, 333-336).

Hans Blix y Mohamed El Baradei reconocían que la colaboración del régimen de Bagdad había mejorado en las últimas semanas, como demostraba el inicio de la destrucción de los misiles Al-Samud II, pero aún no era suficiente. Por ello, en sus conclusiones solicitaban un tiempo razonable para continuar con las inspecciones, que finalmente no recibieron (Blix, 2004, 19-20), (El Baradei, 2011, 70-84).

5.2. La invasión de Irak (octubre 2002-mayo 2003)

A pesar de los análisis e informes de la UNMOVIC y de la AIEA que evidenciaban que el régimen de Sadam Husein no albergaba armas de destrucción masiva, la Administración de George W. Bush ya había tomado la decisión de invadir

unilateralmente Irak y derrocar a su régimen, de acuerdo a los intereses geoestratégicos neoconservadores de controlar la región que siguió la política exterior de su Administración (Woodward, 2006, 128-134).

En octubre de 2002, el presidente George W. Bush obtuvo el consentimiento de la Cámara de Representantes estadounidenses para atacar Irak y, el 8 de noviembre el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobaba la resolución 1441 (2002), que instaba a Irak a destruir todos los programas de armas de destrucción masiva y amenazaba con recurrir a la fuerza si Bagdad no cumplía con lo estipulado. La mencionada resolución fue la que dio origen a los informes de la UNMOVIC y de la AIEA anteriormente señalados, pero no autorizaba explícitamente el uso de la fuerza contra Irak.

Según la interpretación instrumentalista que realizaba la Administración de George W. Bush respecto a las organizaciones internacionales y sus decisiones y a las que únicamente consideraba útiles y válidas si resultaban favorables a los intereses estadounidenses, el presidente no consideró necesario esperar a obtener otra resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas que autorizara el uso de la fuerza contra Irak y que nunca llegó a aprobarse. A este respecto, la Administración de George W. Bush contaba por sí misma con el poder económico, político y militar para invadir unilateralmente Irak.

El 28 de enero de 2003, en su discurso del Estado de la Unión, el entonces presidente George W. Bush, de acuerdo al concepto de legítima defensa preventiva que constituyó el eje esencial de la política exterior de su Administración, volvió a insistir en dos posturas: el Irak de Sadam Husein se configuraba como una amenaza para la paz mundial porque poseía armas de destrucción masiva y mantenía contactos con grupos yihadistas internacionales (se hacía una mención explícita a al-Qaeda y a los atentados en suelo estadounidense del 11S) y, además, sometía a su pueblo a una dictadura cruel que solo podría ser eliminada derrocando al dictador.

Por su parte, Colin Powell en su comparecencia ante el Consejo de Seguridad del 5 de febrero de 2003 tampoco añadió pruebas concluyentes sobre la amenaza que supuestamente suponía Irak. De ese modo, realizó una condena moral de la dictadura de Sadam Husein e intentó demostrar la conexión del régimen de Sadam Husein con el terrorismo internacional y al-Qaeda nombrando un grupo, *Ansar al Islam* y a un experto

en explosivos entrenado en Afganistán, Abu Musab Zarqawi que, en realidad, operaban en territorio kurdo y que escapaban al control del ejército iraquí desde que fue expulsado definitivamente del Kurdistán iraquí en 1996. En esencia, Colin Powell pretendía, sin éxito, vencer la resistencia de Rusia, Francia, Alemania y China a tomar partido en una guerra contra Irak sin pruebas concluyentes.

Además, escasas horas antes de la presentación de Powell, la cadena de radio y televisión pública británica BBC destacaba que los servicios secretos británicos no habían logrado establecer ninguna conexión entre el régimen de Bagdad y al-Qaeda. También informaron acerca de sus dudas sobre dicha conexión los expertos de la CIA y del FBI, puesto que Osama Bin Laden había denunciado en una serie de ocasiones el carácter apóstata y contrario al islam del régimen de Sadam Husein (Segura, 2004, 235). De igual modo, *Ansar al Islam* había declarado la guerra santa contra el régimen del partido Baaz (Segura, 2004, 235).

The Guardian publicó que diferentes expertos habían comprobado que las pruebas de los argumentos de Colin Powell procedían de un documento de los servicios de seguridad británicos que no significaba más que un plagio de un trabajo de posgrado de un estudiante de origen iraquí de la Universidad de Monterrey (California). Por ende, el trabajo se refería al rearme de Irak tras la guerra contra Irán (1980-1988). En aquella etapa, el régimen de Sadam Husein mantenía buenas relaciones con Estados Unidos y con otros países occidentales, que le habían facilitado armas y agentes químicos y biológicos (Segura, 2004, 235).

El interés de Colin Powell en su exposición ante el Consejo de Seguridad se centraba en obtener una nueva resolución de dicho organismo que autorizara el uso de la fuerza militar contra Irak. En última instancia, ante la amenaza de veto de Francia y, probablemente de Rusia, la postura dubitativa de China y la oposición a la invasión por parte de Alemania, la Administración de George W. Bush procuraba forzar una votación favorable del Consejo de Seguridad (nueve de los quince miembros) para poner en evidencia el anacronismo de una organización internacional que no podía obtener una resolución a favor de la intervención debido al veto de las potencias menores.

El entonces primer ministro británico Tony Blair (Reino Unido es miembro permanente del Consejo de Seguridad) y el entonces presidente de Gobierno español José María Aznar (España era en ese momento miembro no permanente del Consejo de

Seguridad) apoyaban incondicionalmente a la Administración de George W. Bush en su objetivo iraquí.

Por su parte, Hans Blix señaló que la posibilidad de intervención por parte de la ONU no era sencilla, puesto que tanto la contención continuada como la invasión presentaban retos y controversias. En este sentido, la invasión requeriría 250.000 soldados y 100.000 millones de dólares (más tarde se comprobó que sus previsiones económicas fueron escasas), mientras que para la contención serían suficientes 250 inspectores y 80 millones de dólares.

Ni la opinión pública mundial en contra de la guerra ni la opinión de gobiernos con relevancia en el Consejo de Seguridad (Rusia, China, Francia y Alemania) fueron suficientes para revocar la decisión que la Administración de George W. Bush hacía tiempo que había tomado (Woodward, 2006, 128-129), es decir, invadir Irak unilateralmente sin el consentimiento de dicha organización para derrocar al régimen de Sadam Husein con el objetivo de establecer un gobierno iraquí moldeable a los intereses y valores estadounidenses y expandir así su área de influencia por Oriente Medio, idea que se juzgaba esencial en el imaginario conservador y neoconservador que nutría la singularidad de la política exterior del presidente.

La Administración estadounidense conseguiría así un Irak aliado que ejercería como una cuña entre Siria e Irán que pudiese actuar neutralizando en cierta medida la tendencia al extremismo religioso de las monarquías del Golfo. Además, la Administración lograría un nuevo equilibrio de poder en la región, que se significaría más favorable para Israel (Calvo, 2012, 157).

La anteriormente referida determinación que mantenía la Administración de George W. Bush se conecta con su concepción utilitarista de las organizaciones internacionales, que tal como se analizó previamente, le serían útiles únicamente cuando defendiesen los intereses nacionales estadounidenses. Cuando no fuera así, la Administración de George W. Bush preveía actuar unilateralmente vulnerando el orden y la legalidad internacional existentes de acuerdo a su excepcionalidad y particularidad como país designado por el orden divino y su obligación moral como tal de expandir el bien y su concepto de democracia y valores occidentales en el mundo. Así, según la visión de su moral idealista, wilsoniana y neoconservadora, cumplía con su misión de policía y guía del mundo.

La citada moral neoconservadora que guiaba la política exterior de la Administración de George W. Bush estimaba que los Estados que no cumplieren con los principios occidentales e intereses nacionales estadounidenses, estarían al lado del mal y, por lo tanto, deberían asumir las consecuencias de la posibilidad de que la Administración norteamericana se viese obligada según sus principios a tomar parte en el asunto y hacer uso de la fuerza.

El 16 de marzo, el presidente George W. Bush se reunía en las islas Azores con sus aliados en el Consejo de Seguridad, el británico Tony Blair y el español José María Aznar dando a conocer su decisión irrevocable a modo de doble ultimátum: a Sadam Husein para que se desarmara o para que abandonara Irak en veinticuatro horas y, a la ONU y a Francia para que avalasen la guerra con una resolución del Consejo de Seguridad que autorizara el uso de la fuerza contra Irak. Así, comenzaba la cuenta atrás de la invasión a Irak con o sin resolución de Naciones Unidas (Segura, 2004, 237).

La invasión a Irak comenzó la madrugada del jueves 20 de marzo de 2003. Con el transcurso de los días, se podía constatar que la desproporción de las armas y tecnología militar de la coalición liderada por Estados Unidos respecto a las iraquíes era evidente y, además, la situación alimentaria y sanitaria en Irak insostenible. Con ello, se sucedían constante y trágicamente las bajas de civiles iraquíes, siendo el balance de estas víctimas complicado de establecer debido a la falta de estadísticas fiables y contrastables.

El 9 de abril de 2003, las tropas angloestadounidenses ocupaban y controlaban Bagdad prácticamente ya sin resistencia. El régimen de Sadam Husein había sido derrocado tras veintidós días de invasión, pero no aparecieron las armas de destrucción masiva, objetivos prioritarios que había justificado la Administración de George W. Bush para iniciar esta invasión.

La campaña realizada por la Administración de George W. Bush antes y durante el transcurso del inicio de su intervención en Irak para evidenciar pruebas respecto a la obtención de armas de destrucción masiva por parte del régimen iraquí sirvió para justificar la invasión ante la propia opinión pública y las élites políticas norteamericanas y aliados, no ante la comunidad internacional. Una semana después de la ocupación angloestadounidense de Bagdad, se comenzaron a organizar las primeras manifestaciones en las que miles de iraquíes exigían la retirada de las tropas ocupantes

(Segura, 2004, 240).

Aunque buena parte de iraquíes recibieron bien el fin del régimen de Sadam Husein, el vacío de poder que siguió a la caída de la dictadura y la falta de disponibilidad de provisiones básicas posicionaron a los iraquíes en contra de las fuerzas de ocupación. Dos semanas después del final de la invasión, la escalada de violencia sobre Bagdad, que incluían secuestros, robos con armas, coches bomba y ataques suicidas, se convirtieron en la tónica habitual mientras que las fuerzas de ocupación no fueron capaces de combatir esta situación. Pocos meses después de la invasión, cortes de agua y electricidad en pleno verano iraquí agravaron la situación de la capital (Zaborowski, 2008, 8).

El 23 de abril, dos grupos hasta entonces desconocidos, la Dirección de la Resistencia y Liberación de la República Iraquí y la Organización por la Liberación de Irak se responsabilizaron de los atentados suicidas y de los ataques contra las tropas ocupantes, mientras que anunciaban que la resistencia contra éstos últimos continuaría (Segura, 2004, 240-241).

El presidente George W. Bush anunció el 1 de mayo de 2003 que daba por finalizadas las hostilidades en Irak y evitó hablar de victoria y de fin de la guerra, porque en ese caso, Estados Unidos se convertiría formalmente en una fuerza ocupante, debiendo respetar la Convención de Ginebra y liberar a los prisioneros de guerra. A este respecto, 21 días después, el 22 de mayo de 2003, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas aprobó la Resolución 1483 (2003), que designaba a Estados Unidos y Reino Unido como potencias ocupantes (Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, 2003, 2).

Como se comprobó previamente en el punto del segundo capítulo dedicado al análisis de Guantánamo, la Administración de George W. Bush incumplió importantes puntos de la Convención de Ginebra como el relativo a la protección de los prisioneros de guerra en el marco de la justificación de su denominada política de guerra global contra el terrorismo.

5.3. Evolución del conflicto (mayo 2003-diciembre 2005): la ocupación

Para las Administraciones de George W. Bush, el caso de Irak se ha significado como parte de una estrategia de ocupación que buscaba básicamente consolidar su presencia en la zona y resolver ciertas cuestiones relacionadas con el país y algunos vecinos

(Woodward, 2006, 128-134).

La liberación y, aún más la modernización o democratización del país según el modelo estadounidense y occidental, se manifestaban como elementos de un discurso que trataba de ocultar sus verdaderas intenciones conectadas con el control geoestratégico de la región, plasmadas en documentos como el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano.

Las exigencias del *marketing* político llevaron al presidente George W. Bush a una prematura declaración del fin de la guerra el 1 de mayo de 2003. Sin embargo, el recuento de las víctimas cada día iba en aumento y los actos insurgentes se confirmaron como una constante en el acontecer diario de Irak. Con ello, tras la referida fecha, la guerra convencional que estaba teniendo lugar se transforma en guerra de insurgencia/contrainsurgencia.

Tras la invasión, las tensiones existentes entre los departamentos de la Administración de George W. Bush dificultaron a la última contar con el control político y de la gestión de la situación (Woodward, 2010, 36-37). A pesar de sus enormes recursos, Estados Unidos se veía incapaz de restaurar el orden público y los servicios urbanos y la “desbaazificación” de Irak dificultó aún más el complejo proceso de reestructuración del país (Woodward, 2006, 322).

De este modo, durante la transición en Irak, desde el fin de la invasión en 2003 a la adopción de la Constitución a finales de 2005, no se estableció un diálogo significativo entre las principales élites políticas, marginando a los sunitas y a los baazistas en la nueva realidad política de las primeras etapas de la transición. Las consecuencias negativas de la exclusión de esta minoría de las estructuras estatales y de poder se arrastran hasta los primeros meses del año 2015, fecha en que se escriben estas líneas.

La política de “desbaazificación” que se llevó a cabo expulsó a los antiguos miembros del Partido Baaz del proceso político de transición y de las estructuras de poder y decisión, relegando así a una parte trascendente de la población iraquí de esta parte de la evolución de la nueva situación iraquí (Papagianni, 2010, 5). Este hecho derivó en el rechazo de buena parte de la población sunita de la Constitución aprobada en 2005.

La disolución del Ejército iraquí y de los principales cuerpos burocráticos estatales de la administración como parte de la implementación de la política de desbaazificación en el proceso iniciado por el estadounidense Paul Bremer (jefe de la Administración civil de Irak y responsable de la Oficina Estadounidense de Reconstrucción y Asistencia Humanitaria y que adoptaba decisiones trascendentales de modo unilateral e imprevisto (Woodward, 2010, 37)) en noviembre 2003 con la creación de la Comisión de “desbaazificación” ocasionó el desmantelamiento de toda la administración del país, incluyendo las estructuras sanitarias, educativa y de servicios. Con ello, se produjo un vacío de poder, descontrol y desmoralización de la población, sobre todo en la más formada académica y profesionalmente (Pérez, 2010).

A este respecto, desde finales de los años 1980, buena parte de la población iraquí, sobre todo titulados medios y superiores, podría considerarse baazista, bien por poseer carnet del partido Baaz, por estimarse simpatizante o encuadrarse en organizaciones afines, entre otras razones porque suponía la única vía para acceder a un puesto de trabajo (Pérez, 2010).

La desintegración de la administración estatal no fue prevista ni compensada por la coalición liderada por Estados Unidos y sumió al país en una situación de caos que en un inicio benefició a la insurgencia que luchaba contra la coalición, pero que con el tiempo facilitó el inicio de una guerra civil entre la mayoría chiita y la minoría sunita (Calvo, 2012, 156). Con este panorama, los enfrentamientos entre la población iraquí desencadenaron procesos de limpieza étnica, ejecuciones masivas y más violencia.

Cabría recordar en este momento que a lo largo de la historia del país, la minoría árabe sunita (aproximadamente el 20% de la población) había monopolizado el poder político en detrimento de la mayoría árabe chiita (que se constituye sobre el 60%) y de la comunidad kurda no árabe que habita en las zonas montañosas del norte de Irak (sobre el 17% del total). Durante la dictadura de Sadam Husein, los suníes llevaron a cabo un violento dominio sobre el resto de la población, con episodios genocidas hacia la población kurda y chiita (Dawisha, 2012, 3).

La exclusión de esta parte significativa de la población iraquí sunita derivó en una persistente y aguda inestabilidad tanto social como política debido a su postergación de la estructura de las instituciones estatales y la participación a largo plazo del poder en las mismas, la consecución y reconocimiento de los derechos de dicha minoría y las

obligaciones del Estado iraquí para con ellos (Dawisha, 2012, 3).

En otro sentido, personajes tan relevantes como el general Wesley Clark, antiguo comandante supremo de las fuerzas aliadas de la OTAN y el general Zinni, antiguo comandante supremo de las fuerzas norteamericanas en Oriente Próximo, denunciaron la falta de preparación y planificación de la Administración de George W. Bush para encarar el futuro tras la intervención militar (Ojeda, 2003, 42-43).

Tras la invasión estadounidense, Irak ha tenido que hacer frente a una serie de graves elementos desestabilizadores para el país: a un gobierno débil; a la insurgencia y diversos grupos yihadistas y a las intervenciones de Turquía respecto al Kurdistán, santuario de los kurdos que persiguen la secesión del Kurdistán turco (Batalla, 2008, 59-62). El coste humano y económico del conflicto ha resultado enorme e insostenible y, además, la guerra que se inició con la invasión norteamericana acabó con las escasas infraestructuras de las que se disponía bien a causa de los ataques aéreos, a las acciones de la insurgencia o del abandono tras el derrocamiento del régimen de Sadam Husein.

5.4. Evolución del conflicto (mayo 2003-diciembre 2005): insurgencia y contrainsurgencia

La invasión estadounidense a Irak en 2003 impulsó una transformación del movimiento de la militancia yihadista global (Torres, 2009, 1). Así, el advenimiento de un nuevo “frente de la *yihad*” en el núcleo del mundo árabe favoreció el resurgimiento de una al-Qaeda que en esos momentos se encontraba en regresión tras la pérdida de su santuario afgano y la neutralización de buena parte de su estructura organizativa internacional. La ocupación militar de un país musulmán consolidó su discurso y permitió el desarrollo a su favor de un movimiento salafista yihadista más asimétrico y difuso.

El terrorismo yihadista no existía en Irak antes de la invasión norteamericana, por lo que la instauración y acción de los movimientos que se encuadran dentro del primero, especialmente desestabilizadores en dicho país, se ha constatado como una de las consecuencias más negativas para la seguridad tanto nacional como regional e internacional de la intervención militar de la Administración de George W. Bush.

El inicio de la *yihad* (entendida bajo una interpretación belicosa) en Irak por parte tanto de iraquíes como extranjeros sumió al país en el caos y, además, expandió su

influencia por el resto de la geografía mundial, avivando los frentes insurgentes que permanecían candentes en lugares como Afganistán, Chechenia y Argelia.

Así pues, Irak se convirtió por unos años en el escenario principal de la *yihad* internacionalista. Sus militantes consideraban la situación de Irak semejante a la ocupación soviética de Afganistán de 1979, la ofensiva serbo-bosnia contra los bosnios musulmanes de los años 90 o las operaciones del ejército ruso contra los muyahidines en el Cáucaso (Jordán, 2008, 119-127). Además, Irak se encuentra en el centro de Oriente Medio, sede hace siglos del califato, que supone una grave humillación para los anteriores.

Desde el inicio de la insurgencia iraquí, los combatientes yihadistas extranjeros tomaron parte muy activa en las actividades insurgentes y, aunque suponían un porcentaje limitado en comparación con los componentes del antiguo partido Baaz y otros grupos nacionalistas, abarcaron buena parte de la atención por las acciones suicidas que llevaban a cabo, como atentados con camiones y coches bombas contra objetivos concretos, que ocasionaban muertes indiscriminadas de civiles y ataques simultáneos contra diferentes objetivos (Jordán, 2008, 119-127).

En esta línea, en agosto de 2003 elementos del grupo denominado *Tawhid wal Jihad* (compuesto fundamentalmente por jordanos, sirios y kurdos y liderado por Al Zarqawi) llevaron a cabo sendos atentados de gran intensidad mortífera contra la Embajada de Jordania en Bagdad y contra la sede de Naciones Unidas, que transfirieron al mundo una imagen insegura y violenta de la posguerra en Irak.

Además, desde 2004 Al Zarqawi reafirmó su fama al ejecutar diversos secuestros y decapitaciones de extranjeros, firmándolas en vídeo y difundiéndolas a través de internet. En octubre de ese mismo año, Abu Musab Al Zarqawi juró fidelidad a Osama Bin Laden, fecha desde la cual *Tawhid wal Jihad* comenzó a utilizar el nombre de Organización de al-Qaeda en la Tierra de los dos Ríos, más conocida como al-Qaeda en Irak.

Los primeros tiempos de insurgencia suní en Irak avivaron la confianza de los combatientes yihadistas de establecer el califato en el territorio que controlaban y de obtener el triunfo definitivo ante Estados Unidos debido al notable desgaste que había alcanzado el último y al menoscabo que había sufrido su estatus de primera potencia

mundial. A este respecto, el año 2004 se caracterizó por la extrema violencia y el caos en el que quedó sumido Irak (Jordán, 2008, 119-127).

En cuanto a la insurgencia chiita iraquí, con su Ejército del Mahdi, las milicias sadaristas de Muqtada al Sadr lanzaron un desafío directo al ejército estadounidense. Aunque al Sadr contaba con una base de poder social notoria, sobre todo entre los jóvenes chiíes sin trabajo, buena parte de la comunidad chií le observaba con desconfianza y optaba por el liderazgo moral del Gran *Ayatollah* Ali Sistani, partidario de posturas más moderadas (Coma, 2004, 117).

Sin embargo, tal como se analizará más detalladamente en el tercer capítulo, a mediados de 2005 comenzó a cristalizar un acuerdo entre suníes y estadounidenses con el objetivo de alcanzar una mayor participación y aceptación de los primeros en lo que a la redacción del texto constitucional y la implicación en las elecciones se refiere. Con ello, los combatientes yihadistas extranjeros temieron que los musulmanes iraquíes acabasen rechazándoles y su temor comenzó a materializarse a partir de la mayor participación de los suníes en los comicios electorales de diciembre de 2005.

CAPÍTULO 3: SEGUNDO MANDATO PRESIDENCIAL DE GEORGE W. BUSH (ENERO 2005-FINALES DE 2008)

1. La Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense de 2006

Debido a las diversas controversias que se fueron suscitando durante la denominada política de “guerra global contra el terror” implementada por las Administraciones de George W. Bush durante sus intervenciones militares en Afganistán e Irak, como la creciente oposición de la comunidad internacional a la que debía hacer frente, el estancamiento estadounidense en dichos conflictos y el incesante incremento de la violencia en los mismos, la Casa Blanca se vio obligada a revisar la Estrategia de Seguridad Nacional y a publicar una nueva versión el 16 de marzo de 2006, en la que plasma buena parte de las políticas que había venido implementando en materia de seguridad nacional y en la que expone la estrategia que seguirá a corto y medio plazo (*The White House*, 2006).

La Administración estadounidense acusaba en el momento en que publicó la revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense en 2006 un desgaste tanto económico, militar como de credibilidad, sobre todo, a raíz de sus intervenciones tanto en Afganistán como en Irak. Además, en el tiempo en que fue publicada la revisión del referido documento, Irak sufría uno de los momentos más violentos de ataques insurgentes, con un elevadísimo número de víctimas tanto civiles como militares.

Así pues, en busca del apoyo que requería de sus aliados en aquellos momentos, George W. Bush abogó por un multilateralismo interesado que le permitiese alcanzar la victoria en su política de lucha contra el terrorismo yihadista y, a través de la misma, la consecución de sus intereses nacionales en la región.

El presidente George W. Bush señala en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 que la política exterior estadounidense se ha guiado durante los más de cuatro años transcurridos hasta ese momento desde el 11S por las prioridades de combatir y ganar su denominada guerra contra el terrorismo global y promover su modelo de libertad y democracia liberal en el mundo.

La Estrategia de Seguridad Nacional admite que el enemigo aún no ha sido derrotado por Estados Unidos junto a su coalición internacional de fuerzas. En ese aspecto, se

considera que la Administración de George W. Bush se ve obligada a renunciar en parte al inicial unilateralismo que preconizaba al inicio de su denominada política de guerra global contra el terror durante su primer mandato (2001-2004), ya que debido a la situación de debilidad militar y estratégica en la que se encuentran las tropas estadounidenses y sus aliados tanto en Afganistán como en Irak, necesita continuar la ofensiva contra el terrorismo yihadista con la ayuda de otras potencias.

La suma de errores estratégicos y de previsión cometidos durante el primer mandato presidencial de George W. Bush como los referidos a la decisión de invadir Irak sin haber cerrado previamente el conflicto afgano y a la no disposición de suficientes contingentes de fuerzas (Woodward, 2006, 189); la frecuente improvisación que guiaba en la toma de las decisiones de las acciones militares al gabinete de guerra del presidente; la falta de comunicación y rivalidades existentes entre los secretarios de Estado, de Defensa y los Asesores de Seguridad Nacional de ambos mandatos (Woodward, 2010, 36-37) y, el exceso de confianza del presidente en sus intuiciones, muchas veces de carácter religioso derivadas de sus profundas convicciones cristiano-evangélicas (Woodward, 2010, 510 y 513), imposibilitaron a su segunda Administración (2005-2008) continuar con las políticas plenamente unilateralistas en materia de política exterior que había implementado durante su primer mandato (2001-2004) y a precisar la efectiva colaboración de otras potencias.

El presidente George W. Bush mantiene en su revisada Estrategia de Seguridad Nacional el compromiso de su Administración de generalizar y expandir la democracia liberal en Oriente Medio y fomentar con ello el desarrollo económico. En este sentido, se estima que Estados Unidos buscaba exportar el modelo neoliberal y los valores occidentales de desarrollo a esa región del planeta, sin tener en cuenta las específicas particularidades y la idiosincrasia de la misma, hecho que constituye en sí mismo un gran error estratégico por parte de George W. Bush y su equipo de gobierno, tal como se analizará más adelante en el epígrafe sobre la “iraquización” de Afganistán de este capítulo.

El presidente estadounidense también señala en la revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional que Estados Unidos lideró la coalición internacional para derrocar al dictador de Irak porque Sadam Husein oprimía a su propio pueblo, aterrorizaba a la región, desafiaba a la comunidad internacional y poseía armas de destrucción masiva.

En efecto, Saddam Husein era un dictador implacable y cruel con el pueblo iraquí, pero tal como se explicó en el segundo capítulo de esta tesis, se desmontaron con posterioridad los motivos que la Administración de George W. Bush usó para justificar la invasión norteamericana a Irak. Fueron los propios inspectores estadounidenses los que corroboraron tras la invasión del país en 2003 que el régimen iraquí ni poseía armas de destrucción masiva ni capacidad para producirlas y tampoco presentaba conexiones con al-Qaeda. Además, transcurridos doce años desde la invasión norteamericana a Irak en 2003, el país sigue profundamente sumido en el caos, la violencia política, sectaria y terrorista.

De esto se deduce que la acción militar norteamericana en Irak no ha servido ni para democratizar el país ni para exportar mucho menos los valores democráticos (entiéndase por democráticos la versión occidental de los mismos que preconizaba George W. Bush) a la región y que ya han sido abordados previamente en el segundo capítulo de la tesis. Pero sí para posibilitar la entrada y ejercicio de la violencia en el país del terrorismo yihadista, que antes de la invasión estadounidense no existía en Irak y responsable de una sangría incesante de víctimas mortales y heridos, exportando además inestabilidad a la región.

A pesar de que militar y tecnológicamente la Administración de George W. Bush era muy superior tanto al régimen iraquí en los primeros momentos de la invasión al país como a la insurgencia a la que debió enfrentarse posteriormente, no fue capaz de prever que con su frente militar aún abierto en Afganistán y con las tácticas del terrorismo yihadista a las que se enfrentaban (en las que los insurgentes no necesitan grandes sumas de dinero ni tecnologías relevantes para cometer atentados), se reducían considerablemente sus posibilidades de lograr la victoria.

Respecto a los pilares que fundamentan el documento de la revisión de 2006 de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, la Casa Blanca afirma los siguientes, cuya concepción ha de entenderse bajo la óptica e ideología neoconservadora ya analizada en el primer bloque de esta tesis:

- La promoción de la libertad, la justicia y la dignidad humana con los objetivos de acabar con la tiranía, fomentar democracias efectivas y entender la prosperidad mediante el comercio libre y el desarrollo de políticas acertadas.

- La confrontación de los desafíos actuales a través del liderazgo de una creciente comunidad de democracias. Así, asevera que gran cantidad de los problemas que afectan a la comunidad internacional poseen un carácter transnacional (enfermedades pandémicas, proliferación de armas de destrucción masiva, terrorismo, tráfico de seres humanos, desastres naturales...).

Además, la Estrategia de Seguridad Nacional subraya la centralidad de la cooperación multilateral para afrontar los riesgos y amenazas que entiende que supone el terrorismo internacional, pero siempre desde el liderazgo global de Estados Unidos. Esto es, apostando por un multilateralismo pero sin renunciar a los principios y valores que nutren la idiosincrasia de la política exterior de George W. Bush, que se deriva de su sostenida supremacía global y su argumentada obligación de guiar al mundo por mandato divino.

1.1. Visión global de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense

De la referida revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, se deduce que busca mantener el propósito que ya presentaba el documento original de 2002 de extender su modelo de democracia liberal por todo el planeta, exportando sus valores a todo el mundo para hacer prevalecer sus intereses y poder perpetuar así su posición de hiperpotencia a nivel global.

Para ello, afirma que debe continuar haciendo frente a las amenazas del terrorismo yihadista a partir de las siguientes iniciativas que versan entorno a la primacía de los intereses estadounidenses en el mundo y cuya idiosincrasia hunde sus raíces en el pensamiento idealista y wilsoniano ya analizado en el primer bloque de esta tesis:

- Liderando aspiraciones con vistas a proteger la dignidad humana.
- Estableciendo alianzas para luchar contra el terrorismo global con la finalidad de trabajar también en la prevención de ataques contra Estados Unidos y sus aliados.
- A través de la prevención y minimización del riesgo de las amenazas de los enemigos de Estados Unidos y sus aliados que puedan disponer de armas de destrucción masiva.
- Instaurando una nueva era de crecimiento económico mediante mercados libres y

el libre comercio.

- Expandiendo el círculo de desarrollo mediante sociedades abiertas y la construcción de instituciones democráticas (según los valores occidentales).
- Desarrollando agendas para la cooperación con otros centros relevantes de poder global.
- Transformando con los cambios precisos las instituciones de la Seguridad Nacional estadounidense para afrontar los desafíos y oportunidades del siglo XXI.
- Abordando las oportunidades y haciendo frente a los desafíos de la globalización.

1.2. Desafíos y oportunidades del nuevo siglo

El documento de revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos señala que las instituciones que fueron diseñadas para garantizar la seguridad de los estadounidenses se han quedado desfasadas con el tiempo, por lo que se precisa una tarea de transformación de las mismas que permita el óptimo desarrollo de sus funciones.

Además, conserva la intención de reforzar la cooperación entre las agencias e instituciones de inteligencia y seguridad del país (Arteaga, 2006, 2), esencial para que resulten operativos los esfuerzos en la lucha contra el terrorismo y cuya inexistencia deriva en graves fallos de seguridad, como se apreció tras los ataques terroristas de inspiración salafista yihadista del 11S en suelo norteamericano.

La Casa Blanca afirma en el documento que durante el período transcurrido desde el año 2001 hasta el 2006, año de publicación de la revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional estadounidense, se ha llevado a cabo un progreso sustancial en la adecuación a la nueva etapa de las instituciones clave en materia de Seguridad Nacional a partir de los siguientes aspectos:

- La creación de un nuevo Departamento de Seguridad Nacional (*Department of Homeland Security*) con autoridad sobre 22 entidades federales con roles clave en cuanto a la prevención de atentados yihadistas en Estados Unidos. El Departamento centró su trabajo en 3 prioridades en materia de seguridad

nacional: la prevención de atentados dentro del país, la reducción de la vulnerabilidad estadounidense al terrorismo, la minimización del riesgo y favorecer la recuperación de los ataques que pudiesen tener lugar.

- Las entidades de inteligencia estadounidenses llevaron a cabo en 2004 su reorganización más significativa desde la Ley de Seguridad Nacional de 1947 (*National Security Act*). El Director Nacional de Inteligencia dotó así al Departamento de Seguridad Nacional de una ampliación de presupuesto con respecto a las partidas presupuestarias que venían destinándose con anterioridad para asuntos de inteligencia, incluyendo capacidad económica para adquisiciones, cometidos y personal con el fin de lograr una mayor unificación, coordinación y efectividad.

La transformación del Departamento también incluye un nuevo Centro Nacional de Contraterrorismo y un nuevo Centro Nacional de Contraproliferación. Además, el FBI aumentó sus facultades en materia de inteligencia y elevó su nivel de integración con el Servicio de Inteligencia.

En cuanto a la CIA, tras los atentados del 11S, la Administración de George W. Bush encargó a la primera que trabajase bajo su mando en su denominada política de guerra global contra el terrorismo. Tras los ataques a Estados Unidos, el Centro Antiterrorista de la Agencia se convirtió en el punto neurálgico de las operaciones secretas en el marco de la argumentada guerra global contra el terror de la Administración estadounidense. Con ello, el Centro Antiterrorista de la Agencia sufrió un considerable aumento de personal y muchos de sus efectivos fueron trasladados desde otros departamentos hacia el anterior para desarrollar funciones en materia de antiterrorismo (Mazzetti, 2013, 20-21).

Tras el inicio de la denominada política de guerra global contra el terrorismo, la Administración de George W. Bush encomendó a la CIA actividades paramilitares y de guerra clandestina (Mazzetti, 2013, 74), con autorización para matar (Mazzetti, 2013, 247). A este respecto, la Comisión de Investigación del 11S recomendó en su informe final publicado en julio de 2004 que las operaciones secretas y las fuerzas paramilitares se circunscribiesen exclusivamente al ámbito de trabajo del Pentágono (Mazzetti, 2013, 75).

Asimismo, el documento de revisión de la Estrategia de Seguridad Nacional sostiene que el Departamento de Seguridad Nacional también se ha transformado para afrontar mejor cuatro categorías de desafíos:

- Desafíos tradicionales planteados por Estados que emplean ejércitos convencionales y fuerzas aéreas y navales con un claro establecimiento de oposición militar.
- Amenazas irregulares provenientes de actores no estatales que emplean métodos como el terrorismo y la insurgencia para obtener ventajas militares tradicionales, o la comisión de actividades criminales como el tráfico de drogas que amenazan la seguridad regional.
- Peligros catastróficos que ocasionan la adquisición y utilización de armas de destrucción masiva por parte de actores estatales y no estatales y de pandemias mortíferas, así como otros desastres naturales que producen efectos similares a dichas armas.
- Desafíos destructivos y subversivos procedentes de actores estatales y no estatales que emplean tecnologías y capacidades (como la biotecnología, operaciones cibernéticas y espaciales o armamento nuclear dirigido) con el objetivo de atentar contra Estados Unidos.

La Casa Blanca apunta también en el documento a la necesidad de que se transformen las instituciones clave tanto en el interior como en el exterior del país.

1.3. Prioridades de la Administración de Estados Unidos con sus aliados en el extranjero:

- Promover reformas significativas de la ONU, destacando las siguientes:
 - La creación de estructuras que garanticen la responsabilidad financiera, administrativa y la eficiencia organizacional.
 - Abordar la capacidad de la ONU y de organizaciones asociadas regionales con el objeto de establecer unidades militares eficientes, rápidas y bien entrenadas que puedan encontrarse disponibles para actuar en operaciones de paz.
 - Asegurarse de que la ONU plantea realidades geopolíticas actuales y que no se ha anclado de este modo en estructuras obsoletas.

- Revitalizar el compromiso de la ONU de promover la democracia y los derechos humanos.
- Abordar el rol de la democracia y de la promoción de la misma mediante instituciones internacionales y multilaterales, incluyendo en este ámbito entre otros:
 - La creación de instituciones democráticas de base regional en Asia, Oriente Medio, África, etc.
 - La coordinación más efectiva de contribuciones únicas a instituciones financieras internacionales y bancos de desarrollo regional.
 - Éxitos y desafíos logrados según la Administración de George W. Bush en materia de derechos humanos.

Como se deduce de estos datos, la nueva Estrategia de Seguridad Nacional adjudica un papel instrumentalista a las organizaciones internacionales debido a que las decisiones y actuaciones de éstas últimas son válidas para la hiperpotencia estadounidense si resultan útiles para hacer prevalecer sus intereses y valores.

La Casa Blanca afirma también en su documento sobre la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 que desde 2002, según su perspectiva, el mundo ha presenciado un extraordinario progreso en cuanto a la expansión de libertad, democracia y dignidad humana.

En este sentido, señala que los pueblos de Afganistán e Irak han reemplazado la tiranía por democracias. El documento de Estrategia de Seguridad Nacional indica que Afganistán, por su parte, ha sustituido el régimen talibán por un gobierno elegido democráticamente. En esta línea, también matiza que el pueblo afgano ha escrito y ratificado una Constitución sin precedentes en la historia en cuanto a la garantía de derechos y libertades que, según la Administración de George W. Bush, contempla.

Respecto a Irak, también se destaca que cerca de 8 millones de iraquíes votaron un gobierno democrático en las primeras elecciones libres y democráticas del país en el año 2005. La Constitución fue ratificada por referéndum, según la Casa Blanca, por cerca de diez millones de iraquíes y por primera vez en su historia, también indica que aproximadamente doce millones de iraquíes eligieron un gobierno permanente.

En definitiva, la línea discursiva de la Casa Blanca en su último documento estratégico de seguridad nacional no se acoge a hechos objetivos y su óptica optimista responde a su estrategia propagandística en el marco de su denominada y argumentada política de guerra global contra el terrorismo, cuyo objetivo era expandir el concepto de democracia liberal de la Administración de George W. Bush por el mundo. Esto es, como se ha explicado previamente en esta segunda parte de la tesis, la democracia desde la óptica occidental y estadounidense en zonas y regiones cuya idiosincrasia difería por completo a la norteamericana, identificando, erróneamente, democracia política a la occidental con estabilidad y seguridad para las inversiones y el comercio estadounidense, que es el objetivo estadounidense para mantener su hegemonía.

El intento de imponer por la fuerza y en un brevísimo espacio de tiempo el modelo de democracia liberal estadounidense en países como Afganistán e Irak, constituye de por sí un insólito error de lógica y coherencia por parte de la Administración de George W. Bush. Países cuyas sociedades han vivido en dictaduras y en guerras inacabables, en un clima de miedo y violencia y cuyos valores sociales son antitéticos a los occidentales, hacen inviables ese tipo de proyectos.

1.4. La denominada política de guerra global contra el terrorismo: la batalla contra las ideas, no contra el islam

La entonces Administración de George W. Bush argumenta en la Estrategia de Seguridad Nacional de 2006 que su denominada política de guerra global contra el terrorismo se bate contra el extremismo que ataca a los Estados Unidos y los valores que este país representa y, no contra el islam, en un intento de reconciliarse con la comunidad musulmana moderada, consciente del notorio desprestigio mundial estadounidense. También especifica que el terrorismo no es el inevitable producto de la pobreza. Así pues, muchos de los secuestradores de los aviones utilizados para atacar ciudades de Estados Unidos el 11 de septiembre de 2001 procedían de clases medias y, líderes del movimiento yihadista global como Bin Laden, de familias de gran fortuna.

Según especificaba la Administración estadounidense, el terrorismo contra el que debía combatir procedía de la alienación política de los combatientes yihadistas transnacionales, reclutados por personas sin voz en el gobierno de su propio país y que ven estas acciones violentas como una vía para promover cambios en el mismo. El

documento señala también que los primeros, a su vez, son susceptibles de ser manipulados por los que persisten en mantener una visión de la política perversa y basada en la violencia. Los extremistas, por su parte, culpan a Estados Unidos y a Occidente en general de las injusticias que se producen en sus países.

La Casa Blanca también destaca en la referida Estrategia que el terrorismo se rige según una ideología que justifica el asesinato y glorifica los crímenes deliberados para acabar con la vida de personas inocentes. De este modo, señala que el nombre del islam ha sido utilizado de modo deshonesto para servir a un fin malvado, al igual que lo han sido otras religiones en otros lugares y momentos históricos. La Estrategia afirma también que es preciso que los líderes islámicos denuncien a la ideología que distorsiona y explota el islam con el fin de lograr fines destructivos, desprestigiando así a una religión honesta.

En este documento, se especifican cuatro pasos que la Estrategia prevé necesarios para luchar a largo plazo contra el terrorismo yihadista:

- Prevenir los ataques de las redes del movimiento yihadista antes de que se produzcan;
- Prohibir a los Estados delincuentes (aquellos manifiestamente contrarios a los valores e intereses estadounidenses) y a sus aliados dentro de los grupos de la militancia yihadista que posean armas de destrucción masiva;
- Negar a los grupos yihadistas el apoyo y santuario que les ofrecen los Estados delincuentes y;
- Evitar que los combatientes yihadistas controlen países, puesto que los usarían como base y plataforma de lanzamiento de sus acciones insurgentes.

La Administración de George W. Bush afirma que continuará liderando su denominada política de lucha contra el terrorismo con el apoyo de sus aliados y nuevos países amigos.

1.5. La guerra contra las armas de destrucción masiva

La Administración de George W. Bush anunciaba en su Estrategia de Seguridad Nacional de marzo de 2006 que para prevenir ataques hostiles contra el pueblo estadounidense y sus intereses, no dudaría en lanzar ataques preventivos contra sus adversarios en ejercicio de su derecho a la autodefensa.

La Estrategia contempla así la proliferación de armas de destrucción masiva como una de las mayores preocupaciones estadounidenses de cara a la seguridad tanto nacional como internacional. De hecho, uno de los motivos que argumentó la Administración a propósito de la invasión de Irak fue que el régimen de Sadam poseía este tipo de armamento y que lo utilizaría sin lugar a dudas contra Estados Unidos y sus aliados. Sin embargo, posteriormente se hizo manifiesta la falsedad de las pruebas que aportaba la Administración norteamericana al respecto, tal como se ha explicado anteriormente en el segundo capítulo de la tesis.

En este documento revisado de la Estrategia de Seguridad Nacional, la Casa Blanca perfila los desafíos a los que entiende que se enfrenta en materia de armas de destrucción masiva:

- Irán ha violado el Tratado de No Proliferación Nuclear y rechaza ofrecer garantías de que su programa nuclear persigue únicamente objetivos pacíficos.
- La República Popular Democrática de Corea continúa desestabilizando su región y desafiando a la comunidad internacional debido a que alberga un pequeño arsenal nuclear y un programa de desarrollo nuclear ilícito, violando así sus obligaciones internacionales.
- Los grupos yihadistas, incluidos los asociados con la red al-Qaeda, continúan aspirando a conseguir armas de destrucción masiva.
- Algunos de los suministros de material fisible existente para construir armas de destrucción masiva (el componente necesario de dicho armamento) no se encuentran adecuadamente protegidos.

- Los avances en biotecnología proporcionan grandes oportunidades a los actores estatales y no estatales para obtener patógenos peligrosos y equipamiento.

La Casa Blanca señala en su Estrategia que pretende evitar el acceso de las redes del terrorismo yihadista a material de origen fisible de dos modos: evitando que los Estados adquieran la capacidad de producir el mismo para construir armamento nuclear y prohibiendo o previniendo la transferencia de dicho material desde los Estados que poseen dicha capacidad hacia los denominados Estados delincuentes o los grupos yihadistas.

Para ello, la Administración de George W. Bush requería que se hiciera cumplir el Tratado de No Proliferación Nuclear con el objetivo de evitar que los regímenes hostiles fueran capaces de producir material fisible susceptible de ser usado para producir armas nucleares bajo la cobertura de programas de desarrollo nuclear para uso civil.

El régimen de Irán se configuraba para la Administración de George W. Bush como uno de los desafíos más relevantes al que debía hacer frente. Para ésta última, las intenciones de Irán se revelaron con su rechazo a hacer cumplir el Tratado de No Proliferación Nuclear y con las amenazas del presidente iraní de hacer desaparecer a Israel de la faz de la tierra. Según la Casa Blanca, el régimen iraní daba apoyo al terrorismo, amenazaba a Israel, buscaba desestabilizar la paz en Oriente Medio, perturbaba la democracia en Irak y negaba las aspiraciones del pueblo iraní de lograr la libertad.

2. La Ley de Comisiones Militares

El presidente George W. Bush firmó durante su segundo mandato presidencial la entrada en vigor de la Ley de Comisiones Militares el 17 de octubre de 2006, que eximía a los tribunales estadounidenses de competencia para admitir a trámite los recursos de *habeas corpus* instados para hacer prevalecer los derechos de los ciudadanos extranjeros detenidos por Estados Unidos como “combatientes enemigos” en cualquier país del mundo.

Respecto a la aprobación de dicha Ley, la Administración de George W. Bush argumentaba que su principal objetivo era el de salvar vidas estadounidenses dentro del marco de su denominada política de guerra global contra el terrorismo y que permitiría a la CIA proseguir con su programa de interrogatorios a militantes yihadistas como

Khalid Sheikh Mohammed, uno de los cerebros de los ataques del 11S (*The White House*, 2006).

En esta línea, el presidente George W. Bush señalaba el 17 de octubre de 2006 lo siguiente (*The White House*, 2006):

“Es rara la ocasión en que un presidente puede promulgar un proyecto de ley que sabe que salvará vidas estadounidenses. Tengo tal privilegio esta mañana. La Ley de Comisiones Militares del 2006 es una de las leyes más importantes en la guerra contra el terrorismo. Y ahora en memoria de las víctimas del 11S, es un honor para mí promulgar la Ley de Comisiones Militares de 2006”.

Se considera que esta Ley se significa como otro de los elementos unilateralistas utilizados por la Administración de George W. Bush en su argumentada y denominada política de guerra global contra el terrorismo, ya que ignoraba completa y arbitrariamente la legislación internacional en materia de derecho humanitario, civil y político (Amnistía Internacional, 2007).

Además, se confirma como plenamente incoherente con la supuesta voluntad de extensión de la democracia que preconizaba la Administración estadounidense, ya que la Ley de Comisiones Militares vulneraba uno de los principios básicos del Estado de derecho y los derechos humanos de las personas detenidas y juzgadas bajo la misma (Amnistía Internacional), sometiendo a los detenidos a interrogatorios reiterados sin acceso a abogados o tribunales, a tratos crueles, inhumanos y degradantes y técnicas de interrogatorio que en virtud del derecho internacional constituyen tortura y malos tratos. Y todo ello, con la excusa de la denominada política de guerra global contra el terror que había emprendido y de la defensa de los ciudadanos estadounidenses, sus aliados e intereses.

No obstante, el resultado que lograba la Administración de George W. Bush con este tipo de acciones contrarias al derecho internacional era hundir más la imagen y credibilidad internacional de Estados Unidos y, a su vez, incrementar los riesgos para su seguridad nacional. Lo que la realidad ha demostrado es que las anteriormente referidas acciones han generado más violencia, han encontrado aún más los discursos contrarios del islamismo fundamentalista hacia la hiperpotencia estadounidense y han hecho perder a Estados Unidos aún más credibilidad ante la comunidad islámica moderada.

Al contrario de lo que preconizaba la Administración de George W. Bush, la Ley de Comisiones Militares no encausaba a los detenidos con juicios imparciales. Con ello, la Ley limitaba el alcance de la Ley estadounidense de Crímenes de Guerra, que contemplaba como delito las violaciones del artículo 3 común a los Convenios de Ginebra. La Ley de Comisiones Militares no tipificaba la prohibición de llevar a cabo juicios sin garantías ni los “atentados contra la dignidad personal, especialmente los tratos humillantes y degradantes” establecidos en ese artículo como delito explícitamente. Como consecuencia, el presidente George W. Bush autorizaba la continuidad del programa de detención secreta de la CIA.

En última instancia, lo que la Ley de Comisiones Militares buscaba era proporcionar protecciones legales para garantizar que su personal militar y de inteligencia no tuviese que soportar demandas judiciales por parte de los supuestos combatientes yihadistas o insurgentes por el simple hecho de cumplir con su labor, incrementando aún más la situación de indefensión de los últimos. Además, también indicaba que la Ley de Comisiones Militares cumplía con sus obligaciones internacionales, hecho que tampoco se ajusta a la realidad por los motivos anteriormente expuestos.

3. Evolución del conflicto en Irak (2005-2008)

El 30 de enero de 2005 se celebraron las primeras elecciones democráticas en Irak tras 50 años, que dieron como resultado el cambio de dominio político en el país tras la victoria electoral de chiíes y kurdos frente a la histórica preeminencia suní (Corral, 2013, 1).

Las referidas elecciones contaron con el voto de cerca del 60% de los electores censados, llegándose al 90% de participación en algunas ciudades debido al llamamiento de los *ayatollah* al voto como deber religioso. Chiítas y kurdos votaron masivamente, mientras que los sunitas registraron un porcentaje bastante menor de participación. Habría que tener en cuenta que la población kurda y la chiíta suma más del 75% del total de iraquíes, mientras que la población suní apenas representa el 20% del total. El resultado de estos comicios dio una gran victoria a los partidos chiíes, seguida de los partidos kurdos (Calvo, 2005, 210).

La Alianza Iraquí Unida, que agrupaba a buena parte de los partidos chiíes y que contaba con el apoyo del Gran *Ayatollah* Ali Sistani, obtuvo el 48% de los votos. Por su

parte, la mayoría de los partidos kurdos, aglutinados en torno a la Unión Patriótica del Kurdistan (UPK) de Jalal Talabani y el Partido Democrático Kurdo (PDK) de Masud Barzani, lograron el 26% de los sufragios. En este contexto, la gran alianza de partidos laicos y moderados liderados por el primer ministro Alawi fue la gran perdedora de la contienda electoral, obteniendo sólo un 14% del voto total.

En cuanto al reparto de escaños parlamentarios, la Alianza Iraquí Unida obtuvo 140 de los 275 en juego y, con ello, la mayoría absoluta. Sin embargo, su mayoría no era ventajosa respecto a la formación de gobierno y la redacción de la Constitución, ya que la Ley Administrativa Transitoria de 2004, promulgada por las autoridades de ocupación, fijaba un respaldo parlamentario de al menos 2/3 de la Cámara para la aprobación de dichos procesos, que conminaba a la Alianza Unida a forjar alianzas con los kurdos, quienes ostentaban 75 escaños (Calvo, 2005, 211).

El único nexo de unión entre chiíes y kurdos era la represión que habían sufrido por parte del régimen de Sadam, por lo que se suscitaron graves controversias entre ambos grupos que perjudicaron su relación. Debido a ello, la formación de gobierno se demoró hasta el mes de abril de 2005, momento en el que el kurdo Jalal Talabani, líder de la UPK, fue nombrado presidente de Irak, mientras que el chií Ibrahim Al Jaafari, portavoz del Partido Dawa, fue designado primer ministro.

Tras la elección a mediados de mayo de 2005 de la Comisión encargada de elaborar el borrador de la nueva Constitución por parte del nuevo Parlamento, la oposición suní al nuevo Gobierno se hizo especialmente manifiesta. De los 55 miembros de la Comisión, 28 eran chiíes, 15 kurdos, 8 pertenecían al grupo de Alawi y los cuatro restantes eran un cristiano, un turcomano, un comunista y un suní. A este respecto, la comunidad suní, acostumbrada tal como se ha explicado con anterioridad a ostentar históricamente el poder en todos los ámbitos del país, se sintió discriminada (Calvo, 2005, 221).

Finalmente, las presiones norteamericanas para integrar a más miembros suníes en la Comisión de redacción del texto constitucional, cuyo objetivo era el de salvar la Constitución iraquí, llevaron al Gobierno iraquí a incluir a 15 miembros suníes adicionales en la misma (Calvo, 2005, 222).

Las controversias previamente expuestas y las diferencias existentes entre chiíes y kurdos retrasaron hasta finales de agosto de 2005 la redacción del borrador final de la

Constitución. Así, aquel 28 de agosto el Parlamento iraquí aprobó el texto del borrador, al que los parlamentarios suníes se opusieron y, en general, recomendaron el voto en sentido negativo en el referéndum previsto para el 15 de octubre del mismo año (Calvo, 2005, 222).

La Constitución iraquí fue aprobada en referéndum el 15 de octubre de 2005 con un 79% de votos afirmativos, a pesar del masivo rechazo suní y de la actividad terrorista que llevaba a cabo la insurgencia.

Tras el citado referéndum, se disolvió el Parlamento con el propósito de celebrar las elecciones legislativas en diciembre del mismo año. Por tercera vez durante el año 2005, los iraquíes acudieron el 15 de diciembre a las urnas en un país asolado por la violencia y notoriamente polarizado (Calvo, 2005, 223).

Por su parte, los suníes participaron en mayor medida que en las anteriores elecciones que habían tenido lugar durante el año, puesto que concluyeron que el sistema de representación proporcional derivado de los 18 distritos provinciales del país les garantizaba un determinado número de escaños en las provincias en las que eran mayoría (Hiltermann, 2006, 3).

Los resultados electorales dieron 128 escaños de los 275 que componen la Asamblea Nacional a la Alianza Unida Iraquí, en la que se incluía el clérigo populista Muqtada al Sadr. La Coalición Kurda obtuvo 53 escaños y el Frente del Acuerdo Iraquí, una coalición de partidos islamistas árabes suníes, alcanzó el tercer puesto con 44 escaños. El cuarto y el quinto puesto los obtuvieron la Lista Nacional Iraquí de Alawi con 25 escaños y una coalición laica árabe suní, el Frente Nacional para el Diálogo con 11 escaños respectivamente (Hiltermann, 2006, 4).

Las reglas de la nueva Constitución obligaban a las diversas fuerzas a aliarse con otras con el fin de alcanzar los 2/3 de la mayoría que se precisaba para formar gobierno. La inestable situación política y las discrepancias que enfrentaban a las fuerzas políticas del país llevaron a que el vacío de poder se extendiese durante varios meses. Así pues, no fue hasta mayo de 2006 la fecha en que se llegó a un acuerdo entre las fuerzas políticas para formar gobierno con Nuri al-Maliki como primer ministro, que se constituía como el segundo líder en relevancia del Partido Dawa. El presidente Maliki prometió combatir duramente a la insurgencia y tender puentes a la reconciliación nacional del país.

Al-Qaeda en Irak procuró alterar el curso de los acontecimientos creando en enero de 2006 el Consejo de la *Shura* de los Mujaidines con el objetivo de establecer y liderar una alianza entre las facciones de insurgentes suníes de carácter salafista. Pero el proyecto no logró el éxito esperado de absorber al principal grupo yihadista genuinamente iraquí: el Ejército Islámico de Irak (IAI), formado básicamente por iraquíes ideológicamente cercanos a los Hermanos Musulmanes y cuyo discurso se constata significativamente más nacionalista que el de al-Qaeda en Irak.

El IAI tampoco mantiene una agenda internacionalista, no apoya la *yihad* global, ni reconoce la Constitución de 2005. Reclama su inspiración en la *sharia*, aunque se desconoce si su principal objetivo es la instauración de un califato islámico en Irak. No obstante, entre sus máximas prioridades se observa su voluntad de acabar con la presencia militar norteamericana y derrocar a un gobierno que consideran al albur de los chiíes, por lo que su colaboración inicial con al-Qaeda en Irak se debió al simple pragmatismo de la lucha contra un enemigo común.

El Ejército Islámico de Irak ha protagonizado multitud de ataques (con preferencia por los ataques con cohetes, artefactos explosivos improvisados y morteros en lugar de los indiscriminados y altamente letales atentados suicidas de al-Qaeda) contra las fuerzas de la coalición y contra los extranjeros civiles que las sustentaban, pero evitando en la medida de lo posible bajas de civiles iraquíes. También ha realizado actos violentos contra las fuerzas de seguridad iraquíes, a las que considera al servicio del Gobierno predominantemente chií y de los norteamericanos.

En octubre de 2006, el Consejo de la *Shura* de los Mujaidines (en la práctica al-Qaeda en Irak) creó el Estado Islámico de Irak (ISI) como un nuevo intento de imponer sus objetivos, pero tampoco obtuvo los resultados esperados al destacar la incapacidad de al-Qaeda para comprender la particularidad del país (Hiltermann, 2006, 4). De este modo, en lugar de tratar coexistir con los diversos grupos de insurgentes iraquíes, los combatientes yihadistas internacionalistas procuraron imponerse sobre ellos y sobre las diferentes tribus, algunas de las cuales ya eran coetáneas en Irak antes de la era islámica.

Así, los militantes del denominado Estado Islámico de Irak comenzaron una campaña de amenazas y asesinatos contra musulmanes iraquíes que no aceptaban su autoridad, en concreto líderes de otras facciones insurgentes y autoridades religiosas cercanas a veces

a los Hermanos Musulmanes y al Ejército Islámico de Irak. Como consecuencia de esta situación de violencia extrema, a mediados de 2007 los miembros de Estado Islámico de Irak comenzaron a ser considerados *takfiríes*, es decir, extremistas y asesinos de sus hermanos de religión.

En mayo de 2007, el Ejército Islámico de Irak creó el Frente de la Reforma y la *Yihad* para contrarrestar al ISI, logrando un éxito significativo al crear una asociación federativa bajo su órbita de influencia y contar con organizaciones relevantes dentro de la insurgencia, como el Ejército de los Mujaidines y el Ejército de los Conquistadores. Sin embargo, la fundación del Frente por parte del Ejército Islámico de Irak produjo una reacción imprevista con la aproximación al ISI de dos grupos de cierto peso: el Ejército de *Ansar al-Sunnah* y la Unión de la *Yihad* en Irak.

La insurgencia transmitió una evidente imagen de división en su conjunto al haberse incrementado la polarización de la insurgencia suní de inspiración salafista de forma notable con la rivalidad entre el Ejército Islámico de Irak y el ISI (Hiltermann, 2006, 4). Con ello, se delimitaron más profundamente las fronteras entre las organizaciones yihadistas en Irak, derivando en una intensificación de la lucha armada entre las distintas facciones de la insurgencia suní, yihadistas o simplemente nacionalistas, con un agravamiento de la situación de al-Qaeda en el país.

El ISI procuró implementar su visión radical de la *sharia* y, además, pretendió cobrar y recaudar contribuciones económicas mediante amenazas, secuestros, torturas y asesinatos. La población local acabó rechazándoles, aunque en algunas ocasiones les dieron la bienvenida inicialmente con el deseo de hallar protección frente a las milicias chiíes. Los activistas del ISI también intimidaron y asesinaron a los miembros de las tribus suníes que aceptaron contratos del Gobierno o se unieron a sus fuerzas de seguridad.

En septiembre de 2006 se había constituido el Consejo para la Salvación de *al-Anbar*, también denominado como “Despertar de *al-Anbar* o Despertar suní”, configurado como una coalición de tribus suníes que se aliaron con las fuerzas norteamericanas para combatir a al-Qaeda en la provincia de Anbar. En esta última, los militantes yihadistas de al-Qaeda ejecutaron matanzas indiscriminadas de civiles suníes, de imanes y jefes tribales que les habían criticado. También llevaron a cabo otros tipos de ofensas para las costumbres musulmanas, acciones que deslegitimaron aún más su presencia y existencia

entre la población local. En definitiva, a finales de 2006 la seguridad iraquí encaraba graves problemas de insurgencia, terrorismo, sectarismo y delincuencia, que interactuaban entre sí (Arteaga y García, 2008, 1-8).

A esta serie de acontecimientos se unió *The Surge* en 2007, la respuesta de Estados Unidos ante esta situación de conflicto con un incremento muy significativo del número de fuerzas desplegadas en Irak. *The Surge* hizo posible aumentar la presencia de las mismas en zonas, sobre todo en Bagdad y la provincia de al-Anbar, que se encontraban fuera de control tanto por parte del ejército norteamericano como por parte del Gobierno iraquí.

Para combatir dichas amenazas a la seguridad y conseguir un Estado iraquí democrático, Estados Unidos contaba desde 2005 con la estrategia *National Strategy for Victory in Iraq*, pero no resultaba eficaz para alcanzar los objetivos de seguridad previstos en principio. Su estrategia operativa consistía en reducir la participación de las tropas de la Coalición en enfrentamientos con el fin de evitar que su presencia incidiese en la espiral de violencia e incrementar la experiencia de las fuerzas armadas iraquíes, para poder relevar así en el menor tiempo posible a los efectivos de la Coalición en la lucha contra la insurgencia (Arteaga y García, 2008, 1-8).

En febrero de 2006 fue destruida la mezquita de mayoría árabe suní al-Askariyya en Samarra, en la provincia de Saladino, con lo que se alteró sustancialmente la situación para la que fue diseñada la estrategia de 2005. La devastación de dicha mezquita desencadenó una oleada de violencia por todo el territorio iraquí, con una multiplicación de atentados y enfrentamientos que causaron la destrucción de más de 30 mezquitas, triplicó los asesinatos en Bagdad de 11 a 33 diarios e incrementaron las víctimas civiles: 34.450 muertos civiles según la UNAMI (*United Nations Assistance Mission for Iraq*) en 2006 (Arteaga y García, 2008, 1-8).

La Administración de George W. Bush comprendió que debía abordar la insuficiencia de fuerzas disponibles para combatir las principales causas de inseguridad en el país, así como su falta de preparación para garantizar las misiones de estabilización hasta que las fuerzas locales pudieran afrontar con eficacia los riesgos de seguridad para ellas mismas. La nueva estrategia, *The New Way Forward (The Surge)* presentaba como objetivo político a largo plazo lograr un Irak democrático capaz de gobernarse y de

colaborar en la lucha contra el terrorismo yihadista, mientras que a corto plazo perseguía contrarrestar el ascenso de la insurgencia consignado en 2006.

El empuje de *The Surge* redujo notablemente los indicadores de violencia, desplazando a los combatientes afines a al-Qaeda a la provincia de Diyala y al “triángulo de la muerte”. A ello también contribuyeron factores exógenos a *The Surge*, como la reducción del número de combatientes yihadistas extranjeros procedentes de Siria debido al propósito sirio de recomponer sus relaciones con Estados Unidos y al continuo desplazamiento voluntario o forzado por la limpieza étnica desde las zonas mixtas a las seguras.

Aunque el Departamento de Defensa estadounidense no registraba progresos en los objetivos políticos, sí que constataba una mejora de la situación de seguridad en Irak y un aumento de la confianza de la población en la acción de su Gobierno (Arteaga y García, 2008, 1-8).

Tal como subrayó el general Petraeus (Arteaga y García, 2008, 1-8), la reducción de la violencia también se debió a factores no militares como la sublevación de las tribus suníes contra al-Qaeda, la desmovilización de la milicia chií del Mahdi y al desplazamiento de la población hacia otras áreas del país huyendo de la violencia étnica y sectaria. Así, la tensión se redujo en las zonas monoétnicas, que quedaron bajo el control y arbitrariedad de las milicias locales.

Sin embargo, el alejamiento de los insurgentes y combatientes yihadistas fuera de la zona de operaciones o el descenso de sus actividades no significaba su neutralización definitiva ni la estabilización de la seguridad en todas las zonas que se habían limpiado. Los primeros incrementaron los grandes atentados con coches-bomba en lugares públicos para que la población y los medios de comunicación advirtieran la subsistencia de la violencia y, además, aumentaron sus atentados selectivos contra las estaciones conjuntas y destacamentos de fuerzas para que las fuerzas de seguridad percibieran la continuación de la amenaza hacia ellos.

Tal como sucede en los casos de violencia prolongada, se originan recurrentemente controversias a la hora de distinguir los ataques insurgentes o políticos de las simples luchas por el poder, la influencia y el beneficio económico de las diversas organizaciones que han convertido la violencia armada en su modo de vida, un

fenómeno muy común en un país que posee grandes recursos energéticos y grandes dosis de corrupción política (Calvo, 2012, 164).

Aunque *The Surge* demostró que es factible combatir contra al-Qaeda, no ha probado que pueda hacerlo contra el sectarismo que cuestiona la viabilidad de las fuerzas armadas y la del Estado multiétnico, ya que la lucha por el poder está no sólo detrás de la violencia, sino también tras las controversias que suscitan la construcción de las instituciones, las fuerzas de seguridad y el Estado iraquí.

De este modo, tal como apuntó el general Petraeus (Arteaga y García, 2008, 1-8), el motivo esencial del conflicto se configura como la lucha por el poder y los recursos entre las comunidades iraquíes. Se constata además el establecimiento por parte de muchos grupos armados de intensas conexiones y redes en Irak. La eliminación de éstas últimas, tras una década de conflicto y si es que es posible, llevará un largo período de tiempo. (Calvo, 2012, 164).

4. La “iraquización” de Afganistán

En un contexto en el que Estados Unidos aún no había cerrado la conflictiva situación de Afganistán con su Operación Libertad Duradera y con una ISAF sin autoridad en el conjunto del país, la Administración de George W. Bush decidió invadir Irak el 20 de marzo de 2003, tal como se ha explicado previamente en el segundo capítulo de esta tesis, de acuerdo al proyecto neoconservador de su Administración de configurar la región de acuerdo a sus valores e intereses nacionales, extendiendo el modelo de democracia occidental y liberal para garantizar su preeminencia a nivel global, impedir la emergencia de una gran potencia rival y establecer un orden de seguridad internacional favorable a sus principios. Con ello, comete el mayor error estratégico de su denominada política de guerra global contra terror (Woodward, 2006, 166 y 170) abriendo un segundo frente de batalla cuando la situación en Afganistán era aún muy delicada.

Como resultado de la invasión estadounidense a Irak, cabría apuntar la instauración del terrorismo global de inspiración yihadista en Irak, que antes no existía en el país, como una de las consecuencias más graves que se produjo a este respecto para la seguridad internacional. La proclamación de Irak como tierra de la *yihad* le convierte en el destino de miles de combatientes internacionales, que adquieren allí experiencia en técnicas de lucha armada con el riesgo de que decidan posteriormente exportar la *yihad*

entendida bajo una concepción belicosa a otros países vecinos como Afganistán o áreas como el Sahel. Además, las tensiones y violencia etnosectaria entre chiíes y suníes desencadenadas en Irak afectan a la estabilidad de la zona debido al carácter volátil en materia de seguridad y estabilidad de la región.

En esos momentos en que se dio inicio a la invasión de Irak en marzo de 2003, Estados Unidos era consciente de la necesidad que imperaba en Afganistán de un mayor apoyo que el ofrecido por las coaliciones coyunturales lideradas por Gran Bretaña, Turquía, Alemania y Holanda, que habían constituido la ISAF en Kabul. Por su parte, la OTAN decidió hacerse cargo del Cuartel General de la ISAF en Kabul y, a partir de octubre de 2003 con la aprobación de la Resolución 1503 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, se autoriza la expansión de la Fuerza multinacional al resto del país con el objetivo de extender el control de las autoridades de Kabul.

Tras la constatación por parte de la comunidad internacional a finales de 2005 de que había fallado en su objetivo de pacificación del país tras el incremento del poder y control de la insurgencia en territorio afgano, se estimó oportuno organizar una nueva Conferencia Internacional sobre Afganistán en Londres a principios del año 2006 (Kern, 2006).

El Pacto sobre Afganistán entre las autoridades afganas y la comunidad internacional o Estrategia de Londres establece la necesidad de alcanzar una nueva estrategia tras el reconocimiento implícito del fracaso del Acuerdo de Bonn. Así, la Estrategia de Londres prevé que su actuación verse sobre la profundización de la gobernanza, el Estado de derecho y los derechos humanos; el desarrollo económico, social y de seguridad y, finalmente, sobre la erradicación de la producción y tráfico de drogas. Para ello, se estableció la Estrategia Nacional Afgana de Desarrollo con la intención de hacer cumplir los objetivos de Desarrollo del Milenio en Afganistán.

La nueva estrategia de seguridad fijaba dos objetivos fundamentales:

1. El fortalecimiento de las capacidades de las fuerzas de seguridad afganas y,
2. El incremento de la coordinación entre los tres principales instrumentos responsables de garantizar la seguridad: la Operación Libertad Duradera, ISAF y las propias fuerzas de seguridad afganas.

Sin embargo, en 2006 se produjo un notable incremento de la violencia y, para 2009, la insurgencia afgana, compuesta por un conglomerado de grupos armados entre los que

destacan por su violencia los talibán y la Red Haqqani (Laborie, 2013, 5), se encontraba presente en aproximadamente dos terceras partes del país. Como consecuencia de ello, la población afgana intuía la vuelta al poder de los talibanes en un breve espacio de tiempo y consideraba a la comunidad internacional como un actor más respecto a la responsabilidad del agravamiento de la situación del país.

Al mismo tiempo, los enfrentamientos entre los señores de la guerra se reactivan y la inseguridad, el pillaje y las minas antipersona amenazan a la población afgana. Además, la *sharia*, en su versión más rigurosa, sigue aplicándose en muchos lugares de Afganistán y la vulneración de los derechos humanos en el país continúa siendo muy grave, sobre todo para las mujeres y niñas afganas. Cabría destacar también que el cultivo de opio sigue configurándose como la principal fuente de ingresos de buena parte de la población afgana y como el gran negocio de los señores de la guerra (Segura, 2004, 228).

Asimismo, convergen varios factores que enconan la situación de crisis y conflicto en Afganistán. La existencia del santuario pakistaní facilita la actuación de la insurgencia, sobre todo la talibán y, además, fomenta el surgimiento de los atentados suicidas, una táctica de clara importación yihadista y que hasta el momento no se había manifestado en Afganistán. De este modo, se produce la “iraquización” del conflicto afgano. Al tiempo, la alianza establecida entre la insurgencia y el narcotráfico hace que ambos se aprovechen mutuamente de sus actividades ilícitas.

Respecto a la acción de las fuerzas internacionales en Afganistán, se produce una reacción pastún debido al incremento de la presencia extranjera en la región y a la acción de ésta última para impulsar la representación multiétnica en la nueva administración. Además, se incrementan significativamente las víctimas civiles ocasionadas por las acciones de la ISAF o la Operación Libertad Duradera y las víctimas civiles de la posguerra superan a las causadas por la guerra.

Los atentados de la guerrilla talibán y al-Qaeda continúan produciéndose cuando se escriben estas líneas, durante los primeros meses del año 2015, al igual que los enfrentamientos con las tropas internacionales. Bin Laden fue capturado y dado muerte por parte de la Administración estadounidense de Barack Obama en el año 2011, pero a pesar de ello, la capacidad de acción, de organización y de financiación de la red al-Qaeda, continúa operativa tanto fuera como dentro de Afganistán.

En definitiva, se considera que la Administración estadounidense de George W. Bush no logró tras el inicio de su denominada política de guerra global contra el terrorismo la democratización bajo la perspectiva occidental que había previsto para Afganistán con el derrocamiento del régimen talibán y que, según argumentaba el presidente norteamericano, extendería dichos valores y principios por la región.

Por su parte, el proceso de retirada de tropas internacionales que finalizó el 31 de diciembre de 2014 en Afganistán, así como el traspaso de la responsabilidad de la seguridad a las Fuerzas Afganas de Seguridad Nacional han traído consigo el temor a que se produzca una mayor desestabilización e inseguridad tanto en el país como en la región.

Las fuerzas de seguridad afganas cuentan con una capacidad operativa independiente muy limitada, mientras que la insurgencia talibán no ha sido totalmente derrotada y algunos de sus santuarios continúan intactos en las áreas tribales pakistaníes. Así, tanto Afganistán como sus fuerzas de seguridad seguirán precisando la ayuda y cooperación internacional bastante tiempo después de que se haya producido la total retirada de tropas internacionales para poder mantener bajo control las amenazas que se suscitan tanto a su seguridad como a la de la región.

PARTE III

CAPÍTULO 4: EL IMPACTO REAL DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LAS DOS ADMINISTRACIONES DE GEORGE W. BUSH (2001-2008)

1. Situación sociopolítica de Irak tras la retirada estadounidense en diciembre de 2011

Cuando se cumplen doce años desde el inicio de la invasión estadounidense de Irak en marzo de 2003, el país continúa significándose como uno de los mayores focos globales de preocupación en materia de seguridad para Estados Unidos y la comunidad internacional y como uno de los países más violentos del planeta. Además, Irak sigue sumido en una lucha intestina y sectaria entre chiitas y sunitas por alcanzar el poder.

Esta situación, además de profundizar el deterioro de la seguridad de Irak, ha sido aprovechada por los grupos de la militancia yihadista ligados a al-Qaeda y, sobre todo por la organización del Estado Islámico de Irak y Levante (Fuente, 2014a, 1). Por su parte, la red al-Qaeda ha incrementado su actividad terrorista en 2013 hasta alcanzar los niveles de 2007-2008 con cerca de 80 ataques al mes, impulsada por la influencia directa y beneficio que le genera el conflicto sirio con el trasvase continuo de combatientes de un país a otro (Blanco, 2014, 7).

Uno de los aspectos esenciales que se ha de tener en cuenta para el análisis de la situación iraquí es que el país se estructura como un territorio de especial relevancia para el chiismo. Gran parte de los lugares considerados como santos por los chiitas se encuentran en Irak, así como una de las dos escuelas religiosas (*hawzas*) que determinan la evolución de la doctrina religiosa chiita. Así, la *hawza* iraquí de Nayaf se mide con la iraní de Qom en consideración y respeto entre los fieles chiitas.

Los chiitas iraquíes se nutren de la doctrina original del quietismo, que aboga por la separación entre los asuntos religiosos y políticos. Por su parte, los chiitas iraníes mantienen una doctrina más intervencionista en política que llevó al poder ayatolá o líder supremo espiritual Jomeini, quien instauró en Irán el actual régimen islámico.

El enfoque iraní no ha sido jamás admitido por el gran ayatolá iraquí Ali Sistani (Calvo, 2012, 163). Éste último, que influye muy notoriamente sobre la política iraquí,

ha venido intercediendo desde la invasión estadounidense entre la población chiita con el objetivo de que ésta no contestara a la violencia de los extremistas sunitas al mismo nivel. A este respecto, la muerte de Sistani conllevaría su sustitución por clérigos más provocadores y violentos y más cercanos a la doctrina iraní como Muqtada al Sadr, hecho que se constituiría como un elemento más de desestabilización tanto social como política (Calvo, 2012, 164).

La fragilidad caracteriza la situación política y social de Irak (Dawisha, 2012, 13). Esto mismo se refleja en la cada vez mayor arbitrariedad y autoritarismo de las actuaciones que llevaba a cabo el ex primer ministro Maliki y en su débil y dividido gobierno; en la persistencia de un fragmentado sistema de partidos políticos y la corrupción y autocracia que presentan las clases políticas de las tres principales comunidades iraquíes, tanto chiitas, sunitas como kurdos; el elevadísimo nivel de corrupción generalizada en que se encuentra sumido el país; la parálisis de la actividad del Parlamento; la presencia de conflictos etnosectarios y, profundas disputas y divergencias que dividen a las élites políticas.

Los errores estratégicos, de falta de previsión, gestión y planificación que cometió la Administración de George W. Bush tanto antes de la invasión, durante la misma y en la época de posguerra, que han sido analizados en el segundo y tercer capítulo de la tesis, se han configurado como buena parte de la base de la raíz de los problemas que han provocado o enconado la situación que ha sumido a Irak en un profundo estado de violencia, generadora ésta última de inestabilidad tanto nacional como regional.

La eliminación de la estructura del Estado baazista del régimen de Sadam Husein agravó el odio sectario entre chiíes y suníes, ya que los segundos no asumían la pérdida de su histórico papel de preeminencia en el país y además, privó a Irak de recursos humanos técnicos y cualificados que precisaba para superar con éxito su reconstrucción. Con ello, se produjo un vacío institucional y una anarquía del Estado iraquí, que unido a la anteriormente referida falta de planificación de la invasión por parte de la Administración de George W. Bush, agravó muy notoriamente la situación del país.

La Administración de George W. Bush entendió que el Irak de Sadam Husein era un Estado moderno y eficiente y que tras su derrocamiento, se encontrarían con un país operativo. La ausencia de un plan competente de posguerra y la implementación de

políticas ineficaces llevó al colapso de Irak en los ámbitos tanto social, político, económico como de seguridad (Woodward, 2006, 605 y 702),

Transcurridos los primeros meses del año 2015, Irak continúa profundamente desestabilizado y la forma en que se resuelva su crisis influirá poderosamente en la conformación del sistema de seguridad internacional de las próximas décadas. Irak sigue precisando el apoyo estadounidense y de la comunidad internacional en muchos aspectos, bien sea financiando sus fuerzas de seguridad o posibilitando su acceso a tecnología militar, ya que el gobierno iraquí carece de los medios para dotarse por sí mismo de unas fuerzas de seguridad apropiadas para garantizar su seguridad. Un Irak soberano equilibraría la creciente influencia de Irán. Sin embargo, un Irak totalmente desestabilizado en su ya de por sí endeble transición política, convulsionaría aún más el tenso panorama que presenta Oriente Medio (Calvo, 2012, 166).

La coyuntura iraquí ofrece un equilibrio muy frágil, que puede verse influido negativamente por la inestabilidad que se extiende por toda la región de Oriente Medio. Irak se encuentra en el epicentro de buena parte de los puntos de tensión que se manifiestan en la zona, como la hostilidad entre sunitas y chiitas, la lucha por la obtención de los recursos energéticos o el asunto kurdo (Calvo, 2012, 169). Los estallidos de conflictividad en la región relacionados con estos elementos inciden directamente en el país y viceversa en la región.

Además, las repercusiones de una degeneración en cuanto a la situación sociopolítica del país con posibles reparticiones de los territorios bajo el control de sus diversos grupos étnicos y religiosos abriría la caja de Pandora en una región que se configura como una elaboración artificial de estados sin coherencia tras la Primera Guerra Mundial (Calvo, 2012, 169).

Tras las disputadas elecciones de marzo de 2010 en las que la coalición de Maliki se situó en la segunda posición de resultados electorales por detrás del ex primer ministro Ayad Allawi y su coalición *Iraqiyya*, el nuevo Parlamento no fue capaz de nombrar primer ministro hasta finales de noviembre de ese mismo año. Entonces, tras un acuerdo político, se volvió a designar a Maliki para ocupar el cargo de primer ministro (Fuente, 2014a, 4).

La debilidad política de éste último le urgía a recuperar el apoyo de la base social chiita, por lo que dio inicio a una campaña de prensa en la que exacerbaba la amenaza terrorista sufrida por los chiitas a manos de los sectores sunitas. Bajo esta misma estrategia, acusó de actividades de terrorismo yihadista al vice-primer ministro sunita Tarek al Hachemi, decretando su ingreso en prisión a finales de 2011. La huida al Kurdistán iraquí de al Hachemi y el rechazo de su gobierno autónomo a proceder a su entrega profundizó aún más la crisis política iraquí (Fuente, 2014a, 4).

Bajo la misma estrategia de acoso a miembros sunitas del gobierno, el arresto de los guardaespaldas de Rafi Al Issawi, el ministro de Finanzas y vice-primer ministro procedente de la provincia de Anbar provocó una serie de protestas a partir del 21 de diciembre de 2012 con arranque en Faluya, el eje sunita que comunica Bagdad con la frontera jordana.

En este contexto, los sunitas de Anbar iniciaron una serie de movilizaciones que incluían la petición de autonomía de su región inspirados por el ejemplo de las revueltas que estaban teniendo lugar en otros países árabes. Las protestas adoptaron con celeridad un carácter regional y confesional en la que los manifestantes proclamaban su solidaridad con la rebelión siria. De este modo, mostraban su rechazo al eje chiita de Teherán-Bagdad-Damasco (Fuente, 2014a, 5).

La fuerte interconexión entre los sunitas de la región iraquí de Anbar y los sirios de la región limítrofe de la misma confesión facilitó la conversión hacia la violencia que adoptaron las protestas en breve espacio de tiempo. Esta estrecha relación había favorecido ya en el verano de 2012 la creación del Ejército Iraquí Libre, cuyos objetivos principales se dirigían a combatir la invasión iraní en Irak, unificar a todos los combatientes sunitas en Irak bajo un mismo signo y colaborar con los sirios y el Ejército Libre de Siria en su tarea de derrocar al régimen de al Asad (Fuente, 2014a, 6).

Mientras tanto, el régimen de Maliki continuó con su política sectaria de represión sunita y, en abril de 2013, el ejército iraquí atacó el campo de refugiados de Hawija, al norte de Bagdad, desencadenando una oleada de violencia por todo el país y situándole a finales de 2013 en los niveles de los peores años del conflicto de la década pasada. El gobierno de Maliki se posicionó en connivencia con las milicias chiitas, que habían ejecutado buena parte de los asesinatos de sunitas en el país (Fuente, 2014a, 7), profundizando así el nivel de violencia estructural que presencia Irak.

En este escenario de incesante aumento de la violencia, al-Qaeda aprovechó la oportunidad para resurgir tras el debilitamiento que sufrió en 2008 por la acción conjunta de la *Surge* y la *Sahwa* sunita y que fue analizada previamente en el tercer capítulo de esta tesis.

El error que cometió el ex primer ministro Maliki de polarizar aún más la violencia etnosectaria al sofocar las protestas suníes por la fuerza fue aprovechado por el salafismo yihadista para capitalizar la insurgencia armada ganando libertad de acción contra el gobierno (Arteaga, 2014, 1). La afinidad que une a sunitas a ambos lados de la frontera siria e iraquí posibilitó la agrupación de las ramas de al-Qaeda en esos países bajo el Estado Islámico de Irak y Levante (ISIS) (en árabe *Daulat Al Islamiya Al Iraq Wal Bilad Al Sham*) con el objetivo de establecer un gran emirato árabe en dichos territorios.

Sin embargo, la derrota de la anterior en sus feudos sirios a manos del Frente Islámico al-Nusra llevó al líder de al-Qaeda, Ayman al Zawahiri en noviembre de 2013 a considerar al Frente al-Nusra como la única filial de al-Qaeda en Siria y a anular la actuación del ISIS en este país, que debería a partir de ese momento llevar a cabo su actividad de combate únicamente en territorio iraquí (Arteaga, 2014, 9).

A finales de 2013, la detención de Ahmed al Aluani, diputado crítico a Maliki y afín a las protestas suníes produjo una serie de manifestaciones masivas de miles de suníes en diversas ciudades de Irak para exigir reformas en el proceso político y exigir la liberación de los detenidos. Estas protestas derivaron en acampadas permanentes en las capitales de las provincias de mayoría suní, incluida Anbar. La tensión derivó en un estallido de violencia por parte del ISIS y grupos sunitas locales muy radicalizados contra las fuerzas de seguridad en Ramadi en primer lugar y extendiéndose posteriormente a Faluya y a Bagdad (Arteaga, 2014, 10).

El elemento más trascendente es que por vez primera en varios años, ni las fuerzas de seguridad ni las milicias *Sahwa* contrarias a los grupos insurgentes suníes pudieron hacer frente al avance yihadista. Con la toma de Faluya en Irak y la ocupación de Raqqa en Siria, la red yihadista hizo patente la recuperación de su capacidad de lucha y el éxito de su nueva estrategia, consistente en aprovechar el caos regional para ocupar territorios, hacerse con el poder en los mismos y proclamar emiratos islámicos (Arteaga, 2014, 10). El gobierno del ex primer ministro Maliki fue incapaz de controlar su

territorio a pesar del apoyo de los combatientes (*peshmerga*) kurdos y de las milicias chiíes a las fuerzas de seguridad iraquíes.

El empuje de la insurgencia suní en Irak, formada por diversos grupos entre los que destacan los combatientes del Estado Islámico de Irak y Levante, las milicias de autodefensa de los Consejos Locales, antiguos baazistas y sectores escindidos de las milicias anti-yihadistas procedentes del movimiento del Despertar suní ya analizado en el tercer capítulo de esta tesis, han elevado notablemente el nivel de descomposición y fragmentación del Estado de Irak tras la ocupación insurgente a principios y mediados de junio de 2014 de Mosul, la segunda ciudad más importante del país y otras ciudades y su acercamiento a Bagdad.

La ocupación de Mosul por parte del Estado Islámico de Irak y Levante tras la derrota del ejército iraquí se constituyó como un hito de primer orden en el cada vez más profundo conflicto entre suníes y chiíes al que asiste Oriente Medio. La toma de Mosul por parte del Estado Islámico de Irak y Levante se debió en buena medida a los errores cometidos por parte del ejército iraquí al concentrar éste último buena parte de sus fuerzas en los principales núcleos insurgentes en la provincia de Anbar, sobre todo en la ciudad de Faluya y reduciendo así considerablemente sus tropas en la segunda ciudad del país (Calvo, 2014). A estos hechos se unen las ocupaciones de otras ciudades como Faluya, Ramadi y Samarra (Arteaga, 2014, 1).

Estos acontecimientos han producido el desplazamiento masivo de iraquíes, obligados a huir de la violencia derivada de la ocupación de ciudades por parte del Estado Islámico de Irak y Levante (ONU, 2014) y Naciones Unidas enumera noticias y pruebas de numerosas ejecuciones sumarias y extrajudiciales. La violación de los derechos humanos más fundamentales ha producido un grave deterioro de la situación humanitaria de cientos de miles de civiles tanto iraquíes como sirios, principalmente de minorías étnicas como la de los yazidíes y cristianos, que se ven obligados a huir de zonas de conflicto y que sufren el rápido deterioro del acceso a los servicios básicos. En este sentido, Naciones Unidas elevó en agosto de 2014 la crisis humanitaria de Irak al nivel 3 de emergencia, el más alto para este tipo de crisis. Tras la oleada de ataques y violencia iniciada por el Estado Islámico de Irak y Levante en junio de 2014, Irak cuenta con una de las poblaciones de desplazados más numerosas del mundo.

La delicada situación que soporta Irak y que permitió un rápido avance del Estado Islámico de Irak y Levante en las provincias suníes del norte deriva en buena medida de:

- La incompetencia profesional de los mandos del ejército iraquí (Fuente, 2014b, 7), entrenados tanto éstos últimos como sus tropas por el Ejército estadounidense durante los últimos años, bajo errores estratégicos derivados de la asunción del marco de guerra clásica que asumió la Administración de George W. Bush cuando se trataba de una guerra de insurgencia/contrainsurgencia (Woodward, 2006, 612 y 702).
- La desmoralización de las fuerzas de seguridad iraquíes (Arteaga, 2014, 2), en su mayoría chiíes que defienden una tierra que no consideran como propia y conscientes de que se configuran como el objetivo preferente de la insurgencia suní.
- La hostilidad que sufren las tropas iraquíes por parte de la población dependiendo de las zonas de afinidad étnica en las que se encuentren.
- El incesante incremento de la polarización suní-chií y una notoria desafección de buena parte de la población suní hacia las autoridades gubernamentales de Irak y,
- La dificultad que supone combatir a la insurgencia en las ciudades.

Todo ello ha producido un constante aumento del número de deserciones y de la incorporación a las filas de la insurgencia suní por parte de fuerzas de seguridad iraquíes.

Los combatientes del Estado Islámico de Irak y Levante, muchos de ellos voluntarios extranjeros, han demostrado una moral de combate muy superior y una capacidad operativa mucho más eficiente que las fuerzas armadas iraquíes que, tal como se acaba de señalar, han ofrecido una débil oposición (Fuente, 2014, 7). Cabría destacar que el denominado Estado Islámico de Irak y Levante desarrolla unas tácticas militares propias de un ejército regular y que emplea tácticas militares avanzadas (Fuente, 2014, 7).

La organización del Estado Islámico usa el terrorismo como una táctica, pero no es una organización terrorista, ya que a diferencia de al-Qaeda, la primera cuenta con unos

30.000 combatientes, ocupa territorio iraquí y sirio, desarrolla capacidades militares y operaciones militares sofisticadas, controla líneas de comunicación e infraestructuras y se financia a sí misma. En definitiva, se comporta como un pseudo-Estado apoyado por un ejército convencional (Kurth, 2015).

De este modo es como se entiende que una fuerza de poco más de 1.000 combatientes del conocido como Estado Islámico de Irak y Levante con armas y vehículos ligeros consiguiera hacer huir a 30.000 soldados del ejército regular iraquí. El ejército iraquí cuenta con notables deficiencias en el plano organizativo y doctrinal que le restan eficiencia en el campo de batalla (Fuente, 2014, 8). Así, sus cuadros de mando carecen de unos elevados niveles de adiestramiento y los puestos de mando más relevantes han sido ocupados por personas leales al ex primer ministro Maliki, no por personas que cumplen con criterios de profesionalidad y meritocracia.

Por su parte, las tropas kurdas aprovecharon el vacío de poder producido por este estallido de violencia etnosectaria para avanzar posiciones hacia el oeste y recuperar territorios como Kirkuk y sus valiosos campos de petróleo adyacentes.

Los acontecimientos que se acaban de analizar demuestran que las condiciones que soporta el país hacen prácticamente inviable la existencia de un ejército nacional iraquí y dificultan que el país conserve su unidad.

La situación de caos y violencia que soporta Irak se ha visto gravemente afectada por la intervención del principal líder espiritual de los chiíes de Irak, el gran ayatolá Ali Husein Sistani, que solicitó a través de su representante en Kerbala el 13 de junio de 2014 la entrada en combate de los ciudadanos iraquíes para detener la ofensiva de la insurgencia suní. Esta apelación del gran ayatolá Sistani supone un hecho excepcional desde el inicio de la invasión estadounidense a Irak en 2003, ya que ha sido la primera vez que ha realizado un llamamiento semejante.

Hasta la referida fecha de junio de 2014, el gran ayatolá había predicado contención y moderación. Así pues, no había aprobado la actuación de las milicias chiíes que ejercían la violencia, como las de Muqtada el Sadr. Todo ello, junto con la defensa realizada por la Asociación de Ulemas, el equivalente suní de los ayatolás chiíes, del derecho de la insurgencia suní a avanzar sobre Bagdad para derrocar el régimen de Maliki, conlleva la materialización de la ruptura de las dos principales comunidades religiosas del país.

En su estrategia de construir un santuario salafista yihadista en Mesopotamia y dotarse de un Estado propio, el Estado Islámico de Irak y Levante declaró a finales de junio del año 2014 un Califato panislámico (conocido como la organización del Estado Islámico) en un territorio sin fronteras que abarca el este de Siria y un amplio territorio del norte y oeste de Irak bajo el mando político y religioso de su líder, Al Bagdadi. El mismo se ha presentado, bajo la formulación doctrinal clásica del islam suní y una supuesta suprema legitimidad que deriva de la familia y de la tribu del profeta, como máxima autoridad espiritual y política de los musulmanes exigiéndoles lealtad (Rupérez, 2014).

La organización del Estado Islámico entendió que debía comportarse como un Estado y emprendió una estrategia con objetivos concretos como dar cobertura y asistencia social a la población que vive en los territorios que ha ocupado, impulsar la actividad económica y la difusión mediática (Barrancos, 2014, 4), actuando como una auténtica administración con gestión profesional. Este Califato permite al conocido como organización del Estado Islámico contar con un territorio en el que entrenarse y ganar experiencia tanto para el campo de batalla como para extender a otros lugares su singular visión global.

La proclamación del Califato por parte del denominado Estado Islámico supone una novedad en cuanto al comportamiento de las organizaciones del movimiento yihadista, ya que la anterior dio el paso de “grupo o movimiento insurgente” a “Estado“(islámico) con el objetivo de conquistar y expandir un territorio geográfico en el que aplicar su interpretación intransigente de la *sharia* o ley islámica actuando como un Estado. Este aspecto se configura como la diferencia más notable que presenta con respecto a al-Qaeda.

En su avance, la organización del Estado Islámico busca catalizar y dirigir el movimiento del yihadismo mundial retando a la misma al-Qaeda (Ruiz, 2014b, 52), apoyado por su gran capacidad para financiarse y favorecida por la pérdida de relevancia de al-Qaeda central debido a los ataques que ha sufrido la última por parte de los drones estadounidenses. Fiel a su ideología basada en una lectura intransigente del islam suní, el denominado Estado Islámico considera herejes al resto de musulmanes e infieles al resto. En este sentido, están por ver los efectos que producirá la pugna entre la organización del Estado Islámico y al-Qaeda por el liderazgo entre la militancia del

yihadismo global.

En cuanto a su *modus operandi*, el denominado Estado Islámico combina la extrema violencia y brutalidad con métodos iguales o aún más graves que los utilizados por al-Qaeda con el uso elocuente de las nuevas tecnologías (Ruiz, 2014b, 54). Así, publica recurrentemente en sus redes sociales vídeos con astucia mediática de torturas y ejecuciones y campañas para promocionar tanto su mensaje, para reclutar voluntarios como para amedrentar al enemigo. Su hábil y sagaz manejo de las redes sociales exhibiendo su extrema brutalidad le permite vencer a sus enemigos con el mínimo de enfrentamientos.

Respecto al gobierno iraquí del expresidente Maliki, cabría destacar que su combinación de autoritarismo sectario contra los sunitas practicado por el primero bajo la justificación de combatir el salafismo yihadista, junto con la radicalización popular de áreas de mayoría sunita en connivencia con el Estado Islámico de Irak y Levante, derivó en una creciente y profunda precarización del Estado iraquí. De acuerdo a los datos aportados por la Misión de Asistencia a Irak de Naciones Unidas, el número total de bajas civiles en 2013 ha sido la más alta desde 2008, con 7.818 fallecidos (mientras que en 2008 fueron 6.787) y 17.981 (en 2.008 resultaron heridas 20.178 personas) (Mikail, 2014, 2).

Tras la inoperancia del gobierno iraquí del expresidente Maliki para contener esta situación de profunda violencia y riesgo de fragmentación del país debido a su extrema política de sectarización, el presidente de la República de Irak Fouad Massoum cesó en agosto de 2014 al primero y nominó a Haider Al Abadi como nuevo primer ministro de Irak, encargándole la formación de un nuevo gobierno de unidad nacional inclusivo de todos los intereses legítimos de los iraquíes capaz de hacer frente a la crisis ocasionada por envite del conocido como Estado Islámico.

Las profundas divergencias y antagonismos políticos que soporta el Estado de Irak hacen prácticamente inviables políticas de unidad nacional. Desde su primera elección en 2005, el parlamento iraquí no encaró los retos más trascendentes que precisaba abordar el país.

Tras la celebración en Irak de elecciones parlamentarias el 30 de abril de 2014, el Estado iraquí se encontraba ante tres asuntos muy sensibles pendientes de resolución y

que afectan tanto al clima de crisis política como a las tensiones intercomunitarias que inciden en la inestabilidad del país:

a) La adopción de una ley nacional de hidrocarburos que proporcione un soporte legal para invertir en el sector de los hidrocarburos.

b) Alcanzar un acuerdo sobre lo que implica en la práctica las disposiciones constitucionales que significan a Irak como una república federal.

c) La organización de referéndums en Diyala, Kirkuk, Salaheddin y Ninawa para determinar el futuro de esos territorios (Mikail, 2014, 2).

En otro orden de ideas y en lo que al petróleo y gas iraquíes se refiere, se constituyen como la principal fuente de ingresos del país y, a su vez, como uno de los obstáculos más serios para la reconciliación nacional en Irak. Tal como ya se ha explicado en el punto referido a las consideraciones ideológicas sobre la invasión de Irak del segundo capítulo de esta tesis, Irak se configura como un actor fundamental de los mercados mundiales de petróleo. Así, ocupa el segundo puesto como productor de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) y del Golfo Pérsico (Arteaga y Escribano, 2014, 3).

A este respecto, la importancia de Irak radica en las expectativas de su producción futura de petróleo, ya que cuenta con el 9% de las reservas de crudo probadas a nivel mundial y puede desempeñar en el medio plazo un papel fundamental en la geopolítica del petróleo. Aunque su producción se encuentra en niveles lejanos a los de Arabia Saudí, Rusia y Estados Unidos, se significa como el único productor que presenta un claro potencial de crecimiento en los próximos decenios (Arteaga y Escribano, 2014, 4) En cuanto a las reservas de gas iraquíes, rondan casi el 2% a nivel mundial.

La dificultad del Estado iraquí para controlar y gobernar su territorio está reduciendo las expectativas existentes en cuanto a la capacidad de producción iraquí de petróleo y de su potencial de crecimiento, que tendría un impacto significativo en el mercado mundial (Arteaga y Escribano, 2014, 1).

Las referidas expectativas se han visto afectadas por la incapacidad del gobierno iraquí para: a) incrementar la producción y mejorar el mal estado en que mantiene las infraestructuras gasísticas y petrolíferas, que además son saboteadas; b) prevenir la

injerencia iraní y de las mafias del petróleo; c) resolver sus controversias con el gobierno regional del Kurdistán por el control de las licencias de explotación y, d) el reparto de los beneficios y combatir a la insurgencia suní (Arteaga y Escribano, 2014, 1). La producción iraquí de petróleo y gas ha oscilado en paralelo a los conflictos que ha vivido el país durante las últimas décadas (Arteaga y Escribano, 2014, 3).

En definitiva, cabría afirmar que Irak sigue sumido en un profundo clima de inseguridad e inestabilidad transcurridos doce años desde su invasión por Estados Unidos en 2003. La reconciliación nacional entre los diferentes grupos del país aún se percibe transcurridos varios meses desde el año 2015 como muy lejana a falta de una implementación de reformas políticas en el país y de unas instituciones fuertes. Se precisan medidas que afecten principalmente al establecimiento de la paz, el reparto de poder entre los diversos sectores religiosos, étnicos y políticos y la distribución de los beneficios del reparto del petróleo.

Los hechos expuestos en esta tesis demuestran que las hipótesis sostenidas por la Administración de George W. Bush para invadir Irak en 2003 y dirigidas hacia la necesidad de derrocar al dictador iraquí, en parte debido a su supuesta y argumentada colaboración con el salafismo yihadista (y tenencia de armas de destrucción masiva), para reconstruir el país bajo los principios y los valores de la democracia occidental de modo que fuese capaz de liderar la expansión de la democracia occidental por la región han fracasado por completo (Ottaway, 2013, 7).

Se estima que Estados Unidos no supo comprender ni controlar la gestión de la reconstrucción de Irak. Tras la retirada de las tropas estadounidenses a finales de diciembre de 2011, el país continúa siendo profundamente inseguro debido a que las organizaciones del salafismo yihadista y el resto de la insurgencia sunita han desviado su violencia en mayor medida hacia objetivos de la población autóctona chiita. Y por su parte, la insurgencia chiita ejerce la violencia contra objetivos sunitas.

Además, la aparición en escena de la organización del Estado Islámico que, según parece pretende catalizar y dirigir el yihadismo mundial, ha llegado a retar a la propia al-Qaeda y a proclamar un Califato en territorio sirio e iraquí ignorando sus fronteras y cometiendo brutales agresiones contra los derechos humanos, desestabiliza aún más la situación de Irak.

La proyección internacional de la utilización por parte del denominado Estado Islámico de métodos similares o aún más violentos que los utilizados por al-Qaeda, de técnicas militares propias de un ejército regular unidas a una elevada motivación por parte de sus combatientes, una gran capacidad para financiarse y un elocuente uso de las nuevas tecnologías, ha generado una seria amenaza para la seguridad tanto regional como global, ya que cabe la posibilidad de que redes del salafismo yihadista quieran imitarle.

En esta línea, diversos grupos yihadistas ya extendieron desde finales de 2014 el denominado Estado Islámico hacia territorios del norte de África y, por su parte, Boko Haram informó en marzo de 2015 de su juramento de lealtad al califa Ibrahim, el líder de la organización del Estado Islámico. De este modo, la anterior no supone únicamente una amenaza para los millones de habitantes a los que somete en territorio sirio e iraquí con su totalitaria y despiadada forma de gobierno, sino que a través de su expansión por el norte de África y el África Subsahariana adquiere una dimensión global acercándose cada vez más a Europa.

Se considera muy elevado el riesgo que suponen para la seguridad internacional y regional los combatientes con experiencia de lucha en zonas de conflicto como Irak y Siria que retornan a sus países de origen, hecho que ocupará buena parte de las preocupaciones en materia de seguridad de la comunidad internacional tanto a corto como medio plazo. Así pues, es probable que procuren a su vuelta captar adeptos a su causa, proporcionar entrenamiento de acciones de guerra a otras personas radicalizadas y cometer atentados terroristas.

El futuro de Irak y de la seguridad tanto de la región como a nivel internacional también se conecta con el de Siria e Irán. En cuanto al primero de estos países, el derrocamiento del régimen sirio podría conllevar una mayor desestabilización del país y Siria podría perpetuarse en el tiempo como un agujero negro. Sin embargo, una alternancia ordenada de poder podría ser beneficiosa para apoyar una estabilización de la situación iraquí (Calvo, 2012, 169). Por su parte, un hipotético ataque a Irán para derrocar el régimen de los ayatolás también supondría un desafío para el país y un riesgo desestabilizador, ya que se produciría un conflicto prolongado a las puertas de Irak (Calvo, 2012, 169).

En consecuencia, Irak se encuentra profundamente dividido, en riesgo de fragmentación y en situación de extrema violencia etnosectaria. Su futuro es incierto y la situación de conflicto que soporta ha contribuido a desestabilizar gravemente la región. La forma en que se resuelva su crisis influirá poderosamente en la conformación del sistema de seguridad internacional de las próximas décadas. El país sigue precisando el apoyo estadounidense y de la comunidad internacional en muchos aspectos, bien sea financiando sus fuerzas de seguridad o posibilitando su acceso a tecnología militar, ya que el gobierno iraquí carece de los medios para dotarse por sí mismo de unas fuerzas de seguridad apropiadas para garantizar su seguridad.

2. Situación sociopolítica de Afganistán tras la retirada estadounidense en diciembre de 2014

Tras la recuperación de su plena soberanía nacional no tutelada a finales del año 2014, Afganistán se enfrenta a tres riesgos especialmente delicados en lo que concierne a su seguridad y estabilidad: 1) la persistencia de los santuarios de la insurgencia en Pakistán, 2) la corrupción generalizada y, 3) la escasa capacidad de actuación del Gobierno afgano a nivel local (Laborie, 2013, 2).

A mediados de 2013, tras el inicio de la quinta y última fase de la Transición o *Inteqal* en dari hacia la soberanía nacional afgana (iniciada en julio de 2011), se marcó una nueva etapa en la misión de la Fuerza Internacional de Asistencia para la Seguridad (ISAF) de la OTAN.

A partir de este período, la ISAF se transformó, en buena medida, en una misión de Asistencia a las Fuerzas de Seguridad afganas centrada en mejorar las capacidades de éstas últimas en lugar de combatir directamente contra la insurgencia (Laborie, 2013, 3). Sin embargo, las Fuerzas Nacionales de Seguridad Afganas se enfrentan tras la retirada estadounidense en diciembre de 2014 a tres deficiencias esenciales para el logro de la autonomía de sus capacidades en materia de seguridad: insuficiente capacidad logística, altas tasas de desertión y elevada corrupción y analfabetismo entre sus filas (Laborie, 2014, 6).

Respecto al estado de la seguridad en Afganistán durante el transcurso del año 2014, la insurgencia afgana ha perdido control sobre el terreno en todo el país, pero mantiene su capacidad operativa. La presión constante de los drones estadounidenses sobre las Áreas Federalmente Administradas pakistaníes ha disminuido progresivamente la

capacidad de ataque de la insurgencia afgana.

En lo que a al-Qaeda se refiere, la ISAF considera que a pesar de que mantiene un reducido número de combatientes, su relación con los talibán no ha experimentado cambios en el sentido de que siguen conservando sus vínculos. En cuanto a la Red Haqqani, la misma ha visto mermada la capacidad de su estructura operativa para cometer ataques debido a la muerte en el verano de 2012 de su jefe de operaciones, Badruddin Haqqani (Laborie, 2013, 6-7).

Con el objetivo de intentar recuperar su campo de acción, los distintos grupos insurgentes afganos han optado por llevar a cabo diversas tácticas: ataques de alto valor, uso de dispositivos explosivos improvisados, la infiltración en las Fuerzas de Seguridad Nacional afganas y otros elementos pasivos de actuación como el adoctrinamiento de la población mediante imanes o la mejoría de sus relaciones con los líderes locales (Laborie, 2013, 7).

Con ello, la violencia en Afganistán creció intensamente en 2014. El informe anual sobre protección de civiles en conflictos armados en 2014 en el país realizado por la Misión de Asistencia de Naciones Unidas para Afganistán (UNAMA) documenta el incremento del 22% de fallecidos y heridos civiles con respecto a 2013. En este sentido, UNAMA identificó 10.548 bajas civiles en 2014 (3.699 fallecidos y 6.849 heridos), el número más elevado de víctimas de origen civil registrados en un único año desde 2009 (Misión de Asistencia de Naciones Unidas en Afganistán, 2015, 1).

Las elecciones presidenciales de Afganistán celebradas en primera vuelta el 5 de abril de 2014 y en segunda vuelta el 14 de junio del mismo año, con el presidente Karzai inhabilitado para presentarse debido a las limitaciones constitucionales de optar a un tercer mandato presidencial (Berenguer, 2014, 2), se han subrayado como uno de los acontecimientos sociopolíticos más relevantes para el país desde el derrocamiento de los talibanes en 2001. A este respecto, cabría recordar que la legitimidad política en Afganistán no depende únicamente del proceso electoral, sino también del apoyo permanente de buena parte de la estructura social y tribal del país representada a través de las asambleas de los ancianos (Bárcenas, 2014, 125-126) y de la influencia y capacidad de movilización de los candidatos sobre las élites locales.

El nuevo presidente surgido de las elecciones celebradas en la primavera de 2014,

Ghani Ahmadzai, debe gobernar Afganistán en el marco de dos elementos esenciales para el futuro del país (Corral, 2014, 8):

1. Bajo la plena soberanía nacional, a finales de septiembre de 2014 el Consejero de Seguridad Nacional afgano, Hanif Atmar y, el Embajador de Estados Unidos James Cunnighan firmaron el Acuerdo Bilateral de Seguridad, que permitirá la presencia estadounidense en suelo afgano hasta el final de 2024 y más allá. Estados Unidos continuará con la capacitación de los 350.000 componentes de las Fuerzas Armadas y de Seguridad Armadas afganas e implementando acciones antiterroristas contra los talibanes (Pérez, 2014, 128).

El Acuerdo Bilateral de Seguridad señala que el Gobierno afgano autoriza la presencia de 9.800 soldados norteamericanos hasta finales de 2015 y la permanencia de la mitad hasta 2017, fecha a partir de la cual podría existir una fuerza residual de mil militares.

Asimismo, a finales de septiembre de 2014 la OTAN firmaba el Acuerdo de Estatuto de Fuerzas (SOFA), que dio inicio a partir del 1 de enero de 2015 a la nueva misión “*Resolute Support*” con la presencia en Afganistán de unos 3.000 efectivos y la garantía de 4.000 millones de dólares para financiar y equipar a las fuerzas afganas (Pérez, 2014, 128). *Resolute Support* no implica combate y se estructura como una misión de asistencia, entrenamiento y asesoramiento a las Fuerzas Armadas afganas (OTAN, 2014).

2. El presidente afgano también debe definir su relación con la insurgencia talibán, cada vez más violenta. Las opciones del nuevo presidente afgano podrían ir encaminadas a pactar una reconciliación con los talibanes que permita a éstos reincorporarse y formar parte de las instituciones políticas y sociales mediante sus líderes. De otro modo, podría luchar contra los talibanes hasta la victoria de una de las partes, opción que se presenta más compleja debido a que las tropas afganas no presentan las condiciones idóneas de entrenamiento y de recursos para obtener la victoria en un conflicto que las tropas internacionales no han sido capaces de lograr en 13 años (Corral, 2014, 9). Las fuerzas de seguridad afganas, tanto policías como militares, aún no se encuentran capacitadas para garantizar óptimamente la seguridad y estabilidad en todo el territorio nacional afgano debido a la amenaza que suscitan los talibanes.

Los talibanes persiguen legitimar su papel como actor político y acrecentar su poder, especialmente en los siguientes ámbitos: justicia, asuntos religiosos, asuntos sociales y educación. En esta línea, buscan establecer su estricta y rigurosa concepción del sistema islámico, así como expandir su control territorial en el corto y medio plazo. Sin embargo, diversos líderes advierten que un incremento significativo de su poder podría generar una poderosa coalición anti-talibán afgana con apoyo tanto estadounidense como regional (Waldman y Wright, 2014, 6).

Los líderes talibanes están especialmente interesados en su reconocimiento internacional, pero entienden que podría ser considerado como una señal de debilidad debido a que los combatientes insurgentes tienden hacia la asunción de intereses locales, a menudo relacionados con una comunidad o tribu. Así, las líneas rojas de insurgentes y facciones talibanes podrían ser más exigentes que las del liderazgo del movimiento, creando serias tensiones internas.

En cuanto a las conversaciones entre el Gobierno afgano y los talibanes, el proceso de paz afgano entró en punto muerto en 2013.

A finales de noviembre de 2010 se produjo la primera reunión entre un representante del Mulá Omar, el Mulá Syed Tayyab Agha y negociadores estadounidenses, en la que también participaron representantes del servicio de inteligencia alemán y de la familia real qatarí. En total, se produjeron cuatro rondas de conversaciones entre noviembre de 2010 y agosto de 2011 (Setas, 2013, 23).

Tras las referidas conversaciones, se retiraron a instancias de la Administración estadounidense de Barack Obama una cantidad considerable de talibanes de la lista de sanciones de Naciones Unidas contra individuos y grupos relacionadas con al-Qaeda. Por su parte, el Gobierno afgano liberó a varios prisioneros talibanes. Además, se conversó sobre el establecimiento de una representación permanente de los talibanes en Doha con el fin de continuar con las conversaciones.

En mayo de 2011, las conversaciones, que se habían mantenido en secreto, salieron a la luz pública debido a filtraciones de medios de comunicación alemanes y estadounidenses. El servicio de inteligencia y el ejército paquistaní no se tomaron bien que los servicios de inteligencia occidentales les hubieran tenido al margen de las conversaciones con los talibanes (Setas, 2011, 24).

Con ello, empeoraron las relaciones entre Pakistán y Estados Unidos, ya de por sí delicadas tras el incidente con un agente de la CIA que produjo un conflicto diplomático cuando fue detenido por la policía paquistaní en enero de 2011. Entonces, el agente de la CIA mató a dos personas en Lahore al parecer verse amenazado por las mismas y otra persona perdió la vida atropellada por un coche de la CIA enviado para dar apoyo a su agente. En Pakistán se produjeron protestas masivas solicitando la ejecución del agente de la CIA. Finalmente, el mismo fue liberado tras el pago del “dinero de sangre” a las familias de los fallecidos.

La muerte de Osama bin Laden en mayo de 2011 en una operación de la CIA en Abbottabad también había complicado las relaciones entre Estados Unidos y Pakistán.

El expresidente afgano Karzai suspendió las conversaciones con los talibanes el 30 de septiembre de 2011 alegando que el factor clave era Pakistán, en cuyo territorio se encontraban los santuarios de los insurgentes afganos y de al-Qaeda. Hamid Karzai decidió interrumpir las conversaciones días después del asesinato del expresidente afgano Rabbani, mediador y encargado del Alto Consejo para la Paz en las negociaciones con los insurgentes. Rabbani perdió la vida en un atentado suicida en Kabul el 20 de septiembre de 2011.

Según los servicios secretos de Afganistán, la acción fue planificada por el Consejo Talibán de Quetta, en Pakistán (Requena, 2013, 161-162). En vista de los precedentes, se sospechó de la implicación de Pakistán en el asesinato de Rabani. En este momento, es importante recordar la obsesión mutua que existe entre Pakistán, India y Afganistán. Si en Pakistán se responsabiliza de cualquier tipo de incidente a las actividades de los servicios secretos indios, estadounidenses o israelíes, en India y Afganistán se culpa a Pakistán de casi todos los problemas que tienen lugar, incluso desde instancias oficiales (Setas, 2013, 24).

A pesar del estancamiento afgano de las conversaciones tras la muerte de Rabbani, las mismas continuaron entre estadounidenses y talibanes hasta su paralización en marzo de 2012. Esta vez, los talibanes decidieron retirarse de las negociaciones ante el rechazo norteamericano a liberar a dos líderes talibanes que se encontraban presos en Guantánamo a cambio del sargento Bowe Bergdahl, único soldado estadounidense prisionero de los talibanes (Setas, 2013, 25).

El bloqueo en las negociaciones fue levantado finalmente por Pakistán a finales de 2012 y principios de 2013 tras la liberación de 26 líderes talibanes. Por su parte, el Gobierno afgano liberó a 80 talibanes que mantenía presos. Ambos países anunciaron la liberación de más talibanes con el objetivo de establecer una base de confianza que permitiera una salida negociada del conflicto.

En febrero de 2013, el viaje a Qatar del líder de un partido religioso paquistaní (Jamiat Ulema-e-Islam Fazl (JUI-F)) muy próximo a los talibanes y, especialmente influyente en las áreas pastunes fronterizas con Afganistán, desvelaba la disposición talibán a establecer su representación permanente en Doha. Esta visita para entrevistarse con los líderes del movimiento talibán fue interpretada como una labor de acuerdo con las autoridades paquistaníes para impulsar la vuelta a las negociaciones por parte de los talibanes.

La oficina de la representación permanente de los talibanes en Qatar se abrió en junio de 2013, para ser cerrada al mes siguiente (Setas, 2013, 25). La utilización de emblemas como la bandera del Emirato Islámico de Afganistán por parte de los talibanes levantaron las protestas del Gobierno de Karzai. Por su parte, la presión estadounidense obligó a las autoridades qataríes a retirar la bandera. El malestar que esto produjo en los talibanes llevó a los últimos a cerrar su oficina en Doha y a paralizar de nuevo las conversaciones.

Según lo que se evidencia de las conversaciones llevadas a cabo hasta ese momento, Estados Unidos habría exigido a los talibanes el abandono de la violencia, la persecución de sus objetivos por medios políticos, su reconocimiento de la Constitución afgana y su renuncia a ofrecer apoyo a al-Qaeda. Con ello, la Administración estadounidense de Obama pretendería alcanzar un régimen afgano relativamente estable tras la retirada de las tropas internacionales (Setas, 2013, 26).

Los talibanes se encuentran divididos entre los que podrían aceptar la presencia de las tropas internacionales el tiempo preciso para alcanzar la paz y el desarrollo y entre los partidarios del Mulá Omar, que abogan por su retirada total para establecer el inicio de las conversaciones (Requena, 2013, 161-162). Además, entre el movimiento talibán, existen sectores que cuentan con una buena relación con la Dirección de Seguridad Afgana (NDS), la agencia de inteligencia interior del Gobierno de Kabul, mientras que la última y el ISI (el servicio de inteligencia paquistaní) desconfían el uno del otro. Por

ello, la Dirección de Seguridad Afgana se opone a que el ISI se posicione como un elemento central en las negociaciones.

El presidente Ghani Ahmadzai ha de afrontar diversos retos para evitar que Afganistán vuelva a convertirse en un Estado talibán o en un Estado fallido: a) la altísima corrupción que afecta al país y que le sitúa en las peores posiciones de la escala de naciones más corruptas según Transparencia Internacional (Transparencia Internacional, 2014); b) reducir el desempleo; c) luchar contra el ascendente cultivo y tráfico de opio que ha obtenido niveles históricos en 2013 y que se constituye como esencial para la economía de un porcentaje muy elevado de afganos, que dependen de estas plantas y que financia en buena medida las actividades de la insurgencia y, d) seguir manteniendo la ayuda internacional que recibe el país para financiar el desarrollo del país y las fuerzas armadas (Corral, 2014, 9). En este sentido, el Banco Mundial prevé que Afganistán no será autosuficiente hasta 2035 (Corral, 2014, 10).

Esto último será preciso con el objetivo de fondo de la búsqueda de la reconciliación nacional bajo un modelo de país que garantice la gobernanza política junto con la mejora de las condiciones de vida de las mujeres y que aglutine la diversidad étnica de una sociedad tribal que lleva decenios presenciando las consecuencias de guerras, corrupción estructural, intransigencia religiosa y narcotráfico. Cabría recordar que los pastunes constituyen la etnia más relevante del país suponiendo el 42% de los afganos (la población total afgana asciende a 29 millones de personas), seguidos principalmente por los tayikos con un porcentaje del 27, de los zaharas con el 9 y los turkmenos con el 3% (Ruiz, 2014a, 53).

La estabilidad afgana dependerá en gran medida también de la transición económica que lleve a cabo el país, puesto que no será viable políticamente hasta que cuente con una estabilidad económica razonable (Bárcenas, 2014, 126). El Producto Interior Bruto (PIB) afgano ha venido creciendo desde el año 2002 una media anual del 11% según datos de 2012 del Fondo Monetario Internacional debido a tres factores (Bárcenas, 2014, 126): a) el incremento de la seguridad, que ha posibilitado una relativa normalización de la actividad agraria (la agricultura legal e ilegal supone el 30% del PIB) y comercial en una buena parte del país; b) la demanda de servicios por parte de la población civil y militar extranjera presente en Afganistán y, c) la ayuda internacional directa recibida facilitada por los países donantes (que constituye el 40% del PIB).

Afganistán es un país pobre y la retirada completa de las tropas occidentales se significaría como un hecho económicamente adverso para Afganistán debido, además de a su elevado nivel de demanda y consumo de bienes y servicios, a la disminución de ayuda internacional directa que conllevaría, ya que los donantes no contarían con las suficientes garantías de gestión y control de las ayudas que realiza la comunidad internacional (Bárceñas, 2014, 127). A este respecto, aproximadamente un 90% de los ingresos del gobierno afgano proceden de las donaciones extranjeras (Laborie, 2013, 16).

Además, sectores esenciales para el desarrollo del país como la construcción de infraestructuras básicas, hospitales, redes de ferrocarriles, escuelas y la distribución de la energía eléctrica están evolucionando de un modo muy débil (Laborie, 2013, 12).

3. Impacto regional del conflicto de Irak

Desde la ocupación militar estadounidense de Irak en 2003, el país se ha perfilado, directa o indirectamente, como un germen de nuevas amenazas tanto para Oriente Medio como para el propio sistema internacional.

La invasión de Irak llevó a una seria división entre las potencias internacionales debido a la acción unilateralista y al margen de la legalidad internacional que tomó la primera Administración de George W. Bush (2001-2004), ya analizada en la segunda parte de esta tesis. A nivel interno, las fracturas étnicas, sectarias y tribales, ahondadas por el vacío de poder surgido tras la eliminación del régimen de Sadam Husein, sumieron al país en el caos (Amirah, 2007, 1).

A nivel regional, el cambio de régimen en Irak ha alterado seriamente los equilibrios de fuerzas en Oriente Medio, ya que la posición estratégica de los actores regionales se ha visto modificada. El resultado más inmediato de la ruptura de los equilibrios regionales que produjo la ocupación de Irak ha sido el aumento de la influencia de Irán en Oriente Medio. En cuanto que el principal factor de cohesión interna en Irán lo configura el hecho que la práctica totalidad de la población persa pertenece a la rama chií del islam, el auge del chiismo como fuerza etnorreligiosa produce efectos reactivos en el resto de Oriente Medio, cuya población pertenece mayoritariamente a la rama suní.

Una de las consecuencias más relevantes a apuntar a nivel regional es que Irak ya no se estructura como baluarte contra el posible expansionismo iraní (Batalla, 2008, 59-62). Además, las monarquías del Golfo y de Jordania convergen frente a una alianza, encabezada por Teherán y que se extiende por Irak, Gaza (Hamás), Siria y el sur del Líbano (Hizbollah). También cabría mencionar que el conflicto del Kurdistán, al norte de Irak y prácticamente independiente desde la guerra del Golfo (1990-1991), origina controversias con Turquía. En este sentido, la cuestión kurda continuará constituyéndose como un desafío para la estabilidad de Irak.

De esto se deduce que el gran beneficiario de la política estadounidense en Oriente Medio ha sido Irán. Así pues, los principales mecanismos de poder en Irak se han colocado en manos de los musulmanes chiíes, muchos de los cuales mantienen estrechos vínculos con Irán. Además, la Coalición internacional liderada por Estados Unidos derrocó al enemigo por excelencia de Irán, Sadam Husein. Mientras tanto, Irán avanza hacia el desarrollo de la capacidad de obtención de armas nucleares, más dificultado por sus propias limitaciones que por las sanciones y amenazas externas (Norton, 2007, 4) y con la honda preocupación al respecto por parte de Israel, que considera una amenaza existencial la perspectiva de que Irán adquiriera capacidad de desarrollo de armas nucleares.

Irak se ha convertido en un modelo de fenómeno de desintegración, sobre todo de carácter etnosectario y violento, que podría resultar adverso en materia de seguridad si se propaga al conjunto de la región. Ante la extensión de la violencia y la inseguridad por amplias zonas del país, muchas personas se han visto obligadas a buscar refugio invocando sus identidades más primordiales (étnicas, confesionales, tribales, etc.) como factor de cohesión y solidaridad dentro de su grupo (Amirah, 2007, 2).

Además, el aumento de la inseguridad, inestabilidad e impredecibilidad en los países que componen el Oriente Medio puede convertir al factor “identitario” en una de las bases sobre las que podría asentarse el equilibrio de fuerzas en el nuevo Oriente Medio. Y como revela Irak, el factor “identitario” puede derivar en el uso de la violencia sectaria extrema, tanto para imponerse a las minorías como para resistir frente a las mayorías.

La situación de inestabilidad que se ha asentado en Irak junto con su valor estratégico como país y su condición de productor y poseedor de grandes reservas de petróleo,

unida a las dimensiones internacionales que ha adquirido el conflicto en un contexto de clima regional de alta volatilidad, ha incrementado la capacidad exportadora de tensiones del país respecto a la desestabilización interna que está viviendo.

El flujo de refugiados y desplazados que ha ocasionado la situación de conflicto y violencia que se vive tanto en Irak como en Siria puede afectar a la estabilidad y seguridad tanto de los países más próximos a los anteriores como a la de la región en general. La presión ejercida por el elevado número de personas que se han visto obligadas a huir de sus hogares ha producido una grave crisis humanitaria e Irak se ha convertido en uno de los países con mayor número de desplazados internos del planeta.

La presencia de refugiados y desplazados pertenecientes a comunidades étnicas y religiosas distintas a la de la población mayoritaria de las zonas de destino de los primeros se configura como un factor susceptible de provocar y agudizar la inestabilidad política y violencia etnosectaria que se advierte tanto a nivel estatal como regional. Además, cabe la posibilidad de que entre los desplazados y refugiados procuren ocultarse militantes yihadistas e insurgentes y de que los centros de personas refugiadas se conviertan en campos de radicalización.

La implantación y auge del salafismo yihadista en Irak, a partir de la invasión estadounidense en 2003, afectó indirectamente a los países vecinos (Jordán, 2008, 126-137), ya que la amenaza del referido fenómeno es cada vez más incontrolable por los Estados.

Pero, a pesar de la presencia de redes operativas en Oriente Medio, la militancia yihadista global en la región es minoritaria, al igual que ocurre en otras regiones como el norte de África y Europa.

En lo que a Jordania se refiere, cabría apuntar que ha sufrido dos atentados planeados y coordinados por al-Qaeda en Irak, que obtuvieron trascendencia internacional. El primero de ellos fue el asesinato en 2002 del funcionario norteamericano Lawrence Foley en Ammán por parte de un libio y un jordano miembros de la organización de Zarqawi, *Tawhid wal Jihad*, predecesora de lo que dos años más tarde se constituiría como al-Qaeda en Irak. El segundo incidente constó de una serie de atentados suicidas en tres hoteles de Ammán en 2005, que produjeron 57 muertos y más de un centenar de heridos.

A pesar de ello, Jordania no se manifiesta como una tierra proclive al yihadismo y cuenta con un número reducido de voluntarios en Irak de origen jordano, a pesar de ser el país de origen de Zarqawi. Los atentados de Ammán de 2005 suscitaron un gran rechazo social, ya que además la mayoría de las víctimas eran árabes y musulmanes.

Respecto a Líbano, ha sido uno de los países que más ha padecido la movilización yihadista mundial relacionada con Irak debido en gran medida a la debilidad institucional y a los vacíos de poder que existen dentro del país, sobre todo dentro de los campos de refugiados palestinos (Jordán, 2008, 126-137). El salafismo yihadista se encuentra fragmentado en Líbano y, en general, actúa a través de pequeñas redes. El líder del vínculo entre la militancia yihadista en Líbano y el yihadismo global fue Abu Aisha, que mantuvo contacto durante su estancia en Pakistán con Osama Bin Laden, Ayman al-Zawahiri y el palestino Abu Qatada, más tarde inspirador ideológico del salafismo yihadista en Europa.

También destaca en Líbano la presencia de campos de entrenamiento en los campos de refugiados palestinos en el país, ya que su cercanía respecto a Europa facilita a los voluntarios procedentes de este continente su desplazamiento a territorios libaneses al suponerles un menor coste económico respecto al que les implicaría movilizarse hasta Afganistán y al constituirse menos sospechoso para los activistas el sello libanés en su pasaporte que el de Pakistán.

La organización *Fatah al-Islam* surgió a finales de 2006 y, según las declaraciones de sus líderes, sus objetivos coinciden con los de la militancia yihadista mundial y, sobre todo, con los de al-Qaeda, ya que como señalan, persiguen defender a los suníes en el Líbano y reconducir a los palestinos al camino del islam. Su relación con al-Qaeda en Irak es evidente y, a mediados de 2007, *Fatah al-Islam* juró fidelidad a Bin Laden. Los combatientes yihadistas de al-Qaeda en Irak han comunicado públicamente que *Fatah al-Islam* es su filial en Líbano y el principal líder de la última admite también que es un asociado de los primeros. Sin embargo, el apoyo logístico que esta organización recibió desde Irak no ha sido muy relevante y aunque la *yihad* entendida según interpretación belicosa en Irak actuó como catalizador para la radicalización y militancia de muchos de sus miembros, el número de veteranos iraquíes entre sus filas era reducido.

La guerra iniciada en Siria en 2011 ha enconado los enfrentamientos identitarios entre suníes y chiíes en el Líbano en su lucha intestina por alcanzar la hegemonía política

(Labrado, 2014, 10). La intervención de Hezbolá en el conflicto sirio le supuso una pérdida de legitimidad y apoyos en el Líbano y la reacción suní a la misma derivó en ataques de militantes salafistas yihadistas contra objetivos chiíes, iraníes y de Hezbolá en el país (Labrado, 2014, 11).

En cuanto a la Península Arábiga, en la misma resiste la actividad del terrorismo yihadista, pero de un modo muy debilitado en comparación con el pasado más reciente (Labrado, 2014, 11). En Yemen, un grupo autodenominado al-Qaeda de la *Yihad* en la Península Arábiga, vinculado con la organización de Bin Laden, ha llevado a cabo diversos ataques contra turistas, uno de los cuales costó la vida de siete españoles en julio de 2007. Al-Qaeda de la *Yihad* en Yemen no entraña un riesgo vital para el régimen pero, no obstante, el país se configura como una zona de paso para escenarios de operaciones del terrorismo yihadista como Arabia Saudí, Irak, Somalia y Afganistán-Pakistán.

Arabia Saudí ha confirmado cómo las células de al-Qaeda han descendido notablemente su actividad en el país tras la oleada de atentados que llevaron a cabo en 2003 y 2004 (Labrado, 2014, 11). Así, la organización terrorista ha sufrido una merma considerable de sus capacidades operativas en la zona, aunque persisten los riesgos y amenazas, especialmente en lo que se refiere a la seguridad de los occidentales que desarrollan su labor profesional en el país.

En otro sentido, la violencia política en la región se ha solapado con la criminalidad transnacional organizada y el tráfico ilícito de drogas, que se han destacado como varias de las nuevas y mayores amenazas a los Estados, a las organizaciones internacionales y a la sociedad civil. El tráfico ilícito de drogas se presenta como la actividad que mayores beneficios ocasiona a los grupos del crimen organizado transnacional, proporcionándoles una gran capacidad para adentrarse en el sistema financiero internacional a través del lavado de los activos derivados de sus actividades ilícitas (Sánchez, 2010, 290).

La impunidad con la que operan estos grupos en gran parte del mundo y la expansión de los mismos ha provocado el incremento de su poder de desestabilización de las instituciones políticas y de degradación del imperio de la ley de una gran diversidad de Estados. El poder económico y la capacidad de violencia de las organizaciones criminales les permite establecer relaciones clientelares en la comunidad, controlando o

influyendo en las relaciones de la misma con la administración y la política para buscar impunidad.

El crimen organizado transnacional se caracteriza por el uso de la violencia, de la intimidación y de la corrupción de las instituciones políticas para perpetuar su inmunidad frente al Estado de derecho y así alcanzar el lucrativo objetivo de sus actividades ilícitas.

Los grupos de la militancia yihadista y el crimen organizado mantienen una relación de colaboración mutua en el Próximo Oriente basada en sus intereses comunes, mediante la cual obtienen beneficios (económicos en el caso del primero y propagandistas e ideológicos en el caso de los segundos).

Los efectos de la colaboración entre las organizaciones criminales, sobre todo las que entre sus actividades contemplan el tráfico de drogas y, las redes yihadistas incrementan notablemente la violencia política que se ejerce en la región. El apoyo logístico y financiero que el crimen organizado facilita a los grupos que ejercen la violencia política produce un serio impacto en la seguridad regional y global.

Respecto a la relación entre el yihadismo y el tráfico de drogas, cabría apuntar que aunque la teología islámica prohíbe expresamente el consumo de drogas, sin embargo, no lo hace con el tráfico o la venta de las mismas, especialmente cuando su objetivo es apoyar al islam. Con ello, la mayoría de los grupos yihadistas aceptan su relación con las organizaciones que trafican drogas como una solución de compromiso en el que el fin justifica los medios. Así pues, se entiende que los militantes yihadistas no pueden consumir drogas pero sí utilizarlas para cumplir su obligación de practicar la violencia a través de la *yihad* (Fuente, 2014c, 4).

4. Impacto en la seguridad del Mediterráneo y África

Las invasiones estadounidenses de Afganistán en 2001 e Irak en 2003 y el posterior desgaste de la situación interna de los referidos países tras las mismas, produjeron diversas consecuencias en el ámbito de la seguridad en el Mediterráneo y África, con un incremento de los riesgos y amenazas en la región (Álgora, 2005, 155-160) que se analizan a continuación.

Tanto la Unión Europea como los foros para el Diálogo Mediterráneo, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), el Foro Euromediterráneo, la Iniciativa 5+5 y el Proceso de Barcelona han sido testigos del modo en que las consecuencias para la seguridad internacional de la invasión de Irak han marcado intensamente su influencia en el Mediterráneo y África.

El conflicto de Irak derivó en un incremento de la preocupación por los sistemas democráticos de la orilla sur mediterránea y la necesidad de incidir en mayor medida en la lucha antiterrorista. En este sentido, el salafismo yihadista originó tras el 11S una gran desconfianza entre los países de la orilla norte del Mediterráneo respecto a los del sur y viceversa (Álgora, 2005, 155-160).

A esto mismo se une la capacidad desestabilizadora de los retos y amenazas a la seguridad que vienen desafiando el área mediterránea desde hace décadas, entre los que sobresale el conflicto israelo-palestino, convertido en un factor condicionante de todas las relaciones que los gobiernos de la región han mantenido entre sí. Tal como se verá a continuación, la realidad que caracteriza a los actores estatales y no estatales presentes en el Mediterráneo es poliédrica y origina importantes consecuencias en el ámbito de la seguridad en la región.

El Mediterráneo es una región de vital relevancia para la seguridad tanto europea como para la del norte de África, ya que divide por un lado a una Unión Europea desarrollada y próspera y, por el otro, a los países norteafricanos, mayoritariamente autoritarios y subdesarrollados (Galinsoga, 2009, 27). La proximidad geográfica de las regiones euro-mediterráneas confiere de un potencial proceso de regionalización a los retos y amenazas a la seguridad.

Aspectos como la estabilidad o inestabilidad internas, la necesidad integral de abordar transversalmente la democratización en estos países a la par que su despegue económico, las revueltas árabes, el elevado incremento demográfico de los países del Magreb, las repercusiones a nivel global y regional de los conflictos de Irak y Afganistán, la lucha contra el terrorismo, la dependencia energética de los países europeos de los del Mediterráneo, el problema del desarrollo y, la seguridad marítima centran la agenda de seguridad de los países mediterráneos, sahelianos y subsaharianos.

La incorporación del salafismo yihadista al orden internacional que se produjo tras la guerra de Afganistán en 2001 y la invasión de Irak en 2003 debido a la extensión del clima de violencia y terrorismo internacional a zonas en las que previamente no existía o su presencia era difusa o latente, junto con nuevos métodos importados de Oriente Medio, han redoblado los desafíos en materia de seguridad en el Mediterráneo y África (Galinsoga, 2009, 51). Así, la existencia de dicha amenaza a la seguridad supone la presencia de nuevos centros de tensión cerca de Europa, por lo que las áreas mediterránea y africana adquieren una nueva centralidad y relevancia geopolítica en las relaciones internacionales, debido a que los problemas de una orilla son fácilmente exportables a la otra.

Durante el año 2007 el terrorismo yihadista dio inicio en la región norteafricana del Mediterráneo a la implementación de un nuevo tipo de atentados que se inscriben dentro del ámbito de influencia del mismo fenómeno a nivel internacional: coches bomba, atentados simultáneos, operaciones suicidas sincronizadas, elección simbólica de fechas y objetivos y un *modus operandi* cada vez más sofisticado.

El antiguo Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, rebautizado como al-Qaeda en el Magreb Islámico recuperó su operatividad y cuenta con capacidad de reconstruir redes de militantes yihadistas dispuestos a suicidarse para cometer atentados y a acudir a luchar a Irak o Siria, así como de controlar los volátiles territorios en términos de seguridad de la franja del Sahel, en los que actúa conexas con el crimen organizado transnacional. Por último, se teme que al-Qaeda en el Magreb Islámico esté tratando de atraer a militantes de otros grupos y redes de base que están apareciendo en el norte de África y Europa (Jordán, 2007, 81).

Episodios como la ofensiva de la insurgencia yihadista en Mali que tuvo lugar en enero de 2013 desde su santuario en el norte del país hacia la capital del mismo, Bamako o, el secuestro masivo llevado a cabo por parte de militantes yihadistas en la planta gasística de In Amenas en Argelia también en enero de 2013 demuestran la capacidad de desestabilización del auge de las franquicias de militancia yihadista de la región.

5. Al-Qaeda transcurrida una década desde el inicio de la guerra global al terror de George W. Bush

Los combatientes yihadistas que colaboraban con Bin Laden y que fueron expulsados de su santuario afgano tras los atentados del 11S por los estadounidenses estuvieron a punto de desaparecer debido a su persecución por parte de éstos últimos. Sin embargo, lograron sobrevivir y perpetuarse en suelo paquistaní debido al error histórico cometido por la primera Administración de George W. Bush (2001-2004) al invadir Irak en lugar de centrar todos sus recursos tanto militares, estratégicos como económicos en acabar con al-Qaeda en Pakistán.

La supervivencia de al-Qaeda en Pakistán se vio favorecida por la colaboración implícita del gobierno de Islamabad con la red de Bin Laden y los talibanes para recuperar su capacidad de acción y luchar contra la OTAN y el gobierno de Kabul en Afganistán (Ourdan, 2012, 144-145). Pakistán actuó así en su propio territorio contra Estados Unidos: priorizando la tolerancia con el movimiento talibán paquistaní a su propia desestabilización interna (Setas, 2013, 171-173).

Así pues, la subsistencia de al-Qaeda fue posible, en esencia, debido al anteriormente referido error estratégico de Estados Unidos y a las maniobras interesadas de Pakistán que se acaban de señalar.

Cabría destacar también razones locales que jugaron un papel determinante en cuanto a la perpetuación de al-Qaeda:

- En la frontera de Pakistán y Afganistán, se debe a un contundente nacionalismo pashtún refractario a las órdenes de Islamabad o Kabul y aliado de los combatientes yihadistas extranjeros desde la guerra antisoviética.
- En Irak, la comunidad suní minoritaria ha jugado un papel fundamental al respecto porque no ha asumido su pérdida del poder tras la caída de la dictadura de Sadam Husein.
- En Argelia, el auge de la red de al-Qaeda procede de los rebeldes islamistas a punto de perder su guerra contra Argel y a su transformación en una organización de delincuentes.

Tras los ataques en suelo estadounidense del 11S por parte de al-Qaeda, ésta se convirtió en una marca bajo la cual operan los combatientes cuyo objetivo es frecuentemente de nivel nacional o local.

Al-Qaeda también ha subsistido gracias a sus franquicias concedidas a Abu y Musab Al Zarqawi y su Unificación y Guerra Santa en Irak (transformada en al-Qaeda en el País de los Dos Ríos) y a Abdelmalek Droukdel y su Grupo Salafista por la Predicación y el Combate en Argelia (convertido en al-Qaeda en el Magreb Islámico). Tras el revés sufrido por al-Qaeda en el País de los Dos Lugares Santos (Arabia Saudí), la cúpula salafista yihadista inició la actividad de al-Qaeda para la Península Arábiga (Yemen) (Ourdan, 2012, 144-145).

La experiencia obtenida de la actividad de al-Qaeda en zonas de conflicto como las de Bosnia, Chechenia, Argelia o Somalia indica que los combatientes luchan a nivel local sin exportar la *yihad* menor, aunque posteriormente se estudiará el caso excepcional de al-Qaeda en la Península Arábiga. Las franquicias que utilizan la marca al-Qaeda persiguen básicamente obtener dinero, entrenamientos, una identidad político-religiosa y una visibilidad mediática para poder perpetuar su actividad.

Es importante destacar que los combatientes de al-Qaeda que persiguen la *yihad* global y, con ello en última instancia, la instauración del califato mantienen su refugio en Pakistán, en áreas tribales pashtunes de las proximidades de la frontera afgana o en los barrios pashtunes del puerto de Karachi. Según los servicios de inteligencia occidentales, se trataría de un pequeño grupo de varios cientos de militantes yihadistas.

Una de las consecuencias que trajo consigo la declaración de la denominada política de guerra global contra el terror por parte de la primera Administración de George W. Bush (2001-2004) como respuesta a los atentados del 11S y los esfuerzos en materia antiterrorista que emprendieron países tanto occidentales como no occidentales, es que el terrorismo yihadista se vio forzado a abandonar el modelo jerárquico y rígido por el que venía funcionando la red central de al-Qaeda (Lorenzo-Penalva, 2013,5).

De este modo, la organización terrorista optó por un modelo de funcionamiento y organización en red con el fin de facilitar la supervivencia operativa de la misma, basada en la flexibilidad y capacidad de adaptación de sus miembros, en la horizontalidad del poder en la toma de decisiones, en sus nuevos métodos de

comunicación (sobre todo internet) y en sus modos de financiación, basados en la confianza.

La eliminación de Osama Bin Laden en mayo de 2011 a manos de fuerzas de operaciones especiales estadounidenses en Abbottabad (Pakistán) no derivó, como podría haberse pensado en un principio, en un debilitamiento de la organización al-Qaeda (Mesa, 2014, 2). Es más, podría afirmarse el renacimiento de la misma con mayor fuerza, ya que la organización descentralizada e independiente de sus franquicias, células y miembros individuales permite la renovación constante de sus líderes. En este sentido, al-Qaeda Central funciona a modo de sociedad terrorista virtual que nutre de ideas e inspiración al salafismo yihadista.

Se considera que la subsistencia y perpetuación de al-Qaeda Central y su extensión a través de sus franquicias a nivel internacional demuestra el fracaso de la denominada política de guerra global contra el terror implementada por las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008) tras los ataques del 11S.

La adopción y propagación del nuevo modelo de funcionamiento que siguió la organización a través de redes, franquicias y miembros individuales y, que se nutre constantemente de las lecciones aprendidas en las diversas zonas de conflicto, favoreció la optimización de los recursos y las acciones de grupos yihadistas que ya operaban en determinadas regiones (como el caso del Grupo Salafista para la Predicación y el Combate reconvertido en al-Qaeda en el Magreb Islámico). Además, contribuyó a profundizar la inestabilidad e inseguridad de dichas regiones afectando notablemente, por ende, en sentido negativo a la seguridad internacional.

5.1. La estructuración del terrorismo yihadista

Una vez iniciado el mes de abril de 2015, el salafismo yihadista se configura como un fenómeno polimorfo que presenta tres elementos esenciales interconectados entre sí (Reinares, 2013, 1):

1. Al-Qaeda como estructura terrorista global con su matriz en Pakistán, que conforma lo que se conoce como al-Qaeda Central. Se incluyen en la misma sus franquicias en Yemen (al-Qaeda en la Península Arábiga-AQAP), en Irak (al-Qaeda en Mesopotamia-AQM) y el norte de África (al-Qaeda en el Magreb Islámico-AQMI).

2. El conglomerado de organizaciones heterogéneas afines a al-Qaeda Central o a algunas de sus ramificaciones. Entre las mismas, cabría apuntar al Movimiento por la Unidad y la *Yihad* en África Occidental (MUYAO), *Boko Haram* en Nigeria, *Al Shabab* en Somalia o *Harakat al Muyahidin*, *Therik e Taliban Pakistan* (TTP) y *Laskhar e Toiba (Let)* en el sur asiático, la debilitada *Yemaa Islamiya* y el grupo de Abu Sayyaf en el sudeste asiático o el Emirato del Cáucaso en territorio ruso, así como otras organizaciones emergentes en Libia, Túnez, Egipto, Siria o los territorios palestinos. Esta serie de entidades asociadas pueden relacionarse directamente con al-Qaeda Central o con algunas de sus franquicias por criterios de proximidad geográfica o por otros tipos de contactos previos (Reinares, 2013, 2-3).
3. Una indeterminada serie de pequeños grupos, células o individuos radicalizados en la ideología salafista yihadista que operan de forma independiente. Los dirigentes de al-Qaeda vienen dirigiendo a los mismos, sobre todo desde la eliminación en Abbottabad (Pakistán) de Osama Bin Laden por fuerzas de operaciones especiales norteamericanas en mayo de 2011, reiterados llamamientos para que, aprovechando su residencia en países occidentales, infrinjan graves daños a los enemigos del islam a través de la yihad individual.

Las actuaciones independientes pueden pretender distraer la atención de los servicios de inteligencia y a las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado de operaciones de mayor calado y peligrosidad, como las que han venido siendo interceptadas y desactivadas por las fuerzas de seguridad occidentales en los últimos años.

La evolución de salafistas yihadistas hacia las tesis del terrorista sirio de nacionalidad española Mustafá Setmarián Nasar, así como el adiestramiento y radicalización sufrida por parte de muyahidines en zonas de conflicto como Afganistán, Irak, Libia y Siria suponen una de las amenazas más graves a las que se enfrenta la comunidad internacional (Lorenzo-Penalva, 2013, 9).

La peligrosidad de las tesis de Setmarián radica en la apología que realiza sobre un terrorismo universal, descentralizado y al que todo joven musulmán se debe. En este sentido, proclama que cada terrorista puede actuar de forma independiente, sin la pertenencia a células y sin líderes directos.

En su obra maestra “La llamada a la resistencia islámica global”, hace un llamamiento a la necesidad de alimentar el frente de la *yihad* a través de musulmanes radicalizados aislados e independientes, ya que la ausencia de organización en sus actividades de inspiración yihadista dificulta las labores contraterroristas de los Estados e incrementa la dificultad de las operaciones de inteligencia de éstos últimos (Lorenzo-Penalva, 2013, 7).

Elementos como la disponibilidad de individuos que hayan combatido la *yihad* con experiencia en tácticas y uso de armas en zonas de conflicto a su regreso a sus países de origen; el honor que el martirio de los militantes yihadistas supone a su familia; la radicalización que se expande en diversas redes sociales, en algunas mezquitas y en una serie de organizaciones; la propaganda que se realiza de las actividades de inspiración yihadista como acciones dignificantes; el establecimiento de unas bases ideológicas que trasladan a las personas que quieran considerarse buenos musulmanes la necesidad de convertirse en combatientes, etc., favorecen y posibilitan la materialización de las tesis de Setmarián.

La sociedad occidental ya ha sido testigo de atentados cometidos por lobos solitarios en Francia en marzo de 2012 y mayo de 2013, en los atentados de inspiración salafista yihadista llevados a cabo en el maratón de Boston en abril de 2013 o en Londres en mayo de 2013 (Lorenzo-Penalva, 2013, 9).

Los miembros y grupos de la *yihad* global han incrementado de un modo muy notable su actividad en el ciberespacio hasta el punto de que han establecido y asentado su uso de internet para sus actividades de comunicación, reclutamiento, financiación, propaganda, incitación al odio y a la violencia y la guerra psicológica, entre otros aspectos (International Institute for Counter-Terrorism-IDC Herzliya, 2013, 4).

Desde los últimos años, el movimiento de la *yihad* global y otras organizaciones de inspiración yihadista vienen utilizando el ciberespacio como campo de batalla para lo que califican como “*cyber-yihad*” mediante ataques y sabotajes a infraestructuras críticas, el robo virtual de información sensible y desarrollando sus propias capacidades defensivas contra ciber-ataques (International Institute for Counter-Terrorism-IDC Herzliya, 2013, 4).

También cabría apuntar brevemente el caso de al-Qaeda en la Península Arábiga (AQAP), que se ha consolidado como uno de los grupos salafistas yihadistas más sólidos vinculados a al-Qaeda y como uno de los principales referentes de otros grupos de similar ideología a nivel mundial debido al pragmatismo de sus líderes y a una atractiva política de comunicación que le ha permitido reclutar adeptos tanto en el mundo árabe como en Occidente (Alonso, 2014, 1).

Esta organización salafista yihadista de objetivos locales logró convertirse en un foco de captación e inspiración mundial de combatientes yihadistas debido a dos factores:

1. Su proclamado objetivo de expulsar a los infieles de los lugares sagrados del islam, una de las ideas fuerza con más arraigo entre la comunidad musulmana.
2. La máxima de que atacar el epicentro de la producción de petróleo colapsará a los países occidentales (Alonso, 2014, 1).

AQAP mantiene una estrecha conexión con otras redes yihadistas y los flujos de combatientes entre Yemen, Irak, Somalia, Afganistán, Siria y Gaza resultan continuos y multidireccionales.

Su notoria política de comunicación, que presenta a los combatientes yihadistas como guerreros piadosos y mártires, se ha centrado en unir el descontento popular contra las injusticias sociales cometidas por el régimen yemení, por sus estrechas relaciones con el gobierno estadounidense y por su política de ataques contraterroristas indiscriminados. Además, realiza un llamamiento al regreso del islam puro y a la *sharia* (Alonso, 2014, 1).

AQAP se distingue probablemente como la organización de la red al-Qaeda con mayor proyección internacional y más capacidades para llevar a cabo atentados contra Occidente, ya que su estrategia de comunicación le ha conferido una mayor visibilidad entre individuos familiarizados con las redes sociales, permitiéndole así reclutar a ciudadanos americanos, saudíes o africanos.

Sin embargo, AQAP no cuenta con el apoyo que las tribus facilitan a los talibanes en Pakistán y Afganistán debido a que su mensaje globalizador y unificador no cala en la población yemení, familiarizada con las tradiciones tribales.

5.2. Al-Qaeda tras las revueltas árabes

Desde el inicio de las revueltas árabes en diversos países del norte de África y el Próximo y Medio Oriente, tanto al-Qaeda Central como sus franquicias regionales han buscado beneficiarse de las oportunidades que pudiesen surgir para satisfacer sus intereses de expansión de su mensaje, incrementar su capacidad de reclutamiento de voluntarios, fomentar el impulso de acciones violentas e intensificar su nivel de financiación mediante su interconexión con el crimen organizado transnacional y la ejecución de otras actividades delictivas.

Tal como apunta el profesor Fernando Reinares (Reinares, 2013, 5), se ha de prestar atención a dos factores que indican la reversión de la amenaza yihadista hacia los países occidentales:

1. Los líderes tanto de al-Qaeda Central, sus franquicias y los diversos grupos de la nebulosa que conforma y de la que se nutre el salafismo yihadista han incrementado su voluntad de atentar contra el determinado enemigo lejano que supone Occidente con el fin de contrarrestar el hecho de que en realidad, la inmensa mayoría de las víctimas de las operaciones del terrorismo yihadista son musulmanas. A esto mismo se deberían las proclamas de los referidos líderes instando a la realización de atentados terroristas por parte de individuos autónomos, células y pequeños grupos independientes en los países occidentales que, en última instancia, resultarían compatibles con otras operaciones de mayor calado que decidieran llevar a cabo el núcleo de al-Qaeda u otros grupos yihadistas.
2. Desde 2011 se han ido trasladando varios miles de individuos, en su mayoría hombres relativamente jóvenes y tanto inmigrantes de primera generación originarios de países mayoritariamente musulmanes así como sus descendientes de segunda y tercera generación, desde diversos países de Europa Occidental y Norteamérica hacia las tradicionales zonas de conflicto en el sur de Asia o el este de África y hacia los nuevos escenarios de lucha derivada de la inestabilidad política producida por las revueltas árabes en el norte de África y el Próximo y Medio Oriente (Reinares, 2013, 5).

Siria se ha convertido en el principal destino de los combatientes yihadistas procedentes de los países occidentales y en el nuevo centro de poder mundial del

salafismo yihadista, desestabilizando significativamente la región y centrando el foco de preocupación internacional en términos de campo de batalla yihadista globalizado más alarmante que los casos previos de Afganistán en los años ochenta, Chechenia y los Balcanes en los años noventa o Irak en la década pasada (Echeverría, 2014, 1).

Las lecciones aprendidas de otros escenarios de conflicto como el Sahel, Somalia o Yemen por parte de los grupos yihadistas que actúan en Siria han reforzado la gravedad y la amenaza que supone la militancia yihadista en éste país, incrementando además la vulnerabilidad e inestabilidad del vecino Irak (Echeverría, 2014, 2).

La guerra que estalló en Siria en marzo de 2011 después de las revueltas árabes posibilitó el establecimiento en el país de una serie de grupos de combatientes yihadistas particularmente violentos sobre el terreno (Echeverría, 2014, 1) que persiguen un mismo fin, esto es, el derrocamiento del presidente sirio al Asad para posteriormente implantar un Estado islámico que promulgue su ideología *salafiya yihadiya* (Mesa, 2014, 1).

Con ello, los salafistas yihadistas buscan la aplicación literal del texto religioso sin opción a interpretación para posteriormente extender la lectura rigorista de la ley islámica en un emirato que abarque el territorio de Irak, Siria y el Líbano (Mesa, 2014, 3). La lucha intramusulmana en Siria entre chiíes y suníes, la rivalidad entre los diversos grupos islamistas y las fuerzas rebeldes y éstos y las fuerzas del régimen de al Asad han producido la muerte de más de cien mil personas y millones de desplazados sirios por todo el mundo (Mesa, 2014, 8).

Dentro del terrorismo yihadista que opera en territorio sirio, se encuentran diversas escisiones que compiten violentamente entre sí por el dominio en la lucha por el poder. Así, el Estado Islámico de Irak y el Levante (ISIL) y la organización al-Nusra (traducido en árabe como “Grupo de Reclutamiento y Apoyo”) comparten el objetivo de la creación de un califato y la destrucción del régimen sirio de al Asad.

Sin embargo, difieren en el campo de acción. En este sentido, el líder de al-Nusra, Abu Mohamed Al Yulani, tras desvincularse del Estado Islámico de Irak y Levante y jurar pleitesía a Al Zawahiri (sucesor de Bin Laden al mando de al-Qaeda), adoptó una estrategia contraria a los postulados del ISIL y que se fundamenta en la unión de toda la oposición siria para dar fin al régimen de al Asad (Mesa, 2014, 5).

Tal como se indicó en el primer punto del tercer bloque de esta tesis en el que se analizaba la situación sociopolítica de Irak tras la retirada estadounidense en diciembre de 2011, el líder de al-Qaeda Central, Al Zawahiri, siempre ha abogado por que sea el Frente al-Nusra la organización que centralice los esfuerzos de combate yihadista para luchar contra el régimen sirio de al Asad y sus apoyos considerados como “desviados del islam” (Hizbollah o Partido de Dios libanés, los Pasdarán o Guardia Revolucionaria iraní y los grupos chiíes iraquíes como el Ejército del Mahdi de Muqtada al Sadr) y, por su parte, que el Estado Islámico de Irak (sin el apellido Siria o Levante) fuera la organización que fijara su campo de acción en Irak (Echeverría, 2014, 1).

El Estado Islámico de Irak y Levante (ISIL), también conocido como *Daesh* y liderado por Abu Bakr Al Baghdadi, nunca ha rendido pleitesía a al-Qaeda Central. Es más, le disputa el liderazgo del movimiento del yihadismo salafista global al propio Al Zawahiri, a quien califica de apóstata. El ISIL se ha configurado como la organización más potente y letal durante el año 2014 (Echeverría, 2014, 5). Como se analizó previamente, el denominado Estado Islámico declaró un Califato asumiendo tierras sirias e iraquíes a finales de junio de 2014.

En Siria también cabría destacar la presencia minoritaria pero significativa del Frente Islámico, formado por siete grupos islamistas radicales a finales de noviembre de 2013 (Echeverría, 2014, 10). Entre éstos, destacan la *Liwa Al Tawhid*, próxima a los Hermanos Musulmanes; *Ahrar Al Sham*, de inspiración salafista; *Jaich Al Islam*, próxima a Arabia Saudí o, el Frente Islámico Kurdo.

En cuanto a la predilección de Siria para combatir la *yihad* por parte de estos elementos radicalizados, el profesor Manuel R. Torres apunta que la gran disponibilidad de vuelos de bajo coste a Turquía y la notable permisibilidad de las autoridades turcas para cruzar las fronteras sirias han convertido al conflicto sirio en el gran foco de atracción del movimiento del salafismo yihadista internacional (Torres, 2013).

Una vez adentrados en territorio sirio, los militantes yihadistas pueden acceder fácilmente a algunos de los grupos armados de la oposición que combaten al régimen de al Asad y, tras su incorporación a los mismos, a los primeros les resulta sencillo entrar en contacto con filiales de al-Qaeda como Jabhat al-Nusra.

Los voluntarios yihadistas también contactan previamente a su viaje con las redes de reclutamiento con base en Occidente, contando así con un enlace mucho más directo a las organizaciones yihadistas que combaten en el terreno. La experiencia en el uso de armas, técnicas de combate y fundamentalismo de los primeros constituirán una seria amenaza global al regreso de estos militantes yihadistas a sus países de origen.

Como medida preventiva de cara a la amenaza que suponen para la seguridad europea los combatientes yihadistas extranjeros en zonas de conflicto procedentes de la Unión Europea y que retornan a sus países de origen, el Consejo de Justicia y Asuntos de Interior debatió sobre este asunto durante los días 5 y 6 de junio de 2014 (Consejo de la Unión Europea, 2014a). En el ámbito de la lucha contra el terrorismo, el Consejo adoptó la Estrategia revisada de la Unión Europea para luchar contra la radicalización y la captación de militantes yihadistas, con el objetivo de impedir y luchar contra el surgimiento de una nueva generación de individuos radicalizados (Consejo de la Unión Europea, 2014b). En esta línea, la estrategia revisada sostiene que es preciso (Consejo de la Unión Europea, 2014c): a) promover la seguridad, la justicia y la igualdad de oportunidades para todos; b) garantizar la lucha contra el extremismo; c) mejorar las comunicaciones de los gobiernos; d) apoyar los mensajes de la oposición al terrorismo; e) luchar contra la radicalización y la captación de individuos en Internet; f) formar e involucrar a profesionales de primera línea en todos los sectores pertinentes y desarrollar sus capacidades; g) ayudar a las personas y a la sociedad civil a aumentar su resiliencia; h) apoyar iniciativas de desmovilización; i) impulsar la investigación profunda sobre las tendencias y los retos de la radicalización y la captación y, j) concertar la labor interna y externa de lucha contra la radicalización.

Los nueve países europeos que se consideran a sí mismos los más afectados por la violencia del salafismo yihadista (Francia, Bélgica, Alemania, Suecia, Dinamarca, Gran Bretaña, Holanda, Irlanda y España) aprobaron el 5 de junio de 2014 planes para intensificar el intercambio de inteligencia y trabajar en la lucha contra los sitios web radicales con el objetivo de detener a los ciudadanos europeos que busquen viajar a Siria para combatir y que, a su vuelta, importen a Europa la violencia y las tácticas de carácter terrorista y militar aprendidas en las zonas de conflicto (Gabinete Técnico del Centro de Análisis y Prospectiva de la Guardia Civil, 2014, 6).

Estas medidas giran entorno al uso de datos de pasajeros de aerolíneas para rastrear a las personas que regresan de Siria, el intercambio de información y seguimiento detectado sobre los retornados, la inclusión de los referidos datos en una base de datos de la Unión Europea utilizada por las fuerzas de seguridad de fronteras y el envío de la información a Europol (Ministerio del Interior de Francia, 2014).

La lucha contra el terrorismo yihadista volvió con fuerza a las agendas políticas en materia de seguridad de las autoridades europeas tras los atentados de inspiración salafista yihadista que tuvieron lugar en París la segunda semana de enero de 2015. Tres terroristas causaron 17 muertos tras su irrupción violenta en las oficinas del semanario satírico francés *Charlie Hebdo* y en un supermercado especializado en productos para la comunidad judía. Al-Qaeda en la Península Arábiga se apresuró a reivindicar la autoría del atentado contra el *Charlie-Hebdo*, pero en cambio, está demostrado que el autor de la matanza en el supermercado judío se unió a la organización del Estado Islámico y prestó juramento al líder de la anterior en un vídeo póstumo (Filiu, 2015, 17).

La Unión Europea también fue testigo a mediados de febrero de 2015 de otro atentado yihadista, esta vez perpetrado en Copenhague, el que probablemente un *lobo solitario* acabó con la vida de dos personas tras su asalto a un café donde se debatía sobre la libertad de expresión y su posterior ataque a una sinagoga judía.

A mediados de marzo de 2015, un atentado de inspiración salafista yihadista perpetrado en la vecindad europea de la orilla sur del Mediterráneo se significó como otro episodio violento que evidencia los riesgos y amenazas que enfrenta la Unión Europea en materia de seguridad. Un grupo yihadista tunecino afín a al-Qaeda en el Magreb Islámico acabó con la vida de 22 turistas en el ataque que perpetró en el Museo del Bardo de Túnez, entre los que se encontraban ciudadanos de 4 nacionalidades europeas.

Por su parte, Canadá y Australia también han sufrido atentados de inspiración salafista yihadista en suelo propio en los últimos meses de 2014. En cuanto a Canadá, en el mes de octubre pasado un militante yihadista de nacionalidad canadiense y que había sido calificado como un “viajero de alto riesgo” por las autoridades del país abatió a un soldado tras su asalto al Parlamento en Ottawa. Respecto a Australia, en septiembre un joven vinculado a la organización del Estado Islámico apuñaló a dos agentes de policía en Melbourne y, en diciembre, un lobo solitario también vinculado al

denominado Estado Islámico asaltó una cafetería en Sidney. En el referido secuestro, dos rehenes perdieron la vida.

No obstante, cabría apuntar que, a pesar de los elementos anteriormente expuestos, Occidente no se configura como el principal teatro de operaciones del terrorismo yihadista. El etnocentrismo practicado por los medios de comunicación occidentales y la percepción de la opinión pública al respecto difuminan los atentados cometidos contra víctimas, en su gran mayoría musulmanas, por organizaciones yihadistas en otros escenarios del planeta (Reinares, 2013, 5).

Así, cabría citar que por ejemplo, el mismo día 15 de abril de 2013 en que se produjeron las explosiones que provocaron tres fallecidos y gran cantidad de heridos en el maratón de Boston, otra serie de atentados perpetrados por al-Qaeda en Irak ocasionaron la muerte de más de cincuenta personas. Asimismo, el día anterior, *Al Shabab* asesinó a más de treinta y cinco personas en Mogadiscio y, el día posterior, *Therik e Taliban* Pakistán acabó con la vida de no menos de diecisiete personas.

6. El impacto global del terrorismo durante la última década

Tal como se indicó previamente en el punto de esta tesis referido a la situación de al-Qaeda transcurrida una década desde el inicio de denominada política de guerra global contra el terror de George W. Bush en el año 2001, las políticas estadounidenses implementadas en ese sentido tras el 11S obtuvieron el efecto contrario de sus declarados objetivos de expansión de la democracia y sus valores en el mundo, ya que la actividad terrorista del salafismo yihadista se incrementó notoriamente. En este sentido, el *National Intelligence Estimate* de 2007 del *National Intelligence Council* estadounidense indicaba que Estados Unidos vivía en una situación de creciente riesgo y amenaza (The USA National Intelligence Council, 2007).

En la misma línea, un informe de 2008 sobre contraterrorismo del *Center for Strategic and Budgetary Assessments* afirmaba lo siguiente: “Desde 2002-2003, la posición global de Estados Unidos en la guerra global contra el terrorismo se ha debilitado” y, que a pesar de los avances del país en materia de política contraterrorista, los beneficios se habían manifestado “contrarrestados por la transformación de al-Qaeda en un movimiento mundial, por la expansión y la intensificación de la ideología yihadista-salafista, por el resurgimiento de la influencia regional iraní y por el aumento

del número y de la influencia de los partidos políticos fundamentalistas en todo el mundo (Leffler, 2011, 44-58)".

El impacto global del salafismo yihadista creció significativamente desde 2001 hasta 2007, alcanzando su cota máxima durante éste último año. El ascenso más pronunciado tuvo lugar durante el período 2005-2007 debido a los incidentes terroristas que tuvieron lugar en Irak. La intensificación de la actividad terrorista en suelo iraquí fue seguida posteriormente de un notable ascenso de oleadas de ataques yihadistas en Afganistán y, por su parte, en India y Pakistán varios meses después.

De acuerdo a los datos ofrecidos por el estadounidense Consorcio Nacional para el Estudio del Terrorismo y sus Respuestas (START) ha de afirmarse la consolidación del repunte de la violencia producido desde 2012. En los primeros seis meses de 2013 se produjeron 5.100 ataques terroristas, mientras que en 2012 se contabilizaron 8.400 atentados (Gunaratna, 2014).

Irak y Afganistán contabilizaron el 35% del número total de atentados de inspiración yihadista hasta 2011, cifras que demuestran que la implementación desde 2002 de la denominada política de guerra global contra el terror de las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008) produjo inestabilidad e inseguridad en la región. Al contrario de sus argumentados iniciales propósitos de democratización de la zona, de lucha contra el salafismo yihadista y de salvaguarda de los derechos humanos, Estados Unidos no logró sus declarados objetivos de neutralizar y vencer a los combatientes yihadistas en su proclamada y denominada guerra global contra el terror.

Es más, la guerra de Afganistán y la invasión de Irak han ocasionado más terrorismo yihadista e inseguridad global, así como un impacto negativo muy relevante en la violencia mundial y el incremento de la expansión geográfica del terrorismo y las organizaciones de inspiración yihadista. Cabría recordar en este momento que tras la invasión iraquí por parte de Estados Unidos, se instaló el salafismo yihadista en el país, que no existía antes de la intervención.

En este sentido, se ha pronunciado el *Global Terrorism Index 2012 Capturing The Impact of Terrorism from 2002-2011* (Institute for Economics and Peace, 2012, 6-7), indicando que el número de ataques terroristas ascendió incesantemente durante la primera década del siglo XXI.

Irak se confirma como el país que más devastación yihadista e insurgente ha sufrido durante la última década y la inestabilidad y violencia que soporta le ha situado durante el año 2014 en el lugar más violento del planeta. El tipo de ataques desarrollado por los combatientes yihadistas se han dado a través de armas de fuego, bombas y explosivos. Aunque la mayoría de los incidentes no fueron reivindicados por ningún grupo, se confirma que fueron cometidos por militantes yihadistas (*Institute for Economics and Peace*, 2014, 4).

Los objetivos de dichos ataques se dirigieron hacia la población, propiedades, policía e instituciones gubernamentales, teniendo lugar buena parte de los mismos en Bagdad (45%). Otros escenarios especialmente conflictivos resultaron ser Mosul, Kirkuk y Fallujah. Un total de casi 500 ciudades y pueblos experimentaron algún tipo de actividad yihadista e insurgente, lo que lleva a encuadrar a la última como un fenómeno difuso y que se extiende alrededor de todo el territorio iraquí.

A propósito de Afganistán, la historia de la experiencia afgana con el terrorismo se encuentra íntimamente ligada a su trayectoria de conflictos con fuerzas extranjeras, tanto con Rusia como más recientemente con la denominada política de guerra global contra el terror estadounidense.

Los militantes yihadistas e insurgentes en Afganistán han dirigido sus ataques en buena medida contra la población, empresas, instituciones educativas, policía y gobierno y, en menor medida contra objetivos militares. Aunque los incidentes terroristas se suceden a lo largo de todo el país, Kabul y Kandahar resultan los enclaves más afectados por la violencia. En el año 2014, la situación de Afganistán ha sido precaria y manifiestamente inestable, configurándose como el segundo país más violento del planeta, por detrás de Irak (*Institute for Economics and Peace*, 2014, 4).

CONCLUSIONES

Como se ha demostrado en la segunda parte de esta tesis (capítulos 2 y 3), desde los atentados en suelo estadounidense del 11S todas las actuaciones en materia de política exterior de las Administraciones de George W. Bush (2001-2008) se fundamentaron en la ideología norteamericana comúnmente conocida como neoconservadora, cuyos fundamentos se analizan en la parte primera (capítulo 1) del trabajo.

Respecto a los atentados terroristas que tuvieron lugar el 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y que acabaron con la vida de casi 3.000 personas, esta tesis deduce que actuaron como catalizadores de la implementación de las políticas neoconservadoras en materia de política exterior debido a la influencia que ejercían los colaboradores más cercanos al presidente George W. Bush en su Administración.

La perentoria necesidad de dar respuesta a los trágicos acontecimientos del 11S ante la opinión pública estadounidense y la comunidad internacional permitieron a los miembros menos moderados ideológicamente de la Administración de George W. Bush implementar su programa ideológico, basado en el neoconservadurismo estadounidense y el Proyecto para el Nuevo Siglo Americano, analizados en el primer capítulo. Muy probablemente, otras circunstancias en el país no hubieran permitido la ejecución del mismo.

Como se ha podido comprobar al comparar el impacto real de estas actuaciones en la seguridad internacional y, especialmente, en la del Próximo y Medio Oriente (tercera parte, capítulo 4) con los objetivos que se pretendían (segunda parte, capítulos 2 y 3), cabría afirmar no solamente que éstos no se han conseguido, sino que al contrario, han producido efectos totalmente contrarios: inestabilidad en el Próximo y Medio Oriente, exportación del terrorismo a otras muchas partes del mundo, mayor inseguridad general, aumento de la tensión de Estados Unidos con otras potencias (incluidos algunos de sus aliados occidentales) en algunos momentos, etc.

Todo lo cual, permite afirmar que la hipótesis de la que partía esta tesis al inicio se ha verificado en el sentido de que la investigación desarrollada ha refutado empíricamente

que la política exterior de las dos Administraciones de George W. Bush (2001-2008) propició una transformación del paisaje geopolítico haciéndolo mucho más inseguro que al inicio de los primeros meses del primer año de su primer mandato presidencial, al contrario de lo que las referidas Administraciones manifestaban con su argumentada búsqueda de la extensión de la democracia (entendida en su versión liberal) y de los derechos humanos.

La pregunta de investigación se ha respondido en el sentido de que la arena geopolítica mundial ha observado un estallido de inestabilidad global con la aparición de riesgos asimétricos y difusos de actores cada vez más incontrolables por los Estados (como el terrorismo yihadista), un aumento de la tensión entre Estados y actores emergentes, la incapacidad de organizaciones internacionales para mantener y procurar la paz y estabilidad mundial, etc. Todo ello, puede producir imprevisibles consecuencias en el ámbito de la seguridad internacional.

Muy probablemente, las amenazas a la seguridad que se acaban de señalar van a impedir alcanzar la estabilidad mundial durante el siglo XXI. En el mes de abril de 2015 en que se escriben estas líneas, está pendiente la resolución (a medio y largo plazo) de varias cuestiones fundamentales en el panorama internacional, como son la situación de Afganistán e Irak; la guerra civil siria; los conflictos entre chiíes y suníes en el Próximo y Medio Oriente junto con la violencia etnosectaria que deriva de los mismos; la amenaza global que supone el salafismo yihadista con al-Qaeda Central y sus franquicias; la organización del Estado Islámico con su extensión al norte de África y el África Subsahariana y, la pugna entre al-Qaeda y el denominado Estado Islámico por acaparar la dirección del movimiento yihadista global.

La denominada política de guerra global contra el terror iniciada por la primera Administración de George W. Bush en 2001 tras los atentados que tuvieron lugar el 11S en territorio estadounidense y que mantuvo hasta el final de su segundo mandato presidencial a finales de 2008, produjo un retroceso democrático en el mundo, ya que además de actuar unilateralmente, ambas Administraciones vulneraron sistemáticamente los derechos humanos con la implementación de unas políticas que supuestamente iban a expandir los valores democráticos (occidentales) a nivel global, tal como ocurrió por ejemplo con la Ley de Comisiones Militares.

Asimismo, las políticas contraterroristas de George W. Bush fomentaron sus relaciones con varios de los regímenes menos democráticos del mundo, como Arabia Saudí, Tayikistán y Uzbekistán.

Se considera que Estados Unidos no avanzó en la promoción de la democracia en el Próximo y Medio Oriente, a pesar de que ésta era una de sus máximas principales en cuanto a la implementación de su argumentada política de guerra global contra el terror. En este sentido, no incrementó la seguridad internacional —entendida como la estabilidad social que permita mantener el *statu quo* actual de la sociedad internacional— sino que más bien la ha deteriorado, propiciando el surgimiento de numerosos conflictos a lo largo y ancho del mundo musulmán y árabe. O, al menos, proporcionando una de las justificaciones o excusas para su eclosión.

EPÍLOGO FINAL

A pesar de la pérdida de poder norteamericano a nivel político, económico, militar y cultural, una vez finalizado el segundo mandato presidencial de George W. Bush en diciembre de 2008 y hasta el mes de mayo del año 2015 en que se escriben estas líneas, Estados Unidos ha seguido manifestándose como la potencia global más poderosa. Así, ésta sigue configurándose como el principal actor de la arena política internacional debido al poder duro y blando que acumula, así como un actor clave en lo que a la definición de las políticas y estrategias de seguridad a nivel mundial se refiere.

A este respecto, se señalan a continuación los elementos que definen la preeminencia estadounidense en el ámbito internacional:

- Estados Unidos continúa constatándose como la primera potencia militar. Así, el país representa por sí mismo la mitad del presupuesto mundial en defensa y, en el marco colectivo de la OTAN, aglutina las tres cuartas partes del esfuerzo realizado por sus 28 miembros.
- La primacía económica estadounidense aún sigue sustanciándose como indiscutible en el año 2014. Aunque su relevancia en la economía mundial se encuentre en un proceso de deceleración, aún produce anualmente algo más de la quinta parte de toda la riqueza global. Además, el dólar continúa configurándose como la divisa de referencia.
- En el ámbito científico y tecnológico, Estados Unidos se encuentra en la cúspide la producción y resultados mundiales en la materia. Así, se constata como el país que cuenta con el mayor número y mejor nivel de instituciones académicas, científicas y tecnológicas. En este sentido, actúa como foco de atracción de las mentes más brillantes a nivel mundial.
- El país también actúa como primera potencia cultural global, ya que es el mayor creador y transmisor de tendencias culturales. La capacidad de influencia del poder blando estadounidense le permite influir en la sociedad internacional indirectamente a favor de sus intereses.

- A medio plazo, la gran riqueza en petróleo y gas de esquisto que posee Estados Unidos le situará en condiciones de producir y exportar en buena medida materias primas energéticas al haber apostado abiertamente por el controvertido sistema de *fracking*.

En la última década, tanto Estados Unidos como otras viejas potencias europeas han presenciado el desafío a su tradicional posición de poder que les han planteado una serie de países emergentes. El equilibrio mundial de poderes y que hasta el momento se había constatado como indiscutiblemente unipolar comenzó a cuestionarse tras los ataques terroristas del 11S (que manifestaron la situación de vulnerabilidad estadounidense en la que se encontraba el país a propósito de su seguridad y que hasta el momento no había sido discutida), tras la guerra de Afganistán y la invasión norteamericana de Irak y, finalmente, tras la crisis financiera y económica iniciada en 2007 en Estados Unidos.

La situación de estancamiento y la sucesión de fracasos estratégicos cometidos por las Administraciones de George W. Bush (2001-2008) tanto en Afganistán como en Irak, así como la dificultad de hacer frente en soledad por parte de Estados Unidos a las amenazas asimétricas, derivaron en un relativo declive del poder mundial estadounidense, hasta el momento onnipotente e incontestable y, en el inicio del viraje del sistema unipolar hacia la multipolaridad sumiendo a la hiperpotencia norteamericana en un elevado grado de incertidumbre estratégica.

La imagen de Estados Unidos sufrió un desprestigio muy notorio ante la comunidad internacional durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush (2001-2008) debido a la postura unilateralista que tomó su política exterior tras los atentados del 11-S. Con ello, Estados Unidos vio notablemente reducida la credibilidad y autoridad moral con la que ejercía su papel de hiperpotencia en todo el mundo.

Tras los referidos ataques del 11S y el inicio de la denominada política de guerra global contra el terror por parte de la primera Administración de George W. Bush, su departamento de Estado inició una campaña de diplomacia pública para convertirse ante la opinión internacional en una “potencia hegemónica compasiva”, consciente de la negativa imagen a nivel internacional que había alcanzado no sólo ante el mundo musulmán, sino también ante sus tradicionales aliados occidentales.

El “poder blando” o poder de atracción hacia los valores e intereses estadounidenses de la diplomacia pública norteamericana emprendió sin éxito una campaña mundial con el objetivo de distanciar el apoyo de la comunidad musulmana al islamismo fundamentalista y de limitar la base social de éste último.

La guerra estadounidense contra Afganistán y su invasión a Irak contribuyeron a profundizar el antiamericanismo a nivel global, sobre todo en los países musulmanes, afectando gravemente tanto a su imagen y prestigio mundial como a su seguridad nacional. Además, las Administraciones estadounidenses de George W. Bush fueron testigos del incesante incremento de víctimas y heridos civiles que se producían en el marco de su denominada política de guerra global al terror, asumiéndolas como “daños colaterales” e inevitables para el desarrollo de sus acciones y operaciones militares.

La vulneración de la legislación internacional llevada a cabo durante los dos mandatos presidenciales de George W. Bush (como la intervención militar norteamericana en Irak sin el mandato del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas) y de los derechos humanos (véase el análisis de la detención ilegal de personas en la base de Guantánamo y el trato infligido a las mismas realizado en el segundo bloque de esta tesis) afectaron hondamente al poder blando, al prestigio moral y al liderazgo global que Estados Unidos desempeñaba hasta el momento en el mundo, dando fin en buena medida al apoyo de la opinión pública nacional y la solidaridad internacional que había obtenido tras los ataques del 11S.

A medida que se iban haciendo patentes las contradicciones en cuanto a los objetivos declarados por George W. Bush en lo referido a su proclamada búsqueda de democracia (liberal) y de extensión de los derechos humanos con su denominada política de guerra global contra el terror y sus acciones, el prestigio estadounidense en el mundo retrocedía muy notoriamente. Las Administraciones de George W. Bush habían ocultado a la opinión pública y a la comunidad internacional datos relevantes como los referentes a los costes, la duración y los desafíos que se habían tomado y que se debían enfrentar antes y después de la invasión a Irak. Además, el presidente se mantuvo comprometido con la guerra de un modo retórico y sin llegar a tener el control absoluto de la gestión de la misma.

A este respecto, cabría citar como ejemplos de las anteriormente referidas contradicciones los siguientes: el estancamiento de la ocupación y empeoramiento de la

situación belicosa con el surgimiento de la contrainsurgencia en Afganistán e Irak y sus negativas consecuencias para la seguridad internacional con el consecuente incremento de la actividad terrorista del terrorismo yihadista; la sobre medida exageración respecto a la amenaza de las armas de destrucción masiva que supuestamente poseía Sadam Husein y que más tarde se demostró que era infundada y, manifiestos errores tácticos y estratégicos al invadir Irak mientras la intervención en Afganistán seguía abierta.

El odio político de las comunidades islámicas hacia Estados Unidos se vio fomentado por imágenes de acciones dentro del marco de la denominada política de guerra global contra el terror emprendidas por la Administración de George W. Bush que violaban los derechos humanos, transmitidas por los medios de comunicación y que dieron la vuelta al mundo (como las cometidas por militares norteamericanos en la cárcel de Abu Ghraib a iraquíes o la situación de las personas retenidas en Guantánamo acusadas de supuestos delitos de terrorismo internacional). Este sentimiento de odio hacia Estados Unidos favoreció la captación de reclutas para el terrorismo no sólo del Próximo y Medio Oriente, sino de otras regiones como la mediterránea o países como Indonesia.

Otro de los elementos que derivaron en una profunda pérdida de poder e influencia de Estados Unidos a nivel mundial fue el perjuicio que supuso a la economía norteamericana y a su fortaleza financiera (y, por ende a la global) su denominada política de guerra global contra el terror. El Servicio de Investigación del Congreso estadounidense calculó en 1,3 billones de dólares el coste que significó para el país las intervenciones militares que implementaron las Administraciones de George W. Bush, que reaccionaron al mismo aumentando los recortes fiscales y, con ello su deuda.

El clima general de austeridad presupuestaria y colapso crediticio que sobrevino a George W. Bush en su segundo mandato presidencial tras la crisis económica y financiera le obligó a realizar recortes en el sector de la seguridad y, con ello, en sus campañas militares en el exterior.

La partida presupuestaria dedicada a Defensa se incrementó de 304.000 millones de dólares en 2001 a 616.000 millones en 2008, afectando gravemente al presupuesto norteamericano, que pasó de presentar un superávit de 128.000 millones a un déficit de 458.000 millones con respecto al PIB. Como consecuencia de ello, la deuda federal se elevó muy notablemente, aumentándose del 32,5% en 2001 al 53,5% en 2009. En

cuanto a la deuda estadounidense en poder de gobiernos extranjeros, creció también hasta el 30% desde 2001 hasta finales de 2008.

A finales del segundo mandato presidencial de George W. Bush en diciembre de 2008, Estados Unidos debía hacer frente a su delicada crisis financiera y económica en el marco de una economía occidental deprimida, a la volatilidad del Próximo Oriente y Oriente Medio, al posible desarrollo por parte de Irán del programa nuclear, a los diversos frentes abiertos a raíz de su denominada política de guerra global contra el terror y a la amenaza de la red de al-Qaeda.

La evidente pérdida de “poder duro” estadounidense, referida a la delicada situación económica del país derivada de la crisis tanto económica como financiera y la pérdida de su prestigio militar tras el estancamiento sufrido en sus campañas de Afganistán e Irak, llevaron a la Administración de George W. Bush al término de su segundo mandato en 2008 a reconocer la emergencia de un mundo multipolar en detrimento de la supremacía global que Estados Unidos venía ejerciendo desde el fin de la Guerra Fría. La comunidad internacional ha asumido el fin de la preeminencia estadounidense y se ha generalizado y admitido la premisa a nivel mundial de que dentro de varias décadas el paradigma internacional se verá definido por un orden multipolar y el equilibrio de poderes entre las potencias.

Con ello, tras el fin de la segunda Administración de George W. Bush a finales de 2008, Estados Unidos advirtió que ya no ostentaba ni el poder ni la capacidad para implementar unilateralmente políticas de alcance mundial como las concernidas con el terrorismo, el crimen organizado o los recursos energéticos. Para ello, necesitaría el apoyo de otras grandes potencias.

Tras la denominada política de guerra global contra el terror emprendida por el presidente George W. Bush durante sus dos mandatos y la grave crisis económica y financiera iniciada en Estados Unidos y sufrida por los países occidentales en un contexto de redefinición de la estructura de poder global, la primera Administración de Barack Obama, iniciada en 2009, procedió a reformular su estrategia y política de seguridad y defensa con el objetivo de mantener su hegemonía en el nuevo escenario internacional surgido tras la relativa pérdida estadounidense de poder tanto económico, como social y cultural.

A este respecto, el Consejo Nacional de Inteligencia advirtió a finales de diciembre de 2012 diversas tendencias globales para los próximos 30 años que conducirían al final de la unipolaridad y de la preeminencia estadounidense a nivel mundial.

La inevitable moderación presupuestaria, la eliminación de créditos extraordinarios para sufragar los gastos derivados de los conflictos afganos e iraquí y la necesidad de controlar y reformular los gastos de defensa manteniendo su hegemonía militar llevaron a la Administración Obama a centrarse en la racionalización de sus instrumentos de seguridad y defensa, abandonando las directrices estratégicas vinculadas a la denominada política de guerra global contra el terror y la construcción de Estados que guiaban a las administraciones de George W. Bush. Siguiendo las referidas directrices, el presidente Obama implementó la retirada de las fuerzas militares estadounidenses de Irak en diciembre de 2011 y de Afganistán a finales del año 2014.

Estados Unidos ha renunciado desde el inicio de la primera Administración Obama en 2009 a los despliegues de fuerzas masivos, a las grandes campañas militares y a las operaciones de cambio de régimen y construcción nacional, tal como argumenta el presidente estadounidense en el documento publicado por el departamento de Defensa en enero de 2012 bajo el título “*Sustaining U.S. global leadership: Priorities for 21st century defense*” (Department of Defense of the USA, 2012, 3):

Our Nation is at a moment of transition. Thanks to the extraordinary sacrifices of our men and women in uniform, we have responsibly ended the war in Iraq, put al-Qa'ida on the path to defeat-including delivering justice to Osama bin Laden-and made significant progress in Afghanistan, allowing us to begin the transition to Afghan responsibility. At the same time, we must put our fiscal house in order here at home and renew our long-term economic strength. To that end, the Budget Control Act of 2011 mandates reductions in federal spending, including defense spending.

As Commander in Chief, I am determined that we meet the challenges of this moment responsibly and that we emerge ever stronger in a manner that preserves American global leadership, maintains our military superiority and keeps faith with our troops, military families and veterans. I therefore directed this review to identify our strategic interests and guide our defense policies and spending over the coming decade.

...Indeed, as we end today's wars, we will focus on a broader range of challenges and opportunities, including the security and prosperity of the Asia Pacific...

La Administración Obama ha centrado sus líneas estratégicas de seguridad y defensa en el mantenimiento de su equilibrio estratégico mundial fijando sus prioridades sobre todo en la proliferación de armas de destrucción masiva, la inestabilidad del mundo árabe y musulmán, la competición con las potencias emergentes, el control por los recursos, la seguridad marítima, aérea y del ciberespacio y la pugna por el control e influencia de la zona Asia-Pacífico.

Estados Unidos se ha reposicionado así estratégicamente en el mundo con el objetivo de mantener su supremacía global en una coyuntura de incertidumbre estratégica y transición hacia un mundo cada vez más multipolar mediante la concentración de fuerzas avanzadas e intereses en la región Asia-Pacífico, en detrimento de su presencia militar en otras regiones como la europea:

U.S. economic and security interests are inextricably linked to developments in the arc extending from the Western Pacific and East Asia into the Indian Ocean region and South Asia, creating a mix of evolving challenges and opportunities. Accordingly, while U.S. military will continue to contribute to security globally, we will of necessity rebalance toward the Asia-Pacific region. Our relationships with Asian allies and key partners are critical to the future stability and growth of the region. We will emphasize our existing alliances, which provide a vital foundation for Asia-Pacific security. We will also expand our networks of cooperation with emerging partners throughout the Asia-Pacific to ensure collective capability and capacity for securing common interests... (Department of Defense of the USA, 2012, 8)

Con ello, se repliega progresivamente hacia Asia-Pacífico para contener la expansión china, priorizando hacia la región su proyección global y su inteligencia prospectiva. Cabría apuntar que la región Asia-Pacífico incorpora a países como China con más de 1.300 millones de habitantes, India con más de 1.200 millones y los países del ASEAN (Asociación de países del sudeste asiático) con 584. Además, otro dato relevante a tener en cuenta es que el Pacífico ha reemplazado al Mediterráneo como principal eje mundial en materia de comercio y tráfico marítimo.

El incremento de los intereses estadounidenses en Asia-Pacífico ha derivado en una mayor presencia y visibilidad de fuerzas militares en la región. En este sentido, esto ha supuesto una modificación internacional del patrón de distribución de las fuerzas, que pasarán de configurarse como un 50-50 entre Europa-Oriente Medio y Asia a 40-60.

La progresiva pujanza en materia económica, tecnológica, de mercados o gasto militar que han venido desarrollando desde el comienzo de la década pasada países emergentes como China, India o Brasil ha incidido notablemente en el reposicionamiento estratégico estadounidense.

La economía norteamericana ha venido acrecentando durante los últimos años su deuda respecto a países emergentes como China y el dólar ha visto debilitado su peso como moneda de reserva mundial. Además, el hecho de que la crisis financiera y económica iniciada en 2008 en Estados Unidos tuviera su origen en el mismo centro del sistema y no en países periféricos, ha agudizado el relativo debilitamiento estadounidense. Por ello, los países con economías emergentes han sufrido en menor medida los efectos de la crisis económica y financiera que los Estados Unidos y Europa.

Se estima que la economía china alcanzará a la estadounidense hacia 2027 y que la tasa de crecimiento chino del 10% entre 1990 y 2005 permitió al país triplicar su relevancia económica a nivel mundial. Mientras tanto, la contribución relativa global de la economía estadounidense y la europea permanecieron estables. Por ello, se prevé que el crecimiento de las economías de los países emergentes siga siendo elevado, mientras que no será así en los países occidentales. En esta línea, es interesante mencionar que en 2009 Brasil, Rusia, India y China sumaron el 95,5% del PIB estadounidense y que ostentaban el 40% de las reservas de oro mundiales.

Como se acaba de apuntar, la estructura económica internacional cambiará muy notoriamente y, para el año 2050, se prevé que en la región de Asia-Pacífico se lleve a cabo el 50% de la producción mundial mientras que Europa y Estados Unidos únicamente cuenten con el 15% de la producción global respectivamente. En consecuencia, el notorio incremento de poder económico en Asia-Pacífico permitirá a los países de la región reducir la brecha de poder militar existente con la hiperpotencia estadounidense.

En otro orden de ideas, Irak juega un papel clave en el panorama energético mundial, ya que las perspectivas de los mercados internacionales del petróleo dependen del éxito iraquí respecto a la revitalización de su sector petrolero. Irak se confirma así como el mayor contribuyente al crecimiento de la oferta mundial de petróleo, aunque precisa mejorar la coordinación en toda su cadena de suministro energético y un consenso nacional sobre la política petrolera.

Respecto a la producción de petróleo iraquí, la Agencia Internacional de la Energía estima que en 2020 alcanzará los 6 millones de barriles de petróleo y que en 2035, se sobrepasarán los 8 millones de barriles. Así, el incremento de la oferta de petróleo iraquí le resulta vital a la comunidad internacional para evitar tener que hacer frente a escenarios de subidas notables de los precios por barril, que castigaría gravemente a la economía global. Irak se perfila así como un proveedor fundamental para los mercados asiáticos, cuya economía crece a gran escala, como es el caso de China.

Además, el incremento de los ingresos procedentes de las exportaciones de petróleo podría representar una oportunidad para transformar y mejorar las perspectivas y condiciones del país, todo ello en caso de que dichos ingresos sean recibidos tras un reforzamiento en materia de transparencia de las instituciones iraquíes.

Madrid, 2 de mayo de 2015.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bibliografía

- Arenal, C. (2007), *Introducción a las Relaciones Internacionales*. 4ª ed. Madrid: Tecnos.
- Blix, H. (2004), *¿Desarmando a Irak? En busca de las armas de destrucción masiva*. e. Barcelona: Planeta.
- Brzezinski, Z. (2007), *Tres presidentes. La segunda oportunidad para la gran potencia americana*. Barcelona: Paidós.
- El Baradei, M. (2011), *Años de impostura y engaño*. Barcelona: RBA.
- Frachon, A.; Vernet, D. (2004), *La América Mesiánica. Los orígenes del neoconservadurismo y las guerras del presente*. Barcelona: Paidós.
- Fukuyama, F. (1992), *El fin de la Historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.
- Galtung, J. (1999), *Fundamentalismo USA: fundamentos teológicos-políticos de la política exterior estadounidense*. Barcelona: Icaria.
- George, S. (2007), *El pensamiento secuestrado. Cómo la derecha laica y la religiosa se han apoderado de Estados Unidos*. Barcelona: Icaria.
- Goodman, A; Goodman, D. (2004), *En la cama con el enemigo. Contratos políticos untados de petróleo, los empresarios que se benefician de las guerras y los medios de comunicación que los encubren*. Madrid: Temas de Hoy.
- Kristol, K.; Kagan, R. (2005), *Contra el Eje del Mal*. Granada: Almuzara.
- Marco, J.M. (2007), *La nueva revolución americana*. Madrid: Ciudadela Libros.
- Martín, G. (2003), *Iraq. Un fracaso de Occidente*. Barcelona: Tusquets.
- Martínez, S. (2011), *Seguridad global y regional. Asia Central en el contexto internacional*. Madrid: Fragua.
- Matthews, R. (2005), *Informe Estados Unidos y su guerra contra el terrorismo cuatro años después: un repaso*. Madrid: Centro de Investigaciones para la Paz.
- Mazzetti, M. (2013), *La guerra en las sombras*. Barcelona: Planeta.

- Palomares, G. (2006), *Relaciones internacionales en el siglo XXI*. Madrid: Tecnos.
- Papagianni, K. (2010), *Compartir el poder, los gobiernos de transición y el papel de la mediación*. Barcelona: Centro para el Diálogo Humanitario.
- Scowen, P. (2003), *El libro negro de América. El antiamericanismo y la política exterior de Estados Unidos*. Barcelona: Ediciones B.
- Segura, A. (2003), *Irak en la encrucijada*. Barcelona: RBA.
- Segura, A. (2004), *Señores y vasallos del siglo XXI*. Madrid: Alianza.
- Sodupe, K. (2003), *La teoría de las Relaciones Internacionales a comienzos del siglo XXI*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Sponeck, S. (2007), *Autopsia de Irak*. Madrid: Oriente y Mediterráneo.
- Vega, E. (2010), *Los conflictos armados del neoliberalismo*. Madrid: UNED.
- Woodward, B. (2004), *Plan de ataque. Cómo se decidió invadir Iraq*. Barcelona: Ed. Planeta.
- Woodward, B. (2006), *Negar la evidencia*. Barcelona: Ed. Belacqva.
- Woodward, B. (2010), *La guerra. Historia secreta de la Casa Blanca. 2006-2008*. Granada: Algón.

Artículos en revistas

- Bárcenas, L.A. (2014), “El Afganistán que deja Karzai”, *Política Exterior*, marzo/abril, 158, pp. 122-129.
- Batalla, X. (2004), “El paradigma de Bush”, *Política Exterior*, enero/febrero, 97, pp. 83-94.
- Editorial (2001), “Bush en la Casa Blanca. El unilateralismo que viene”, *Política Exterior*, marzo/abril, pp. 5-6.
- Ferrer, J. (2012), “Pautas históricas de despliegue de servicios de inteligencia en Afganistán: consideraciones históricas y análisis de lecciones aprendidas”, *Inteligencia y Seguridad*, enero/junio, 11, pp. 44-66.

- Filiu, J.P. (2015), “Las redes yihadistas a la luz del “Charlie Hebdo”, *Afkar/Ideas*, nº 45, Primavera de 2015, pp. 16-17.
- Leffler, M. P. (2011), “Retrospectiva del 11-S”, *Política Exterior*, septiembre/octubre, 143, pp. 44-58.
- Mackinder, H.J. (1904), “The Geographical pivot of History”, *The Geographical Journal*, 4 (April 1904), pp. 421-437.
- Ojeda, J. (2003), “El espectáculo continúa. Schwarzenegger llega a California”, *Política Exterior*, noviembre/diciembre, pp. 41-47.
- Pérez, A. (2014), “¿Una nueva etapa en Afganistán?”, *Revista del Ejército. Ministerio de Defensa*, noviembre, 883, pp. 128-130.
- Pfaff, W. (2007), “Destino Manifiesto: Una dirección nueva para Estados Unidos de América”, *Claves de razón práctica*, 172, pp. 38-45.
- Pfaff, W. (2007), “El Destino Manifiesto de Estados Unidos: ideología y política exterior”, *Política Exterior*, mayo/junio, 117, pp. 57-75.
- Ruiz, R. (2014a), “Afganistán, el difícil vuelo del ave Fénix”, *Revista Española de Defensa*, junio, 307, pp. 52-57.
- Ruiz, R. (2014b), “Irak se resquebraja”, *Revista Española de Defensa*, julio/agosto, 308, pp. 52-55.
- Tarragona, L. (2012), “Diez años de Guantánamo: una década para las rebajas jurídicas en Estados Unidos”, *Revista CIDOB*, 97-98, pp. 325-342.
- Schneider, D. (2004), “*Human rights issues in Guantanamo Bay*”, *Journal of Criminal Law (Hertford)*, 68, pp. 427-433.
- Steel, R. (2004), “El presidente Wilson y los neoconservadores”, *Política Exterior*, enero/febrero, 97, pp. 95-109.

Capítulos de libros colectivos

- Álgora, M. D. (2005), “La fractura europea tras la guerra de Irak: su repercusión en el Mediterráneo”, Monografías del CESEDEN (ed.), *Consecuencias de la guerra*

- de Iraq en el Mediterráneo Occidental*, 82. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 142-164.
- Batalla, X. (2008), “Los actores regionales. Papel que desempeñan en Oriente Medio y sus consecuencias en la estabilidad mundial“, Instituto Español de Estudios Estratégicos y Centro de Información y Documentación Internacionales de Barcelona (ed.), *Oriente Medio y su influencia en la seguridad del Mediterráneo. Cuadernos de Estrategia n° 139*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 55-85.
- Calvo, J.L. (2005), “Irak”, Instituto Español de Estudios Estratégicos y Real Instituto Elcano (ed.), *Panorama Estratégico 2005-2006*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 201-227.
- Calvo, J.L. (2012), “Irak: Equilibrio sobre el abismo”, Instituto Español de Estudios Estratégicos (ed), *Panorama geopolítico de los conflictos 2012*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 157-176.
- De Ayala, J.E. (2008), “Los actores externos y su influencia en Oriente Medio”, Instituto Español de Estudios Estratégicos y Centro de Información y Documentación Internacionales de Barcelona (ed.), *Oriente Medio y su influencia en la seguridad del Mediterráneo. Cuadernos de Estrategia n° 139*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 143-186.
- Falkenrath, R. (2004), “La perspectiva norteamericana de la seguridad internacional”, Aguilar y Ridao (ed), *XVI Seminario Internacional de Defensa. Conceptos para la seguridad en el siglo XXI*. Madrid: Asociación de Periodistas Europeos, pp. 33-54.
- Galinsoga, A. (2009), “La región mediterránea desde la perspectiva internacional”, Stavridis, S. y Fernández Sola, N. (coords.), *Factores políticos y de seguridad en el área euro-mediterránea*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 25-56.
- García, R. (2009), “Del “nuevo orden” de George Bush al “Eje del Mal” de G.W. Bush (1991-2008)”, Juan Carlos Pereira (coord.), *Historia de las Relaciones Internacionales Contemporáneas*. Madrid: Ariel Ciencia Política, pp. 657-674.

- Jordán, J. (2007), "El salafismo yihadista en el norte de África. Implicaciones para la seguridad española", CESEDEN (ed), *Evolución geopolítica del norte de África: implicaciones para España*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 72-89.
- Jordán, J. (2008), "Grupos radicales en Oriente Medio. Estrategia, capacidades y alianzas", Instituto Español de Estudios Estratégicos y Centro de Información y Documentación Internacionales de Barcelona, *Oriente Medio y su influencia en la seguridad del Mediterráneo, Cuadernos de Estrategia nº 139*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 89-139.
- Masdeu, C. (2012), "Estrategias para Eurasia: El retorno de Mackinder", Veiga y Mourenza (coords.), *El retorno de Eurasia, 1991-2011*, Barcelona: Península, pp. 79-106.
- Núñez, J.A. (2004), "Una guerra ilegal, una estrategia equivocada", Anuario CIP. FUHEM (ed), *Escenarios de conflicto. Iraq y el desorden mundial*. Barcelona: Icaria, pp. 23-45.
- Orts, J.L. (2011), "Armas de destrucción masiva", Universidad de Zaragoza, *XIX Curso Internacional de Defensa. Seguridad global y potencias emergentes*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 48-77.
- Ourdan, D. (2012), "¿Hacia una yihad a gran escala?", *Le Monde Diplomatique* (ed), *Atlas de las mundializaciones 2012*. Valencia: Cybermonde, pp. 144-145.
- Palacio, V. (2011), "Estados Unidos frente a los BRIC", Instituto Español de Estudios Estratégicos (ed), *Las potencias emergentes hoy: Hacia un nuevo orden mundial*. Madrid: Ministerio de Defensa, pp. 219-252.
- Sánchez, C. (2010), "El tráfico ilícito de drogas como una nueva amenaza a la seguridad internacional. Vinculando la teoría y las políticas", Miguel Requena (ed), *Luces y sombras de la seguridad internacional en los albores del siglo XXI*. Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, pp. 289-314.
- Vega, E. (2011), "Los errores estratégicos de la primera guerra al terrorismo en Afganistán", Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (ed), *La seguridad y la defensa en el actual marco socio-económico: nuevas estrategias frente a nuevas amenazas*. Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado, pp. 309-330.

Recursos online

Alonso, J. (2014), “Al-Qaeda en la Península Arábiga”, documento de investigación 1/2014, Colección: Grupos militantes de ideología radical y carácter violento. Región “Mena” y Asia Central, 2, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_investig/2014/DIEEEINV012014_Al_Qaeda_PeninsulaArabica_JesusAlonsoBlanco.pdf. Consultado el 10/3/2014.

Amirah, H. (2007), “El Irak post Saddam: una amenaza creciente para Oriente Medio”, ARI 21/2007, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/ARI%2021-2007. Consultado el 3/12/2012.

Amnistía Internacional, “Comisiones militares”, <https://www.es.amnesty.org/contraterror-justicia/comisiones-militares/>. Consultado el 13/2/2013.

Amnistía Internacional (2002), “Estados Unidos. Memorándum al Gobierno estadounidense sobre los derechos de las personas que están bajo la custodia de Estados Unidos en Afganistán y Guantánamo”, <http://www.amnesty.org/es/library/asset/AMR51/053/2002/es/dfc830a2-d868-11dd-9df8-936c90684588/amr510532002es.pdf>. Consultado el 10/3/2013.

Amnistía Internacional (2007), “Amnistía Internacional pide al gobierno estadounidense que abandone las comisiones militares”, <https://www.es.amnesty.org/noticias/noticias/articulo/amnistia-internacional-pide-al-gobierno-estadounidense-que-abandone-las-comisiones-militares/>. Consultado el 13/02/2013.

Amnistía Internacional (2015), “Guantánamo cumple 13 años”, <https://www.es.amnesty.org/paises/estados-unidos/reportajes-especiales/guantanamo-cumple-13-anos/>. Consultado el 12/1/2015.

Arteaga, F. (2006), “La Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos”, ARI 71/2006, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/eeuu-dialogo+trasatlantico/ari+71-2006. Consultado el 10/3/2013.

- Arteaga, F. y García, C. (2008), “*The Surge*: el balance del Plan de Seguridad estadounidense en Irak durante 2007”, documento de Trabajo 2/2008, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/documentos/DT2008/DT2-2008_Arteaga_Garcia_The_Surge_Irak.pdf. Consultado el 10/12/2012.
- Arteaga, F. (2011), “Una década de cambios en la seguridad tras el 11-S: de la globalización a la glocalización”, ARI 152/2011, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/0f63a980483b6678bbfeb58d9f0a49c/ARI125-2011_Arteaga_decada_cambios_11-S_globalizacion_glocalizacion.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=0f63a980483b6678bbfeb58d9f0a49c, Real Instituto Elcano. Consultado el 9/9/2012.
- Arteaga, F. (2014), “Irak se rompe: la insurgencia suní se aprovecha del desgobierno de Maliki”, Comentario Elcano 43/2014, Real Instituto Elcano. <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/2772c380445467d982caaf71c28b8853/comentario-Arteaga-Irak-se-rompe-insurgencia-suni-aprovecha-desgobiernoMaliki.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=2772c380445467d982caaf71c28b8853>. Consultado el 13/6/2014.
- Arteaga, F. y Escribano, G. (2014), “Seguridad y energía en Irak”, ARI 33/2014, Real Instituto Elcano, <http://www.realinstitutoelcano.org/wps/wcm/connect/616d96004494a6d2a826f8be3f3459bc/ARI33-2014-Arteaga-Escribano-seguridad-energia-Irak.pdf?MOD=AJPERES&CACHEID=616d96004494a6d2a826f8be3f3459bc> Consultado el 15/7/2014.
- Astorga, L. (2012), “El tablero mundial: en transición hacia el multipolarismo”, documento de opinión 36/2012, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2012/DIEEEO36-2012_Mundomultipolar_LAstorga.pdf. Consultado el 3/5/2012.
- Aznar, F. (2013), “Desorden y rearme en Asia Pacífico”, documento de análisis 2/2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2013/DIEEEA02-2013_Desorden_RearmeAsiaPacifico_FAFM.pdf. Consultado el 15/1/2013.
- Barrancos, D. (2014), “Los *community managers* del terror: la propaganda *online* de ISIS y su ofensiva sobre Irak”, documento de opinión 82bis/2014. Instituto

- Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO82bis-2014_ISS_DavidBarrancos.pdf. Consultado el 10/8/2014.
- Benito, M.M. (2007), “La Estrategia de Seguridad y Defensa de Estados Unidos antes y después del 11-S: Una perspectiva a través del neoconservadurismo”, Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado,
http://iugm.es/uploads/tx_iugm/UNA_PERSPECTIVA_A_TRAVES_DEL_NEOCONSERVADURISMO_02.pdf. Consultado el 15/9/2012.
- Berenguer, F.J. (2014), “Las elecciones en Afganistán I”, documento informativo 8/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_informativos/2014/DIEEEI08-2014_EleccionesAfganistan_FJBH.pdf. Consultado el 15/5/2014.
- Blanco, J.M. (2014), Reseña del informe “Evaluación de la comunidad de inteligencia norteamericana de la amenaza mundial 2014”, Instituto Español de Estudios Estratégicos-Ministerio de Defensa-EMAD-CESEDEN,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/Varios/ResenaIEEE_EvaluacionComunidadNorteamericanaAmenazaMundial2014_JMBlancoNavarro.pdf. Consultado el 14/3/2014.
- Calvo, J.L. (2014), “La caída de Mosul y el camino hacia una guerra regional en Oriente Medio”, Mosaico: Blog sobre seguridad Internacional,
<http://www.seguridadinternacional.es/blog.mosaico/?q=es%2Fcontent%2FLa-caida-de-mosul-y-el-camino-hacia-una-guerra-regional-en-orientemedio>. Consultado el 15/6/2014.
- Colom, G. (2013), “La transición estratégica de Estados Unidos”, documento de opinión 38/2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2013/DIEEEO38-2013_TransicionEstrategicaEEUU_GuillemColom.pdf. Consultado el 29/4/2013.
- Coma, M. (2002), “La Estrategia Nacional de Seguridad de Bush: Misión liberal, antiterrorismo y defensa preventiva”, ARI 93/2002,
http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLO

BAL CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/defensa+y+seguridad/ari+93-2002. Consultado el 30/10/2013.

Coma, M. (2004), “Estados Unidos, en Panorama Estratégico 2004/2005”, Instituto Español de Estudios Estratégicos y Real Instituto Elcano,
http://www.uned.es/dcpa/Profesores/126IgnacioTorreblanca/126Publicaciones/torreblanca_sorroza_panorama_2004-2005.pdf. Consultado el 20/11/2012.

Consejo de la Unión Europea (2014a), “El Consejo debate sobre los combatientes extranjeros procedentes de la UE”,
http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_Data/docs/pressdata/en/jha/143119.pdf. Consultado el 20/8/2014.

Consejo de la Unión Europea (2014c), “Comunicado de prensa. Sesión nº 3319 del Consejo. Justicia y Asuntos de Interior”,
http://www.consilium.europa.eu/uedocs/cms_data/docs/pressdata/es/jha/143989.pdf. Consultado el 20/8/2014.

Corral, D. (2013), “Irak, 10 años después”, documento de opinión 23/2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_marco/2011/DIEEEM09-2011SeguridadInteligencia.pdf. Consultado el 10/9/2013.

Corral, D. (2014), “Elecciones en Afganistán, un paso determinante”, Instituto Español de Estudios Estratégicos, documento de opinión 28/2014,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO28-2014_EleccionesAfganistan_DavidCorral.pdf. Consultado el 4/4/2014.

Dawisha, A. (2012), “*Post Occupation Iraq: The Brittleness of Political Institutions*”, *Woodrow Wilson International Center for Scholars, Middle East Program, Occasional Paper Series*,
<http://www.wilsoncenter.org/sites/default/files/Post%20Occupation%20Iraq%20FINAL.pdf>. Consultado el 30/3/2013.

Echeverría, C. (2014), “Grupos terroristas operando en Siria”, documento de opinión 67bis/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_investig/2014/DIEEEOINV04-

- 2014 Grupos Terroristas Operando Siria CEcheverria.pdf. Consultado el 22/6/2014.
- Fuente, I. (2014a), “Iraq en el 2014: vuelta al pasado”, documento de análisis 11/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2014/DIEEEA11-2014_Irak_VueltaPasado_IFC.pdf. Consultado el 20/2/2014.
- Fuente, I. (2014b), “La inacabable guerra de Iraq”, documento de análisis 35/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2014/DIEEEA35-2014_InacabableGuerraIRAQ_IFC.pdf. Consultado el 14/7/2014.
- Fuente, I. (2014c), “La amenaza híbrida: yihadismo y crimen organizado en el Sahel”, documento de análisis 57/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2014/DIEEEA57-2014_AmenazaHibridaSAHEL_IFC.pdf Consultado el 15/3/2015.
- Gabinete Técnico del Centro de Análisis y Prospectiva de la Guardia Civil (2014), “Boletín Unión Europea. Junio 2014”, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/Varios/Boletin_UE_JUNIO14.pdf. Consultado el 20/8/2014.
- Gallup (2004), “*A look at americans and religion today. Religion and social trends*”, <http://www.gallup.com/poll/11089/Look-Americans-Religion-Today.aspx>. Consultado el 12/10/2013.
- García, D. (2008), “Estados Unidos, las elecciones presidenciales y la herencia de la política exterior de la Administración Bush”, ARI 136/2008, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/eeuu-dialogo+trasatlantico/ari136-2008. Consultado el 3/3/ 2013.
- Gratius, S. (2008), “Las potencias emergentes: ¿Estabilizadoras o desestabilizadoras?” FRIDE, http://fride.org/descarga/COM_Potencias_emergentes_ESP_abr08.pdf. Consultado el 4/3/2013.

- Gunaratna, R. (2014), “*The global terrorist threat: Set to grow in 2014*”, *The International Relations and Security Network*, <http://isn.ethz.ch/Digital-Library/Articles/Detail/?lng=en&id=176020>. Consultado el 10/3/2014.
- Hinojosa, L.M. (2008), “Irak y Afganistán: una comparación desde el derecho internacional”, ARI 10/2008, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/wps/wcm/connect/elcano/Elcano_es/Zonas_es/ARI10-2008. Consultado el 10/2/2012.
- Hiltermann, J. (2006), “Elecciones y redacción de la Constitución en Irak. Oriente Medio en la encrucijada”, Instituto Europeo para el Mediterráneo. <http://www.iemed.org/anuari/2006/earticles/eHiltermann.pdf>. Consultado el 20/2/2012.
- Institute for Economics and Peace (2012)*, “*Global Terrorism Index 2012 Capturing the Impact of Terrorism for the Last Decade*”, http://www.visionofhumanity.org/sites/default/files/2012_Global_Terrorism_Index_Report.pdf. Consultado el 20/1/2013.
- Institute for Economics and Peace (2014)*, “*Global Terrorism Index 2014. Measuring and understanding the impact of terrorism*”, <http://www.visionofhumanity.org/sites/default/files/Global%20Terrorism%20Index%20Report%202014.pdf>. Consultado el 16/1/2015.
- International Energy Agency (2012)*, “*World Energy Outlook 2012: Iraq Energy Outlook. Executive Summary*”, <http://www.iea.org/publications/freepublications/publication/weoiraqexcerptsummaryWEB-1.pdf>. Consultado el 6/4/2013.
- International Institute for Counter-terrorism. IDC Herzliya (2013)*, “*Cyber-Desk Review. Cyber-Terrorism Activities*”, 5, <http://www.ict.org.il/ResearchPublications/ICTCyberDeskReview/tabid/492/Articlesid/1254/currentpage/1/Default.aspx>. Consultado el 12/3/2014
- Kern, Soeren (2006), “¿Puede reconstruirse Afganistán?”, ARI N° 30-2006 - 29.3.2006, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLO

BAL CONTEXT=/elcano/Elcano es/Zonas es/ARI%2030-2006. Consultado el 15/3/2014.

Kurth, A. (2015), “*ISIS is Not a Terrorist Group*”, *Foreign Affairs*, March/April 2015 Issue, <http://www.foreignaffairs.com/articles/143043/audrey-kurth-cronin/isis-is-not-a-terrorist-group>. Consultado el 19/2/2015.

Laborie, M. (2013), “Informe sobre el progreso hacia la seguridad y la estabilidad en Afganistán (julio 2013)”, documento de análisis 46/2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_analisis/2013/DIEEEA46-2013_InformeAfganistanJulio2013_MLI.pdf. Consultado el 10/10/2013.

Laborie, M. (2014), “Informe sobre el progreso hacia la seguridad y la estabilidad en Afganistán (abril 2014)”, documento de análisis 60/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO60-2014_Informe_ProgresoSeguridad_Afganistan_MLI.pdf. Consultado el 10/5/2014.

Labrado, E. M. (2014), “El exgeneral en el laberinto: la dificultad de elección de un nuevo presidente en el Líbano”, documento de opinión 91/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO91-2014_Exgeneral_en_laberinto_E.Labrado.pdf. Consultado el 25/8/2014.

Lorenzo-Penalva, L. (2013), “Yihad, martirio y evolución del terrorismo islámico global”, documento de opinión 106/2013, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2013/DIEEEO106-2013_EvolucionTerrorismoIslamico_J.LorenzoPenalva.pdf. Consultado el 10/11/2013.

Mesa, B. (2014), “Siria, el “nuevo dorado yihadista”, documento de opinión 15/2014, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/docs_opinion/2014/DIEEEO15-2014_Siria_DoradoYihadista_B.Mesa.pdf. Consultado el 20/2/2014.

- Ministerio del Interior de Francia (2014), “*Réunion européenne contre le terrorisme djihadiste: Joëlle Milquet et Bernard Cazeneuve saluent des avancées décisives*”, <http://www.interieur.gouv.fr/Actualites/Communiqués/Reunion-europeenne-contre-le-terrorisme-djihadiste>. Consultado el 20/8/2014.
- Mikail, B. (2014), “*Avoiding Iraq’s fragmentation*”, *Policy brief* 178, FRIDE, http://www.fride.org/descarga/PB_178_Avoiding_Iraq_fragmentation.pdf. Consultado el 10/5/2014.
- Misión de Asistencia de Naciones Unidas en Afganistán (2015), “Informe Anual 2014. Protección de civiles en conflictos armados. Afganistán”, http://www.ieee.es/Galerias/fichero/Varios/NNUU/UNAMA_AnnualReport_Afganistan_2014.pdf Consultado el 10/3/2015.
- Norton, A. (2007), “La estrategia estadounidense en Oriente Medio: luchando por evitar el fracaso”, ARI 24/2007, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari+24-2007. Consultado el 20/11/2012.
- Núñez, J.A. (2014), “El poder ¿menguante? De Estados Unidos”. <http://www.blog.rielcano.org/el-poder-menguante-de-estados-unidos/> Consultado el 18/5/2014.
- ONU (2014), “Pillay alerta sobre ejecuciones sumarias en la crisis actual en Iraq”. http://www.un.org/spanish/News/story.asp?newsID=29706#.U5yUk5R_vko. Consultado el 14/6/2014.
- OTAN (2014), “*NATO-led Resolute Support Mission in Afghanistan*”, http://www.nato.int/cps/en/natohq/topics_113694.htm. Consultado el 23/12/2014.
- Ottaway, M. (2013), “*Iraq ten years later: A different country in a different region*”, *Wilson Center, Middle East Program, Occasional Paper Series, Spring 2013*, <http://www.wilsoncenter.org/publication/iraq-ten-years-later-different-country-different-region-spring-2013>. Consultado el 15/9/2013.
- Palacio, V. (2003), “¿Quién hace la política exterior de Estados Unidos? Actores y procesos en la Administración de George W. Bush”, Real Instituto Elcano de

- Estudios Internacionales y Estratégicos,
http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/Elcano_es/Zonas_es/DT9-2003. Consultado el 10/2/2012.
- Pérez, A. (2010), “Irak, un frente sin cerrar”, *One magazine*,
<http://www.onemagazine.es/noticia/1562/Sin-Especificar/Irak-un-frente-sin-cerrar.html>. Consultado el 10/11/2010.
- Reinares, F. (2013), “Reversión de la amenaza yihadista”, *Nueva Revista*, 143,
<http://www.nuevarevista.net/articulos/reversion-de-la-amenaza-yihadista>. Consultado el 10/3/2014.
- Requena, P. (2013), “Pakistán-Afganistán: un desencuentro histórico”, *Cuadernos de Estrategia* 164. Afganistán después de la ISAF, Instituto Español de Estudios Estratégicos,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/cuadernos/CE_164.pdf. Consultado el 15/3/2015.
- Rupérez, I. (2014), “Estado islámico, califato universal”, *Es global*,
<http://www.esglobal.org/estado-islamico-califato-universal/>. Consultado el 10/8/2014.
- Russell, W. (2006), “*God’s country?*” *Foreign Affairs*,
<http://www.foreignaffairs.com/articles/61914/walter-russell-mead/gods-country>. Consultado el 10/10/2013.
- Setas, C. (2013), “La frontera noroeste de Pakistán, 2001-2011: El fenómeno terrorista en las áreas tribales y sus implicaciones para la seguridad de Pakistán y la estabilidad regional”,
<http://espacio.uned.es/fez/eserv.php?pid=tesisuned:IUGM-Csetas&dsID=Documento.pdf>. Consultado el 16/1/2015.
- Setas, C. (2013), “Las relaciones entre Afganistán y Paquistán y las negociaciones de paz con los talibanes afganos”, *Revista el Instituto Español de Estudios Estratégicos*,
http://www.ieee.es/Galerias/fichero/Revista_Digital/RevistaIEEE_Num_2_Espanol-Ingles.pdf. Consultado el 10/03/2015.

The British Government (2002), "Iraq's weapons of mass destruction. The assessment of the British Government", <http://fas.org/nuke/guide/iraq/iraqdossier.pdf>. Consultado el 20/3/2015.

The Project for a New American Century, Statement of principles, <http://www.newamericancentury.org/statementofprinciples.htm>. Esta web fue consultada el 20/3/2012 pero en enero de 2015 ya no se encuentra disponible. Esta información puede ser consultada también en: [http://www.rightweb.irc-online.org/profile/Project for the New American Century](http://www.rightweb.irc-online.org/profile/Project%20for%20the%20New%20American%20Century). Consultado el 22/1/2015.

The White House. President George W. Bush (2006), "Ley de Comisiones Militares de 2006", <http://georgewbushwhitehouse.archives.gov/news/releases/2006/10/20061017.es.html>. Consultado el 20/2/2013

The USA National Intelligence Council (2007), "National Intelligence Estimate 2007", <http://oai.dtic.mil/oai/oai?verb=getRecord&metadataPrefix=html&identifier=ADA470324>. Consultado el 22/8/2014.

Torres, M. (2009), "El fin de la yihad en Irak y sus repercusiones a ambos lados del Atlántico", ARI 163/2009, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/elcano/elcano_es/zonas_es/ari163-2009. Consultado el 10/10/2012.

Torres, M. (2013), "Siria y los yihadistas Easyjet", Mosaico: Blog sobre seguridad internacional, <http://www.seguridadinternacional.es/blog.mosaico/?q=es/content/siria-y-los-yihadistas-easyjet>. Consultado el 8/1/2014.

Transparencia Internacional (2014), "Corruption perception Index 2014", <http://www.transparency.org/cpi2014/results>. Consultado el 10/4/2014.

Tyler, P. (1992), "U.S. Strategy Plan Calls for Insuring No Rivals Develop A One-Superpower World", *The New York Times*, <http://work.colum.edu/~amiller/wolfowitz1992.htm>. Consultado el 20/3/2012.

U.S. Office of Personnel Management (2001), “*Transcript of President Bush's Prayer Service Remarks. September 14, 2001*”, <http://archive.opm.gov/guidance/09-14-01gwb.htm>. Consultado el 15/2/2012.

Van Harn, P. (2003), “Mejorar la imagen de EEUU tras el 11-S: el papel de la diplomacia pública”, ARI 85/2003, Real Instituto Elcano, http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/Imprimir?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/wps/wcm/connect/elcano/Elcano_es/Zonas_es/ARI%2085-2003. Consultado el 15/2/2012.

Waldman, M. y Wright, M. (2014), “*Who wants what. Mapping the parties' interests in the Afghanistan conflict*”, *Research Paper. Chatham House*, http://www.chathamhouse.org/sites/files/chathamhouse/field/field_document/20140731AfghanistanWhoWantsWhat.pdf. Consultado el 20/03/15.

Zaborowski, M. (2008), “*US policy in Iraq: past, present and future*”, *Analysis. EU Institute for Security Studies*, http://www.iss.europa.eu/uploads/media/US_policy_on_Iraq.pdf. Consultado el 19/10/2013.

Documentos oficiales

Consejo de la Unión Europea (2014b), “Estrategia revisada de la UE para luchar contra la radicalización y la captación de terroristas”, <http://register.consilium.europa.eu/doc/srv?l=ES&f=ST%209956%202014%20INIT>. Consultado el 20/8/2014.

Department of Defense of the United States of America (2012), Sustaining U.S. global leadership: Priorities for 21st century defense. Statement of the president of the U.S., http://www.defense.gov/news/defense_strategic_guidance.pdf. Consultado el 20/4/2014.

National Intelligence Council (2012), Global Trends Report. Office of the Director of National Intelligence Council, United States of America, <http://info.publicintelligence.net/GlobalTrends2030.pdf>. Consultado el 10/4/2014.

National Security Council (1950), NSC 68: United States Objectives and Programs for National Security, <http://www.fas.org/irp/offdocs/nsc-hst/nsc-68.htm>.

Consultado el 15/03/2012.

The National Security Strategy September 2002,

<http://georgewbushwhitehouse.archives.gov/nsc/nss/2002/>, Consultado el 11/10/2013.

The National Security Strategy March 2006,

<http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/nsc/nss/2006/>. Consultado el 11/10/2013.

The White House (2002), “Discurso del presidente sobre el estado de la Nación. 29 de enero de 2002”, <http://georgewbush>

whitehouse.archives.gov/news/releases/2002/01/20020129-11.html,

Consultado el 16/3/2012.

The White House. President George W. Bush (2006), “Discurso del presidente George

W. Bush pronunciado el 22 de marzo de 2006”, <http://georgewbush-whitehouse.archives.gov/infocus/nationalsecurity/index.es.html>. Consultado el

1/10/2013.

United States House of Representatives. History, Art & Archives, Election Statistics:

<http://history.house.gov/Institution/Election-Statistics/Election-Statistics/> Consultado el 15/1/2015.

Textos legales

Convenio de Ginebra de 12 de agosto de 1949 sobre el trato de prisioneros de guerra:

<https://www.icrc.org/spa/assets/files/publications/convenios-gva-esp-2012.pdf>

Pacto Internacional de las Naciones Unidas sobre los Derechos Civiles y Políticos:

<http://www.acnur.org/t3/fileadmin/scripts/doc.php?file=biblioteca/pdf/0015>

Resolución 1340 (2003) adoptada por la Asamblea del Consejo de Europa:

<http://assembly.coe.int/Documents/AdoptedText/ta03/FRES1340.htm>

Resolución 1433(2005) adoptada por la Asamblea Consejo de Europa:

<http://assembly.coe.int/Main.asp?link=/Documents/AdoptedText/ta05/ERES1433.htm>

Resolución 1483 (2003) adoptada por el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas:

[http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1483%20\(2003\)](http://www.un.org/es/comun/docs/?symbol=S/RES/1483%20(2003))

USA Patriot Act: <http://www.justice.gov/archive/ll/highlights.htm>

Nota: La disponibilidad en línea de todos los recursos electrónicos fue comprobada a fecha de 25 de abril de 2015.